



Gran Historia Universal

Época Helenística



folio

GRAN HISTORIA UNIVERSAL

Época Helenística

ÉPOCA HELENÍSTICA

folio

Coordinación de textos:
ELISABETTA BOVO

Textos:
LUIGI FRANCO con la colaboración
de GIOVANNI ZUANAZZI

Coordinación editorial:
FLAVIO ERMINI

Redacción:
CARLO DELLE CESE
GIUSEPPE PARISI
SERGIO SCARDONI

Colaboradores de redacción:
RENATO FIANCO
GABRIELLA GHIO
STUDIA CARMA, Milán

Director de arte:
GIORGIO SEPI

Proyecto gráfico:
UGO GUIDOLIN

Maqueta:
ELENA DAL MASO
UGO GUIDOLIN

Secretaría de redacción:
ELDA SCARSETTO

Documentación iconográfica:
LUISA RICCIARINI, Milán
STUDIO ICONA, Roma

Comité científico:
AMILCARE BARDI
(Arte y literatura)
EMMA BAS
(Religión)
FABIO DESTEFANI
(Economía y sociedad, Ciencia y técnica)
FRANCESCO MASSONI
(Acontecimientos)
FAUSTA ORLANDI
(Arquitectura y urbanismo)

© ARNOLDO MONDADORI EDITORI, S.p.A. (Milán)

© 2006, Ediciones Folio, S.A.
Rambla de Catalunya, 135
08008 Barcelona

ISBN: 84-413-2274-0 (O.C.)
84-413-2278-3 (Volumen IV)

D.L.: TO-901-2006

Impresión:
Artes Gráficas Toledo, S.A. (España)

<i>Introducción</i>	7
<i>Cuadro sinóptico</i>	10 - 11
Acontecimientos históricos	
Macedonia y Grecia	12 - 15
El reino de Seleucia y Asia Menor	16 - 17
Egipto	18 - 19
Roma e Italia	20 - 21
África	22 - 25
India	26 - 27
China	28 - 29
Economía y comercio	
Macedonia y Grecia	30 - 31
El reino de Seleucia y Asia Menor	32 - 33
Egipto	34 - 35
Roma e Italia	36 - 37
África	38 - 39
India	40 - 41
China	42 - 43
Ciencia y técnica	
Macedonia y Grecia	44 - 45
El reino de Seleucia y Asia Menor	46 - 47
Egipto	48 - 51
Roma e Italia	52 - 55
África	56 - 57
India	58 - 59
China	60 - 61
Arquitectura y urbanismo	
Macedonia y Grecia	62 - 63
El reino de Seleucia y Asia Menor	64 - 67
Egipto	68 - 71
Roma e Italia	72 - 73
África	74 - 75
India	76 - 77
China	78 - 79
Arte y literatura	
Macedonia y Grecia	80 - 83
El reino de Seleucia y Asia Menor	84 - 85
Egipto	86 - 87
Roma e Italia	88 - 89
África	90 - 91
India	92 - 93
China	94 - 95
Religión	
Macedonia y Grecia	96 - 97
El reino de Seleucia y Asia Menor	98 - 99
Egipto	100 - 101
Roma e Italia	102 - 103
África	104 - 105
India	106 - 107
China	108 - 111
<i>Bibliografía</i>	112 - 113
<i>Índice analítico</i>	114 - 119

Los reinos y las culturas de Europa, Asia y África del norte, durante los siglos IV y III a. C., es el tema que vamos a tratar en este volumen. Haremos especial hincapié en la figura de Alejandro Magno, cuyas conquistas, su mentalidad política y su tolerancia iniciaron el intercambio entre las culturas de Grecia y Oriente. Hecho que el historiador Johann Gustav Droysen bautizó como "Helenismo".

Después de que Alejandro Magno afianzase su soberanía en la rebelde y poderosa Grecia, durante la última década del siglo IV, se introdujo en las ciudades costeras del este del Mediterráneo:

Egipto y Persia.

Tras su muerte, el imperio quedó dividido en tres reinos (diadocos) bajo el poder de las dinastías macedonias: su general Antígono se quedó con Grecia y Macedonia, Tolomeo con Egipto y Seleuco con el antiguo Reino Persa.

En el subcontinente indio, donde los ejércitos de Alejandro Magno cruzaron el río Indo, la influencia griega era débil y en China no afectó directamente la expansión de los macedonios.

De todos modos, en ambas zonas los esfuerzos políticos que se llevaron a cabo para unir diferentes etnias y culturas en un mismo reino (como en los diadocos) fueron similares.

En el norte de India, el soberano de la dinastía Maurya, Sandragupta, y su sobrino Asoka, consiguieron unir bajo su gobierno a diversos grupos con diferentes religiones y culturas en un estado burocrático y crearon un único y gran reino que casi ocupaba todo el subcontinente.

Por otra parte, en China, las grandes guerras sufridas en siglos anteriores, dan paso a un florecimiento cultural paralelo (Confucio, Laozi), pero sólo Shi-Huang-di consigue unir los estados en lucha en un único reino.

El cuerpo político de la época se basaba en la figura central de un soberano directo. Y por lo tanto, el modo de gobierno, tanto en el este como en el oeste, era el Absolutismo de un Rey-Dios. La función más importante de éste era mantener una estabilidad económica en el país. Cielo y tierra eran de su propiedad y la propiedad de las tierras suponía también el control de sus habitantes. Lo mismo sucedía pues por ejemplo en Egipto, donde los griegos macedonios crearon una nueva patria.

En los grandes reinos, el gobernador protegía el comercio, lo que a veces llevaba a conflictos militares tal y como ocurrió con Tolomeo y Seleuco.

El poder y la riqueza helénica, tanto en Cartago, como en la India y en China queda impreso en las monumentales construcciones que se alzaron en aquella época, tales como el faro de Alejandría, las casas elevadas de Cartago, los templos de roca de la India o la gran muralla china.

Los científicos y los técnicos, por una parte inspirados por los intereses del soberano y por otro lado frenados por las restricciones religiosas, iban avanzando. Particularmente, en la ingeniería civil y militar se consiguieron grandes progresos. Aunque el mayor progreso científico tuvo lugar en las regiones de cultura griega, concretamente en Alejandría. Mientras que en la India y en China, la religión era un obstáculo en el camino de la ciencia y la investigación.

La comunicación entre ciudades y pueblos nació gracias a un espíritu cosmopolita y, a pesar de que los soberanos absolutos estaban a favor de esta apertura cultural, no soportaron las críticas y las oposiciones y las ahogaron en su origen. A pesar de que no eran siempre toleradas por los soberanos, las religiones (el culto a lo misterioso de las culturas griegas y latinas, el Taoísmo, el Budismo) eran el método más eficaz para controlar y guiar al pueblo ya que prometían la salvación.

ALEJANDRO MAGNO Y EL HELENISMO



ÁREA GEOGRÁFICA	ACONTECIMIENTOS	ECONOMÍA Y SOCIEDAD	CIENCIA Y TÉCNICA
Macedonia y Grecia	<ul style="list-style-type: none"> Alejandro Magno a la conquista de Oriente (334-323 a.C.) Alejandro proclamado soberano de Asia (330 a.C.) Universalismo de Alejandro: fusión entre el mundo griego y Oriente Resurgimiento del particularismo de las <i>polis</i> 	<ul style="list-style-type: none"> Desarrollo del comercio y de las vías de comunicación El mercado de los esclavos de Delos Consolidación de la moneda ateniense (la nueva dracma) y crecimiento de las actividades bancarias Producción artesanal: calzado, ánforas, tejidos 	<ul style="list-style-type: none"> Importancia científica de la expedición de Alejandro Magno Nacimiento de la geografía como ciencia: Herátostenes de Calcis Las máquinas de guerra Nacimiento de la botánica científica: Teofrasto
Reino de los Seléucidas y Asia Menor	<ul style="list-style-type: none"> Caída de los Aqueménidas: Dario III (336-330 a.C.) La dinastía de los Seléucidas (312-95 a.C.): Seleuco I Nicátor Pérgamo y los Atálidas (282-133 a.C.): Eumenes II 	<ul style="list-style-type: none"> Impulso al comercio y a las comunicaciones entre Grecia, Siria e India Desarrollo agrícola y organización del territorio: las tierras del rey y las tierras privadas Actividades manufactureras: tejidos, pergaminos, perfumes 	<ul style="list-style-type: none"> Astronomía y astrología babilónicas. Kidinnu de Sippar y Babilonia Seleuco: una teoría heliocéntrica Notable desarrollo de las matemáticas y de la geometría. Arquímedes de Pérga: <i>Las cónicas</i>
Egipto	<ul style="list-style-type: none"> Conquista de Alejandro Magno (322 a.C.) Consolidación de la dinastía de los Tolomeos (Lágidas): Tolomeo I (304-283 a.C.): fusión de la etnia greco-macedonia con la egipcia indígena Tolomeo II Filadelfo (283-246 a.C.): máxima expansión del reino. Grandes proyectos culturales en Alejandría 	<ul style="list-style-type: none"> Incentivación de la economía monetaria Obras de saneamiento y extensión del territorio cultivado. Desarrollo de la cría de ganado Artesanado: vidrios, papiros, perfumes El comercio hacia el Mediterráneo y África central (cereales, vino, papiros, perfumes, piedras preciosas) 	<ul style="list-style-type: none"> Matemática preeuclídea: Eudoxo de Cnido Euclides: los <i>Elementos</i> Los descubrimientos astronómicos: Aristarco de Samos y el heliocentrismo: Hiparco de Nicea Geografía: Herátostenes de Cirene: <i>Sobre la medición de la tierra</i> Progresos de la medicina: Herófilo de Calcedonia y Erasistrato Inventos y "máquinas". Herón de Alejandría
Roma e Italia	<ul style="list-style-type: none"> Expansión de la potencia romana en Italia, de la toma de Veios (396 a.C.) a la conquista de Siracusa y de Tarento Decadencia de los etruscos y de las ciudades de la Magna Grecia Guerras de Roma contra Cartago (264-242 a.C.; 218-202 a.C.) y conquista de España Desarrollo en Europa de nuevas etnias: celtas, ilirios, bretones 	<ul style="list-style-type: none"> La Europa mediterránea y la Europa continental: dos mundos diferentes En Italia: difusión del latifundio. Consolidación de los nobles, poseedores de "dinero" Cultivos especializados: vid, olivos, hortalizas Comercios e industrias en las ciudades de la Magna Grecia (armas y utensilios, joyas, perfumes, cerámicas) 	<ul style="list-style-type: none"> Un gran explorador y navegante: Pitágoras de Marsella Arquímedes de Siracusa, matemático y científico Catón el Censor: <i>De agricultura</i>. La obra de Filistón de Laodicea Avanzada tecnología de los griegos: metalurgia y transportes Un ejemplo de técnica romana: las calles
África	<ul style="list-style-type: none"> Expansión de la potencia cartaginesa en el norte de África Guerras de Cartago contra los griegos de Sicilia (siglos IV-III a.C.) El enfrentamiento con Roma: las guerras púnicas (264-242 a.C.; 218-202 a.C.) Aníbal, protagonista de la Segunda guerra púnica, derrotado por Escipión el Africano La civilización de Meroe en el valle alto del Nilo 	<ul style="list-style-type: none"> Agricultura y ganadería en Cartago: vino, aceite, grano, pesca Actividades industriales y manufactureras en Cartago: tejidos, alfarería, metalurgia El monopolio cartaginés del comercio: oro y piedras preciosas de África centro-septentrional, plata y estaño de España y de Bretaña Esplendor de Cirene y explotación minera de la Nubia 	<ul style="list-style-type: none"> Progresos en la técnica naval cartaginesa. Las naves mercantiles y militares El más antiguo tratado de astronomía: Magón Artesanado floreciente: tejidos de color púrpura, vidrio
India	<ul style="list-style-type: none"> Derrota y subdivisión del Panjab en siete satrapías por obra de Alejandro Magno Chandragupta, fundador del primer imperio indio Universalidad y laicidad de la dinastía Maurya (312-185 a.C.) Reino iluminado de Asoka (268-252 a.C.); a su muerte el imperio se resquebrajó rápidamente 	<ul style="list-style-type: none"> Actividades productivas dirigidas a la exportación: tejidos de lana, de algodón y de seda, especias, orfebrería Intensidad de comercio con China y Egipto en época maurya El pensamiento económico de Canakya-Kautilya en el <i>Arthashastra</i>: agricultura rigidamente controlada y fiscalizada Construcción y manutención de una amplia red de calles 	<ul style="list-style-type: none"> Tecnología de la piedra y del hierro El <i>Sulvasutra</i>, texto sánscrito de conocimientos empíricos. Intuición científica y teorías religiosas Las conquistas de la medicina india: teoría de los humores (viento, bilis y sangre) Las técnicas quirúrgicas
China	<ul style="list-style-type: none"> Período de los "Reinos combatientes" (403-221 a.C.) Consolidación de la dinastía Qin (221-202 a.C.): unificación y reorganización del Imperio Inicio de la dinastía Han (desde el 202 a.C.) 	<ul style="list-style-type: none"> El sistema agrario de la China antigua recuerda al de la Europa feudal Organización de la propiedad de la tierra: aristocracia territorial Los nuevos artesanados: laca, jade, seda, cerámica El comercio se extiende a productos de amplio consumo: cereales, pieles, metales, sal. Desarrollo de las actividades mercantiles Acuña de monedas de cobre, bronce y oro 	<ul style="list-style-type: none"> Paso de la edad del bronce a la del hierro Progresos en la fabricación de las armas: ballesta, espadas de hierro Desarrollo de las técnicas agrícolas Trabajos de jade, seda, cerámica. Orfebrería Medicina y geomancia

ARQUITECTURA Y URBANISMO	ARTE Y LITERATURA	RELIGIÓN
 <p>Las tumbas reales y los mosaicos de Aigai y Pela, capitales macedonias; el templo de los mercaderes en la isla de Delos; el santuario de Apolo en Dodona y Epidauro</p>	<ul style="list-style-type: none"> • El Helenismo y la formación de una lengua común (<i>koiné</i>) • Renovación de las formas literarias: epigrama, elegía erudita (Calímaco) • El teatro: la comedia nueva y Menandro. Relieve psicológico de los personajes • Nuevo lenguaje en la escultura: expresionismo, realismo, patetismo 	<ul style="list-style-type: none"> • Difusión de los cultos místicos y de las religiones orientales: Orfismo, cultos de Osiris, Cibeles, Mitra • Crisis de la religiosidad oficial • Epicuro, Zenón de Cizio, Pirrón y la primacía de la ética • Las principales escuelas filosóficas de la época helenística: epicureísmo, estoicismo, escepticismo • El culto de Tyche 
 <ul style="list-style-type: none"> • El urbanismo hipodámico: Priene, Mileto • Una ciudad ejemplar de la cultura helenística: Pérgamo • El mausoleo de Halicarnaso • El templo de Artemisa en Éfeso • El templo de Apolo en Didimo 	 <ul style="list-style-type: none"> • Mecenas de la cultura y de la lengua común griega (<i>koiné</i>) • Actos oficiales narrados en los tres lenguajes fundamentales: griego, jeroglífico y demótico (estela de Rosetta) • La biblioteca de Alejandría como centro polivalente: el Museo, academia de poetas, filósofos y sabios • Filología y crítica literaria. Los gramáticos • Nuevas concepciones del arte: Calímaco 	 <ul style="list-style-type: none"> • Cultos griegos: Zeus Sóter, Asclepio, Dionisio, Atenea, Nikephoros • Cultos místicos de origen anatólico: Deméter, Coré, Sabazio • Cultos de origen persa (Ahura Mazdáh)
 <p>Alejo José G. Sison: el modelo de la ciudad helenística de planimetría ortogonal; el templo de Apolo en Didimo; el templo de Horus en Edfú y el templo de Sérapis en Menfis</p>	 <ul style="list-style-type: none"> • Difusión de la cultura y de la lengua común griega (<i>koiné</i>) • Actos oficiales narrados en los tres lenguajes fundamentales: griego, jeroglífico y demótico (estela de Rosetta) • La biblioteca de Alejandría como centro polivalente: el Museo, academia de poetas, filósofos y sabios • Filología y crítica literaria. Los gramáticos • Nuevas concepciones del arte: Calímaco 	<ul style="list-style-type: none"> • Difusión de las religiones místicas: el culto de Ra, Sérapis, Isis, Horus, Amón y Anubis • El sincretismo religioso • Importancia del culto de los muertos 
 <ul style="list-style-type: none"> • Intereses prácticos e ideológicos de la arquitectura romana. Los grandes trabajos públicos (el primer acueducto, la red viaria) y las nuevas colonias • La sistematización urbanística. El Capitolio • Innovaciones técnicas y nuevas formas arquitectónicas: el arco y la bóveda. El primer puente en albanilería • La arquitectura religiosa romana: el templo italo-etrusco 	 <ul style="list-style-type: none"> • Roma: de las primeras formas literarias a la confrontación con el mundo griego • El teatro: Andrónico, Nevio, Plauto • La escultura romana: de la lección etrusca a la sujeción a los modelos helenísticos • La pintura itálica: de las pinturas etrusco-helénicas de la tumba François de Vulci al género romano de la pintura triunfal • Más allá del mundo greco-romano: la civilización de La Tène 	 <ul style="list-style-type: none"> • Roma: la religión como fundamento del Estado. La tríada capitolina: Júpiter, Marte, Quirino • La "devotio" de P. Decio Mus. Los sacrificios humanos durante la Segunda guerra púnica • La religión como iluminación individual, difusión de los cultos místicos (Dioniso, Ceres, Cibeles). Los ritos orgiásticos y su represión
<p>Arquitecturas típicas de la ciudad romana: el puerto, el templo, la casa, el foro, el teatro, el anfiteatro</p> 	<ul style="list-style-type: none"> • Pragmatismo de la cultura cartaginesa: la Constitución • Los pasillos de las tumbas y los obeliscos en calcaria de los tofet • Conservadurismo cultural y contrastada influencia helenística en Cartago • Cirene, centro de cultura helenística 	<ul style="list-style-type: none"> • Fidelidad de los dioses de la antigua religión fenicia: Baal Hammón, Tanit, etc. • Holocausto de los hijos primogénitos • Introducción de cultos griegos y sincretismo religioso • Desarrollo de filosofías racionalistas en Cirene: la escuela cirenaica 
 <p>Arquitectura en la roca y uso de la piedra para construcciones monumentales: el templo de Sanchi; el templo de los leones en Sarnath, erigido por Asoka, emblema de la India; el templo de la capital de los Maurya</p>	 <ul style="list-style-type: none"> • Introducción de elementos greco-persas en el arte indio • Contribución del rey Asoka al desarrollo artístico. El capitel de Sarnath • Consolidación de las lenguas indo-arias y gramática sánscrita de Panini: el <i>Astadhayayi</i>, 3.996 sutra o aforismos • El tratado más antiguo de ciencia política: el <i>Arthashastra</i> de Chanakya-Kautilya 	 <ul style="list-style-type: none"> • Crisis de la doctrina de los <i>Veda</i>; consolidación del Jainismo y del Budismo • Tolerancia religiosa • Desarrollo del Brahmanismo • El Budismo: de doctrina elitista a religión de masas
<p>Desarrollo de ciudades y centros fortificados. El templo de Sanchi; el templo de los leones en Sarnath, erigido por Asoka, emblema de la India; el templo de la capital de los Maurya</p> 	 <ul style="list-style-type: none"> • Literatura religioso-filosófica de la época Zhou (hasta el 256 a.C.) • Reforma cultural de Shi Huangdi (primer emperador de la dinastía Qin). Unificación de la escritura • Recuperación de la tradición con los Han (desde el 202 a.C.) • Sectores típicos del arte chino (barro cocido, jade, arcilla, bronce) 	<ul style="list-style-type: none"> • El desarrollo del Confucianismo (Mencio, Xunzi) y la crítica de Mozi • El Taoísmo, una doctrina individualista: de Yangshu a Zhuangzi • La "escuela de los nombres": la desvalorización de la experiencia empírica • La "escuela de los legistas": la obediencia a la ley como valor supremo (Han Feizi) 

La figura y la obra de **Alejandro Magno**, tal como nos ha llegado a través de la historiografía antigua, es el producto de una tradición posterior dirigida sobre todo a crear un personaje carismático que respondiera a los esquemas de lo excepcional: al haberse perdido los testimonios directos de sus campañas (por ejemplo, el diario del almirante Nearco), pronto se afianza una imagen del monarca macedonio que, con arreglo a los gustos de la época, tiende a lo legendario y lo fabuloso y fija definitivamente sus rasgos, que han pasado así a la posteridad. Entre las más famosas referencias a Alejandro de la literatura antigua, destacan para el lector moderno el retrato idealizado de Plutarco (c. 45-120/7 d.C.), la versión novelada de Curcio (siglo I d.C.), y sobre todo la *Anábasis de Alejandro* de Arriano (c. 95-c. 175 d.C.).

(338 a.C.). Contaba veinte años cuando **sucedió a su padre**, asesinado por una conjura de nobles macedonios a la que no fue ajena su madre. Respaldado por los mejores generales de Filipo, afianzó su poder en el interior y en las relaciones con Grecia, que trataba de recuperar la independencia perdida. Después de hacerse proclamar jefe supremo de la liga nacional contra Persia que un año antes había organizado Filipo, dio comienzo a sus campañas, que para él tenían

apoyado en una eficaz red de servicios (sanitario, topográfico, etc.). Contaba sobre todo con unos generales valerosos y leales, entre los que destacaba **Parmenión**, que se había distinguido en tiempos de Filipo II. El rey también llevaba consigo geógrafos, naturalistas e historiadores, como Calistenes de Olinto, el cronista oficial de la expedición. Para comprender las motivaciones reales de la actuación de Alejandro, evitando juzgar sus conquistas como el gesto audaz de un caudillo con sed de gloria, debemos sopesar ante todo las fuerzas con que realmente contaban los dos contendientes: el punto flaco del poderío macedonio eran la flota y los reducidos recursos financieros, mientras que en el otro lado había un vastísimo imperio cuya heterogénea composición étnica era un inevitable factor de

desintegración, agravada por la poca consideración que tenía el monarca hacia sus súbditos: tras subir al trono en 336 a.C., Darío III no tuvo tiempo ni capacidad para organizar una resistencia adecuada. El ejército persa, aunque numeroso, estaba equipado de una forma ya superada, no estaba bien organizado ni disciplinado, y carecía de un mando a la altura de las circunstancias. Sólo la flota, los grandes recursos financieros y, en parte, la caballería, eran seguros y fiables.

Basándose en esta situación, el joven rey macedonio se lanzó al ataque para evitar cualquier iniciativa del lado persa, que podía dejarle sin el control de Grecia. Después de desembarcar con su ejército en la Tróade y rendir homenaje a la tumba de Aquiles, con un rito que pretendía consagrar la campaña recién iniciada, Alejandro se enfrentó al enemigo en la llanura del **río Gránico** (334 a.C.), donde los estrategas persas pretendían detener las tropas macedonias, confiando en su caballería. En la batalla, el monarca no dudó en arriesgar su propia vida y se salvó gracias a la intervención de su amigo Clito. Esta victoria de los macedonios, poco importante en el plano militar, levantó su moral y demostró que las tropas persas eran vulnerables, acrecentando así el prestigio de Alejandro y allanándole el camino para la conquista de las ciudades costeras, sobre las que en poco tiempo extendió su dominio apoyándose en los demócratas y respetando la autonomía y la libertad de las poblaciones. Tras rechazar una serie de contraofensivas y

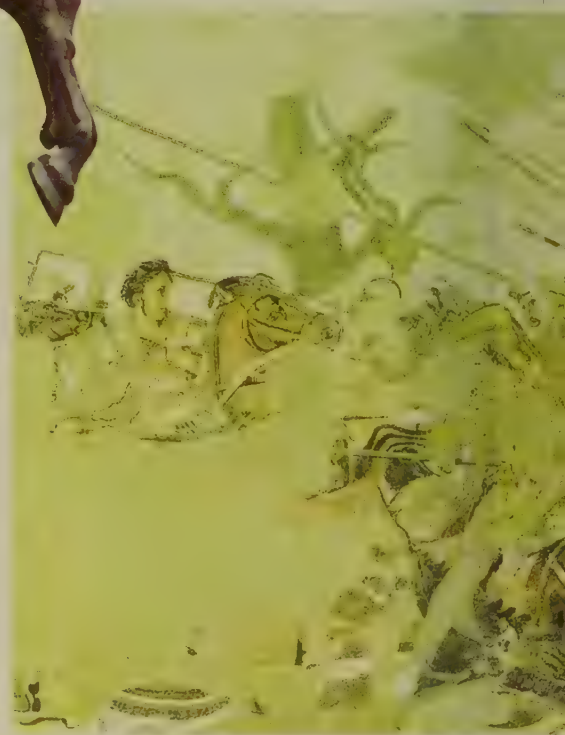


un sentido panhelénico, casi como un resarcimiento por las ofensas infligidas a las ciudades griegas. Esta interpretación podría explicar la **destrucción de Tebas**, que se rebeló tras la falsa noticia de su muerte durante una campaña contra los pueblos del norte de Macedonia, pero a la que en realidad consideraba culpable de haber ayudado a Jerjes durante la Segunda guerra médica. Sólo fue respetada la casa del poeta Píndaro; en cambio, Alejandro no se mostró hostil con Atenas, que le atraía por su prestigio cultural e histórico.

Nacido en el año 356 a.C., hijo de Filipo II y Olimpia, la cual influyó profundamente en él, educado por Aristóteles en el culto al saber y a la filosofía (era un gran admirador de los héroes homéricos), se distinguió siendo aún muy joven por su valor en la batalla de Queronea

Tras dejar como regente al general Antípatro, Alejandro se lanzó a la conquista del inmenso dominio de Darío III con un ejército más bien exiguo y bastante heterogéneo, aunque bien adiestrado y

Arriba: bronce, copia de un original de Lisipo, procedente de las excavaciones de Herculano, y que actualmente se exhibe en el Museo Nacional de Nápoles. Alejandro aparece representado sobre su caballo, el legendario Bucéfalo, al que domó cuando tenía doce años. A la derecha, en las dos páginas: mosaico de la Casa del Fauno de Pompeya; realizado entre el siglo II y el siglo I a.C., representa la batalla de Issos (333 a.C.), en la que Alejandro consiguió su mayor triunfo en la guerra contra Persia, derrotando a Darío, quien se vio obligado a huir, dejando prisioneras a su madre, esposa e hijas.





someter las regiones interiores, atravesó las Puertas de Cilicia y llegó a Tarsos donde enfermó gravemente, y sanó gracias a su médico Filipo.

Mientras tanto, el propio Darío, después de reunir un gran ejército, fue a su encuentro en la llanura de Isos, donde Alejandro consiguió **el mayor triunfo de sus campañas** (333 a.C.): Darío tuvo que darse a la fuga dejando a su mujer, a su madre y a sus dos hijas en poder de Alejandro, que

Arriba: en el mapa se representan las principales etapas de la expedición de Alejandro a Asia y Egipto. A la derecha: moneda que reproduce a Filipo II, rey de Macedonia y padre de Alejandro, a caballo. La gran fuerza de los ejércitos macedonios se basaba en su caballería, extremadamente aguerrida.

las trató con real magnanimidad. Esta victoria tuvo una gran resonancia en el mundo griego, y sin duda hizo que Alejandro ampliara sus objetivos y definiera sus aspiraciones. Como pretendía asegurarse el control del Mediterráneo, para eliminar la flota persa se propuso conquistar las ciudades y puertos situados entre Siria y la Cirenaica: por eso, con gran visión política, se dirigió a **Egipto** y ocupó la **costa fenicia**, donde sólo Tiro trató de oponerse durante siete meses. Fue bien acogido por la población egipcia y pasó allí el invierno, saludado como heredero de los faraones. De esta forma daba muestras de un profundo respeto a las tradiciones de los pueblos conquistados, una constante de su trayectoria. Bajo esta perspectiva se puede interpretar un episodio muy celebrado por sus biógrafos: la visita al templo de Júpiter Amón en el oasis de Siwa, donde los sacerdotes le proclamaron hijo de la divinidad, según costumbre de los antiguos monarcas egipcios. De todos modos, el hecho más destacado de su estancia en Egipto fue la **fundación** de una ciudad, llamada **Alejandro**, entre el lago Mareotis (actual Maryú) y el mar. Fue, con mucho, la más importante de las más de treinta que fundó el joven caudillo, y acabaría convirtiéndose en la capital cultural del Mediterráneo.

Tras rechazar una propuesta de paz de Darío en la que se contemplaba la cesión de los territorios situados al oeste del Éufrates, una alianza sancionada por un matrimonio entre ambas dinastías y la liberación de la familia real, Alejandro, consciente de sus posibilidades, decidió

continuar su campaña. Partió en dirección a Siria y después hacia Mesopotamia, donde Darío, confiando en sus numerosas tropas, esperaba detener su marcha. En la **llanura situada entre Arbelas y Gaugamela**, con el eficaz apoyo de Parmenión, el monarca macedonio derrotó al ejército de Darío, que una vez más tuvo que huir (331 a.C.). Este nuevo éxito todavía no era suficiente para legitimar la actuación de Alejandro, cuyas conquistas necesitaban una suerte de consagración a ojos de griegos y macedonios, dado que la campaña bélica había sobrepasado los fines iniciales. Después de ocupar, sin hallar resistencia, las ciudades persas más famosas (Babilonia, Susa y Persépolis) y de apoderarse del rico tesoro de la corte, Alejandro **se hizo proclamar**



soberano de Asia, dando así a entender claramente que aspiraba a la sucesión del trono aqueménida. También en este caso se adaptó a la mentalidad y las costumbres locales, como lo demuestran el nombramiento del persa Mazeo como sátrapa de Babilonia, sus sacrificios en honor de Marduk y la reconstrucción de templos. En cambio, los historiadores no se ponen de acuerdo sobre el motivo del incendio de la capital, Persépolis, que fue saqueada tal vez para remarcar el fin de la dinastía aqueménida.

De todos modos, si quería que su poder tuviera una validez definitiva, tenía que destruir a Darío, cuyo dominio todavía era sólido dada la extensión de su territorio, algo con lo que el persa contaba para debilitar la persecución de su adversario. Pero esta táctica no dio el resultado esperado a causa de la conjura antidinástica urdida por **Besso**, sátrapa de Bactriana, que **apresó y derrocó al monarca** y luego informó del hecho al propio Alejandro. Besso asesinó al rey y se proclamó su sucesor, y a Alejandro sólo le quedó rendir a Darío los honores y la sepultura que le correspondían. La muerte de Darío daba un giro inesperado al largo conflicto: una vez



culminado su proyecto inicial. Alejandro necesitaba desplazar hacia Oriente el centro de gravedad de su política expansionista. Le quedaba enfrentarse al usurpador Besso, que todavía era dueño de territorios muy extensos, lo que habría puesto a dura prueba la resistencia de las tropas macedonias, que habían tenido que soportar marchas extenuantes y anhelaban el fin de la guerra. Así pues decidió licenciar las tropas aliadas y seguir la campaña con un ejército de mercenarios.



Izquierda: detalle de un fresco con caballeros macedonios; de Paestum. Museo Archeologico Nazionale, Nápoles. Derecha: anverso y reverso de un tetradracma de Alejandro Magno, emitido en Anfípolis (c. 330 a.C.). En el anverso, cabeza de Alejandro-Heracles con piel de león; en el reverso, Zeus entronizado. Cabinet des Médailles, Bibliothèque Nationale, París. Abajo: La muerte de Alejandro; miniatura persa. Metropolitan Museum of Art, Nueva York.

Calístenes, implicándolo en el llamado complot de los Magos, por haberse negado a adorarlo según el rito de la *proskynesis*, reverencia al soberano típica de la concepción persa del poder. Estos dos últimos episodios ponen de manifiesto un aspecto peculiar de la personalidad de Alejandro, su compulsión irracional, que a menudo lo arrastraba a cometer acciones precipitadas, para caer luego en un estado de postración física y moral del que tardaba en recuperarse.

Después de llegar al Indo y atravesarlo, luchó contra el rey **Poros** y le derrotó en la **gran batalla de Hidaspo**, pero le dejó en libertad al frente de su reino. Fundó sendas ciudades en cada orilla del río, Bucefalia y Nicea, y cuando se disponía a alcanzar el confín extremo de Asia sus tropas no aguantaron más y se negaron a seguir. Hizo levantar doce altares en memoria de la empresa y bajó por el valle del Indo, dejando a Cratero al mando de una parte de sus tropas con la misión de llevarlas a la Pérsida por las regiones interiores. Él siguió hacia la costa, donde dejó la flota a su almirante Nearco, quien con muchas dificultades consiguió arribar a la desembocadura del Éufrates. El rey, que fue a reunirse con Cratero por tierra, alcanzó Susa (324 a.C.).

Ya tras la muerte de Darío había abordado el complejo problema de la **reorganización administrativa** del imperio. Quiso mantener la división persa en **satrapías**, generalmente a cargo de elementos indígenas flanqueados por estrategas macedonios



(**episcopoi**) en calidad de jefes militares. En las plazas principales situó a generales que dependían directamente del poder central, mientras que unos funcionarios especiales controlaban los distritos y administraban las finanzas. Alejandro, después de castigar a los sátrapas que durante su larga ausencia habían cometido abusos, quiso afianzar la fusión entre el elemento oriental y el greco-macedónico casándose en una grandiosa ceremonia con otras dos princesas, Parisatis y Estatira, esta última hija de Darío, mientras que los jefes macedonios y diez mil soldados se desposaban con otras tantas mujeres persas. El ceremonial de la corte también fue

Alejandro atravesó las inhóspitas regiones de Drangiana y Aracosia, en las que fundó muchas ciudades nuevas, y se dirigió a Bactriana. Durante la marcha tuvo lugar un grave incidente que puso de manifiesto el desacuerdo cada vez mayor que había entre Alejandro y sus generales y soldados, desconcertados con las actitudes y costumbres del soberano, tan ajenas a su mentalidad. Filotas, el hijo de Parmenión, se vio envuelto de una forma poco clara en una conjura contra el rey, y fue asesinado. También su padre, que se había quedado en Ecbatana, fue eliminado por sicarios. Atravesando la cordillera de Paropamisos, Alejandro llegó a Bactriana, donde apresó a Besso y le mandó procesar, ajusticiándolo como traidor (329 a.C.). Entró en Sogdiana y fundó a orillas del río Yaxartes (el actual Syr Daryá) Alejandría Eshkates («última»), y sometió las dos regiones mientras planeaba una **expedición a la India**.

Sucedieron entonces otros hechos que revelan la mentalidad oriental de la monarquía: al tomar una plaza hizo prisionera a una princesa bactriana, Roxana, con la que contrajo matrimonio (327 a.C.); antes había eliminado a su amigo Clito durante un banquete, debido a que éste, en plena borrachera, había osado alabar las hazañas de Filipo II, eclipsando la gloria militar de su hijo. También se desembarazó del historiador



aceptado por los griegos, y Alejandro, con una sabia decisión, permitió que volvieran a Grecia los exiliados políticos. Tras recibir los homenajes de los embajadores procedentes de Occidente, se dispuso a emprender la conquista de Arabia, que proyectaba desde hacía tiempo, pero cayó enfermo, probablemente de paludismo, y su organismo, debilitado por las fatigas de sus campañas, sucumbió (13 de junio de 323 a.C.). Pese a que la muerte prematura truncaba el proyecto político-cultural del joven monarca, la huella que dejó en las generaciones posteriores fue indeleble y muy profunda. Ante todo, gracias a Alejandro la civilización y la lengua griega se difundieron en un ámbito mucho más extenso que el de las *polis*, superando así el particularismo de la concepción griega en pro de una **visión universal** de la política y la cultura. A pesar de que los sucesores del rey no supieron mantener la cohesión del imperio, el período histórico inaugurado por Alejandro se caracteriza por la aportación de ideas nuevas, como la de la monarquía de derecho divino, que pasaría a la tradición occidental y se convertiría en uno de sus cimientos. Elaborada ya por los pensadores del siglo IV como respuesta a la crisis de las *polis*, la **idea monárquica** garantizaba paz y equilibrio a los ciudadanos, disminuyendo por otro lado, hasta anularla, la participación directa de aquéllos en la vida del estado: reducidos a la condición de súbditos, éstos dependían por completo de las decisiones de la corte, el nuevo centro de poder que giraba en torno al monarca, a los diplomáticos, a los militares y a las personalidades destacadas de la administración.

Al lado: Alejandro sentado en el trono, con gesto divino, en un fresco procedente de Pompeya. La figura y las empresas de Alejandro alimentaron, desde su desaparición, un bala de leyenda que perduraría durante siglos; el propio César, según la leyenda, habría llorado en una ocasión porque a la misma edad de Alejandro él no había realizado ninguna empresa aigna de mención, mientras que el general macedonio había conquistado el mundo. Más allá de las celebraciones encomiásticas o de las exaltaciones mitológicas, el modelo político instaurado por Alejandro será también ejemplar para el nacimiento de estados unitarios en zonas geográficas y culturalmente bastante alejadas del mundo helénico.

Para tener una visión cabal del dinamismo de Alejandro basta con ver la cantidad e importancia de los proyectos económicos que puso en marcha, sobre todo en el campo de las **obras públicas**: embalses, puertos, canales y la desecación del lago Copais en Beocia. Pero Alejandro dio muestras de su genialidad innovadora sobre todo en la **fundación de ciudades**. Superando la tradicional colonización espontánea, llevó adelante una verdadera planificación territorial que pretendía levantar ciudades en posiciones estratégicas, muchas veces lejos de la costa, destinadas a ser habitadas por colonos procedentes de distintas *polis* mezclados con comerciantes, mercenarios griegos e indígenas. Es muy poco probable

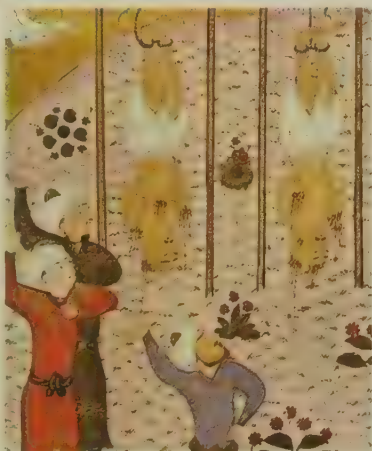
que se tratara de ciudades estado, dado que estos centros no poseían un territorio (*chora*), sino que estaban en tierras del rey. La fusión de elementos indígenas y greco-macedónicos dio los resultados que cabía esperar: dado lo heterogéneo de los dominios, las frecuentes insurrecciones y la muerte prematura del monarca, la audaz utopía de un dominio universal se quedó en un proyecto abortado. El intento de coordinar y amalgamar las distintas poblaciones del imperio encontraba un obstáculo insalvable en las profundas diferencias de mentalidad, costumbres y cultura que existían entre griegos y persas. Alejandro influyó de forma más o menos directa tanto en el nacimiento de una monarquía unitaria en la India, donde el reinado de Asoka (c. 268-c. 232 a.C.) parece

inspirado en su modelo, como en la unificación de China bajo la primera dinastía Han. También en las épocas que siguieron al ocaso del mundo clásico la figura de Alejandro permaneció viva y presente en la fantasía popular y la imaginación colectiva. El joven caudillo se convirtió en un mito, un **héroe legendario** objeto de reinventaciones, a menudo novelescas y extravagantes. Alejandro aparece como un explorador o un paladín sin tacha ni miedo, que se enfrenta a seres humanos de tamaño descomunal o formas extrañas, a leones con tres ojos o a pulgas tan grandes como ranas; encuentra mares repletos de perlas en que se sumerge como un buzo; o incluso, como sucede en el *Roman d'Alexandre*, la más conocida de las versiones medievales, sube al cielo en un globo rudimentario... Además, Alejandro es el modelo de héroe generoso, perfectamente acorde con el código caballeresco-cortés de la época. Pero, al margen de estas ampliaciones de su «mito», hay que reconocer que el verdadero alcance de su obra política consistió en haber dado una amplia **difusión** a las principales conquistas de la **tradición cultural griega**, abonando así el terreno para el afianzamiento del imperio romano y el cristianismo.

En el confuso panorama político griego posterior a la muerte de Alejandro destaca como dato fundamental la insalvable contradicción entre la concepción monárquica macedónica, por un lado, y la tradición democrática de las *polis* por otro. Éstas, incapaces de aceptar tiranos impuestos por Macedonia, que a la sazón estaba desgarrada por luchas internas, defendían con tesón su independencia, mientras que los sucesores del monarca se repartían los territorios con criterios de equilibrio geográfico y económico. En este período adquirió una posición relevante la **liga etolia**, promovida por una región, Etolia, que se había introducido activamente en la vida política griega; también se oponía al poder macedonio el reino de Epiro. No obstante, **Antígono Gonatas** (276-239 a.C.) consiguió contener estas aspiraciones autonomistas, pero encontró un obstáculo mayor en la **liga aquea**, que formaron en 281-280 algunas ciudades de Acaya. La liga aquea empezó una guerra contra Esparta, que pretendía alzarse con la hegemonía en el Peloponeso. El rey espartano Cleomenes, derrotado, tuvo que huir a Egipto. En este conflicto, durante el cual Antígono Dosón (227-221 a.C.) había apoyado a la liga, no participaron los etolios, enfrentados a Macedonia. Mientras tanto, en Occidente despuntaba el poderío romano, que trató de levantar las ciudades griegas contra Macedonia; ésta, en el año 205 a.C., firmó la paz con los romanos.



La caída del imperio aqueménida, a raíz de la vigorosa acción política y militar de Alejandro, es el último episodio de una larga decadencia que ya se había puesto de manifiesto bajo el reinado de Artajerjes III (358-338 a.C.), antecesor de Darío III. Aunque el Gran Rey trató de controlar, unas veces con dinero y otras con la fuerza, las frecuentes rebeliones internas, la situación presagiaba una guerra. Macedonia se había convertido en una potencia militar con Filipo II, que estaba



preparando un plan de ataque cuando fue asesinado por un sicario, a sueldo de su esposa repudiada. Al mismo tiempo (336 a.C.), **Darío III Codomano** subió al trono, sin lograr el control de la situación.

Estas coincidencias cronológicas hay que añadir la heterogénea composición del imperio, un organismo político-administrativo enorme pero débil, la ineficacia global del ejército persa, que sólo era temible por su importancia numérica, y algunos errores tácticos (por ejemplo, no se siguió la estrategia dilatoria de Memnón, el general griego que mandaba las tropas persas, que aconsejó no atacar a Alejandro). Por eso se entiende fácilmente que el avance del rey macedonio, tan hábil en los enfrentamientos directos como político perspicaz a la hora de sacarles partido, casi no encontrara obstáculos, en parte gracias a la buena acogida de las poblaciones locales y a la captura de la familia real. La huida y **asesinato de Darío** (330 a.C.) a manos del usurpador Besso son la consecuencia lógica de este desbarajuste político-militar. La posterior acción organizadora de Alejandro, ya iniciada durante la conquista del imperio aqueménida, quedó truncada por la muerte prematura del rey. En el inevitable proceso de disgregación al que se vio abocado el imperio aqueménida, la parte más amplia, y por tanto la más ardua, le correspondió a **Seleuco**



(323-280 a.C.), hijo de un general de Filipo, fundador de la **dinastía de los Seléucidas**. Se dio a sí mismo el pomposo título de Nicátor (el vencedor), y durante su larga vida trató de extender su dominio sobre gran parte del antiguo imperio persa. Al mismo tiempo aplicó una política de equilibrio con los otros diádocos, sobre todo con los tolomeos de

A la izquierda: Alejandro ordena aborcar a los asesinos de Darío, *miniatura persa del siglo XVIII*. Metropolitan Museum of Art, Nueva York.

Al lado: en los tres mapas, los Reinos de los Diádocos, de 303 a c. 180 a.C.

Debajo: Antiocho III el Grande, rey de Siria, sucesor de su hermano Seleuco III. Tras un primer intento fallido de anexionar Egipto (217 a.C.), durante su reinado (224-187 a.C.) consiguió ampliar hasta Asia Menor los confines de sus territorios, gracias a una serie de victorias.

En la página siguiente, arriba: en el mapa se indican las ciudades de fundación belenística.

En el centro: un jefe gálata, tras haber asesinado a su esposa, vuelve la espada contra sí mismo antes que rendirse a Atalo I, rey de Pérgamo. El triunfo de Pérgamo sobre los gálatas, en el año 230 a.C., confirmó el predominio de Atalo I en Asia Menor. Abajo, a la derecha: detalle de la Gigantomaquia, en el

monumental altar que Eumenes II, rey de Pérgamo, quiso erigir (180-160 a.C.) en honor de todos los dioses para conmemorar la victoria sobre Siria, Pergamonmuseum, Berlín.

Egipto y los antigónidas de Macedonia. La necesidad de contrarrestar las posibles iniciativas expansionistas, sobre todo por parte de Demetrio, hijo de Antígono, que trataba de ampliar sus dominios hasta Asia Menor, le indujeron a desplazar a occidente su centro de poder: abandonó Pérsida y llevó la corte a Siria, a una ciudad completamente nueva.

Fue así como surgió, tras la derrota de Antígono (301 a.C.), la ciudad de **Antioquía del Orontes** (la actual Antakya),



centros de poder. El propio Seleuco se vio obligado a ceder Pentapotámida (el actual Panjāb) a Chandragupta, fundador del reino de los maurya. Además, durante el reinado de sus sucesores, se separaron Frigia, Bactriana, el reino de los partos y Armenia. Pero el más importante de todos estos reinos independientes fue sin duda el de **Pérgamo**. La ciudad alcanzó su desarrollo cuando Seleuco I dio la ciudad a Filetero, junto con un rico tesoro.

La dinastía se consolidó y tuvo en dos reyes ilustrados, **Atalo I** (241-197 a.C.) y su hijo **Eumenes II** (197-159 a.C.), dos grandes protectores del arte y la cultura. Tras rechazar una peligrosa ofensiva de los gálatas, Atalo I, aliado de los romanos durante la primera guerra macedónica, fue el artífice del extraordinario esplendor urbanístico de Pérgamo que alcanzó su grado máximo con su hijo, convirtiendo a esta ciudad en la más famosa de la época, junto con Alejandría. En particular, durante el reinado de Eumenes II se construyó la famosa biblioteca y el altar de Zeus, que celebraba las glorias de la dinastía. Los dominios de la dinastía de los atálidas abarcaban un vasto territorio, que iba del Helesponto a Capadocia y Cilicia: un auténtico estado dentro del estado, completamente autónomo de los seléucidas.

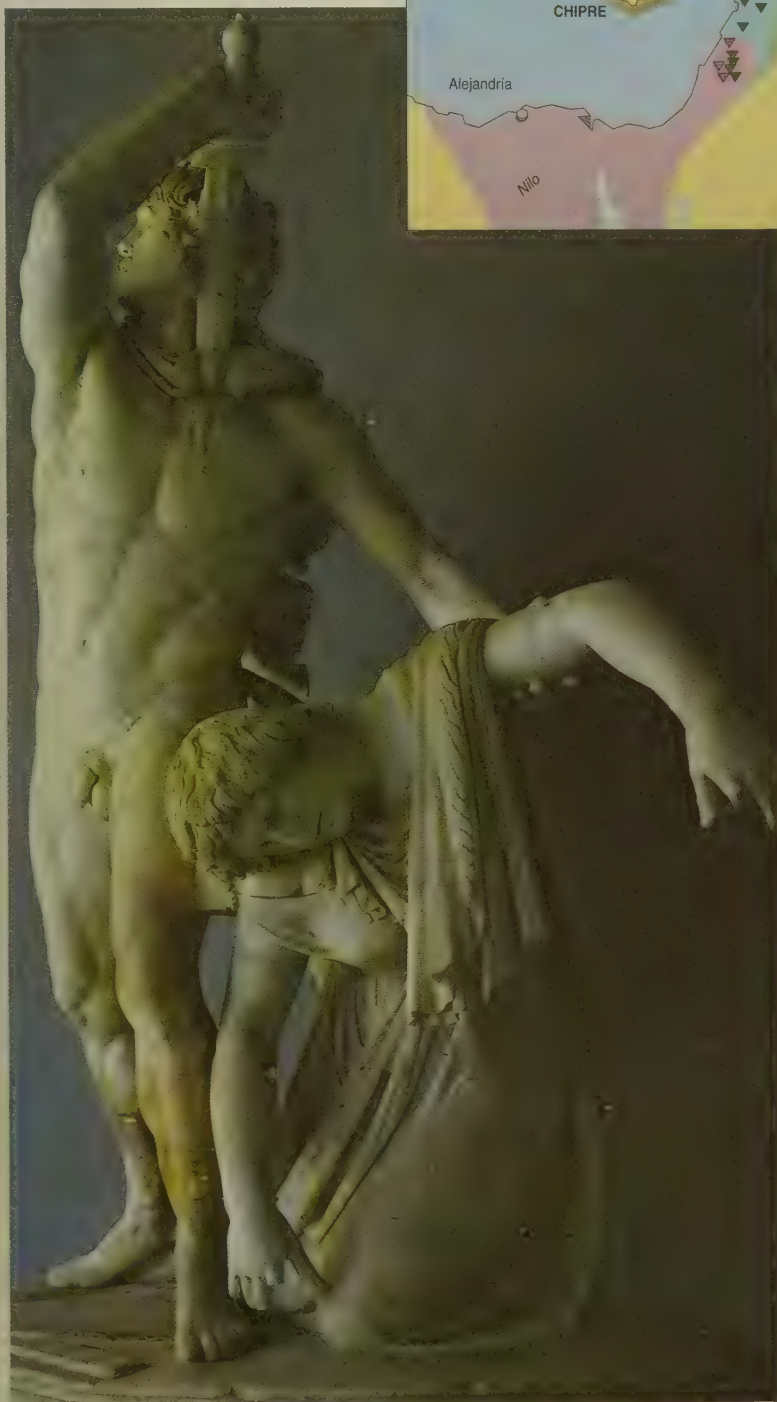
llamada así en recuerdo del padre de Seleuco. Pronto se convirtió en una capital populosa y llena de vida, que llegó a contener en su recinto amurallado cuatro ciudades distintas, lo que le valió el apelativo de «tetrápolis». A ella acudieron artistas y arquitectos que la llenaron de espléndidos monumentos, convirtiéndola en rival de Alejandría. Las devastaciones que padeció en los siglos posteriores y un desastroso terremoto



arrasaron en buena parte esta gran metrópolis, que es el testimonio más destacado de la obra de Seleuco I.

La extensión del imperio hacía difícil mantener el control administrativo, y las tendencias separatistas cobraron fuerza, apartando los territorios más lejanos de los

El eje fundamental de la política atálida, la alianza con Roma, se mantuvo con Atalo II (159-138 a.C.), hermano de Eumenes II, que contó con el apoyo de los romanos contra Prusias, rey de Bitinia, que había ocupado la ciudad. Con Atalo II, último de la dinastía, acaba el dominio atálida, y a su muerte la espléndida capital pasa por testamento a los romanos, que la convierten en la provincia de Asia.



Egipto, tras varios siglos de espléndida civilización, entró en una etapa de fuerte decadencia, siendo apeteído por el expansionismo asirio primero y persa después, quedando reducido a provincia del vasto imperio persa. Pese a los infructuosos intentos de rebelión de las débiles dinastías locales, este país tuvo que esperar a ser **conquistado por Alejandro** para contar con un sistema político-administrativo completamente nuevo, que dio un nuevo giro a su historia. El rey macedonio se apoderó fácilmente del territorio egipcio. Además de la superioridad militar, tuvo a su favor el agudo resentimiento de la población, que aborrecía a los opresores persas, crueles y sacrílegos. Por el contrario, la actitud tolerante y respetuosa con las tradiciones locales mostrada por Alejandro desde el principio fue un intento por conciliar y fundir dos culturas bien distintas, que llevaban varios siglos en contacto: durante la dinastía saíta (663-525 a.C.), antes de la conquista persa, ya hubo intercambios comerciales muy fluidos entre Grecia y Egipto, y había comenzado una lenta penetración de elementos griegos, que despejaron el camino para una helenización masiva. Alejandro reorganizó la administración de Egipto, considerándolo como una **provincia** especial del gran imperio que fue conquistando. Su política tuvo muchos aciertos: para evitar un régimen centralista, el poder no recayó en manos de un solo sátrapa, sino de dos



Derecha: imagen de Tolomeo I Sóter, fundador de la dinastía de los Lágidas; grabado del s. XVIII extraído de una moneda antigua.

Izquierda: busto de Tolomeo II Filadelfo. Museo Archeologico Nazionale, Nápoles. Hijo y sucesor de Tolomeo I, Tolomeo II reinó de 285 a 246 a.C. y consolidó el poder, llevando a Egipto a su máxima expansión. Fue importante su obra en el terreno cultural y la protección e impulso que proporcionó a las artes y las ciencias.

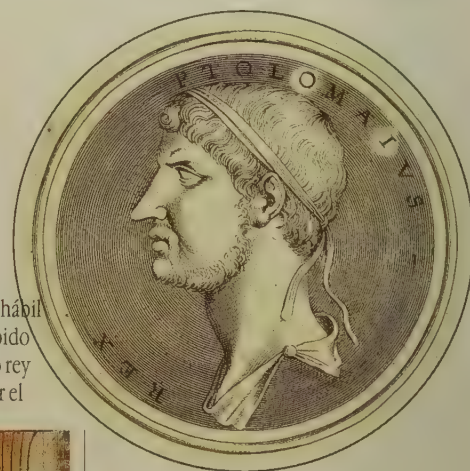
Abajo: en la imagen, extraída del Libro de los muertos de época tolemaica, aparece representada una difunta adorando a la diosa Osiris. Museo Egizio, Turín.

nomarcas, elegidos entre notables locales para los dos **nomos** (distritos) del Alto y Bajo Egipto. En cambio, el mando militar y la recaudación de tributos correspondía a funcionarios macedonios locales, que

pagaban lo recaudado a hombres de confianza del emperador. Gracias a esta hábil política, Alejandro, después de ser recibido como un libertador y reconocido como rey por los sacerdotes de Menfis, pudo dejar el

país y seguir sus campañas. El hecho más destacado de la conquista fue la fundación de una ciudad, **Alejandro**. Pronto se convertiría en la metrópolis cultural y comercial del mundo helenístico.

A la muerte del rey, en 323 a.C., se planteó el difícil problema de conservar los territorios conquistados. Tolomeo, uno de sus generales, era partidario de una división razonada de los vastos territorios para formar reinos independientes, pero su tesis sólo prevaleció más adelante. Al principio Perdicas, nombrado *quiliarca* (una especie de canciller de estado), logró mantener la unidad del imperio, para destinar el poder al hijo de Alejandro y Roxana, mientras Tolomeo se quedaba con la satrapía de Egipto.



A partir de entonces, **Tolomeo** tomó de hecho las riendas del estado, dando inicio a la **dinastía de los Lágidas**, que duró hasta la conquista romana (30 a.C.). La nueva dinastía de los tolemeros trasladó significativamente la capital de Menfis, sede de los faraones, a Alejandro, la nueva metrópolis. Tolomeo se dio el sobrenombre de **Sóter** (el salvador); sus sucesores mantuvieron esta costumbre del sobrenombre. El rey aplicó una acertada política de mantenimiento de las conquistas. Sus disputas con los demás diádocos por la ampliación de las zonas de influencia, sobre todo de cara a Siria, no supusieron cambios territoriales importantes. La existencia de dos grupos étnicos muy diferentes, una minoría grecomacedonia que detentaba el poder y una mayoría egipcia indígena, creaba problemas de convivencia importantes. Tolomeo y sus sucesores trataron de superarlos con la creación de un estado nuevo, impregnado del espíritu universalista propio del helenismo. La novedad del dominio tolemaico consistió en esta coexistencia de culturas y tradiciones, pese a la imposibilidad objetiva de realizar una fusión completa de las dos etnias.



Si examinamos las líneas maestras de la política de Tolomeo I, seguida por los reyes posteriores, advertimos una búsqueda constante de equilibrio con los demás reinos helenísticos y la **aspiración a construir una monarquía de cuño oriental**: absolutista, basada en una sólida burocracia, en un control esmerado de la producción y los ingresos fiscales, en el respeto a los cultos de los pueblos sometidos y en una relación jerárquica que evitara la rigidez odiosa y cruel del anterior dominio persa. Para lograr estos objetivos necesitaba controlar las rutas marítimas, de modo que Egipto sacara provecho de su privilegiada posición geográfica de punto crucial en los intercambios entre el Mediterráneo oriental, África central y Asia, que era algo esencial para su prosperidad económica. La monarquía absoluta instaurada por Tolomeo I enlazaba con el modelo faraónico, aunque interpretado con la flexibilidad que la naturaleza mixta del nuevo estado requería. El rey detentaba el poder religioso y militar y era adorado por los súbditos como una divinidad (aunque los grecomacedonios tardaron bastante en amoldarse a esta tradición). Pero su comportamiento y su relación con los súbditos y la corte no se caracterizaron por la sacralización inaccesible de los faraones.

En la corte, el soberano se rodeó de ministros, generales, cortesanos,

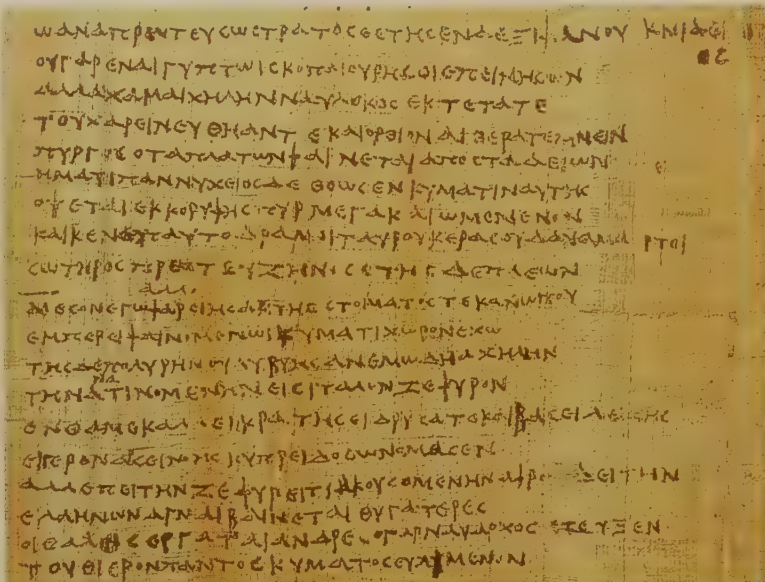
soldados, eunucos, esclavos, y también poetas, científicos e intelectuales. La corte se convirtió en el centro regulador de todos los poderes, un lugar desde donde el rey elegía a sus colaboradores más cercanos, promovía las obras públicas, animaba y patrocinaba a los artistas y literatos. Entre los funcionarios reales adquirió una importancia especial el **dioiketés**, administrador de las finanzas. Las actas oficiales se escribían siempre en lengua griega, pero cuando su contenido afectaba directamente a la población, no pocas veces se traducían a la escritura egipcia de la época, el demótico, para evitar una fractura entre el poder y la comunidad social.

Tolomeo potenció las comunicaciones, para favorecer no sólo el desarrollo comercial, sino también la unidad del reino. Para ello disponía de una eficaz **organización burocrática** creada por Alejandro y que Tolomeo conservó e incrementó. La elección de los funcionarios se efectuaba con mucho cuidado y severidad, así como la preparación de la flota y el ejército, formado sobre todo por tropas grecomacedonias, apoyadas por indígenas y mercenarios. Naturalmente, la relación entre las dos etnias era muy diferente en el campo y en la ciudad. En la zona del delta, y concretamente en Alejandría, perduraban situaciones que

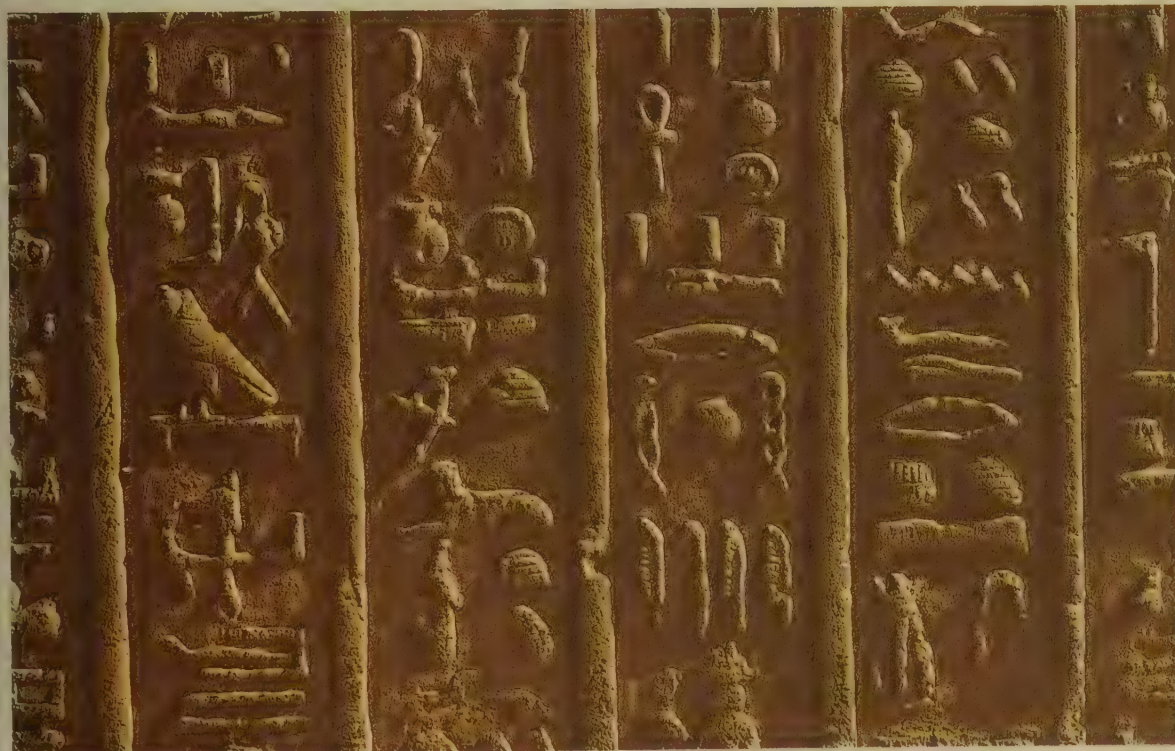
recordaban a las *polis* de Grecia: **cada ciudad** tenía su propia asamblea del pueblo, su senado, sus magistrados, etc. Pero esta **autonomía**, debida a la preponderancia de la población de lengua griega, estaba limitada por el poder real, a través de los funcionarios encargados de participar en el gobierno de la ciudad. En Alejandría, cuando no estaba el rey, había un gobernador. Este sólido aparato estatal, centrado en la figura del rey y sus colaboradores, fue un rasgo característico de la dinastía de los tolemeos.

Asu muerte, Tolomeo I legó este poderoso organismo a su sucesor, **Tolomeo II Filadelfo** (el que ama a su hermana), que reinó de 285 a 246 a.C.

Filadelfo, hijo de segundas nupcias de Sóter, que abdicó en su favor dejando fuera de la sucesión al primogénito que había tenido con su primera esposa, se empleó a fondo para consolidar el reino. Con la ayuda de hábiles generales, logró que

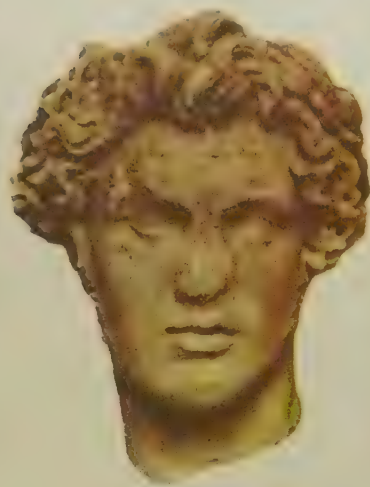


Arriba: fragmento del papiro Didot (s. II a.C.). Musée du Louvre, París. Este documento lleva dos epigramas de Posidipo de Pela, el primero de los cuales celebra el Faro de Alejandría, erigido por Tolomeo II Filadelfo. Izquierda: jeroglíficos de época belenística, procedentes de Kôm Ombô.



Egipto alcanzara su máxima expansión. Por otra parte, su obra perduró sobre todo gracias a los **grandes proyectos culturales** que convirtieron a Alejandría en la ciudad más moderna de su tiempo, a la vanguardia en el arte y la investigación científica. Se crearon instituciones que fueron referencias obligadas para el mundo contemporáneo: la biblioteca, fundada por Demetrio de Falero, el museo, una especie de academia a la que acudían los intelectuales más destacados, y el faro, una colosal torre de muchos pisos. Su corte, fastuosa y voluptuosa al estilo oriental, reflejaba el carácter típico de esta sociedad.

Durante el siglo IV a.C. Roma **consolidó definitivamente su hegemonía** sobre las otras ciudades itálicas. El proceso, largo y lleno de vicisitudes, pasó por momentos críticos que la tradición historiográfica romana procura atenuar, sobre todo cuando se trata del honor militar. Vemos esta



alternancia de éxitos y reveses en la **victoria sobre Veyes** (396 a.C.), seguida de la humillante ocupación de Roma por parte de los galos (390 a.C.). En el primer caso, tras una guerra de diez años, Roma logró tomar y arrasar la ciudad etrusca, aguerrida rival por el control del vado del Fidenes y el comercio de la sal en la desembocadura del Tíber. El artífice de esta victoria fue el dictador **M. Furio Camilo**, uno de los personajes más celebrados por la tradición patriótica capitolina. Gracias a la victoria, conseguida sin ningún aliado, Roma dobló la extensión de sus dominios y consolidó la supremacía sobre las ciudades del Lacio. Pocos años después, esta primacía recibió un duro golpe a causa de la imparable invasión de los galos, término con el que los romanos denominaban al pueblo celta indoeuropeo que había llegado a la cuenca del Po desde las llanuras de Europa oriental. Los galos penetraron en Etruria sin encontrar gran resistencia, y gracias a su poderosa caballería, **los galos obligaron a Roma a capitular**, la ocuparon y la saquearon. El Senado tuvo que pagar un fuerte rescate para conseguir la liberación de la ciudad. El recuerdo de la humillación que supuso el dominio de un pueblo «bárbaro» fue borrado, por así decirlo, de la memoria oficial. En la tradición historiográfica, y especialmente en la obra de Livio, encontramos una versión heroica en la que Roma aparece como ciudad elegida, predestinada por los dioses para dominar el mundo. Camilo, el vencedor de los veyenses, es elevado al rango de héroe nacional, antagonista valeroso de los «bárbaros» y

émulo de Rómulo. Reforzada la ciudad con las murallas servianas, Roma siguió siendo una ciudad más bien modesta, vinculada a una civilización campesina de ámbito provincial. Cuando se asomó a las regiones del sur tuvo que enfrentarse con una belicosa población, los samnitas, que ocupaban las montañas de Campania. Las **tres guerras samnitas**, que se prolongaron más de medio siglo (343-290 a.C.), implicaron también a los pueblos del Lacio, a los galos y a los etruscos, preocupados por el creciente poderío de Roma. Estuvieron jalonadas de episodios heroicos y humillantes (es famoso, entre otros, el deshonroso episodio de las Horcas Caudinas), pero su reconstrucción histórica resulta difícil, dado que el curso de los acontecimientos es deformado a conciencia por la analítica romana, en su afán por quitar importancia a las derrotas y destacar las victorias.

La consolidación romana no se debió tanto a la importancia de su ejército, como a su sagacidad a la hora de establecer relaciones duraderas con los pueblos vencidos. El expansionismo de los romanos, de acuerdo con el típico pragmatismo de la clase dirigente, avanzó con lentitud, estudiando en cada ocasión la solución más adecuada. Evitando imponer a los pueblos sometidos sus propias instituciones, Roma creó un tejido muy sólido y plural. Los derechos de las ciudades conquistadas fueron respetados. Roma recurría a su ayuda en el terreno militar, y por lo demás se limitó a impedir alianzas que fueran en su contra. El resultado fue un rompecabezas de poblaciones unidas a Roma por un vínculo bien definido, que evitaba el sometimiento brutal y al mismo tiempo

constituía una base muy estable para el poder romano. La primera confirmación de la validez de este sistema de dominio aparece con motivo de las guerras contra las ciudades de **Magna Grecia**. Estas ciudades estaban mucho más avanzadas culturalmente, pero políticamente eran frágiles, a causa de su particularismo. Nunca habían logrado convivir de forma pacífica con las poblaciones itálicas, y eran una amenaza potencial para el estado romano. Roma se entrometió hábilmente en las relaciones entre las *polis* griegas, y logró provocar la guerra con la poderosa Tarento, que llamó en su ayuda a un rey helenístico, **Pirro**, famoso general. Gracias al contacto con la avanzada técnica militar de la falange macedonia, los

romanos, pese a sufrir dos graves derrotas, adquirieron experiencia y mejoraron su táctica. Con el apoyo de las ciudades de Campania y Lacio, al final se alzaron con la victoria, y tras la **capitulación de Tarento** (272 a.C.), pudieron lanzarse a la conquista de la Magna Grecia. Cuando ésta entró en la órbita romana pasó por un período de decadencia. La subordinación a Roma se aceptó a regañadientes, pese a que la cultura local influyera, como era previsible, en el provincianismo de Roma. Los cultos, las costumbres y el refinado tren de vida de las cultas ciudades griegas dejaron su huella en los rudos conquistadores. Por otro lado, la expansión de Roma dio un golpe de gracia a las ciudades etruscas, que no habían perdido

Izquierda: retrato poco conocido de Pirro. Soberano beleno de Epiro, entró a menudo en conflicto con Roma entre 280 y 275 a.C.

Abajo: pintura mural de la tumba François (segunda mitad del s. IV a.C.), en Vulci. Museo di Villa Albani, Roma. La ciudad etrusca de Vulci fue sometida por Roma en 280 a.C.

Derecha: escena histórica, probablemente referida a las guerras entre romanos y samnitas; fragmento de fresco (c. 300 a.C.) procedente de un bípode de Esquilino. Palazzo dei Conservatori, Roma.

Página contigua, izquierda: cabeza de guerrero celta, en piedra arenisca, procedente de Nové Straseci (Eslovaquia).

Derecha: mapa de los territorios de procedencia y de las migraciones de las tribus celtas entre los siglos V y III a.C.



la ocasión de atacar a Roma cuando ésta se encontraba en apuros. La caída de Veyes, la pérdida progresiva de sus salidas al mar y su propio particularismo provocaron su lenta decadencia, también debida a la falta de relaciones con Grecia. En el siglo III a.C. las **ciudades etruscas** perdieron su influencia y se sometieron al sistema romano.

El nuevo papel que desempeñaba Roma en el escenario político mediterráneo no podía dejar indiferente a la rica y poderosa Cartago, ciudad de origen fenicio con la que

CELTAS, BRITANOS E ILIRIOS

Fuera de las tradicionales coordenadas de la historia grecorromana, otros pueblos y culturas descollaron en el variado y dinámico escenario de Occidente. Los estudios recientes han revelado el papel que desempeñaron los celtas en dicho escenario antiguo. Desde 1000 a.C. se habían asentado en Europa central, Galia y las islas británicas. Después pasaron a la llanura del Po y bajaron hasta Roma, saqueándola. Los romanos les llamaron galos. Se ramificaron hasta alcanzar la península helénica y Asia Menor, donde fundaron el estado federal de Galacia, mezclándose luego con los colonos griegos.

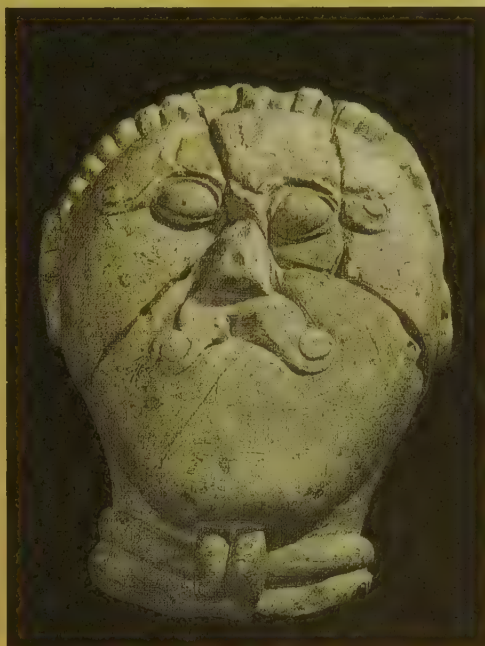
Los britanos conservaron rasgos marcadamente autónomos. En tiempos de Piteas conservaban sus antiguas costumbres, de las que se tienen datos aún escasos y poco claros.

Su técnica de combate se basaba en el uso de carros (essedae), desde los que lanzaban flechas antes de combatir a pie. La tierra era un bien común de todo el clan,

y no se sabe casi nada de su religión. Al parecer practicaban la antropofagia, y en circunstancias solemnes se pintaban la cara. De ahí, según algunos autores, el término britanos, que procedería del celta brañt, equivalente al latino picti (pintados), pero hay quien discute esta etimología. Al parecer, algunos pueblos de la costa emigraron desde el continente, probablemente desde Bélgica.

La historia de los ilirios, en cambio, interfirió con la de los pueblos itálicos. Era una población indoeuropea asentada en Dalmacia, pero con numerosas bases en la costa italiana.

Semibárbaros, condicionados por las escarpadas montañas al borde del mar, se dedicaban a la piratería con veloces biremes, las famosas liburnicae naves, y llegaron a fundar su reino (siglo III a.C.), que se convirtió en un importante obstáculo para los romanos. Sólo tras prolongados combates lograron éstos reducir definitivamente a los belicosos ilirios.



hasta entonces los romanos habían mantenido unas relaciones equilibradas. Pero la conquista romana de las prósperas ciudades griegas, tradicionales rivales de Cartago en el comercio, cambiaba mucho la situación. La zona crítica en torno a la cual giró el primer conflicto entre las dos ciudades fue **Sicilia**, dividida entre colonias griegas y

posesiones cartaginesas. Sin duda, la decisión de embarcarse en un conflicto lleno de incógnitas fue difícil y audaz, pues entre otras cosas los romanos no estaban acostumbrados, por tradición y mentalidad, a combatir en el mar, y eran inexpertos navegantes, mientras que podían contar con un ejército bien equipado y formado por

ciudadanos acostumbrados a defender personalmente su estado. La extraordinaria cohesión de las tropas terrestres romanas, vencidas en varias batallas pero nunca doblegadas, fue precisamente la clave de su victoria. Su tenacidad, unida a ingeniosos

indicio de debilidad. En un intento de resquebrajar a su adversario, llevó la guerra a Italia, pero Roma resistió denodadamente, pese a sufrir derrotas y destrucciones. Por otra parte, la composición heterogénea del ejército de Aníbal, formado por mercenarios



inventos como los puentes levadizos que se enganchaban a las naves enemigas, depararon las victorias navales de la **Primera guerra púnica** (264-241 a.C.), muy significativas por cuanto no había precedentes dignos de mención. El éxito convirtió a Roma en una gran potencia, que ya dominaba toda Sicilia, y justo después se anexionó Córcega y Cerdeña. La supremacía marítima desplazó los puntos de discordia entre ambos contendientes. La revancha cartaginesa que defendía el partido de los Barca tenía puestas sus miras en la **península Ibérica**, con sus ricas minas de plata, necesarias para sanear las finanzas púnicas. Una presunta provocación, el ataque cartaginés a Sagunto, ciudad ibérica aliada de los romanos, provocó la **Segunda guerra púnica** (218-201 a.C.), que para los historiadores romanos (Salustio, Livio) fue un paso decisivo en la consolidación de imperialismo romano: signo indudable de la vitalidad del estado, pero también comienzo de una crisis social que generó corrupción y avaricia de dinero.

La naturaleza plural del estado romano fue vista por el cartaginés **Aníbal** como

reclutados en las poblaciones oprimidas por el dominio cartaginés, fue lo que le impidió una acción en profundidad. Además, el aprovisionamiento era muy escaso. Asdrúbal hizo varios intentos esporádicos de socorrerle, pero fue derrotado varias veces en Hispania para acabar hallando la muerte en Italia, de modo que Aníbal no salió de su aislamiento. Los romanos, una vez superadas las dificultades iniciales gracias a la táctica dilatoria de **Fabio Máximo** y, sobre todo, a la entrada en escena de **Cornelio Escipión**, cuya capacidad estratégica se contraponía a la capacidad técnica de Aníbal, dieron un vuelco total al conflicto. Escipión era culto, brillante admirador y partidario de esa cultura helenística en la que también se inspiraba su antagonista. La opinión pública romana le veía como un caudillo carismático capaz de actuar con total independencia de las leyes y la tradición. Gracias a las tropas de refresco, llevó la guerra al territorio africano y obligó al enemigo a rendirse. La derrota de Cartago, y sobre todo las duras condiciones impuestas por el tratado de paz, supusieron la salida definitiva de la ciudad púnica del grupo de las grandes potencias mediterráneas.

Cartago, en los siglos de su rápida expansión (s. VI-V a.C.) había sometido las regiones costeras africanas del Mediterráneo occidental y del Atlántico, y también se había adentrado hasta el borde del desierto. Pero apenas tenemos noticias de esta conquista. Estamos mejor documentados acerca de las **luchas contra Cirene**, que a mediados del siglo IV detuvo el avance cartaginés hacia Oriente. Impulsados por la inhóspita naturaleza de la tierra africana, los cartagineses se habían dedicado sobre todo al comercio marítimo, imponiendo su control

pero a la postre Cartago consiguió conservar la Sicilia occidental hasta el río Alico (el actual Platani). Tras la muerte de Dionisio, en 367 a.c., y unos pocos años de tregua que correspondieron al gobierno de su hijo Dionisio el Joven, el conflicto se recrudeció bajo el mando del corintio Timoleón.

Los siciliotas lograron una gran victoria con Timoleón, en 341 a.C., pero no supieron sacarle provecho a causa de su particularismo y sus firmes aspiraciones



en las rutas de la plata y el estaño en el Mediterráneo central y occidental. En **Sicilia**, cuya parte occidental habían ocupado, tuvieron que hacer frente a la resistencia y la competencia de las **colonias griegas**, movidas por ambiciones parecidas.

El siglo V había concluido con el dominio cartaginés sobre la isla, pero el siglo IV se inauguró con la ruptura de las hostilidades por parte de **Dionisio**, el ambicioso tirano de **Siracusa**. Aunque a veces se presenta a Dionisio como defensor de la civilización griega en Sicilia, en realidad lo que pretendía con la guerra contra Cartago era legitimar su proyecto monárquico y extender su poderío a toda Sicilia, agrupando a los griegos de la isla bajo la bandera de la lucha contra los cartagineses, odiados por su proverbial crueldad. Las guerras fueron encarnizadas y sanguinarias, con ventaja para unos u otros,

republicanas, de modo que la paz volvió a confirmar la frontera del Alico. Durante los años siguientes el Oriente fue sacudido por el mayor y más rápido cataclismo político y militar de la antigüedad: Alejandro aniquiló el imperio persa, sometió Egipto y se adueñó de las ciudades fenicias, ocupando Sidón y destruyendo Tiro. Cartago fue la única ciudad fenicia que conservó su independencia, pero se vio obligada a defender su existencia frente a enemigos cada vez más agueridos.

Agatocles, tirano de Siracusa desde 317, retomó el proyecto de Dionisio el Viejo. Asediado en Siracusa por los cartagineses y sus aliados de Sicilia, con una audaz iniciativa consiguió extender la guerra a África. Pero Cartago superó el difícil trance y, una vez más, vio reconocido su poder en Sicilia, donde muchas ciudades prefirieron el dominio púnico a las tiranías locales.

Tras la muerte de Agatocles y el fracaso de otros intentos de unificación de la isla, los siciliotas decidieron solicitar la ayuda de un gran estratega, **Pirro**, el vencedor de los romanos. Con una fulminante campaña (278 a.C.) Pirro arrebató toda la isla a los cartagineses, excepto Lilibeo (la actual Marsala), en el extremo occidental. Los siciliotas, que no toleraban las injerencias extranjeras, hubieran querido apoderarse de ese último bastión, pero no deseaban más sacrificios de sangre y dinero. Pirro, destinado a ganar las batallas pero a perder las guerras, abandonó la isla (277 a.C.). Cartago también prefirió suspender la guerra y dar tiempo al tiempo.

Siracusa, su irreductible enemiga, estaba amenazada por los **mamertinos**, mercenarios itálicos que habían ocupado Messina y desde allí hacían sus incursiones. Cartago les ayudó a defenderse de **Gelón**, el tirano de Siracusa. Pero los mamertinos, para librarse de tal protección, enviaron embajadores a Roma y le pidieron que interviniera. Roma aceptó y así comenzó Cartago una sangrienta lucha por su existencia

A la izquierda: el castillo de Eurialo, cuyas murallas y torres fueron construidas por Dionisio, en el año 402 a.C. Dionisio, tirano de Siracusa, combatió durante largo tiempo el dominio cartaginés en Sicilia. Abajo, en las dos páginas: Siracusa, La Cantero del Paraíso, gruta artificial llamada Oreja de Dionisio. En estas canteras eran encerrados, en condiciones inhumanas, los prisioneros del tirano. La leyenda cuenta que, por la especial conformación de la gruta, desde arriba se podía oír cualquier cosa que se dijese, incluso en voz baja, y que el tirano la utilizaba para descubrir las tramas de sus enemigos.

que iba a durar más de un siglo: las **guerras púnicas**. Cartago comprendió que Messina podía ser la primera etapa de la gradual extensión de la influencia romana a las ciudades estado sicilianas. Pero su experiencia y sus doscientas naves le hacían





confiar en el restablecimiento del *statu quo*. La confianza era tal que Cartago planteó la guerra (264-241 a.C.) con una estrategia defensiva; durante los últimos años se había dedicado a reconquistar las posiciones perdidas en África durante las guerras contra



Arriba, en las dos páginas: nave de guerra romana, calco del relieve del cementerio de los Gordianos. Museo della Civiltà Romana, Roma. La supremacía naval cartaginesa en el Mediterráneo fue una de las causas principales de las tres guerras en que se vio envuelta Roma para contrarrestar la hegemonía púnica. Al lado: Pirro (319-272 a.C.), rey del Epiro desde el año 306, fue llamado por los siciliotas para liberar a Sicilia del dominio cartaginés. Genial estratega, Pirro consiguió con una fulminante campaña de guerra (c. 278 a.C.) liberar toda la isla, excepto Lilibeo (la actual Marsala). Sin embargo, al año siguiente tuvo que abandonar Sicilia, al no lograr obtener una victoria definitiva.

los siciliotas, y llegó incluso a desarmar la flota. Fue así como se vio sorprendida por la tenacidad de los romanos, la rapidez con que se sobrepusieron a siglos de inexperiencia en la técnica naval y la audacia de sus ataques, que bajo el mando de Atilio Régulo llegaron a atacar Cartago en su propio terreno. Después de varias victorias y derrotas en ambos bandos, el final fue rápido y, por lo menos para los cartagineses, inesperado: **la flota cartaginesa fue derrotada en las Égates**, y el padre de Aníbal, Amílcar Barca, fue enviado para firmar la paz. Cartago perdió Sicilia, que se convirtió en la primera provincia romana. Durante los años siguientes (241-237 a.C.), una nueva calamidad se abatía sobre Cartago: sendas rebeliones de los mercenarios, que no habían cobrado, y de los númidas, hartos de los sacrificios que se les exigía. La guerra de los

mercenarios, que terminó con el aniquilamiento de los rebeldes, impresionó a los historiadores antiguos, como Polibio y Diodoro Sículo, porque estuvo llena de episodios crueles que encajaban con la imagen que se tenía del pueblo púnico, e interesa a los historiadores modernos por ser el preaviso de otros conflictos sociales, frecuentes en el mundo helenístico.

Pero lo más importante para la civilización mediterránea fue el resultado de la pugna entre los partidarios de Hannón el Grande, que pretendía consolidar los dominios africanos, y los de **Amílcar Barca**, que dirigió el imperialismo cartaginés hacia España, ya fuera para preparar el desquite contra Roma (como afirma Polibio), ya fuera por

una desenfadada ambición personal (como sostenían los romanos y los enemigos de los Barca). Pero África no poseía las minas españolas y Roma se había convertido en una seria amenaza, de modo que Amílcar, y después su yerno Asdrúbal, conquistaron a lo largo de quince años (237-223 a.C.) gran parte de **España al sur del Ebro**. En un tratado con los romanos, que no perdían de vista el resurgimiento del poderío púnico, este río era el límite de la expansión cartaginesa. En 221 a.C., Asdrúbal fue asesinado por un celta, y el ejército aclamó al joven **Aníbal** como sucesor suyo. La historiografía romana atribuye a este último toda la responsabilidad de la guerra que estalló al poco tiempo. En efecto, Aníbal decidió atacar Sagunto, una ciudad que los



romanos habían declarado «amiga» a pesar de hallarse al sur del Ebro. Es difícil decir quién violó el primero los pactos; el caso es que romanos y cartagineses, con mutuas acusaciones de deslealtad, rompieron las hostilidades.

La Segunda guerra púnica (218-202 a.C.) puso de manifiesto el genio militar de Aníbal. Los romanos contaban con combatir en España o en el mar, pero Aníbal les sorprendió llevando el ataque, tras una rápida y audaz marcha a través de los Alpes, a la mismísima llanura del Po. La sagaz previsión de los movimientos enemigos, la capacidad para aprovechar las características del terreno, la gran inteligencia estratégica y la rapidez de acción fueron rasgos comunes a todas las batallas que ganó Aníbal en Italia: **Tesino**, **Trebia** (218 a.C.), lago **Trasimeno** (217 a.C.) y

llanura de **Cannas** (216 a.C.). La hábil diplomacia de Aníbal y el respeto y temor que inspiraban sus victorias provocaron desertiones entre los aliados de Roma, pero no resquebrajaron los cimientos de la confederación itálica. Tras los años de victorias vinieron los años de dificultades y las primeras derrotas. Aníbal tenía un problema irresoluble con su potencial humano, pues las tribus y ciudades aliadas no proporcionaban refuerzos, salvo los voluntarios, y los Escipiones impedían el envío de tropas desde España. Otro problema era la dificultad de aprovisionamiento en los territorios controlados por los ejércitos de Roma. Mientras tanto, en el ejército romano de España descollaba un caudillo de grandes dotes, **Escipión**, que sería llamado **el Africano**, pues fue quien planeó y llevó a cabo el desembarco del ejército romano en África (204 a.C.). Aníbal tuvo que salir de Italia y prepararse para enfrentarse con Escipión.



ANÍBAL, EL GRAN PERDEDOR

El nombre de Aníbal está ligado a una guerra que, por la variedad de sus frentes y de los pueblos implicados, se puede considerar el primer conflicto mundial de la historia: la Segunda guerra púnica, también llamada «guerra anibállica». En efecto, para la historiografía clásica Aníbal fue el único responsable de un conflicto que, más que ningún otro, marcó el destino de Roma. Su figura se agiganta en las páginas de Polibio, Cornelio Nepote y Livio, con los rasgos típicos del enemigo de la patria, malvado pero genial. Es famoso sobre todo el retrato que hace Livio de él, destacando su vigor físico y moral, su valor, su carisma de jefe, pero también su «crueldad inhumana», su «perfidia más que púnica» y su falta de principios religiosos.

Sin duda, los historiadores romanos dieron una importancia excesiva a la figura de Aníbal, pero el caudillo cartaginés sigue siendo, en buena medida, un desconocido para nosotros.

Sólo nos ha llegado la versión romana, muy condicionada por la propaganda bélica.

Polibio (200-c. 118 a.C.) asegura que su relato es verídico, pues afirma que se atiene a una inscripción en púnico y griego que Aníbal mandó grabar en unas tablas de bronce conservadas en el templo de Hera, en Cabo Lacinio.

Pero el testimonio habría sido más interesante si el historiador hubiera transcrito fielmente el texto.

También dice que ha leído la obra de Sosilo, un espartano del círculo de Aníbal, a quien había enseñado el griego. Pero sólo nos ha llegado un fragmento de los siete libros en los que Sosilo narró las empresas de Aníbal.

No ha quedado nada, pues, de la historiografía filocartaginesa, por lo que resulta difícil formular un juicio completo y objetivo sobre Aníbal.

Nació en el seno de la poderosa familia mercantil de los Barca (baraq en púnico significa rayo), que impulsó la conquista

de España a partir de 237 a.C. Recibió una educación abierta a la cultura helenística. Se inspiró en Alejandro, y sus acciones políticas y militares, como las del macedonio, estuvieron inspiradas en ambiciosos proyectos y ciertos análisis, a veces muy previos.

Se dio cuenta de que la fuerza de Roma se basaba sobre todo en la solidez de la confederación itálica, y a Italia se dirigió para tratar de desbaratarla; previó el inevitable conflicto entre Roma y el Oriente griego, y por ello, cuando estaba en Italia,

trató de aliarse con Filipo V de Macedonia; después de perder la guerra, cuando estaba exiliado en la corte de Antíoco III de Siria, defendió la necesidad de establecer una gran alianza entre todas las potencias helenísticas para hacer frente al imperialismo romano.

Al llevar adelante su proyecto chocó a menudo con el mundillo político cartaginés, que se sentía atraído por sus conquistas pero, al mismo tiempo, veía con recelo el creciente poderío de una familia que parecía querer emular a las dinastías helenísticas.

En efecto, daba la impresión de que la sumisión de la península Ibérica era un intento de formar un auténtico reino.

Por otro lado, dos expediciones de apoyo por mar (Magón) y por tierra (Asdrúbal), rechazadas por los romanos, desmienten la especie de que Aníbal fue abandonado por su ciudad.

En realidad, tuvo con ella una relación de odio-amor, pues aunque hizo lo posible por la grandeza de su patria, tratando de levantar su economía después de la derrota, fue enviado al exilio por sus conciudadanos a causa de la lucha entre facciones, y pasó los últimos años de su vida exiliado en la corte del rey Prusias de Bitinia.

A diferencia de Alejandro, no ha quedado nada de su vasta obra, salvo ese perfil fascinante y un poco buidizo de uno de los grandes perdedores de la historia universal.





La batalla decisiva tuvo lugar en **Zama**, y se saldó con la victoria de Escipión, que contaba con el apoyo de los cuatro mil jinetes de Masinisa, rey de Numidia. La derrota impuso a Cartago unas **condiciones de paz muy duras**: se vio reducida a sus territorios africanos, perdió su flota y tuvo que pagar indemnizaciones de guerra. De haber ganado Cartago, no habría levantado un imperio comparable al romano, sino que se habría limitado a extender su influencia a todo el Mediterráneo occidental. No obstante, Cartago seguía siendo una competidora de los mercaderes itálicos por su posición geográfica,

y dado que la ciudad ya no suponía una amenaza militar, algunos decenios después Roma decidió destruirla. Asediada por las tropas romanas, la ciudad resistió con valor pero fue arrasada (146 a.C.). Su territorio se convirtió en la nueva «provincia de África».

En la página anterior, a la izquierda, arriba: mapa de la Segunda guerra púnica, con los movimientos de los cartagineses y de los romanos, y los lugares de las principales batallas.

A la izquierda, abajo: ruinas en Cannas, donde en el año 216 a.C. los romanos sufrieron una de sus derrotas más graves a manos de los cartagineses, capitaneados por Aníbal.

En esta página, a la izquierda: relieve mural marmóreo con un elefante de combate, Roma.

Abajo: Los últimos días de Sagunto, obra de Francisco Domingo y Marqués (1842-1920), Palau de la Generalitat, Valencia.

El cuadro plasma el fin de Sagunto, ciudad amiga de Roma, conquistada y saqueada por el ejército de Aníbal.

A la derecha: el templo de Apolo, en Cirene. Ciudad de gran riqueza y esplendor, Cirene disputó la potencia cartaginesa durante toda la primera mitad del siglo IV a.C.



Después de Cartago la ciudad más importante del norte de África durante la época clásica y helenística fue **Cirene**, descrita por Herodoto y glosada por Píndaro y Calímaco, su hijo más ilustre. Rica y

espléndida, las luchas intestinas entre demócratas y aristócratas la debilitaron, hecho que fue aprovechado por sus vecinos cartagineses, griegos y egipcios. Las guerras con Cartago fueron frecuentes durante la primera mitad del siglo IV. Después de



Alejandro, de quien fue aliada, y de los conflictos entre los Tolomeos y sus generales y gobernadores que se habían adueñado de la ciudad y la habían declarado independiente, Cirene se incorporó definitivamente a Egipto en 247 a.C.

La historia del **reino de Nubia**, situado al sur de Egipto, también estuvo ligada a su poderoso vecino. En la época helenística, bajo las continuas amenazas de los egipcios, los reyes nubios trasladaron la capital más al sur, de Napata a Meroe (325 a.C.). Así fue como Meroe se convirtió en la ciudad más importante del reino, desde donde los soberanos extendieron su dominio al territorio comprendido entre el Nilo y el Atbara, rico en minas. El reino de Nubia conservaría durante mucho tiempo su independencia, manteniendo buenas relaciones con sus vecinos. También la historia del **reino de Nubia**, que corresponde a la Etiopía de los griegos y al reino de Kuš del *Antiguo Testamento*, corre paralela a la de su poderoso vecino, Egipto.

La India fue el único país del lejano Oriente con el que entró en contacto el mundo clásico. Ya en el siglo VI a.C., Ciro el Grande llegó a la cuenca del Indo ocupando Bactriana, Aracosia y Gandhara, y Darío I pasó el río y conquistó la región llamada Hindu. De esta forma, la India se convirtió en la vigésima provincia, y la más rica del imperio persa. **Alejandro Magno**, en su afán por crear un imperio universal mediante la sustitución en Oriente de los vencidos Aqueménidas, también llegó hasta el Indo, pero para imponer su autoridad tuvo que combatir arduamente con los habitantes de la región, el **Panjáb** (la tierra de los cinco ríos), encabezados por el rey Pauravas, cuyo nombre helenizado es **Poros**. Alejandro aplastó a los insurrectos y derrotó al ejército de Poros en una gran **batalla**, librada a orillas del río **Hidaspo**. En recuerdo de la victoria decidió fundar dos ciudades, Nicea y Bucefalia, una en cada orilla del Hidaspo. Aplicando su hábil política de conservar los equilibrios preexistentes, no destronó a Poros y amplió notablemente sus posesiones, convirtiéndole así en un fiel aliado con el título de sátrapa. El **Panjáb** siguió dividido en las siete satrapías creadas por los Aqueménidas, a la cabeza de las cuales Alejandro colocó a hombres de confianza, apoyados y al mismo tiempo controlados por las guarniciones macedonias. Llegado al río Bias, Alejandro tuvo que ceder ante el motín de sus tropas, que se negaron a seguir, y emprender el regreso. Ésta es por lo menos la versión que se suele aceptar, pero tal vez Alejandro consideró prudente evitar un enfrentamiento con Magadha, el poderoso reino de la dinastía de los Nanda, en el valle del Ganges. Lo cual explicaría un episodio oscuro, a medio camino entre la historia y la leyenda: al parecer, durante la campaña contra Poros, Alejandro recibió la visita de un ambicioso general de Magadha, que ofreció su apoyo al caudillo macedonio a cambio de que éste le ayudara a destronar al rey Mahapadma Nanda, para subir él al trono de Pataliputra. Según relata Plutarco, Alejandro rechazó desdeñosamente la propuesta del traidor. Resulta chocante la rectitud de Alejandro, pero el episodio podría explicar, de forma novelesca, la energía con que el joven general de Magadha, como cuenta el historiador Justino, se convirtió en «autor de la libertad» y se puso a la cabeza de las tribus guerreras de Panjáb, obligando a retirarse a los prefectos y lugartenientes de Alejandro. El general subió al trono de Magadha y dio inicio a la gran dinastía maurya (c. 312 a.C.-c. 185 d.C.).

El nombre de este inteligente y ambicioso guerrero era **Chandragupta**, que en los textos griegos aparece como Sandrakottos o Sandrakuptos.

Mucho antes de este episodio, **Magadha**, por la concurrencia de factores geográficos, étnicos y culturales, ocupaba una posición hegemónica entre los dieciséis estados en que tradicionalmente se divide la India antigua. No en vano estaba situado en el valle y el delta del **Ganges**. El río sagrado y sus afluentes aseguraban una agricultura próspera, y brindaban vías naturales de comunicación y comercio. La población sólo estaba arianizada en parte, por lo que estaba menos sometida a la tradición védica y al rígido sistema de castas en el que ésta se basa. Gracias a la floreciente economía y a un tejido social más abierto, se formó una poderosa aristocracia del dinero y hubo una gran movilidad entre las clases. El rey, **Mahapadama**, era un *sudra*, es decir, miembro de la última de las cuatro *varna* (castas) en que se dividía la sociedad india. Los *sudra* se dedicaban a trabajos serviles, eran obreros y braceros y estaban subordinados por nacimiento a las tres clases superiores de los *brahmanes* (sacerdotes),



Arriba: El templo de Jandial en Takṣaśilā (Taxila) que, por su afinidad con los modelos griegos, podría tomarse por el templo del Sol donde se hallaba expuesta una estatua honorífica de Alejandro Magno cuatro siglos después de la muerte del soberano. Izquierda: el imperio de Asoka y su desmembramiento.



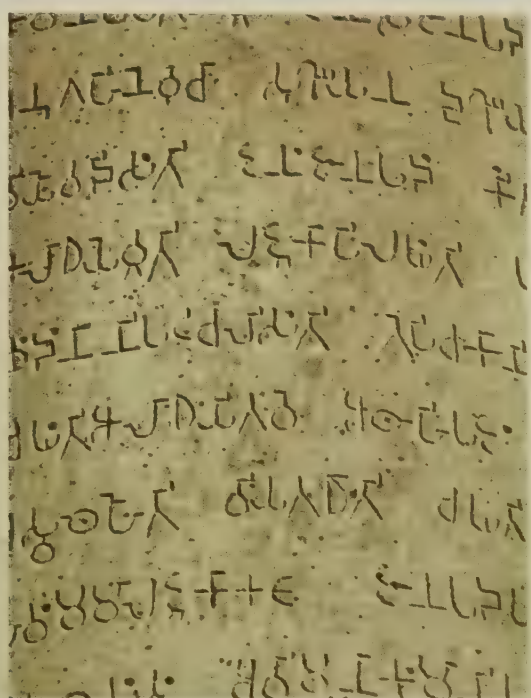
ksatriya (guerreros) y *vaisya* (artesanos y mercaderes). El origen humilde del rey Nanda es la manifestación más llamativa de una crisis general del sistema político védico, que coincidió con la difusión de nuevas religiones como el budismo y el jainismo, que habían nacido unos dos siglos antes precisamente en Magadha. Así pues, esta potencia tenía todos los requisitos económicos y culturales para fundar el imperio indio más antiguo y extenso.

Con **Chandragupta**, sus fronteras se extendieron del Panjáb a Bengala y del Himalaya a los montes Vindhya. El nuevo rey dotó al reino de una poderosa máquina bélica, un ejército de soldados profesionales, 700.000 entre las tropas de infantería y caballería, a los que se sumaban 9.000 elefantes y 10.000 carros de guerra. Cuando, siguiendo los pasos de Alejandro, Seleuco Nicátor puso sus miras expansionistas en el valle del Indo, Chandragupta le detuvo sin dificultad y le obligó a sellar un acuerdo (c. 300 a.C.), a raíz del cual fue recibido en la

Al lado: detalle de una columna de Asoka (s. III a.C.), actualmente en Nueva Delhi, que lleva grabado uno de los edictos con los que el emperador difundió en sus dominios la ley moral budista.

Abajo: el emperador Asoka en un dibujo extraído de un relieve antiguo.

Derecha: capitel de Asoka (s. III a.C.), de Sarnath. Museo de Sarnath. Cuatro leones apoyados sobre un ábaco circular adornado con cuatro ruedas, símbolo de la auténtica ley de Buda, alternadas con un león, un caballo, un elefante y un toro; debajo, la flor de loto del revés, en forma de campana, símbolo de la misericordia de Buda.



corte de Pataliputra el embajador seléucida Megastenes, autor de las *Indiká*. Los fragmentos que han llegado hasta nosotros de esta obra nos dan informaciones muy valiosas sobre la **India de los Maurya**. En su obra de conquista y posterior reorganización de un estado unitario compuesto por regiones tan distintas por raza y cultura, Chandragupta siguió los consejos del brahmán **Kautiliya**, a quien se atribuye el *Arthashastra*, el tratado de ciencia política más antiguo, que legitima el absolutismo más despiadado. El poder del rey es de origen divino, y la ley que emana de él es superior a la propia ley moral. Conviene recordar que en la India el concepto de «divino» era insólitamente banal, pues todo lo existente podía ser divino, y el poder real estaba limitado por el poder de la casta de los brahmanes, los reyes vasallos y los ministros. Por este motivo, la investidura divina de los reyes debía ser confirmada periódicamente con ritos. Pero estas limitaciones tradicionales no fueron obstáculo para que Chandragupta reuniera las regiones sometidas en un **estado unitario y muy centralizado**, administrado con una espesa red de funcionarios ordenados jerárquicamente y controlados por el cuerpo de espías omnipresentes. El propio Megastenes, en las *Indiká*, habla de la enorme eficacia de este sistema. En la compleja estructura del imperio maurya quedaba poco espacio para la autonomía. Todas las actividades estaban controladas o eran gestionadas directamente por el estado, desde la agrimensura hasta la prostitución, pasando por el ganado, los graneros, los arsenales, las monedas, los instrumentos de trabajo y las casas de juego. El rey era garante del orden, y esta función se basaba en el duro

despotismo teorizado en el *Arthashastra*, en el que leemos que «el gobierno es la ciencia del castigo» y se describe una sesión de torturas de dieciocho días. **A Chandragupta le sucedió su hijo Bindusara**, citado en las fuentes griegas como Amitrakhatas (c. 288-274 a.C.), que amplió el imperio incorporando India central y gran parte de Decán y mantuvo buenas relaciones con los seléucidas y los tolomeos. La dinastía llegó a su apogeo con **Asoka** (274-c. 232 a.C.), del que, extrañamente, no dicen nada las fuentes griegas. Asoka amplió aún más el dominio maurya conquistando Kalinga, en la costa

oriental de la península India, con lo que el **imperio alcanzó su máxima extensión**. Llegó a ocupar casi todo el subcontinente indio, excepto el extremo sur. Con Asoka, la India entró en la historia: gracias a los numerosos testimonios epigráficos se pueden datar con seguridad hechos y protagonistas. En efecto, Asoka hizo grabar sus **edictos** en rocas, pilares y columnas. Los textos están en pracrito, una lengua simplificada parecida a la hablada, para facilitar su comprensión y difusión, pero también, como en Kandahar (en el actual Afganistán), en griego y arameo. Por estos documentos sabemos que Asoka mantenía intensos contactos con el sur de la India y la isla de Ceilán y se relacionaba con los principales reyes helenísticos de su tiempo: Antíoco III de Siria, Tolomeo III, Antígono Gonatas y Alejandro de Epiro.

En el interior del reino, Asoka prosiguió la sustitución, ya iniciada eficazmente por Chandragupta, del antiguo régimen feudal por una organización administrativa compacta, que garantizaba al rey el control de la recaudación de impuestos y la aplicación de las leyes. El propio Asoka realizaba inspecciones regulares en los territorios del reino para verificar directamente la marcha de los asuntos administrativos; recibía a sus informadores a cualquier hora del día o de la noche, y no dudaba en tomar severas medidas contra los que incumplían sus leyes. La obra de Asoka fue la más importante, no sólo en el proceso de unificación política y desarrollo económico del mayor imperio indio, sino también en el plano cultural, sobre todo en el religioso.



La conquista de Kalinga fue especialmente cruenta. Al final de la guerra hubo 15.000 desterrados, 100.000 muertos en batalla y un número incalculable de víctimas a causa del conflicto. Este trágico balance conmovió al rey, que **se convirtió al budismo**. La única victoria que deseaba ya era la de la ley, el *dharmā*, que es a la vez ley y religión, orden social y orden moral. Sus viajes de inspección fueron también continuas peregrinaciones a los lugares sagrados del budismo e itinerarios de propaganda y proselitismo. Con Asoka, el budismo se convirtió



en una religión de masas y se propagó por Cachemira y Ceilán, llegando a ser un poderoso factor de civilización. Gracias a Asoka se cerró el ciclo iniciado por Chandragupta: **se realizó la aspiración universalista de la dinastía maurya**, que reunía dentro de sus fronteras muchos pueblos diferentes superando los particularismos de religión y casta. Asoka, ferviente budista, protegió a todas las religiones, y en sus edictos invitó a la **tolerancia**.

Esto fue posible porque la civilización maurya era modernamente laica: la unidad del estado no se basaba en un credo impuesto a la fuerza, sino en la ley del rey, igual para todos, y en una administración firmemente centralizada. Se puede decir que el reino maurya se parecía en esto a las grandes construcciones estatales del helenismo.

Durante nueve siglos, del XIII al III a.C., los señores de Zhou, la belicosa marca creada en las tierras altas del Wei fronterizas con Mongolia, detentaron el título de monarcas legítimos de China, cuyo territorio coincidía entonces con la cuenca del Huanghe. Pero cuando descendieron a la fértil llanura de Henan, su poder se debilitó paulatinamente. En la periferia del Reino del Centro, el *Zhongguo* (que para los chinos se convirtió en el nombre de su país), los grandes señores feudales, que se habían hecho independientes, crearon nuevos reinos o principados. Pronto se enzarzaron en feroces luchas por el predominio. Esta época, llamada de los Reinos combatientes, terminó en 221 a.C., cuando el reino de Qin englobó a los demás y creó el nuevo imperio chino.

Estos siglos, durante los cuales se forjó la civilización china, se dividen tradicionalmente en dos períodos. El primero



Izquierda: tres escenas de un relieve funerario recuperado en una tumba de época Han (s. II a.C.). La franja central ilustra el intento de homicidio de Shi Huangdi, a la sazón rey de los Qin, por parte de un sicario del príncipe heredero de Yan. Rozado por un puñal que se ba clavado en la pilastra, el rey buye pidiendo socorro (derecha), mientras el agresor es sujetado por la guardia (izquierda). En el centro: mapa de China durante el período denominado de los Reinos combatientes. Abajo: figura de guerrero en arcilla del mausoleo del emperador Shi Huangdi, fundador de la dinastía Qin.

que esbozar. En el estado de Qin se aplicaron con dos mil años de adelanto las concepciones de von Clausewitz: la guerra es el método más eficaz para someter al enemigo, pero no el único, ni siquiera el más importante; para lograr ese fin hay que coordinar las fuerzas militares y las económicas, políticas e intelectuales. Se puede hablar de una auténtica **revolución cultural**, que afectó a todas las capas de la sociedad. Se creó un cuerpo de funcionarios que dependían directamente del rey; se racionalizó la agricultura para aumentar su productividad con vistas a la guerra, gracias a los estudios sobre los suelos y los ciclos vegetativos, al uso de aperos de hierro y abono, al drenado de los pantanos, etc.; y el artesanado se organizó industrialmente para la fabricación de armas cada vez más mortíferas.

Los intelectuales se dedicaron al estudio de la estrategia bélica, y en general apoyaron la actuación del príncipe, como los legistas, representantes de la escuela político-filosófica que preconizaba un gobierno centralizado con un monarca absoluto, que encontraron un terreno abonado para su «maquiavelismo» en el estado de Qin.



se extendió hasta mediados del siglo V a.C., y se llama **período de las primaveras y los otoños**, por el título de la crónica del estado de Lu, en Shandong, la única obra que se salvó de la «quema de libros» de 213 a.C. El segundo, que terminó en 221 a.C., es el **período de los Reinos combatientes**, en chino *Zhangguo*. Se trata de un período de gran inestabilidad política. Gracias a esta misma inestabilidad, los intelectuales tuvieron al menos la posibilidad de seguir sus propias inclinaciones. Es por tanto una época de **grandes innovaciones**, tanto en la vida económica como en el pensamiento y el arte, y se podría comparar con la Grecia clásica. Los señores feudales más poderosos se arrogaron prerrogativas reales, y al rey Zhou, confinado en los espléndidos palacios de

Luoyang, sólo le reconocían la autoridad de sumo pontífice del culto agrario ancestral de la tierra y el cielo.

La lucha por la hegemonía se limitó a los siete estados más poderosos, enzarzados en una guerra sin cuartel que ocupó todas las energías, los recursos económicos y las fuerzas intelectuales de los reinos implicados. Pero, mientras los demás reinos se debilitaban con los conflictos feudales internos, **el estado de los Qin**, que habían reemplazado a los señores de Zhou en el valle del Wei, se dio una estructura que se adelantaba a los modernos estados totalitarios, y logró llevar a cabo proyectos que los Zhou no habían hecho más





Arriba: efígie del tigre Du, señal autorizada de reconocimiento para el desplazamiento de tropas en época de la dinastía Qin. Du es el nombre de un distrito en el estado de Qin; la efígie, en cobre, estaba constituida por dos mitades, una de las cuales la conservaba el emperador y la otra se entregaba al comandante de la guarnición. Los desplazamientos de tropas sólo se podían efectuar cuando las dos mitades se acoplaban.

Allado: el emperador Shi Huangdi. Genial y despótico, llevó adelante su proyecto de unificación de China hasta su muerte, que le sobrevino en 210 a.C. durante un viaje en busca de las islas de los Inmortales.

Derecha: el símbolo de la dinastía Qin.

El reino, convertido en un temible aparato bélico, en 256 a.C. se anexionó el reino de Zhou, poniendo fin a su poder real. Pero el hecho decisivo fue la subida al trono de **Zheng**, futuro emperador, en 247 a.C. Tras consolidar la unidad del estado y unificar pesos, medidas y moneda en sus territorios, Zheng emprendió una auténtica **marcha triunfal**, anexionándose uno por uno a todos los estados chinos. En 230 a.C. se apoderó del territorio de los Han, en 225 del de los Wei, en 223 del de los Chu, y en 222 del reino Yan, penetrando en Manchuria.

El año 221 a.C. es una fecha que divide en dos la historia de China. A partir de entonces se pareció al imperio romano, o mejor aún al de Bizancio. Fue el año en que el

rey Zheng **fundó el imperio de los Qin**, con la intención de que perdurase a lo largo de 10.000 generaciones. Para distinguir su autoridad de la autoridad disipada de la extinta dinastía Zhou, acuñó un nuevo título, **Huangdi** (soberano emperador), convirtiéndose en Shi Huangdi, «el primer soberano emperador de la dinastía Qin».

Pero ésta fue sólo la primera etapa del ambicioso proyecto de **Shi Huangdi**, que se propuso reforzar y ampliar los vastos confines de su imperio, y sobre todo convertirlo en un instrumento dócil en sus manos, destruyendo las identidades particulares de los reinos derrotados y aplicando en toda China sus principios



centralistas. Para acabar con las incursiones mongolas en el norte del país **construyó la Gran Muralla** y sometió las regiones de la cuenca del Yangze Jiang hasta la región de Cantón, así como las tierras situadas al norte del actual Vietnam, que todavía eran ajenas a la cultura china. En política interior no se contentó con dar una sólida estructura al nuevo estado, según las doctrinas legistas, e impuso por la fuerza un solo pensamiento, precisamente el legista: **en 231 a.C. ordenó quemar todos los libros** a excepción de las obras de medicina, astrología y agronomía, y condenó a muerte a cientos de hombres de letras. Todo esto da fe de la importancia de Shi



Huangdi en la historia de China. El propio nombre del país procede del de la dinastía Qin, llevado a Europa por los portugueses en la época de los grandes descubrimientos. La huella que dejó Shi Huangdi en el inmenso país ha perdurado hasta la edad contemporánea. Su radical obra de unificación sólo se vio interrumpida por la muerte prematura, a los 49 años. El emperador fue sepultado en una **tumba colosal**, rodeado de un ejército de 7.000 figuras de guerreros hechas a tamaño natural con barro cocido.

El segundo emperador de la dinastía, Ershi Huangdi, no tuvo ni mucho menos la talla de su antecesor, y no pudo evitar la guerra civil y la anarquía. Fue un campesino oriundo de la región de Nankín, Lü Bang, quien al frente de un ejército campesino heredó la idea imperial y la entregó a la **dinastía de Han**, que se inició con él y se mantuvo en el poder durante cuatro siglos, de 206 a.C. a c. 220 d.C. Lü Bang, convertido en emperador con el nombre de Gaozu, fue el continuador de Shi Huangdi y estableció su capital en el antiguo feudo de Qin, la tierra fronteriza desde la que se dominaba toda China. Conservó la estructura centralizada del imperio creada por Shi Huangdi, aunque utilizó métodos más respetuosos con la tradición, basando en ella su poder.

La falta de tierras cultivables condiciona toda la historia griega y está en la raíz de todos los fenómenos económico-sociales de la edad helenística. Explica las continuas luchas entre los griegos y, en concreto, las violentas disputas por la tierra, que se agudizaron en el transcurso del siglo III a.C. En Esparta, donde el territorio se había ido concentrando en manos de unos pocos (sólo había cien espartiatas, ciudadanos de pleno derecho, basado éste en la posesión del *klerós*, el lote de tierra), no fueron



aventureros, sino dos reyes imbuidos de las ideas progresistas de la filosofía estoica, Agis IV (244-241 a.C.) y Cleomenes III (235-222 a.C.), los promotores de una reforma social que pretendía **abolir las deudas hipotecarias** y, sobre todo, **repartir las tierras**. Pero Agis fracasó, pues el temor a las revueltas sociales le hizo titubear, y también fracasó Cleomenes, pese a su habilidad y falta de escrúpulos. La tendencia a la formación de latifundios era común en toda la Grecia helenística; también en otras regiones (Tesalia y Beocia, por ejemplo) hubo levantamientos y revueltas crónicas. Entre finales del siglo IV y comienzos del III a.C., para hacer frente a la escasez de las cosechas, las carestías periódicas, el espectro constante del hambre y tantos problemas generados por una población que superaba los recursos alimentarios, se extienden el servicio militar mercenario y la emigración a Asia, pero también el infanticidio. No se puede explicar de otro modo la desproporción entre el número de varones y el de mujeres, de la que tenemos bastantes noticias. Por ejemplo, se tienen datos precisos de 79 de las 1.000 familias griegas que emigraron a Mileto en los años 228-220: hay 118 hijos varones, frente a 28 hijas. Nunca se criaba más de una hija y, en general, se advierte cierta reducción después de los dos primeros hijos. Este control de la población explica la escasez de hombres (*oliganthropía*) que lamentara Polibio en el siglo II a.C. Pero si la insuficiencia de la producción agrícola, y de trigo en primer lugar, hizo que en las ciudades griegas las estructuras económicas fueran frágiles y el

equilibrio social precario, también fue el motor del extraordinario desarrollo del comercio durante la época helenística. Se hizo indispensable llenar los graneros de las ciudades con productos importados. Atenas, Corinto, Delos y otras ciudades e islas solían importar el trigo de Egipto y Crimea. Estrabón destaca, como hecho singular, la autosuficiencia de Chipre. La importancia político-social del **comercio de trigo** queda reflejada en el hecho de que había magistrados especiales (el *agorónomos* o los *sitophylaces*) para seguir sus etapas y vigilar a los mercaderes para que comprasen a un precio razonable y vendieran a uno accesible para la población. A menudo, en Atenas, Delos, Egina y otras ciudades, los ricos se encargaban de compensar las diferencias entre el precio de mercado y el precio al por menor, o de realizar repartos gratuitos, lo que denota un generoso sentido cívico y, sobre todo, la resistencia a cambiar una estructura política que sancionaba el predominio de una clase hegemónica. En cualquier caso, había que pagar el trigo que se importaba. Para hacer frente a ese gasto no se podía contar con unos recursos mineros adecuados. Los famosos yacimientos de plata de Laurion, localidad de Ática, estaban casi agotados. De modo que la plata también se tenía que importar, y su comercio, indispensable para la acuñación de moneda, era junto con el del trigo el más importante de la época. El oro,

escaso y muy precioso, sólo fue usado para acuñar moneda por los tolomeos, que lo importaban de Nubia y Arabia.

Las ciudades griegas tenían sus propios recursos para consumo interno y productos destinados a la exportación, como el hierro, el aceite, el vino y la miel. Además había industrias manufactureras en las que se tejía el lino y la lana, y se fabricaban instrumentos agrícolas y domésticos, calzado y cacharros de arcilla. Pero se trataba de pequeñas fábricas en las que no solía trabajar más de una

docena de personas y que atendían sobre todo a necesidades locales. Muchas veces, eran los propios artesanos quienes vendían sus productos, como podemos ver en una descripción de Herondas, poeta del siglo III a.C., que nos habla de un zapatero que vende sus zapatos en su mismo taller. La abundancia de **arcilla** en Grecia proporcionaba la materia prima para la fabricación de todo tipo de cacharros, desde orzas para el transporte de mercancías perecederas hasta ánforas para líquidos, pasando por copas y tarros para los perfumes. Pero la exportación de este producto tradicional de la economía griega decayó sensiblemente tras el fracaso de la expedición

Izquierda: moneda con el retrato de Alejandro Magno, representado como Zeus Amón. Abajo y a la derecha: estatuillas de terracota recuperadas en la necrópolis de Tanagra, aldea de Beocia (por ello denominadas "figuras de Tanagra"). Musée du Louvre, París. Producidas en gran cantidad, se depositaban en las tumbas como ofrenda a los difuntos. Página contigua, arriba: ánfora para vino; cerámica ática (200-150 a.C.). Museo del Ágora, Atenas. Abajo: la columnas del "ágora de los italianos" en Delos.



siracusana de 413 a.C., y tuvo que buscar nuevos mercados en Oriente. La actividad más remunerativa, en la que basó su riqueza la Grecia helenística, fue el **comercio de tránsito**. Los griegos dispusieron de barcos técnicamente avanzados, puertos muy bien equipados, mercados ágiles, una organización bancaria muy eficaz, e hicieron gala de una innegable habilidad en el manejo del dinero. Con ello aseguraron a sus ciudades una prosperidad que perduró hasta la conquista romana.

Alejandro y sus sucesores abrieron para los mercaderes griegos las rutas del inmenso continente asiático, antes bloqueadas por el imperio persa, y los **productos y manufacturas orientales conquistaron el comercio internacional**.

A través de las rutas de caravanas que surcaban desiertos y montañas llegaban las preciosas mercaderías de Arabia y la India a los puertos mediterráneos: oro, gemas, perlas (desconocidas antes de Alejandro), la cotizada madera de ébano, el marfil, el azúcar, la concha de tortuga y las resinas perfumadas, como el incienso, que se utilizaban en los ritos religiosos. Pero sobre todo las especias, como la pimienta, la canela y otras sustancias aromáticas que se usaban como medicinas o para hacer ungüentos y perfumes, fueron objeto de un comercio de lujo. Ambracia, la Calcídica, Corinto, Rodas y la sagrada isla de Delos fueron importantes centros de comercio de tránsito. Delos no sólo fue un gran emporio de géneros alimentarios y todo tipo de mercancías, sino también el principal **mercado de esclavos** de la época, donde se podían negociar diez mil esclavos en un día. Las ciudades griegas mejoraron los puertos, dotándolos de faros, y botaron barcos mercantes de mayor calado que resultaban más rentables gracias a la nueva técnica de navegación que reemplazó el cabotaje por la conexión directa entre los puertos. El comercio griego fue exclusivamente marítimo, porque las ciudades griegas, debido a la inexistencia de una política fiscal y a su particularismo, difícilmente podían realizar obras públicas como carreteras, a diferencia de las grandes monarquías, que las construyeron y velaron por su seguridad. Pero si los caminos estaban infestados de bandidos, las rutas marítimas tampoco se libraban de los piratas, más temibles, porque estaban mejor organizados. El comercio por mar requería la inversión de grandes capitales, con los que se adquirían en Macedonia la madera y la pez para los barcos, además de las mercancías y los hombres. Se vio favorecido por la difusión de la **economía monetaria**, que en todo el mundo helenístico reemplazó la economía natural y el trueque. En las orillas



meridional y occidental del Mediterráneo prevalecía la moneda fenicia, pero en el resto del mundo, desde Macedonia hasta Capadocia, desde Pérgamo hasta el extremo Oriente, se usaba la nueva dracma acuñada por Alejandro. Esta moneda, que era idéntica a la dracma ateniense, mantuvo cierta estabilidad hasta el año 100 a.C. Pero al mismo tiempo todos los estados helenísticos acuñaron sus propias monedas, que a menudo forman series de inimitable belleza y ocupan un lugar en la historia de las artes menores. La enorme cantidad de dinero puesto en circulación y la profusión de monedas locales impulsaron una vigorosa organización bancaria, que es uno de los datos más significativos de este período. Si bien no podemos exagerar la complejidad de las operaciones financieras, por todas partes aparecieron banqueros y bancos que vincularon su fortuna a la de los mercaderes, aunque también financiaron a terratenientes y artesanos. Los que tenían capitales siempre habían confiado la custodia de sus caudales a los bancos, pero éstos, en la época helenística, concedieron cada vez con más frecuencia créditos a bajo interés para inversiones. Especial relevancia tuvo la **profesión de cambista**, sin el cual era imposible el comercio interestatal, y que solía operar en conexión con los bancos privados y los del estado. Estos últimos tenían una importancia especial, porque además de las operaciones de depósito, préstamo y cambio en beneficio de particulares, funcionaban como filiales de

La importancia del comercio no sólo era notable en el aspecto económico, sino también en el cultural. La intensificación de las relaciones entre las ciudades de Grecia y Macedonia, así como con países más o menos lejanos, contribuyeron a crear una mentalidad más abierta y tolerante e hicieron posible el florecimiento de los ideales de la filosofía estoica. Se fomentaba y protegía de muchas formas las relaciones entre ciudades. Una ciudad o una región podían librarse de la guerra si se las declaraba «sagradas», o sea, inviolables; o se podían reconocer como *asyla*, es decir, exentas del *sylon*, derecho que tenía la parte ofendida a secuestrar a un ciudadano o sus bienes como caución o indemnización. A menudo las ciudades concedían **ciudadanías honoríficas**, que podían convertirse en efectivas, a ciudadanos de otros lugares. Incluso se llegaba a conceder la ciudadanía a todos los habitantes de otra ciudad mediante la *isopolitía*, de modo que se establecía una absoluta reciprocidad de derechos entre ambas comunidades. La ciudadanía honorífica no era sólo un honor, sino que además conllevaba el derecho a la propiedad de un terreno en la ciudad que la concedía, y la



la tesorería. En efecto, las ciudades no tenían balances y vivían al día, programando sólo algunos gastos y recurriendo a complicados procedimientos, con nuevos impuestos y suscripciones, cada vez que se presentaba un nuevo gasto.

Los «bancos del estado» eran los que llevaban las cuentas de las ciudades griegas y adelantaban las sumas necesarias para cada gasto imprevisto.

exención de las confiscaciones, por lo que era muy codiciada. Algunas ciudades eximían de impuestos de exportación e importación a otras ciudades, y los litigios eran arbitrados por comisiones judiciales supraciudadanas. Si a todo esto se añade el **desarrollo de un lenguaje común**, se comprenderán las palabras del comediógrafo Posilipo, que en el siglo III escribió: «Hay varias ciudades, pero forman una sola Grecia».

Desde Alejandro hasta los Seléucidas, la composición heterogénea de lo que había sido el imperio persa y su propia extensión, unidas a las fuertes tradiciones autonomistas de los pueblos que lo formaban, condicionaron el gobierno. El reino seléucida era una constelación de realidades étnicas, culturales y económicas muy dispares, desde las ciudades griegas de Asia Menor hasta los estados tribales de Oriente Medio. Estas realidades no podían ser negadas ni sofocadas, sino que tenían que integrarse y convivir con el principio helenístico de la monarquía absoluta. Este equilibrio se logró, por ejemplo, en la compleja relación entre la tierra del rey y las tierras pertenecientes a las ciudades, los templos y los particulares. **Los territorios carentes de autogobierno**, la llamada *chora basilicé*, se consideraban propiedad del rey, estaban bajo la directa vigilancia de funcionarios reales y eran cultivados por los *laoi basilicói*, la gente del rey, arrendatarios hereditarios vinculados a la tierra que debían pagar un tributo en dinero o especie. Luego estaban los territorios propiedad de las ciudades griegas, las tribus, los templos (que a veces eran grandes como ciudades y poderosos como estados), los jefes locales y los innumerables pueblos habitados por



campesinos libres. Estas comunidades tenían su propio ordenamiento social y económico, que a menudo databa de una época muy remota. Los Seléucidas no deseaban chocar con la tradición, nunca emprendieron reformas radicales y, como ya había hecho Alejandro, aparecían como continuadores, no

como innovadores. Reconocían, pues, la autonomía de las antiguas ciudades-estado griegas de Asia Menor y los privilegios de los sacerdotes, consideraban a los estados tribales más o menos civilizados como «vasallos» y no como «súbditos» y respetaban

Arriba: mapa del Asia central
belenística, comprendida en el
reino de los Selúcidas.
Izquierda: Busto de Seleuco I
Nicator, fundador de la dinastía
de los Selúcidas, que a la muerte
de Alejandro Magno se hizo con la
parte más vasta del imperio, de
Siria a Bactriana.
Derecha: tetradracmas de plata del
s. III-II a.C. con las imágenes de
algunos soberanos de la época.
De arriba abajo: Atalo I,
Antimaco, Antíoco IV, Eucrátides;
en la última, procedente de
Mirina, aparece Apolo.

sus usos económicos y sus instituciones
 tradicionales. De todos modos, hay que
 matizar esto: en realidad, el rey se
 consideraba propietario no sólo de la *chora*
basiliché, sino de toda la *chora*, la tierra del
 reino, y se reservaba el derecho a reclamar, si
 era necesario, sus derechos de amo absoluto.

Si las ciudades, tribus o estados gozaban de autonomía administrativa y fiscal, era sólo por concesión del rey, que tenía la facultad de confiar sus tierras bajo determinadas condiciones. Tanto las tierras del rey como las privadas o comunales estaban habitadas por súbditos, obligados a una obediencia absoluta. Además del impuesto por el uso de la tierra, muy importante para las arcas del reino, había otros: sobre la sal, sobre el ganado, sobre los esclavos, sobre los artesanos, por el registro de documentos, aranceles, tasas sobre las ventas y tributos por el uso de caminos reales. A ello hay que añadir las rentas que los Selúcidas obtenían de las **minas, canteras, bosques** y otros recursos naturales de su vasto imperio. Los cuantiosos ingresos servían para sufragar los gastos de mantenimiento de una densa red de funcionarios, y de un ejército y una flota bien armados, y también la construcción y conservación de caminos practicables y seguros. Además, daban solidez y eficacia al sistema monetario, es decir, servían para financiar el otro gran recurso del estado selúcida: el **comercio**.

Muchas eran las **carreteras** que, desde Asia central y la India, llegaban hasta los puertos mediterráneos. Algunas de ellas se pierden en la leyenda, como la ruta que partiendo de Punjab subía a Bactra y a las costas del mar Caspio, para luego seguir a lo largo del mar Negro (por aquel entonces ambos mares se consideraban golfos del océano que bañaría la base septentrional del Himalaya). Pero la ruta más importante y con mayor tráfico de caravanas entre Oriente y



ASIA CENTRAL HELENÍSTICA



Occidente atravesaba las tierras de los Seléucidas: de Pataliputra a Taxila y a Bactra, capital de la Bactriana famosa por sus bazares; y de allí a Hecatompolis y Ecbatana, principal **suministradora de caballos** al reino seléucida. Pero el punto de partida y centro de distribución de las mercancías era Seleucia del Tigris, la gran capital oriental que había heredado la grandeza de Babilonia y tal vez fuera la ciudad más rica del reino. En ella convergía también otra importante ruta terrestre que se remontaba desde el sur pasando por Persépolis y Susa. Desde Seleucia las mercancías iban a parar a los puertos de Siria y Anatolia.

Sin duda, estos largos viajes a través de montañas y desiertos eran más largos y dificultosos que los que se realizaban por mar, pero resultaban más seguros y baratos. Las rutas que recorrían los mercaderes eran también las principales líneas militares de conexión entre las partes oriental y occidental del reino, y estaban jalonadas de numerosas ciudades fortificadas. En ellas había también importantes **cecas** que bastaban para cubrir las necesidades administrativas, militares y comerciales del reino seléucida. En cambio, el transporte marítimo por el mar de Arabia y el golfo Pérsico estaba amenazado por los árabes y los Tolomeos. Los Seléucidas entablaron sobre todo con estos últimos una enconada lucha

por el control de los mercados. Para hacer frente a la competencia de la dinastía egipcia, los Seléucidas intentaron que el comercio de tránsito indio, centroasiático y árabe confluyera hacia Siria, creando en esa región buenos mercados que atrajeran a los mercaderes del norte y el occidente. Además, uno de los principales propósitos de los Seléucidas fue lograr que los pueblos del reino no dependieran de productos extranjeros, e incentivaron la producción de

Derecha: planta de la ciudadela greco-bactriana de Dilbergine, cuya base se asentaba sobre el conglomerado aqueménida. La influencia griega es visible en la forma geométrica de las murallas y en el urbanismo ortogonal. La ciudad siguió desarrollándose, extramuros, incluso después del fin del reino greco-bactriano. Abajo: en torno al santuario de Nimrud Dag, en Asia Menor, estatuas colosales y relieves celebran a Antíoco I de Comagene (s. I a.C.). El soberano honra los orígenes de la dinastía seléucida con relieves que representan a sus antepasados.

bienes y productos manufacturados que de lo contrario hubieran tenido que ser importados. Es evidente que esa política supuso un acicate para el **desarrollo de la agricultura** mediante técnicas más racionales y productivas, así como de la industria, sobre todo en las regiones —Siria, Pérgamo y Asia Menor en general— donde

más se dejaba notar el dinámico elemento greco-macedónico. Así fue como la cerámica importada fue pronto reemplazada por una producción local, a menudo original. En cuanto a la producción manufacturera, adquirió especial relevancia en ese período la ciudad de Pérgamo, la espléndida capital de los atálidas. Gracias al gran número de



esclavos empleados en distintas actividades, la ciudad se distinguió entre otras cosas por la producción de **lana, tapices y tejidos** ricamente elaborados y teñidos mediante técnicas sofisticadas, por los **perfumes** y sobre todo por el **pergamino**, que no recibió este nombre hasta el siglo IV d.C. Según una leyenda recogida por Plinio, este producto se elaboró a instancias del rey Eumenes II, que deseaba obtener una alternativa al papiro egipcio, cuya producción era monopolio de los Tolomeos, rivales de los atálidas en el comercio. En realidad, el pergamino, hecho a base de pieles de animales sometidas a determinados tratamientos, no era más que un perfeccionamiento de técnicas ya conocidas por egipcios y hebreos. Tenía espesor y suavidad variables y fue utilizado para códices o documentos de la mayor importancia, como los *Evangelios*, que se teñían con púrpura (los *códices púrpúreos*). El cristianismo generalizó su uso, que perduró por lo menos hasta el siglo XIII. Su difusión se debía a sus grandes ventajas: era más fuerte que el papiro, se podía escribir en las dos caras y se conservaba durante más tiempo. Hizo que la forma del «libro» pasara del rollo al códice, más cómodo, lo que en siglos posteriores facilitó el trabajo de los amanuenses y la lectura.

Durante la época de Alejandro y la posterior dinastía greco-macedónica, Egipto se mantuvo fiel a sus antiguas tradiciones en todos los aspectos de la vida, incluyendo el económico, aunque tuvo que adaptarse a las nuevas condiciones sociopolíticas. Los Tolomeos, al igual que los farones, eran venerados como divinidades, hijos de Amón Ra o de Zeus, encarnación del estado y ley viviente. Eran dueños de toda la tierra egipcia y tenían la facultad soberana de repartirla, con distintas condiciones, entre sus súbditos, para que la administraran lo mejor posible. Así pues, los Tolomeos asumían plenamente la identificación entre soberano y país que rechazaba, o por lo menos reducía al mínimo, la esencia misma del sistema económico griego del que procedían, es decir, la propiedad privada reconocida y protegida por el estado. Los Tolomeos también heredaron de los faraones el sistema de regulación de las aguas y mantenimiento de la irrigación estacional mediante el trabajo forzado. Egipto, en este periodo, aspiraba a ser un reino independiente, con una posición hegemónica dentro del mundo civilizado. Por lo tanto tenía que mantener un poderoso ejército, formado por mercenarios greco-



Al lado: estela sepulcral (c. 300 a.C.) que representa a un oficial macedonio armado acompañado de su servidor. Museo Greco-romano, Alejandría. El ejército de los Tolomeos estaba formado por mercenarios grecomacedonios, que ocuparon una posición de privilegio en la sociedad egipcia de la época. Abajo, a la izquierda: Sierva filtrando cerveza (c. 2400 a.C.). Museo Archeologico, Florencia. En época de los Tolomeos, la cerveza, junto a otros productos de gran consumo, estaba monopolizada por el rey.

macedonios, y una flota importante. Para ello debía intensificar la producción de las mercancías que demandaban el mercado interior, de modo que el país fuera autosuficiente, y el mercado internacional, para asegurar un flujo constante de oro y plata e incentivar la **economía monetaria**. Con estos objetivos, e imbuidos del dinamismo emprendedor propio de los griegos, los Tolomeos dieron un nuevo impulso a la economía egipcia.

germinación hasta el almacenamiento de las cosechas en silos reales. Este control, que ya existía en el Egipto de los faraones, fue desarrollado por los Tolomeos, que lo extendieron a las tierras de los templos. El aceite, la cerveza de cebada, la sal, el vino, las especias, el lino, el papel y otros productos de amplio consumo eran monopolizados, o casi, por el rey, y para las distintas capas de

población apenas quedaba una mínima iniciativa y un margen de beneficio individual muy estrecho, que soportaba una tributación opresiva e ineludible.

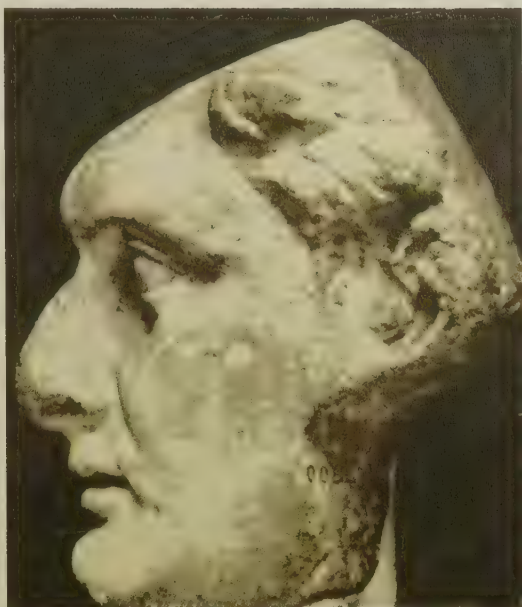
Los macedonios, griegos y otros extranjeros que se establecieron en Egipto en el período de los Tolomeos gozaban de pequeños privilegios. Había un **ejército permanente de mercenarios** de distinta procedencia que recibían la paga en especie, mediante lotes de tierra llamados **cleruquías** que bastaban para su mantenimiento. Los clerucos contribuyeron a introducir en la agricultura egipcia una mentalidad nueva, nuevos métodos de cultivo, nuevas técnicas, invirtiendo productivamente un valioso capital de conocimientos y sus propios ahorros. Asimismo, los Tolomeos concedieron tierras a sus mejores funcionarios civiles para crear una clase de terratenientes hábiles y dinámicos que fueran sus leales colaboradores. La llegada a Egipto de griegos, macedonios y semitas helenizados creó nuevas necesidades en el mercado interior. Para atenderlas se introdujeron **cultivos nuevos** y se desarrollaron otros que tradicionalmente habían sido relegados. El vino, el aceite de oliva, la fruta, las hortalizas, el pescado y la carne de cerdo eran alimentos

En el mundo antiguo, Egipto siempre había sido una especie de Eldorado agrícola. Los Tolomeos **ampliaron el suelo cultivable** mediante el drenaje de tierras pantanosas y una sabia irrigación de los bordes arenosos y pedregosos del desierto (por ejemplo, el Fayum). Para las faenas diarias en el campo se aplicaron unos avances técnicos que ya estaban vigentes en otras partes del mundo civilizado: con los Tolomeos empieza la **edad del hierro**, un metal que se importó para fabricar picos, **aperos agrícolas** como rejas de arados, azadas, hoces, hachas, etc. Fue algo así como una revolución en la agricultura egipcia. En Egipto, los campesinos también gozaban de cierta libertad, pues no estaban vinculados a la tierra y sus relaciones con el rey se basaban en contratos escritos. Pero todos, desde el campesino hasta el gran terrateniente, tenían que someterse a un plan cuidadosamente elaborado por el gobierno y eran vigilados estrechamente en cada fase de su trabajo. El estado, o sea el rey, decidía el tipo de cultivo casi parcela por parcela, fijaba la cantidad necesaria y regulaba los precios y las condiciones de venta. Había funcionarios que vigilaban los cultivos desde la



Abajo, en ambas páginas: los Campos Elíseos; detalle con escenas de arado y trilla de un Libro de los muertos de época tolemaica. Museo Egizio, Turín. Al lado: cabeza de Tolomeo I Sóter, rey de Egipto (323-282 a.C.).

Derecha: anverso de un octodracma de oro de Arsinoe II Filadelfa, hija de Tolomeo I de Egipto y, a su vez, reina y mujer de su hermanastro Tolomeo II. Están representadas dos cornucopias, símbolo de la abundancia que, en el arte alejandrino, también se atribuía al Nilo. Museo Egizio, Turín.



a los que los griegos no renunciaban, y no era cuestión de ir a buscarlos en los mercados exteriores. Durante el periodo de los Tolomeos se plantaron distintas variedades de vid de las que se obtenían caldos muy notables, como el mareótico, citado por Horacio (*Odas*, I, 37), capaces de satisfacer el exigente paladar de los griegos. La producción de vino era muy lucrativa, y los

Tolomeos la cuidaron mucho y la protegieron de la competencia imponiendo fuertes aranceles al vino de importación. En Egipto se conocían y cultivaban desde hacía tiempo varias semillas oleaginosas, pero los Tolomeos extendieron los olivares para obtener un aceite de oliva local, que según Estrabón era de baja calidad, protegiéndolo con fuertes aranceles. Con ese mismo

objetivo de atender a la demanda del sector griego de la nueva monarquía helenística, se introdujeron en Egipto cultivos hasta entonces desconocidos: higueras de la mejor calidad, manzanos, granados, albaricoqueros, nogales, hortalizas y otros frutales.

Dado que los griegos llevaban vestidos de lana, se estimuló la cría de **ganado lanar** y se creó una **industria lanera** a gran escala, protegida de la forma acostumbrada. Así pues, el Egipto de los Tolomeos se helenizó a ojos vista, también en el aspecto económico, pero no por ello se abandonaron

El **comercio** tuvo un papel importante en la política de los Tolomeos, que pretendía reforzar su posición en Egipto y conseguir la mayor influencia posible en el mundo entonces conocido. Las relaciones comerciales con el extranjero suministraban los productos de los que carecía Egipto, sobre todo los cuatro metales principales (hierro, cobre, plata y oro), la madera para la flota y los caballos y elefantes para el ejército. Desde la India y Arabia llegaban mercancías valiosas, como las especias, que generaron un floreciente comercio que fue causa de largos y enconados conflictos con los Seléucidas. Pero las principales relaciones comerciales de



los productos y manufacturas tradicionales. Los soberanos seguían detentando el monopolio de la **producción de los mejores linos**, como el célebre biso, e impulsaron y mejoraron la **industria del papiro**, difundiendo su empleo por todo el mundo antiguo, a excepción de Siria y Asia Menor. La antigua especialidad egipcia de la **industria del vidrio** floreció de nuevo en la época helenística, y en Oriente encontramos sus refinados productos importados e imitados. A partir del siglo III a.C., los ceramistas alejandrinos compitieron con los importadores griegos e italias, primero copiando sus modelos, y después con una producción original. No hubo ramo de actividad, agrícola o industrial, antiguo o nuevo, en el que el Egipto tolemaico no alcanzara la autosuficiencia e incluso la capacidad para impulsar un intenso comercio internacional.

los Tolomeos fueron las que se establecieron con el mundo mediterráneo, y sobre todo con los países ribereños del Egeo, que a la sazón era el centro principal del tráfico mundial. Los Tolomeos, en su búsqueda de la prosperidad económica de Egipto, llevaron a cabo una acertada política exterior que se basaba en la fuerza del ejército y de la flota, pero también, en los subsidios en dinero y vituallas que eran capaces de conceder a quienes les prestaban apoyo. El principal producto que requería este mercado era el trigo, base de la alimentación mediterránea y producto muy abundante en Egipto. Por eso sus contemporáneos consideraban a los Tolomeos los reyes más ricos de su tiempo, y el poeta alejandrino Herondas pudo exclamar con énfasis complacido, en su primer mimo: «Todo lo que existe y puede producirse en cualquier lugar de la Tierra, se halla en Egipto.»

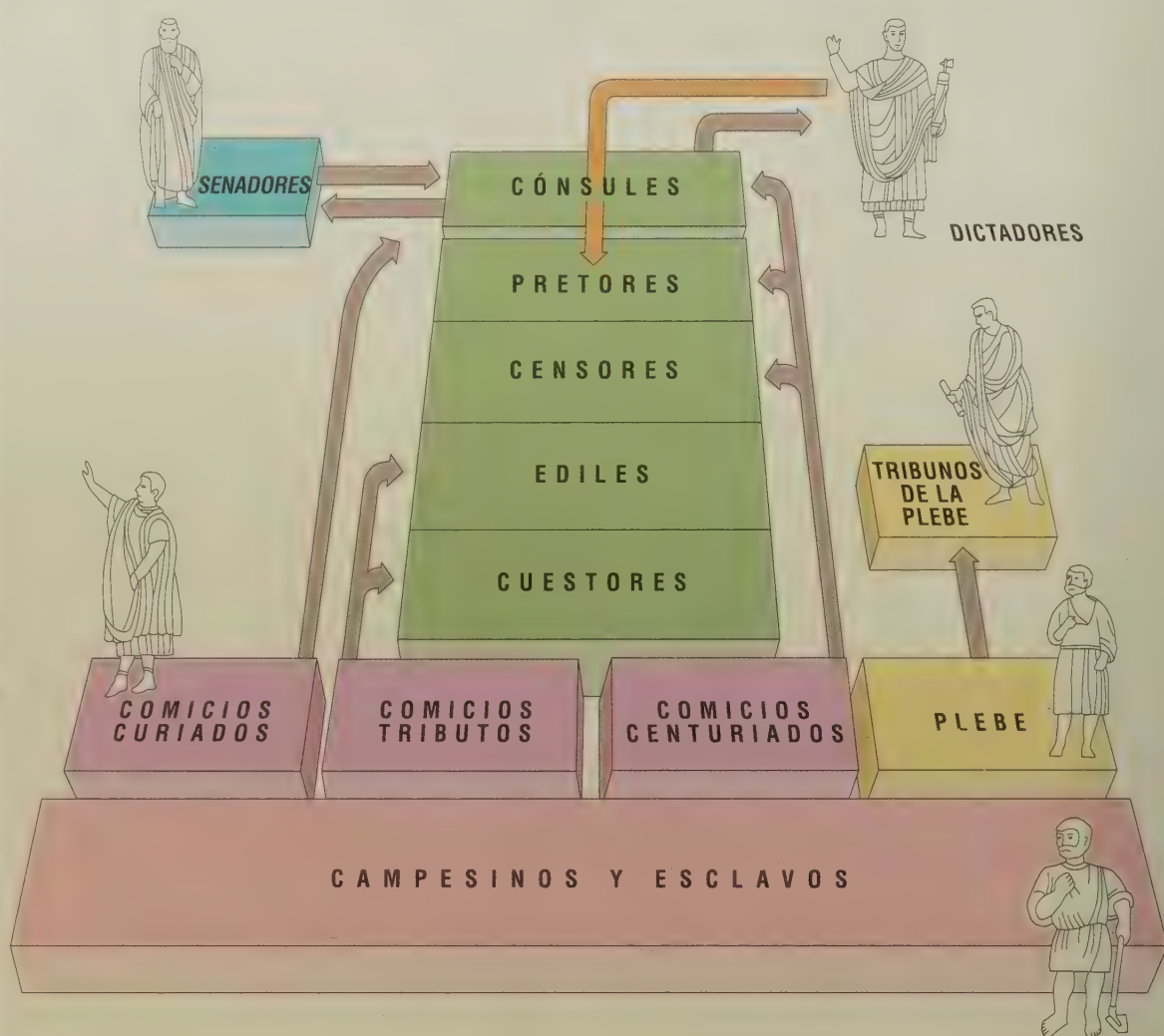


Un límite orográfico, climático y cultural separa la Europa continental del mundo mediterráneo. En la primera, las organizaciones estatales estaban sustituidas por áreas etnogeográficas de límites poco definidos, en cuyo interior se desarrolló en condiciones de seminomadismo una **economía de aldea**. Es decir, una economía basada en la propiedad común de las tierras de labor, los pastos y los bosques, en la que había una artesanía bastante evolucionada, sobre todo la del hierro, con el que se hacían armas y herramientas. El choque entre este mundo y el naciente poderío de Roma fue traumático. La invasión gala de 390 a.C. provocó una crisis que a duras penas pudo ser superada, si bien, a partir de ese momento, empezó para Roma un imparable desarrollo social y económico, fruto y al mismo tiempo causa de su expansión político-militar. Durante el periodo de la primera expansión en el centro de Italia, en la sociedad romana se formó una clase de pequeños propietarios



que a lo largo de varios decenios proporcionó una base muy homogénea al ejército y al estado. A raíz de la victoria sobre los samnitas, los romanos de las clases altas conocieron por primera vez la riqueza, y las figuras como Curio Dentato, vinculadas al tradicional terruño, se consideraron superadas.

Fue el comienzo de una profunda transformación. En el núcleo dirigente, al patriciado terrateniente se sumó la **clase empresarial y financiera** de los *equites*



(caballeros), plebeyos pudientes favorables a una política imperialista. La política de expansión provocó en un principio el enriquecimiento del grupo dirigente senatorial, pero fueron sobre todo los que poseían un capital móvil, el *denarius* de plata que desde el siglo IV a.C. fue la moneda del

estado romano, quienes desempeñaron un papel social revolucionario, gracias a las inversiones que consentían las guerras de conquista. Fueron ellos quienes suministraron el equipo y los víveres a los ejércitos, y concedieron préstamos al estado. Además, seguían a las tropas en las tierras

conquistadas y ampliaban así su red comercial. Llegaron incluso a determinar los objetivos de la acción política y militar de Roma. En efecto, la Primera guerra púnica tuvo mucho que ver con la riqueza de Sicilia y las posibilidades de crecimiento económico que brindaba su posición central en el



Arriba: esquema de la jerarquía social en la Roma de la época republicana. A la izquierda: pendiente con colgante, procedente de Vulci (siglo III a.C.) Museo di Villa Giulia, Roma. La artesanía etrusca alcanzó un nivel artístico muy notable, siendo conocida en toda la cuenca mediterránea. Al lado: depósitos con tinajas para almacenar aceite. El comercio había creado una clase emprendedora destinada a tener un papel cada vez más importante en la vida política romana.



Mediterráneo, lo mismo que en el caso de Cerdeña y Córcega. En cambio, la apuesta de la Segunda guerra púnica fueron las **minas de plata y estaño** de la Península Ibérica. Para el estado romano, estas clases sociales eran un elemento fundamental de su estrategia, e intervino en su defensa, como en el caso citado por Plinio el Viejo de los 500 mercaderes itálicos que fueron hechos prisioneros por los cartagineses al estallar la Primera guerra púnica, cuyo rescate se negoció de inmediato. **Las obras públicas y la recaudación de impuestos** se adjudicaban en concurso a sociedades de **publicanos**, que juntaban sus capitales y se

repartían proporcionalmente los beneficios. Estas actividades resultaban muy rentables, porque los provinciales, a su vez, se veían obligados a pagar sumas muy superiores a las pedidas por Roma.

Debido a las continuas conquistas y el afianzamiento del capital móvil, fue variando el papel y la distribución de la propiedad agrícola. El capital móvil, fuente de grandes beneficios si se gestionaba con habilidad y sin escrúpulos, se invirtió en bienes inmuebles. De esta forma se buscaba la seguridad que proporcionaba el **capital inmobiliario**, pese a ser menos rentable. La clase de los viejos terratenientes, que seguía enriqueciéndose sin perder sus privilegios, tuvo que asociarse con una nueva clase de empresarios-latifundistas que contribuyó a transformar la economía agraria, enfocada hasta entonces a la mera subsistencia, en una **agricultura intensiva** enfocada a la ganancia. Pronto se abandonó la tradición del cultivo de cereales y se pasó a otros cultivos especializados como el de la **vid**, el **olivo** o las **hortalizas**. Esto supuso la ruina de los pequeños propietarios que cultivaban sus tierras directamente o con la ayuda de unos pocos esclavos. Esta clase, que se había formado durante los decenios de las primeras conquistas en Italia, cuando los soldados-campesinos de Roma habían podido sacar provecho de las victorias, entre otras cosas por la fundación de numerosas colonias,

gozaba de ciertas ventajas derivadas de la política expansionista. Por ejemplo, la esclavitud por deudas quedó abolida con la aparición de numerosos prisioneros de guerra y la difusión de la economía monetaria, que reemplazó al pago en especie o en prestaciones personales. Pero, como hemos visto, el enriquecimiento de las clases dirigentes provocó la ruina rápida y progresiva de la pequeña propiedad agrícola. Los conflictos vicinales convirtieron a los campesinos itálicos en soldados profesionales. Al no ser capaces de sacar adelante sus pequeñas propiedades frente a la competencia del latifundio senatorial y ecuestre, encontraron una salida aparentemente favorable en la venta de sus tierras a esos mismos latifundistas, o a los

poseedores de capital móvil en busca de inversiones. Desclasados y convertidos en braceros, tuvieron que competir con la mano de obra servil, que cada vez era más numerosa en los mercados itálicos. Al no poder resistir en el campo, emigraron a las ciudades y engrosaron las filas de un turbulento subproletariado siempre dispuesto a apoyar a quienes supieran hacerse eco de su descontento.



Sin embargo, la riqueza cada vez mayor de la sociedad romana e itálica estaba minada por una debilidad intrínseca, que ya se podía percibir, aunque no fuera muy evidente. La productividad, sobre todo la del artesanado, fue cayendo debido a la posibilidad de encontrar las mismas mercancías a mejor precio en los mercados provinciales. La actividad artesanal y el comercio eran florecientes sobre todo en la Magna Grecia. Al hacer un repaso de los mercados y los productos típicos, Catón apenas menciona a Roma, y en cambio las ciudades y productos del sur de Italia son muy renombrados. En Campania, por ejemplo, había una importante **industria del hierro** que utilizaba los minerales de la isla de Elba y contaba con buenos puertos y abundante madera. Además de armas y utensilios de hierro, objetos de cobre y bronce y muelas de molino de lava, se producían objetos de lujo destinados a un mercado selecto, como los perfumes y ungüentos, las joyas, los objetos de plata y los muebles. Por su abundancia, variedad y buena factura, tuvo especial relevancia la cerámica, sumamente artística. Pero esta producción prestigiosa y elegante, tras la conquista romana, dio paso a una artesanía que respondía a los conceptos de rendimiento, fabricación en serie y difusión masiva, que se acabaron imponiendo en los dos últimos siglos de la república.

Arriba: yelmo en bronce procedente de Armento, en el valle del Agri (Basilicata). Durante el período de la expansión romana en Italia, la mayor parte de los productos artesanos y de las armas se realizaban en las ciudades meridionales.

Al lado: un kylix procedente de un taller de Vulci (350-325 a.C.). Museo Gregoriano-Etrusco, Ciudad del Vaticano.

Arriba, a la derecha: dos monedas romanas del s. II a.C., la primera con cabezas de Dioscórides, la otra con Jano bifronte. Las primeras monedas de oro aparecieron en Roma durante la Segunda guerra púnica por la necesidad de pagar con metal precioso los suministros de los aliados.



En *Poenulus* (El pequeño cartaginés), una comedia de Plauto de 191 a.C., uno de los protagonistas, el que acaba resolviendo el enredo, es un mercader cartaginés. Ha llegado a Grecia con su barco en el que se pueden encontrar las mercancías más variadas: correas de cuero para sandalias, nueces, marfil, pantuflas, pipas, etc. Esta figura cómica, tomada de una comedia del griego Menandro, nos señala que en el mundo helenístico el tipo clásico del cartaginés es un mercader capaz de comerciar con todo tipo de géneros. La **fortuna comercial de Cartago** no dependía únicamente de la actividad particular, ya que estaba apoyada por el estado, dirigido por una poderosa aristocracia mercantil. En este sentido son muy significativos los tratados citados por el historiador Polibio, que Cartago suscribió con Roma para defender sus monopolios en el Mediterráneo. En virtud del más antiguo, que según Polibio se remonta a 509 a.C., sólo una tempestad podía justificar la presencia de una nave romana en el Mediterráneo occidental, durante no más de cinco días y con prohibición absoluta de comerciar, si no



Arriba: las rutas comerciales y las posesiones de Cartago.
 Al lado: elementos de un collar ballados en una tumba púnica.
 Abajo, en las dos páginas: las ruinas de Cartago.
 Página contigua: estatua de un soldado fenicio.

originalidad, pero precisamente por eso adaptados a los gustos de toda clase de gente. Entre estos mercados, Cartago mantuvo relaciones privilegiadas con el Egipto de los Tolomeos, al que vendió sus famosos caballos y algunos productos importantes de los que todavía en el siglo IV conservaba el monopolio, como la plata.

había algún acuerdo específico. Un segundo tratado de 348 a.C. da una idea del poderío alcanzado por Cartago: los romanos sólo podían hacer negocios con la propia Cartago y en Sicilia, mientras que las ciudades fenicias podían penetrar incluso en el Lacio en persecución de las bandas de piratas que las amenazaban. Después hubo otros dos tratados en 306 y 279 a.C., que seguían la misma pauta que los anteriores.

En el siglo IV a.C., Cartago todavía gozaba de las ventajas obtenidas con la expansión de los siglos VI y V. Disponía de una capretada red de colonias en puertos

naturales, en promontorios e islas del Mediterráneo occidental, que formaban un auténtico imperio. Estas colonias habían nacido para comerciar, no para combatir ni conquistar territorios, y tal vez por ello apenas han quedado huellas de la civilización fenicia. El mérito de la ciudad africana fue entrelazar los destinos de los pueblos ribereños del Mediterráneo. Teniendo en cuenta esta vocación comercial, es fácil calibrar la importancia que tuvieron las conquistas de Alejandro para la economía cartaginesa, al abrir los mercados de Oriente. En las ciudades cosmopolitas de los reinos helenísticos hubo una constante presencia de mercaderes cartagineses con sus cargamentos de productos manufacturados, carentes de



Si trazamos el mapa del **comercio cartaginés** tendremos una visión significativa de la economía del mundo antiguo con implicación de numerosos pueblos, desde el norte de Europa hasta África, y desde la Península Ibérica hasta Oriente. Las materias primas más cotizadas eran los metales, y sobre todo el oro, la plata, el estaño y el hierro. Los cartagineses no poseían minas en su patria, pero se enriquecieron comprando estos metales a los pueblos que sí los poseían pero ignoraban su uso, a cambio de pequeñas cantidades de mercancías. Luego los vendían a los pueblos avanzados del Mediterráneo. Mucho antes del siglo IV a.C., los cartagineses habían pasado las Columnas de Hércules y habían costado África hasta el sur del Sahara, en busca de oro. Heródoto, en el libro IV de sus *Historias*, nos habla de este comercio con los misteriosos habitantes del África negra. A cambio del oro y otras mercancías preciosas como el marfil y las pieles, los ingenuos indígenas recibían perfumes, vasos, ánforas, vestidos y collares (tal como informa el geógrafo conocido con el nombre de Pseudo-Escílax, que escribió en torno a 338 a.C.). El intercambio no podía ser más lucrativo para los hábiles mercaderes de Cartago. Las fuentes citadas son griegas; los cartagineses mantuvieron en secreto la existencia de esos mercados tan importantes, y cuando por orgullo dieron cuenta de sus viajes, como el famoso relato de Hannón, cargaron las tintas en las descripciones terribles para desanimar a los posibles

competidores. No cabe duda de que lograron este objetivo: el tráfico de oro en África occidental sólo se interrumpió tras la Segunda guerra púnica.

Pasado el Estrecho, **los cartagineses también recorrieron las rutas que llevaban al norte**, siguiendo las costas de la Península Ibérica y llegando probablemente a Britania en busca de plata, que con el oro era necesaria para reclutar mercenarios. En la costa atlántica europea, los cartagineses controlaron el comercio del estaño procedente de las minas españolas, y puede que también de las islas británicas, que para algunos autores serían las míticas Casitérides, término griego que significa «isla del estaño». Con el monopolio de estos metales, a los que se sumaban el hierro y el cobre, los mercaderes cartagineses acumularon enormes riquezas y alimentaron una industria propia de artículos destinados al consumo interior y a la exportación, sobre todo durante el siglo IV a.C., tras la aparición de las monarquías helenísticas. Las excavaciones de Cartago, en la zona de la acrópolis, han sacado a la luz numerosos **talleres metalúrgicos** datables entre el siglo IV y finales del III a.C. Los restos dan fe del intenso trabajo de los fundidores de hierro, confirman la fabricación diaria de cientos de armas y armaduras durante la última guerra entre Cartago y Roma, que también eran vendidas a las tribus libias y nómadas. En Cartago se producían objetos de arcilla, joyas, pequeños objetos de bronce y tejidos de calidad. En la ciudad púnica, de la que se conservan importantes huellas en la moderna Kerkouane y que fue abandonada en el siglo III a.C., alcanzó un gran desarrollo el tratamiento del *murex*, el molusco del que se extraía la púrpura con la antigua técnica fenicia.

Pero el comercio y la actividad industrial por sí solos no explican la prosperidad de Cartago en los siglos IV y III a.C. También fue muy importante la **agricultura**. Los cultivos se hallaban alrededor de la ciudad, en la península de cabo Bon y en los territorios de la costa africana, desde Cirenaica hasta el Atlántico, que ya habían sido conquistados antes del siglo IV a.C. Se trataba de los productos mediterráneos típicos: trigo, vino y aceite. También se practicaba la **ganadería** y la **pesca**. Se ha afirmado que hubo un choque de intereses entre mercaderes y terratenientes, pero es más plausible que ambas fuentes de ingresos fueran complementarias y que los mercaderes invirtieran sus ganancias en la tierra, obteniendo de ella productos para la

exportación. A partir de la segunda mitad del siglo IV a.C., los productos alimentarios cartagineses se exportaron al Mediterráneo oriental, donde había un intenso proceso de urbanización. Gracias a estas exportaciones, Cartago conservó cierta prosperidad durante los últimos cincuenta años de su historia, pese a tener que pagar a Roma una fuerte indemnización de guerra.

La agricultura también fue la principal riqueza de **Cirene**, la espléndida ciudad que detuvo a Cartago en su conquista de la costa africana, y se convirtió en presa codiciada de los Tolomeos. De Cirene procedía el **silfio**, una planta silvestre muy usada por los antiguos como especia, medicamento y forraje. Más allá de la estrecha franja costera, intensamente cultivada y habitada, la civilización urbana remontó el valle del Nilo, donde surgió el reino de Nubia, posteriormente sometido por Tolomeo Filadelfo. La intensa **explotación minera** de

esta región, a cargo de criminales y prisioneros de guerra, proporcionó hierro y oro a Egipto. Por este país también transitaban las mercancías procedentes del África central (marfil, plumas y huevos de avestruz, esclavos) y otras que llegaban de Oriente (mirra, incienso y canela). Pero la civilización parece detenerse en las mesetas donde nace el Nilo, por no hablar de la formidable barrera del Sahara. Los antiguos pensaban que al sur del golfo de Guinea y de Somalia no había más que el océano, pero nunca intentaron circunnavegar el continente. El África negra sólo era conocida como fuente de lucrativas ganancias y proveedora a buen precio de mercancías valiosas y esclavos.



Entre los siglos IV y III a.C., los Maurya lograron unificar toda la India, a excepción de su extremo sur, y extendieron sus dominios más allá del Hindukush, hasta llegar a Bactriana. El comercio se intensificó, tanto en el interior del país como con el Occidente helenístico y Extremo Oriente, favoreciendo la propagación de la **economía monetaria**. Se desarrolló la civilización urbana con ciudades como Benarés, Mathura, Sanchi, Kausambi y la propia Pataliputra. La nueva y dinámica economía resquebrajó el rígido sistema social de la tradición, por lo menos en lo que respecta a las castas más elevadas. El ejemplo más notable de las

internacional basada en el intercambio de bienes. La abundancia de oro en la India era bien conocida. Ya Heródoto había informado que el tributo más alto recaudado por Darío procedía de sus territorios indios: 360 talentos en polvo de oro, extraídos de minas y placeres. Megastenes, el embajador seléucida en la corte de Chandragupta, nos habla del río Son, llamado «portador de oro», y de Ceilán, una isla con abundancia de oro, perlas y piedras preciosas. Estas mercancías eran transportadas desde Ceilán y los estados tamil hasta el norte de la India. Se acumulaban en los emporios de las grandes ciudades y se vendían en estado puro o convertidas en espléndidas joyas. Otra valiosa mercancía era



nuevas costumbres fue la subida al trono de Nanda, hijo o sirviente de un barbero. A pesar de su origen humilde, la enorme cantidad de riquezas que llegó a acumular le valió el sobrenombre de *Mahapadma*, «cien millones de monedas de oro», y fue capaz de crear un poderoso ejército con el que unificó casi todo el país bajo su soberanía.

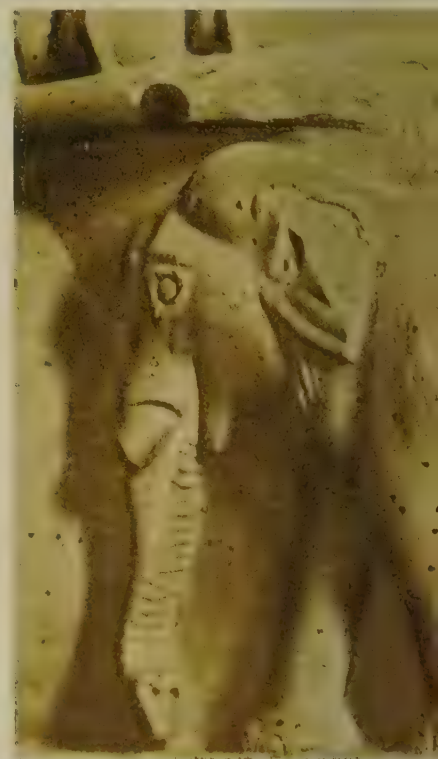
Varios hechos atestiguan la crisis del sistema de castas provocada por la nueva prosperidad: los numerosos brahmanes que abandonaban el sacerdocio para dedicarse a lucrativos negocios, al comercio o a la agricultura; la frecuencia de matrimonios mixtos y el movimiento de emancipación de los esclavos; y también las nuevas religiones como el budismo y el jainismo. Su idea de humanidad, entendida como una sociedad cuyos miembros están vinculados por mutuas obligaciones, era el equivalente ideológico de una **economía**

el marfil, al ser un material fácil de labrar y adecuado para muchos usos. Los mercaderes también comerciaban con **tejidos de lana, algodón y seda** (ésta se importaba de China, que mantenía su origen en secreto), telas finas como la muselina o decoradas como los brocados, mantas y alfombras. En el *Arthashastra* de Kautilya, la obra política y económica del consejero de Chandragupta, se mencionan las regiones donde florecía la industria textil: Bengala, Kalinga, Maghada, Gandhara y Nepal.

En los mercados de Occidente había también una gran demanda de **especies**, muy apreciadas tanto por sus cualidades terapéuticas como por su valor de prestigio social. La más vendida era la pimienta, que se cultivaba en el sur de la India. Las exportaciones superaban ampliamente a las importaciones, y las mercancías, sobre todo las especias, proporcionaban importantes



Izquierda: zona arqueológica de Sirkap, en Taxila, ciudad del noroeste de la India, antiguamente importante nudo de las rutas que de Occidente y Asia central conducían al interior de la India. En Taxila (llamada Takṣaśilā en los primeros siglos de la era cristiana) las excavaciones han revelado la existencia de, al menos, tres ciudades sucesivas. La más antigua es Bbir Mound, que, sometida a Alejandro Magno en 326 a.C., pasó después al dominio Maurya; su universidad ya era famosa en los últimos años del reinado de Asoka; al norte de este antiguo centro se extendía la ciudad de los indogrecos, los escitas y los partos, llamada Sirkap; todavía más al norte surgiría la ciudad de los Kuṣāṇa, con el nombre Sirsukh. Arriba: mapa de la India en el año 200 a.C. (algunas décadas después de la muerte del emperador Asoka) con las localidades de relieve arqueológico e histórico.





ganancias a los mercaderes aunque llevaran pequeños cargamentos. Dado que los viajes eran largos y llenos de peligros, los objetos transportados tenían que ser de mucho valor. Aunque a veces el propio transporte era lo que daba valor a materiales de uso común. Las mercancías llegaban a Occidente por mar, en barcos que podían llevar de 500 a 700

personas, entre pasajeros y hombres de negocios. Lanchas bien distribuidas vigilaban la costa, mientras en alta mar naves de guerra protegían a los mercantes de los ataques piratas, muy frecuentes en las rutas entre el sur y el norte del continente indio, y un almirante con sede en Pataliputra (la actual Patna) dirigía todo el tráfico marítimo. Era una organización eficaz, y los barcos indios recorrían las rutas de Occidente hasta Egipto y las de Oriente hasta los puertos chinos. Pero, hasta que los navegantes no aprendieron a aprovechar los monzones, tardaban de cuatro a seis meses en recorrer las 2.760 millas que separan la India de Berenice, en la costa egipcia del mar Rojo. Por eso se preferían los viajes por tierra, que eran más seguros y baratos.

A la izquierda y arriba: dos animales (el elefante y el cebú) de alto valor simbólico en el contexto cultural de la civilización india—e importantes también en el económico—tal y como aparecen representados en el ábaco del capitel de Asoka en Sarnath.

Derecha: relieves que representan yaksha (divinidades budistas menores), procedentes del stupa de Bharhut (mediados del s. II a.C.). Indian Museum, Calcuta.



En el interior del imperio, **los Maurya** se preocuparon de **construir y mantener en buen estado una apretada red de carreteras** que comunicaba los puertos atravesando los bosques del centro de la India o siguiendo el curso de los ríos. Las carreteras, por lo general, eran seguras y muy transitadas. En los edictos de Asoka se habla de posadas y pozos en las principales, y en otros textos de la misma época se habla de unos estudiantes que se dirigen a Taxila, solos y desarmados. Las carreteras indias enlazaban con las que habían construido los asirios y persas con fines administrativos y militares, que después fueron prolongadas y conservadas por los Seléucidas. Estos últimos compitieron durante mucho tiempo con los Tolomeos por el monopolio del comercio entre la India y el Mediterráneo. Se dice que Chandragupta contrajo matrimonio con la hija de Seleuco, y son bien conocidos Megasthenes y Daimaco, embajadores de los seléucidas ante los Maurya.

El próspero Egipto importaba de la India perlas, marfil —preferido al africano—, conchas de tortuga, pigmentos y sustancias colorantes, tejidos y maderas nobles. La intensidad de las relaciones en Oriente entre la India y China en los siglos IV y III a.C. ha sido demostrada por los investigadores, que han encontrado términos indios en el vocabulario chino de la época. Pero en la

India maurya, a pesar del floreciente comercio, la pieza clave de la economía siguió siendo la **agricultura**, aglutinante de la nueva realidad política que se estaba forjando. El cultivo más extendido era el **arroz**, pero también se cultivaba trigo, cebada, mijo, caña de azúcar y muchas variedades de legumbres. La técnica agraria estaba muy avanzada, se hicieron grandes obras de irrigación, se utilizaban abonos y fertilizantes y se practicaba ya la rotación de cultivos. En el *Arthashastra*, Kautilya habla de las actividades agrícolas. De acuerdo con el modelo helenístico de estado centralizado adoptado por Chandragupta, la agricultura aparece en esta obra como una actividad



controlada y planificada, así como muy gravada por el fisco. Las unidades más pequeñas eran las aldeas, que se reunían en grupos de diez, veinte, cien o incluso mil, dirigidos por funcionarios reales de rango cada vez más elevado. Por algunos pasajes del texto sospechamos que había formas de **cultivo colectivo y consorcios de regantes, pastores y ganaderos**. Pero en realidad el carácter de la obra es ante todo especulativo, y pretende ser el proyecto de un estado unitario y centralizado.

En la civilización china, que se había desarrollado en la gran cuenca del Huanghe y era estrictamente agrícola, la organización de la propiedad de la tierra era la base de la vida económica y de las propias estructuras políticas. Esto se ve claramente en el periodo comprendido entre el siglo IV y el III a.C., cuando se formó el estado centralizado, durante el cual la economía aparecía como una realidad específica y era objeto de la máxima atención: la victoria era el premio de quien disponía no sólo más hombres, sino más recursos de todo tipo y reservas alimentarias.

El **sistema agrario** de la antigua China recuerda al de la Europa feudal. Se basaba en la división de la tierra en unidades autosuficientes llamadas *jingtian* (*jing* significa pozo, un elemento

Durante los dos siglos anteriores a la unificación de China hubo muchos avances técnicos que incrementaron la productividad de la tierra. Entre ellos cabe citar la sustitución de aperos de piedra y madera por los de hierro, mucho más eficaces, y el abandono de la collera de garganta, que con su presión ahogaba a los caballos, sustituida por la de pecho, que permitía un enganche más eficaz y el transporte de cargas más pesadas. Es interesante señalar que en Europa la fusión del hierro y una forma de enganche más eficaz sólo aparecieron a finales de la alta Edad Media, lo que hace pensar en un posible origen chino de estos avances. La aristocracia feudal veía con buenos ojos las innovaciones cuando le brindaban la posibilidad de reducir el tamaño de las parcelas «privadas» y



Arriba: peso en bronce de forma semiesférica realizado en 221 a.C. En el cuerpo del peso está grabado el edicto imperial del 26º año de Shi Huangdi, en el que se dice: "(...) si hubiese irregularidades y fraude en los pesos y las medidas, cualquier duda deberá ser aclarada y regularizada". En 221 a.C., finalizada la obra de reunificación de China, el emperador impulsó la estandarización de pesos y medidas, acompañada de la fabricación de una enorme cantidad de instrumentos para las distintas medidas. Izquierda: anverso y reverso de una moneda de bronce en forma de cuchillo, que se remonta al periodo de prosperidad del Estado de Yan (s. V-III a.C.). Abajo y en la página contigua: tejidos de seda bordados, procedentes de la tumba de la marquesa de Dai en Mawangdui (s. II a.C.)

aumentar con ello la explotación del trabajo campesino; pero se oponía a ellas si suponían una amenaza para su autonomía, como en el caso de las grandes obras de irrigación u otras obras públicas que dejaban los campos sin mano de obra, enrolada por el poder central. En cualquier caso, la vieja clase nobiliaria estaba condenada a la extinción. La explotación excesiva hizo que los campesinos abandonaran la tierra y se dedicaran a otros menesteres en el comercio y el artesanado, o engrosaran las filas de los braceros sin trabajo, mano de obra disponible para los reyes de los distintos estados, enzarzados en la lucha contra la clase feudal que también pasaba por la reorganización del sistema agrario. Los jefes de estado revalorizaron las tierras incultas o explotadas de forma inadecuada, impulsando una intensa roturación de los suelos, la desecación de los pantanosos, el drenaje de los salados, así como la excavación de canales para el transporte y la irrigación. Los campesinos se establecieron en las nuevas tierras y se convirtieron en agricultores independientes, propietarios de la tierra.

indispensable para las actividades agrícolas). Estas unidades formaban fincas más o menos extensas, propiedad de la aristocracia, que las recibía por herencia o como regalo. El filósofo Mencio (Mengzi) nos proporciona la descripción más completa de este sistema.

Cada *jingtian* estaba dividido en nueve recuadros, uno de los cuales era cultivado en común para el señor feudal por las ocho familias que tenían el usufructo de las otras ocho parcelas. Esta distribución propuesta por Mencio en nombre de la equidad dejaba a las familias de campesinos-siervos de la gleba recursos para su subsistencia.





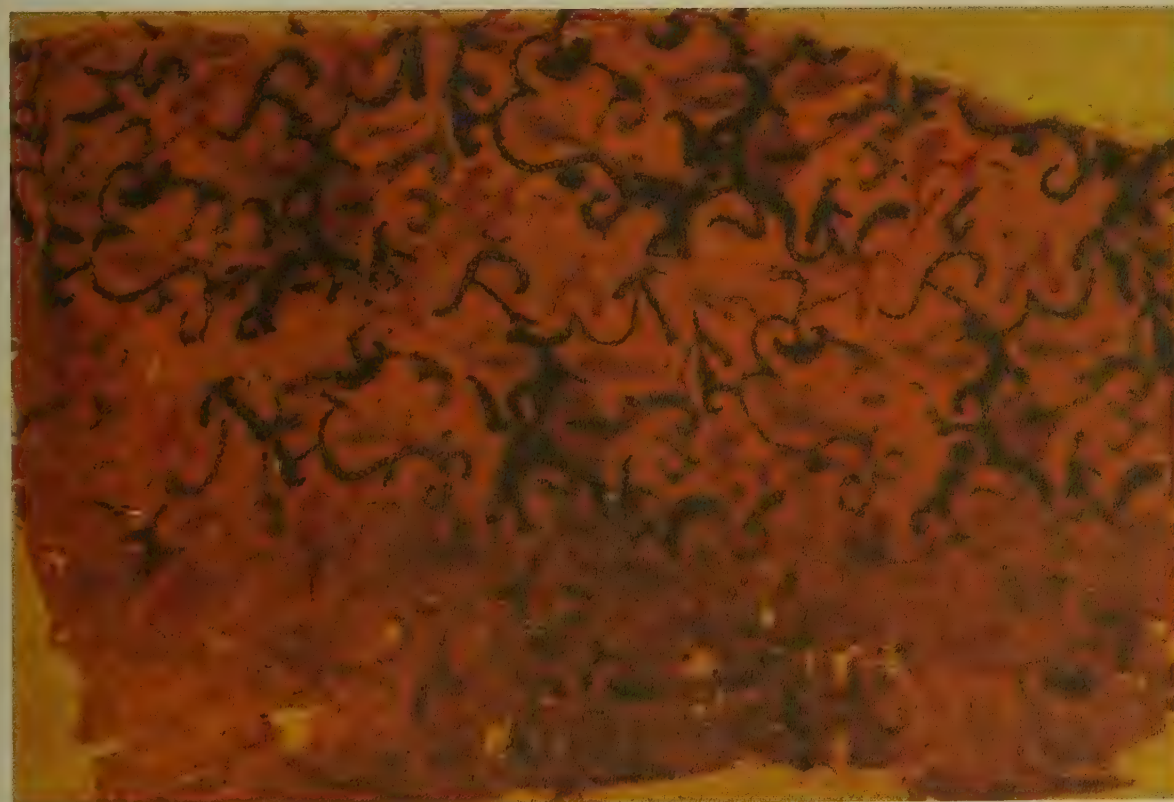
Arriba: anverso y reverso de una moneda de bronce (s. V-III a.C.). Estas monedas, de uso común en el Estado de Qin durante el período de los Reinos combatientes, son las más difundidas entre las metálicas, porque eran más fáciles de llevar consigo y de contar; a partir del fin de la dinastía Zhou, se convirtieron en las únicas en uso. Derecha: carro y caballo de bronce procedentes de tumbas de la época Han (s. II a.C.).

El régimen de propiedad feudal de la tierra se extinguió definitivamente y fue sustituido por un sistema de propiedad privada. Todos los propietarios, por lo menos teóricamente, debían pagar un impuesto al poder central con arreglo a la extensión de la finca y a su productividad. La relación entre el nuevo sistema agrario y el estado centralizado es muy clara en el reino de Qin, que con la dirección de Zheng, el futuro Shi Huangdi, acabaría unificando China. En Qin, un país pobre y más bien atrasado, la nobleza no era muy poderosa, y el rey pudo movilizar a gran cantidad de campesinos para las obras públicas, como la construcción del canal de Zhengguo, inaugurado el mismo año que Zheng subió al trono (247 a.C.). Fue así como una región periférica se convirtió en una

pieza económica clave de China, capaz de dominar a los otros estados feudales.

El fin de la fragmentación típica del sistema feudal y la consolidación del poder de los reyes coincidió con un gran auge de las actividades comerciales y artesanales, y la aparición de una nueva clase de mercaderes y empresarios, aliados y a menudo consejeros de los reyes. El **comercio**, que hasta entonces sólo había interesado a un grupo selecto, comprador de productos de lujo como perlas o jades, en esta época se extendió a productos

de amplio consumo como los **cereales**, las **pieles**, los **metales** o la **sal**. Muchas veces los mercaderes eran también empresarios capaces de hacer un seguimiento de la mercancía en todas sus fases, desde la elaboración de las materias primas hasta el transporte de los productos a los mercados más lejanos. Las relaciones comerciales, por lo menos en el caso de los productos más típicos y cotizados, sobrepasaron el marco de las ciudades y reinos chinos para extenderse a otros pueblos. La industria de la laca recibió apoyo oficial. Producía objetos muy apreciados por los jefes de las tribus hunas que habitaban más allá de la frontera



noroccidental, e impulsaba un comercio muy rentable. A partir de los siglos IV y III a.C., los **tejidos de seda** fabricados por los Qin se exportaron al norte de la India. Debido a estos contactos comerciales, en este último país se empezó a llamar China al país de la seda. El progreso de la artesanía y el auge del comercio estuvieron acompañados por la difusión de **monedas metálicas**, atestiguada a partir del siglo V a.C. En occidente, en los reinos de Han, Wei y Shao, aparecieron los *bu*, similares a palas de hierro; en el noreste, en las regiones de Yan y Ji, se generalizó el uso de los *dao*, con forma de cuchillo; en el país de Zhou, es decir, Hebei y Henan, circularon monedas con forma de concha, usadas también como joyas y talismanes; por último, en las regiones situadas más al oeste, como el reino de Qin, las monedas tenían forma circular con un agujero en el centro. Al principio, las monedas se acuñaron por iniciativa de ricos mercaderes, pero después, el estado se hizo cargo de esta tarea. Tras la unificación de los estados chinos en el nuevo imperio de Shi Huangdi, la economía se planificó, la artesanía y el comercio se convirtieron en monopolios y la moneda de Qin circuló en todo el imperio.

La expedición de Alejandro Magno fue un acontecimiento crucial en la historia y la política antigua, y también un significativo paso adelante en el conocimiento recíproco de los pueblos. Sus conquistas ensancharon enormemente los horizontes. Todos los dominios del imperio aqueménida entraron en la órbita cultural griega, con las consecuencias que se pueden imaginar. En el mundo antiguo, la geografía estaba

por los temas científicos, como las mareas o la vegetación y la fauna costeras. También encontramos interés por las poblaciones autóctonas, los territorios recorridos, la fauna y la flora en la *Historia de Alejandro de Aristóbulo de Casandria*, escrita muchos años después de la muerte del emperador, que rectifica a menudo las imprecisiones y exageraciones del texto de Nearco. También había disquisiciones geográficas en la narración de Calístenes, el historiador oficial



Arriba: Alejandro atraviesa el Tigris y el Éufrates, miniatura del siglo XV. En sus expediciones, Alejandro también llevó a numerosos científicos y estudiosos.

A la derecha: en una reconstrucción gráfica de 1613 vemos la presunta disposición de marcha de la falange macedonia (arriba) y una evolución de sus guerreros armados con la pica macedonia.

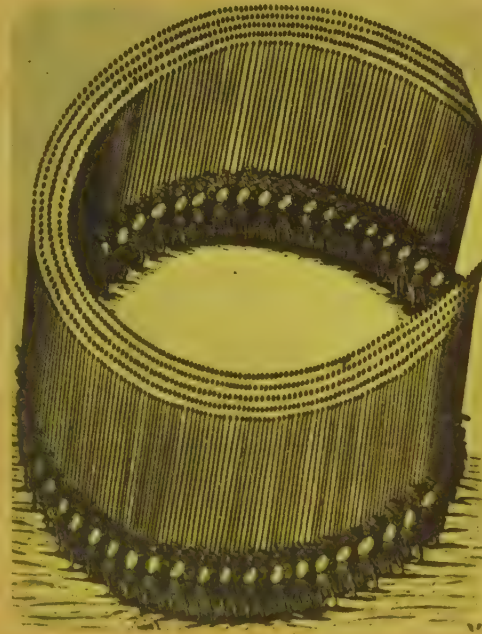
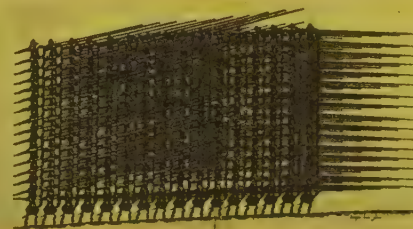
estrechamente relacionada con las necesidades comerciales y las vicisitudes políticas. El conocimiento del territorio era esencial para los desplazamientos de los ejércitos y la red de comunicaciones que mantenía la cohesión de los estados y permitía controlar las regiones periféricas. Detrás del ejército macedonio marchó hacia Oriente un grupo de geógrafos, ingenieros e historiadores, encargados de eternizar las gestas del monarca, reseñando en directo unos hechos carismáticos para la opinión pública. En la expedición también participaron científicos de las disciplinas más variadas, que hallaron en ella una oportunidad de realizar descubrimientos en varios campos: botánica, zoología, etnografía e hidrografía. Estos descubrimientos, una vez ordenados y catalogados, dieron un impulso notable a varias ramas del saber. El informe de la expedición y el diario de navegación escrito por el almirante Nearco durante el largo regreso desde la desembocadura del Indo a la del Éufrates, se han perdido casi por completo. Entre los escasos fragmentos que se conservan hay un compendio de la navegación de Nearco, recogido en la *Anábasis de Alejandro* de Arriano (c. 95- c. 175 a.C.). La obra, aunque fue criticada por Estrabón, quien consideraba que los datos de la India no eran rigurosos, es una narración prudente y detallada que revela una atenta observación, así como una viva curiosidad

de la expedición, a quien Alejandro mandó matar en 327 a.C. El monarca macedonio avanzó hasta unos territorios adonde nunca habían llegado los caudillos griegos, y entró en contacto con las poblaciones de la India, enfrentándose con el rey Poros, hasta llegar a un supuesto confín oriental donde fundó Alejandría Eshkates (la última). Con sus exploraciones pudo resolver un problema que había intrigado a su maestro Aristóteles: si África y la India estaban unidas. Además, Alejandro encargó a su sección topográfica, los *bematistas* («medidores») una serie de mediciones que proporcionaron datos fundamentales para el conocimiento de Asia. Se tendió un puente entre el mundo mediterráneo y Oriente, y el camino quedó despejado para investigaciones posteriores, más sistemáticas. En este sentido destaca la figura de Megastenes, que vivió entre los

LAS MÁQUINAS DE GUERRA

Un campo en el que el método científico y la imaginación inventiva encontraron singular aplicación fue el de las máquinas de guerra. Los ingenieros, apoyados y financiados por los reyes, crearon distintos modelos o perfeccionaron los existentes. En esta época se definieron los principales instrumentos de ataque, que apenas sufrirían cambios en Roma y duraron hasta la Edad Media. Imponentes y espantosas, las «máquinas» (en griego *mechané* significa, entre otras cosas, artilugio, pero también engaño) mejoraron decididamente la técnica de la guerra. La que más se aproximaba a los cañones modernos era la catapulta de torsión, de varios metros de altura y capaz de lanzar hasta medio kilómetro piedras, flechas entrelazadas y masas ardientes. Se utilizaba sobre todo en los asedios. El ariete, ya conocido por los asirios, no era empujado por los brazos de los soldados, sino que estaba incluido en un mecanismo complicado: un armazón con ruedas y provisto de un eje horizontal al que iba atado el ariete con

sogas robustas, para poder balancearlo. A los habitantes de las ciudades asediadas debían parecerles impresionantes las torres móviles de varios pisos, provistas de ruedas. Podían tener unos 30 metros de altura, y facilitaban la aproximación de los soldados, protegidos en su interior. Una vez realizada la maniobra, unos puentes levadizos enganchaban las torres a la muralla de la ciudad asediada. Tenemos un testimonio directo del uso de estas máquinas terroríficas: la descripción del asedio de Siracusa por parte de los romanos que hace Plutarco en la Vida de Marcelo. Los asediados, valiéndose de la genial colaboración de Arquímedes, lanzaban contra el enemigo toda clase de proyectiles. Sobre las cabezas de los romanos caían piedras de gran tamaño, de las murallas salían enormes estacas que hundían las naves romanas o las inutilizaban. La descripción de los complicados y mortíferos artificios imaginados por la mente de Arquímedes da una idea de la perfección técnica alcanzada en este sector neurálgico.



siglos IV y III a.C. y estuvo al servicio de Seleuco Nicator. Las fuentes le atribuyen un conocimiento directo de la India, en su calidad de diplomático. Allí se habría entrevistado varias veces con Chandragupta, fundador del imperio maurya. Su obra sobre la India, **Indika**, proporciona interesantes datos geográficos, naturalistas y sociales, que puntualizan y completan las informaciones contenidas en los textos de los historiadores de Alejandro. El texto, aunque fragmentario, está basado en sus experiencias personales

La geografía tuvo un papel secundario, importante en la época clásica, y creció con el tiempo. En la obra de este autor, el primer mapa se remonta a Anaximandro, que vivió entre los siglos VII y VI a.C. y en el que se describe la forma del mundo, con arreglo a una de las acepciones del término griego *geographia* (descripción de mundo). Pero a partir del siglo III a.C. surge la necesidad de corregir los

datos de la tradición, sobre todo los que habían sido suministrados por mercaderes, aventureros, viajeros, soldados y soldados, que tenían a su favor la forma interesada de sus datos y sus relatos. El mundo de Alejandro se basó en el conocimiento geográfico basado en la experiencia personal, en la observación con los propios ojos, susceptible de deformaciones fabulosas (la India, Tíbet, los países imaginarios de la India, los monstruos, etc.), por un mapa y un texto descriptivo que corregían la tradición anterior con un procedimiento llamado *diorthosis* («corrección» por Eratóstenes. Esta labor, paralela a la revisión crítica de los textos literarios, tenía la finalidad de proporcionar instrumentos que permitieran hacer una «lectura» del mundo más próxima a la realidad. Se trataba de reunir una serie de informaciones, datos y relatos de viajes, eliminando todo aquello que no se considerase científicamente exacto. En torno al año 300 a.C., el filósofo peripatético **Dicarco** escribió una obra titulada *Períodos ghes* (circuito de la Tierra), que no sólo es una descripción del mundo entonces conocido, llena de erudición científica, sino también un verdadero mapa geográfico, con arreglo a la otra acepción del término *geographia*, «dibujo de la Tierra». Además calculó la altura de varias montañas griegas, y se cree que midió la circunferencia terrestre, cifrándola en 300.000 estadios (un estadio equivale a 185 metros). Un dato superior al real, pero que en cualquier caso resulta significativo, por lo ambicioso del intento.

La ciencia geográfica se valió de los progresos de las matemáticas para calcular con bastante precisión algunas medidas importantes. **Eratóstenes** (c. 275-c. 194 a.C.), en su obra *Sobre la medida de la Tierra*, calculó la longitud de la



circunferencia terrestre y sólo se equivocó en 87 kilómetros de menos. Además dedicó una obra entera al estudio científico de la Tierra, que por primera vez llevaba el título de **Geografía**. Incluye un mapa geográfico y una divagación sobre la historia de la disciplina en la que rechaza la tradición anterior, sobre todo la geografía homérica.

EL NACIMIENTO DE LA BOTÁNICA CIENTÍFICA: TEOFRASTO

Entre los más célebres discípulos de Aristóteles asume especial relieve, por su obra, Teofrasto, el sucesor del maestro en la dirección del Liceo (322 a.C.). Nació en Ereso, en la isla de Lesbos, y en torno a 372 a.C. su maestro le puso el sobrenombre de Teofrasto (en griego, «que habla como un dios») debido a su elocuencia.

Su vasta obra sigue las huellas de su maestro, y consigue resultados muy originales en el campo de la botánica, disciplina que no por casualidad estaba ausente del corpus aristotélico, en el que sin embargo se aborda la zoología. Teofrasto escribió dos obras que durante mucho tiempo fueron punto obligado de referencia en esta disciplina: *Historia de las plantas* y *Sobre las causas de las plantas*, que en el aspecto metodológico siguen el modelo de la *Historia de los animales* del maestro.

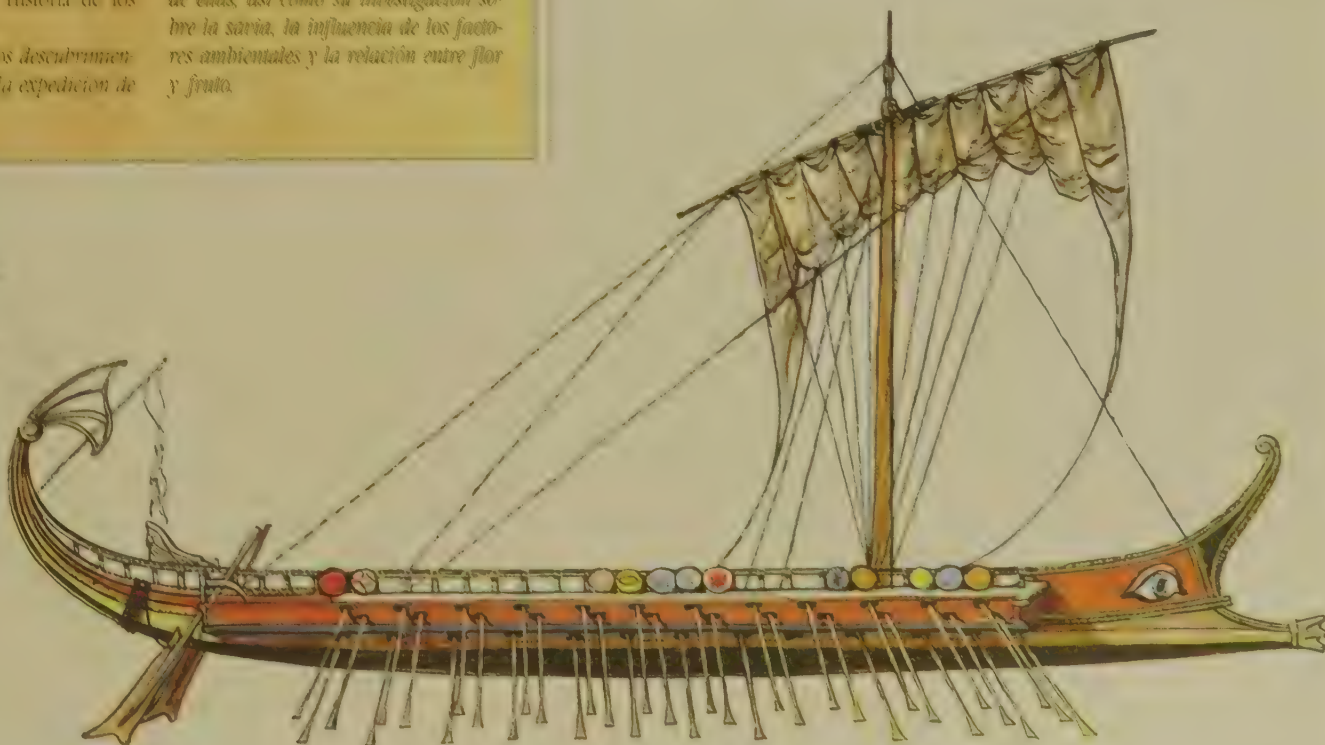
Las dos obras recogen los descubrimientos realizados durante la expedición de

Alejandro, y estudian los organismos vegetales en su desarrollo, a través de una observación detallada de cada planta.

En la *Historia* (indagación, investigación) las plantas se describen minuciosamente y son clasificadas, entre otras cosas para tener una lista detallada de especies medicinales, de reconocido valor terapéutico.

En las *Causas* el autor se ocupa de la reproducción, admite la generación espontánea y se centra en el cultivo de plantas útiles. La obra de Teofrasto sentó las bases de la moderna botánica científica, de la que puede considerarse, con toda justicia, como el iniciador. Destacan en ella las distinciones que realiza entre las partes de la planta, y el estudio de la función de cada una de ellas, así como su investigación sobre la savia, la influencia de los factores ambientales y la relación entre flor y fruto.

Al lado: trirreme griega. Con naves como ésta, el almirante Nearcho consiguió llegar a orillas del Éufrates, durante la expedición de Alejandro. Arriba, a la derecha: construcción de una plaza fuerte en Palestina (miniatura francesa). En su expedición a Egipto, Alejandro tuvo que asediar la fortaleza de Gaza, el puesto egipcio más avanzado en el Sinaí; al conquistarla, tuvo acceso a la más rica de las provincias persas, precisamente Egipto.



La expedición de Alejandro abrió horizontes completamente nuevos al mundo griego. En el transcurso de la interminable marcha a través de los territorios del imperio persa, el propio rey obtuvo un material muy valioso para el progreso de las ciencias, y además fijó los criterios metodológicos para una correcta utilización de la enorme cantidad de datos e informaciones recogidos. Los conocimientos de las distintas disciplinas recibieron un impulso formidable, y **Babilonia** entró en el ámbito de la **cultura griega**. Esto supuso la asimilación de las investigaciones realizadas por los astrónomos babilonios, que desde hacía mucho tiempo habían efectuado observaciones empíricas, definiendo un mapa celeste en el que se distinguían planetas y constelaciones. La **astronomía científica**, entendida como una disciplina capaz de elaborar e interpretar un conjunto de informaciones fragmentarias, había nacido en Mesopotamia, donde habían florecido tres escuelas, en Uruk, Sippar y Babilonia. Entre los astrónomos que trabajaron después de

el siglo II a.C. Se sabe con certeza que Kidinnu, en torno al año 300 a.C., calculó la duración del año con sólo 7 minutos y 16 segundos menos que la cifra de los astrónomos modernos. Su obra fue traducida al griego por un grupo de babilonios, con lo que pudo ser conocida por un público amplio. Influyó en la astronomía alejandrina y en Hiparco, que sin duda se basó en los estudios babilonios sobre los eclipses y otros descubrimientos.

En el siglo II a.C. vivió **Seleuco**, contemporáneo del gran científico de Nicea. No se le conoce ninguna obra, pero sí se ha conservado el recuerdo de alguna de sus teorías; su autoridad ya fue reconocida por Hiparco y Posidonio. Era un griego nacido en Seleucia del golfo Pérsico que defendió la hipótesis **heliocéntrica**, que ya enunciara Aristarco de Samos el siglo anterior. Buscó pruebas que demostraran la validez de la intuición de Aristarco, pero su enfrentamiento a las

Izquierda: dos pesos de época seléucida en plomo. Derecha: busto de Apolonio de Perge. Museo Archeologico Nazionale, Nápoles. El comentario escrito en el s. V d.C. por Eutocio de Ascalona al pie de Las Cónicas contiene la mayor parte de las noticias biográficas que se poseen sobre su autor, Apolonio, a través de citas de la Vida de Arquímedes de Eracleides y de las Narraciones geométricas de Gemino de Rodas (que vivió en torno a 70 a.C.).

doctrinas de Hiparco, apoyadas por la ciencia oficial de su tiempo, terminó en una derrota. El sistema geocéntrico, reforzado y revisado por Tolomeo, se impuso en los siglos posteriores, pese a la apasionada labor del astrónomo babilonio. Será preciso esperar, después de muchos siglos, a Copérnico para que la teoría heliocéntrica se confirme definitivamente, no sin una fuerte oposición. Según Seleuco, la rotación de la tierra determina el **fenómeno de las mareas**; observando en el golfo Pérsico los efectos de la marea diurna, estableció la relación entre las variaciones de amplitud de la marea y la posición de la Luna en relación con el Sol.

Alejandro destaca **Kidinnu de Sippar**, quien probablemente vivió entre los siglos IV y III a.C.

Un investigador alemán, P. Schnabel, le atribuye el descubrimiento de la **precesión de los equinoccios**, adelantándose al mismo resultado obtenido por Hiparco en

APOLONIO DE PERGE

Vida y obras de Apolonio. Nació hacia el año 262 a.C. en Perge, Panfilia, pero se ignora el lugar y el año de su muerte. Vivió durante mucho tiempo en Alejandría, primero como estudiante y después como maestro en la escuela de los sucesores de Euclides, a la que Apolonio dio un nuevo vigor y autoridad. Viajó mucho y durante algún tiempo residió en Éfeso y en Pérgamo, a cuyo rey, Atalo I (241-197 a.C.) dedicó el IV libro de su tratado Las Cónicas. Apolonio hizo por el cono lo que un siglo antes había hecho Euclides por el círculo, dando a las secciones las denominaciones que todavía hoy están en uso: parábola, hipérbola, elipse.



Aunque sólo ha llegado hasta nosotros el texto original de cuatro de los ocho libros (otros tres están en versión árabe), el tratado es tan completo que pasarían siglos antes de que se añadiera algo a su argumento.

Además de los libros sobre los conos, Apolonio escribió otras obras de matemáticas.

Hasta nosotros han llegado en versión árabe dos libros sobre las Secciones de las relaciones, una obra sobre los Contactos, dos libros sobre los Lugares planos. Entre los escritos que se han perdido, se conoce el título de una obra sobre el Parto sollecito o Pronta resolución y otra sobre los espejos ustorios.

Apolonio, después de Arquímedes, es el más original y profundo de los matemáticos griegos.

Los antiguos le atribuían la invención de un reloj solar de forma particular y descubrimientos astronómicos de anticipación.

Las cónicas. Este tratado de Apolonio lo publicó en griego y en latín el astrónomo Halley en 1710 (Apollonii Pergasi conicorum, Lib. VIII) y Heiberg (1891-92) publicó sólo los libros y fragmentos originales.

Antes de Apolonio el cono y sus propiedades elementales eran conocidos por los griegos, como lo demuestran la obra de Menecmo, los Lugares sólidos de Aristeo

y muchos pasajes de Euclides y Arquímedes. Pero Apolonio generaliza y amplía las investigaciones. Partiendo de un cono cualquiera, cortándolo con un plano cualquiera, obtiene las tres clases de conos que antes se consideraban secciones del cono de ángulo

lo agudo, recto o de ángulo obtuso. Los primeros cuatro libros de esta obra han llegado hasta nosotros presumiblemente en su texto original porque se utilizaban como libros de texto en escuelas griegas y alejandrinas.

Los otros tres se conservaron en la Edad Media gracias a una traducción árabe y únicamente se perdió el octavo, que según la declaración de Apolonio, contenía la solución de problemas referentes a la materia tratada en el libro precedente.

El famoso astrónomo Halley, en su edición de las obras de Apolonio y basándose en las informaciones contenidas en los «lemni» que dejó Pappo en su Colección, consiguió darnos una relación aproximativa de este libro desaparecido.

En conjunto, los libros sobre los conos se pueden considerar como una introducción a la geometría superior porque en ellos encontramos nociones muy modernas como los principios de la teoría de las polares o la generación de un cono mediante bases sostenidos de radios (teorema de Steiner).

La importancia de los conos en el sistema universal se amplió después del descubrimiento de Kepler para el cual las órbitas planetarias son elípticas y el sol ocupa uno de los focos de la elipse.

La obra de Apolonio, vuelta a examinar hace tres siglos, dio origen a una buena parte de la geometría moderna.

47

La **investigación científica**, que ya con la escuela de Aristóteles había tenido un cariz más técnico y autónomo, se independizó de la filosofía a partir del helenismo. Organizada de una forma más sistemática y apropiada (sobre todo gracias al **mecenazgo** ilustrado y munífico de los **Tolomeos**, que dieron un impulso decisivo a las ciencias), la investigación creó el conjunto de instituciones científicas conocido como **Museo**. Cada rama del saber literario o científico, investigada con un método riguroso y medios abundantes, avanzó de forma considerable, lo cual acentuó el carácter autónomo de las distintas disciplinas y dio lugar a una cierta especialización, concepto hasta entonces desconocido. De todos modos, dicha especialización nunca llegó a los excesos y deformaciones profesionales típicos de la época moderna. En el campo científico siguió vigente la figura del estudioso versátil y dedicado a varios campos de investigación, sin limitaciones estériles. La nueva mentalidad universal, tan peculiar del helenismo, era un requisito indispensable para el desarrollo de las ciencias. La ampliación de los horizontes geográficos y económicos realizada por Alejandro tuvo su réplica en el campo científico, que gracias a la coincidencia de varios factores llegó a un grado de profundización y universalidad desconocido hasta entonces. El enorme caudal de descubrimientos realizados en este período en numerosos campos del saber alimentó la actividad científica durante varios siglos.

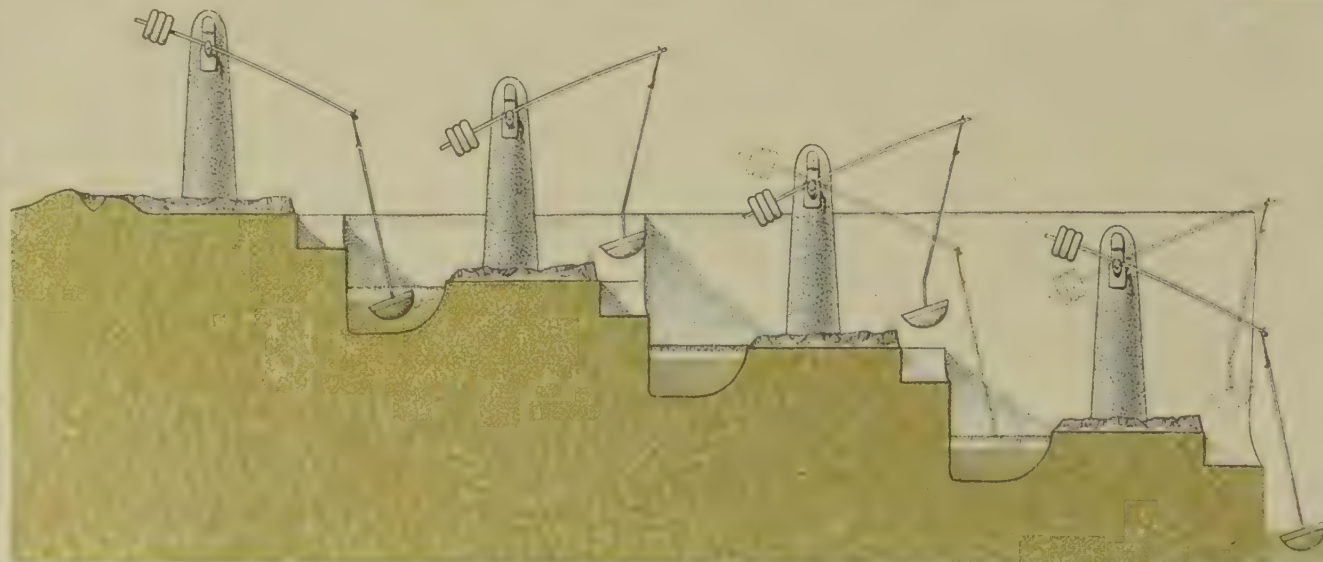
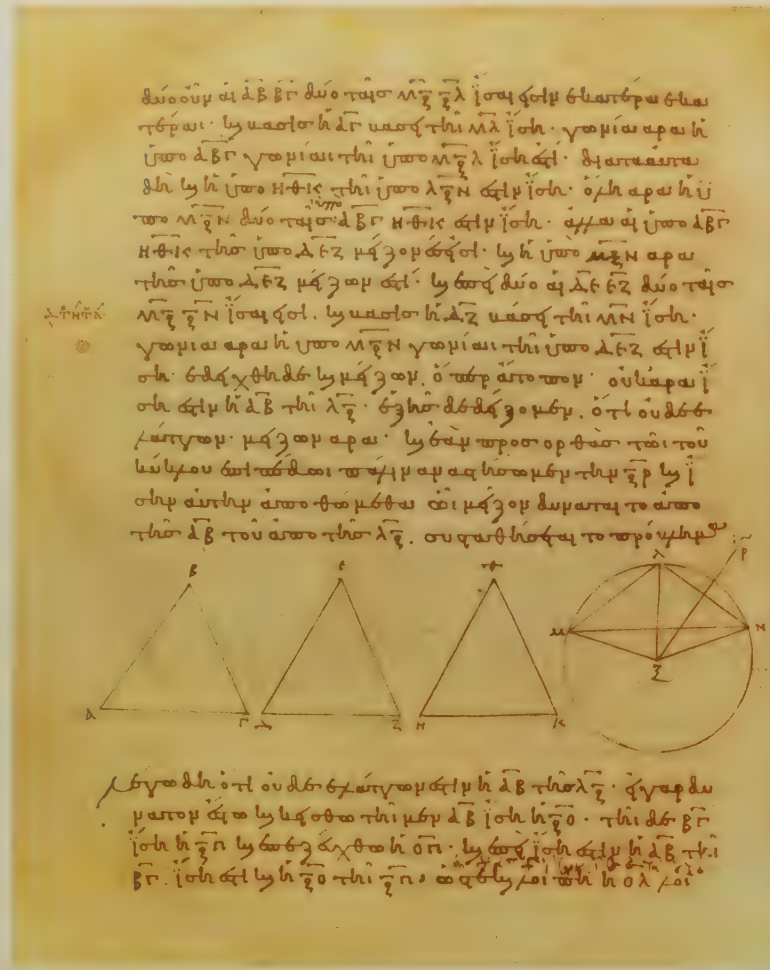
Las **matemáticas** lograron avances importantes. Ya en la primera mitad del siglo IV a.C. **Eudoxo de Cnido** (400-c. 347 a.C.), que pasó una temporada con los

sacerdotes egipcios dedicado al estudio de la astronomía, despejó el camino con sus investigaciones a la **geometría de Euclides**. Su obra es un eslabón fundamental entre las matemáticas anteriores (Tales, Pitágoras, Arquitas, etc.) y el futuro desarrollo de la disciplina. En Cnido, Eudoxo fundó una escuela de matemáticas, y más tarde, en

Atenas, se convirtió en uno de los maestros más prestigiosos. Destacan sus estudios acerca de la **teoría de las proporciones**, que permitía operar con cantidades inconmensurables. Arquímedes le atribuyó el mérito de haber encontrado la fórmula para calcular los volúmenes del cono y la pirámide. Se puede decir que es un precursor

de las matemáticas modernas en el uso de límites y la introducción del cálculo infinitesimal. Su actividad abarcó también la **astronomía**. Eudoxo enunció el **sistema de las esferas homocéntricas**, según el cual el sol, la luna y los demás planetas giran en círculos concéntricos alrededor de la tierra, centro del universo.

Su obra fue completada y desarrollada por **Euclides**, que vivió entre los siglos IV y III a.C. y trabajó en la biblioteca de Alejandría. Fue uno de los principales matemáticos antiguos, y su obra fundamental, los **Elementos de geometría**, que consta de trece libros, ha sido traducida a muchas lenguas, desde el árabe hasta el latín y a los principales idiomas modernos. Se han hecho casi tantas ediciones de ella como de la *Biblia*. Se trata, pues, de una auténtica autoridad en la materia, indiscutida hasta finales del siglo XVIII, cuando el *corpus* de los principios euclidianos fue sometido a una revisión radical y minuciosa. El texto de Euclides destaca por su **extrema claridad**, su lenguaje lúcido y racional, durante mucho tiempo modelo insuperable de razonamiento matemático. El autor, valiéndose de procedimientos rigurosamente deductivos, resume y sintetiza en su vasta obra algunos de



En la parte superior: manuscrito con elementos de geometría euclidiana. Bodleian Library, Oxford. Al lado: esquema del sistema del shaduf para extraer agua de los pozos o del mismo Nilo. El shaduf consistía en un recipiente suspendido a una larga palanca, equilibrada mediante un contrapeso en el otro extremo; tirando de la cuerda se hace subir el cubo, de manera que el contrapeso lo levanta lleno de agua para vaciarlo en un canal que lleva el agua al lugar deseado.

Al lado: el viaje nocturno del Sol, en la tumba de Seti I en el Valle de los Reyes. La astronomía en el antiguo Egipto, al igual que en el resto de civilizaciones coetáneas, estaba ligada a elementos mágicos y religiosos; sin embargo, ello no era óbice para que los estudiosos adoptasen métodos de investigación rigurosos, que les permitieron realizar a través de sus observaciones mediciones muy precisas, como las distancias y dimensiones del Sol y de la Luna. Abajo: instrumentos quirúrgicos egipcios. Durante el período Helenístico la medicina conoció en Egipto un impulso extraordinario, sobre todo en el campo de la fisiología y de la anatomía. En esta última especialidad, los estudios se vieron favorecidos por la práctica de la momificación, que prevenía la disección de los cadáveres.



los principales logros de sus antecesores. Por ejemplo, el quinto libro se hace eco de la teoría de las proporciones de Eudoxo. En las otras partes de la obra se ocupa de las propiedades de los polígonos y de los sólidos, de la aritmética y los números enteros, de los problemas del infinito referentes a las superficies y volúmenes de sólidos no prismáticos, y de los poliedros. El razonamiento, a base de teoremas y problemas, tiene carácter teórico y evita a propósito las aplicaciones prácticas. Al comienzo del primer libro se enuncian varios principios, clasificados en tres tipos: definiciones, postulados y axiomas (es decir, nociones comunes). El quinto postulado, llamado por excelencia de Euclides, se refiere a las rectas paralelas y en el siglo XIX fue el punto de partida de las geometrías no euclidianas.

En este período la **astronomía** recibió también un gran impulso innovador. A **Aristarco de Samos** (c. 310-230 a.C.) se le atribuye el mérito de haber sido el primero en intuir la posición central del sol con respecto a la tierra y los demás planetas. Sólo conocemos unas citas fragmentarias de la obra en la que aborda este tema, mientras que el texto en el que calcula las distancias y magnitudes del sol y la luna, traducido al latín y al árabe, nos ha llegado completo. Aunque los resultados que obtuvo son bastantes

aproximados, el método empleado es correcto. La genial y profética **intuición heliocéntrica** de Aristarco no tuvo eco, y chocó con la oposición de una cultura anclada en el principio geocéntrico. Sin embargo, es la base de la astronomía moderna y, en el siglo XVI, Copérnico partió de estos postulados. Entre los adversarios más decididos de esta teoría se encontraba **Hiparco de Nicea** (190 a.C., todavía activo en 126 a.C.), considerado el astrónomo más eminente de la antigüedad. Desarrolló su

actividad primero en Alejandría y luego en Rodas. Aplicó unos métodos de cálculo completamente nuevos, por los que se le considera fundador de la **trigonometría**. Además, Hiparco renovó profundamente la **cartografía**, basándose en cálculos rigurosos y observaciones astronómicas. Gracias a la trigonometría esférica, fue el primero en realizar una proyección científica (estereográfica), que mejoraba considerablemente los mapas de Dicearco y Eratóstenes y, en general, toda la cartografía

tradicional, basada en estimaciones vagas y aproximadas. No obstante, estos avances no dieron de sí todo lo que podían por falta de instrumentos aptos para organizar adecuadamente los datos de la observación. La genialidad de Hiparco como astrónomo estriba sobre todo en su avanzado **método de observación**, que se sirvió de instrumentos diseñados y realizados por él mismo. Entre ellos cabe citar la **dioptra** o alidada, una regla metálica que sirve para el levantamiento topográfico (del griego *diá* y *optós*, es decir, «visible a través»). Lleva en cada extremo unas varillas metálicas llamadas respectivamente **ocular** (con un orificio al que se acerca el ojo) y **objetivo**, dotada de una ventanilla. Con dos dioptras y dos círculos concéntricos giratorios, Hiparco construyó el primer **astrolabio**, un instrumento portátil que sirve para determinar la altura del sol o un astro sobre el horizonte (el nombre, del latín medieval *astrolabium*, deriva de dos términos griegos que significan «instrumento que toma las estrellas»). Este dispositivo, fabricado por primera vez en Alejandría c. 150 a.C., fue perfeccionado por los árabes a principios del siglo XI y se difundió después por toda Europa. Hiparco calculó la posición de numerosos astros y realizó el **primer catálogo de las estrellas fijas**, clasificándolas en seis órdenes de magnitud. Este catálogo, con 850 estrellas en total, todavía es válido hoy para la clasificación de las magnitudes aparentes. Además de haber calculado con bastante aproximación las



distancias y tamaños del sol y la luna. Hiparco es recordado sobre todo por el descubrimiento de la **precesión de los equinoccios**. Habiendo observado que en los últimos 150 años la latitud de las estrellas había cambiado, mientras que la longitud había permanecido invariable, Hiparco determinó el desplazamiento de los puntos de encuentro de la eclíptica con el ecuador, causado por el lento movimiento del eje terrestre.

En el campo de la **geografía** destaca la obra de **Eratóstenes de Cirene** (c. 275-c. 194 a.C.), que sucedió a Apolonio de Rodas en el cargo de bibliotecario del Museo de Alejandría. Probablemente fue el espíritu más versátil de su época, el que mejor encarnó el espíritu enciclopédico del helenismo. Filólogo de notable valía, autor de estudios sobre la comedia antigua, poeta, filósofo comparable a Aristóteles por la universalidad de su doctrina, sus contemporáneos le llamaron en broma Pentatlo (el atleta de las cinco pruebas), en alusión a su versatilidad. En su obra **Sobre la medición de la Tierra** parte de los resultados obtenidos por sus predecesores (Eudoxo y Dicearco) para integrarlos, corregirlos y calcular las dimensiones del globo terrestre, y en particular su circunferencia. Para realizar esta operación, Eratóstenes utilizó



instrumentos muy sencillos, basándose en el arco de meridiano correspondiente a la distancia entre Alejandría y Siena (actual Asuán), y en el ángulo de incidencia del sol en cada uno de estos lugares. La medida obtenida (252.000 estadios, unos 39.690 kilómetros) se aproxima asombrosamente a la real. Aunque después fue corregida por Hiparco y Posidonio, revela la genialidad del geógrafo, que destaca ante todo por haber definido una metodología científica.

En los tres libros de su **Geografía** escribe en primer lugar una historia de la disciplina, con unas consideraciones acerca de la forma y dimensiones de la tierra. Eratóstenes estaba convencido de que el *ecumene*, conjunto de tierras habitadas que comprendía Europa, Asia y África, formaba un conjunto, una especie de enorme isla rodeada de mar, que se extendía también por el hemisferio austral. Estudió las **mareas** de los océanos Atlántico e Índico, constatando su semejanza, y dedujo de ello que **partiendo de la península Ibérica se podía llegar hasta la India** circunnavegando África: genial intuición que fue confirmada muchos siglos después por el viaje de Vasco da Gama. Asimismo, fue el primero en defender la posibilidad de llegar a la India desde Europa, navegando hacia el oeste, una verdadera anticipación del viaje de Colón. A pesar de



Arriba: astrolabio árabe de latón dorado, cuya antigüedad se remonta aproximadamente al año 1000. La invención del astrolabio fue atribuida a Hiparco de Nicea (c. 190-1236 a.C.), el gran astrónomo de la antigüedad; con este instrumento consiguió determinar la altura sobre el horizonte del Sol o de cualquier otro astro, compilando el primer catálogo de las estrellas fijas, diferenciadas por seis órdenes de tamaño, con un total de 850 estrellas. El instrumento fue perfeccionado posteriormente hacia el siglo XI por los árabes, quienes lo difundieron por toda Europa.

Al lado: Paisaje del Nilo, mosaico del Palacio Barberini en Palestrina (siglo I a.C.) realizado por artesanos alejandrinos o según modelo alejandrino. La representación de animales fantásticos y de lapislázuli testimonia las convicciones de los geógrafos alejandrinos sobre la fauna y sobre la conformación del territorio egipcio.

estas brillantes y proféticas intuiciones, las teorías de Eratóstenes, más exactas que las de sus sucesores, tienen un punto débil: su escaso conocimiento de la longitud. Este fallo fue superado más tarde por Hiparco, que



determinó la latitud y longitud de numerosas localidades con la ayuda de la astronomía, y despejó así el camino a la geografía de Claudio Tolomeo (siglo II d.C.).

El proceso de especialización que afectó a varias disciplinas científicas se extendió también a la **medicina**, que recibió un impulso extraordinario. Sus distintas ramas profesionales se diferenciaron aún más, y la investigación se centró en la **anatomía y la fisiología**. El planteamiento empírico prevaleció sobre el «racionalista» de origen hipocrático, que no había prestado demasiada atención al examen de los cadáveres. Además, la costumbre egipcia de sacar las vísceras a los cadáveres para embalsamarlos favoreció esta orientación práctica. Entre los principales médicos helenísticos cabe citar a **Herófilo de Calcedonia**, que trabajó en Alejandría durante la primera mitad del siglo III a.C. y escribió tres libros de anatomía (*Anatomiká*). Descubrió los **nervios sensoriales**, distinguiéndolos de los motores, se dedicó al estudio del ojo comparando su membrana con una red (de ahí el nombre de retina) y descubrió que el **cerebro** era el núcleo central del sistema nervioso. Todavía hoy la parte del encéfalo donde los senos venosos confluyen en la duramadre se llama *prensa de Herófilo*. También estudió el aparato digestivo, sobre todo el **duodeno**, cuyo nombre, de origen latino medieval, deriva del término griego *dodekadáktylos*, de doce dedos

(pulgadas) de largo. Por último, distinguió las **venas** (por las que fluye la sangre) de las **arterias** (por las que suponía que fluía el *pneuma* o espíritu vital), y estudió la pulsación cardíaca. La otra gran figura de la medicina helenística es **Erasístrato** (c. 310-250 a.C.). Nació en Ceos y desarrolló su actividad en Alejandría a mediados del siglo III a.C. Investigó en el campo de la anatomía y la fisiología, practicó la disección

humana y se dedicó sobre todo al **hígado**. Al igual que Herófilo, estudió el **sistema nervioso**, distinguiendo entre cerebro y cerebelo, y el circulatorio, haciendo la primera descripción precisa de las **válvulas cardíacas**, de las que depende la circulación. La influencia del pensamiento atomista de Demócrito (que tal vez instalado en Atenas, transmitió el conocimiento de Teofrasto) en su pensamiento médico le llevó a considerar que el cuerpo estaba formado de infinidad de átomos separados por el vacío, y aplicó a la medicina la ley física del *horror vacui* (tendencia de la materia a ocupar los espacios vacíos), lo cual le permitió explicar el proceso de la **respiración**. También trató de determinar la causa de las enfermedades recurriendo al concepto de *pleotra* (alteración del movimiento del *pneuma* en las arterias debida al vertido en ellas de sangre venosa, por causas exteriores). Su escuela, en la que el criterio empírico se combinó con un racionalismo de corte atomista, continuó su obra hasta la Roma del siglo II d.C. La pérdida casi total de sus textos originales se ve compensada en parte por las citas de autores más tardíos, como el latino Celso (siglo I d.C.), quien acusó a Erasístrato de haber practicado la vivisección

con criminales presos en las cárceles reales, condenando esta práctica bárbara e inhumana. El incansable afán de experimentación de la época se aplicó también a la invención de numerosas máquinas para toda clase de usos. Pero la mayoría de las veces los esfuerzos, a veces geniales, de inventores o artífices, quedaron muy desaprovechados. Los creadores dieron más importancia al aspecto teórico y realizaron un solo ejemplar de sus inventos, en vez de aplicar a gran escala los resultados obtenidos. La única excepción a esta tendencia fueron las **máquinas de guerra**, por motivos obvios. Si en estas máquinas prevaleció claramente el aspecto brutalmente concreto de la técnica, la



creatividad de los inventores de esta época logró unos resultados muy llamativos en la realización de máquinas «maravillosas» que sólo pretendían divertir y asombrar a sus acudados compradores, que las encargaron para adornar sus casas o para exhibirlas durante las fiestas. A **Herón de Alejandría** se le atribuyen muchos inventos fantásticos (famoso matemático que probablemente vivió en el siglo I a.C.), como una máquina capaz de distribuir el agua, que funcionaba introduciendo dos monedas, y un mecanismo que abría las puertas de un templo. Antes de él ya se habían inventado fuentes automáticas, teatrillos animados, puertas que se abrían solas, techos giratorios, etc. Aunque su realización requería prolongados estudios, se trataba de artilugios extraordinarios que sólo tenían un valor en sí mismos y no tuvieron ninguna aplicación práctica. El sistema económico del mundo antiguo, basado en la explotación de los esclavos, impidió que se prestara atención a las posibilidades de la técnica, una actividad considerada menos noble y digna de estudio que las matemáticas o la astronomía. La rígida división en clases sociales y la necesidad de mantener intacta la distinción entre unos pocos ricos y las grandes masas de desheredados, unidas a la posibilidad de explotar sin pagar salarios la mano de obraservil, pueden explicar en parte esta falta de desarrollo.

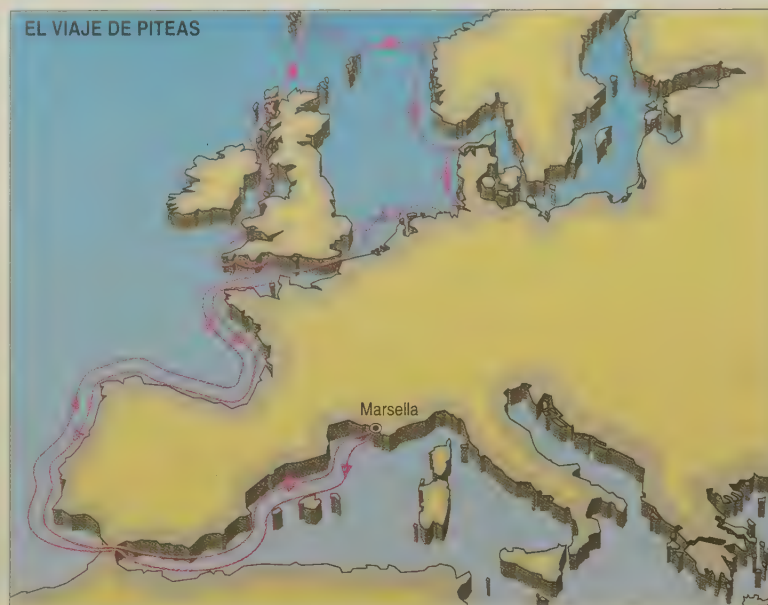
Arriba: figura de ibis de madera dorada, con cabeza y patas de plata, del período tolemaico. El ibis era uno de los animales sagrados de Tbot, dios de la Luna y señor del calendario, del cálculo y de la escritura, de las letras y de las ciencias; fuente de la sabiduría en general, también se le consideraba patrono de los magos, por su conocimiento de las fórmulas mágicas. Brooklyn Museum, Nueva York.

Al lado: fragmento de la tapa de un ataúd en madera de sicomoro (s. IV a.C.); los jeroglíficos, repujados y coloreados en esmalte, llevan el nombre del difunto y un fragmento del Libro de los muertos. Museo Egizio, Turín. Derecha: el médico griego Erasístrato con su ayudante; miniatura de un manuscrito árabe de la escuela de Bagdad (1224). Freer Gallery of Art, Washington. Erasístrato, originario de la isla de Ceos, fue uno de los máximos exponentes de la escuela médica alejandrina.



En la época helenística, el afán de conocimientos y el deseo de ampliar los horizontes de las ciencias no se limitaron al entorno de ese gran «laboratorio» formado por la biblioteca y el museo de Alejandría. Hubo destacadas personalidades que trabajaron en distintas localidades, a veces muy apartadas, lo que demuestra la unidad de la cultura helenística. En este sentido, destaca la singular figura de **Piteas de Marsella** (segunda mitad del siglo IV a.C.): griego de cultura, navegante genial y audaz, tenía amplios conocimientos en varios campos, desde la astronomía hasta la oceanografía y la etnología, lo cual le permitió realizar un **viaje** más allá de las **Columnas de Hércules**, por motivos sobre todo económicos. Su meta principal era la isla de Abalus (quizá algún punto del norte de Dinamarca), el centro del comercio del **ámbar**, un producto muy cotizado, empleado para fabricar joyas y objetos preciosos. Entre los objetivos del navegante también estaba la búsqueda de un paso en los mares septentrionales, donde se creía que terminaban tierras habitadas, lo que le habría permitido circunnavegar Europa por completo. Después de pasar el estrecho de Gibraltar, Piteas costeó Portugal y España, el golfo de Vizcaya y Bretaña, donde empezó la etapa más audaz de su viaje. En efecto, se

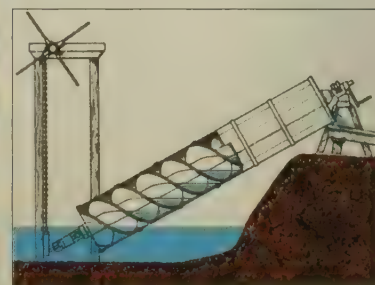
EL VIAJE DE PITEAS



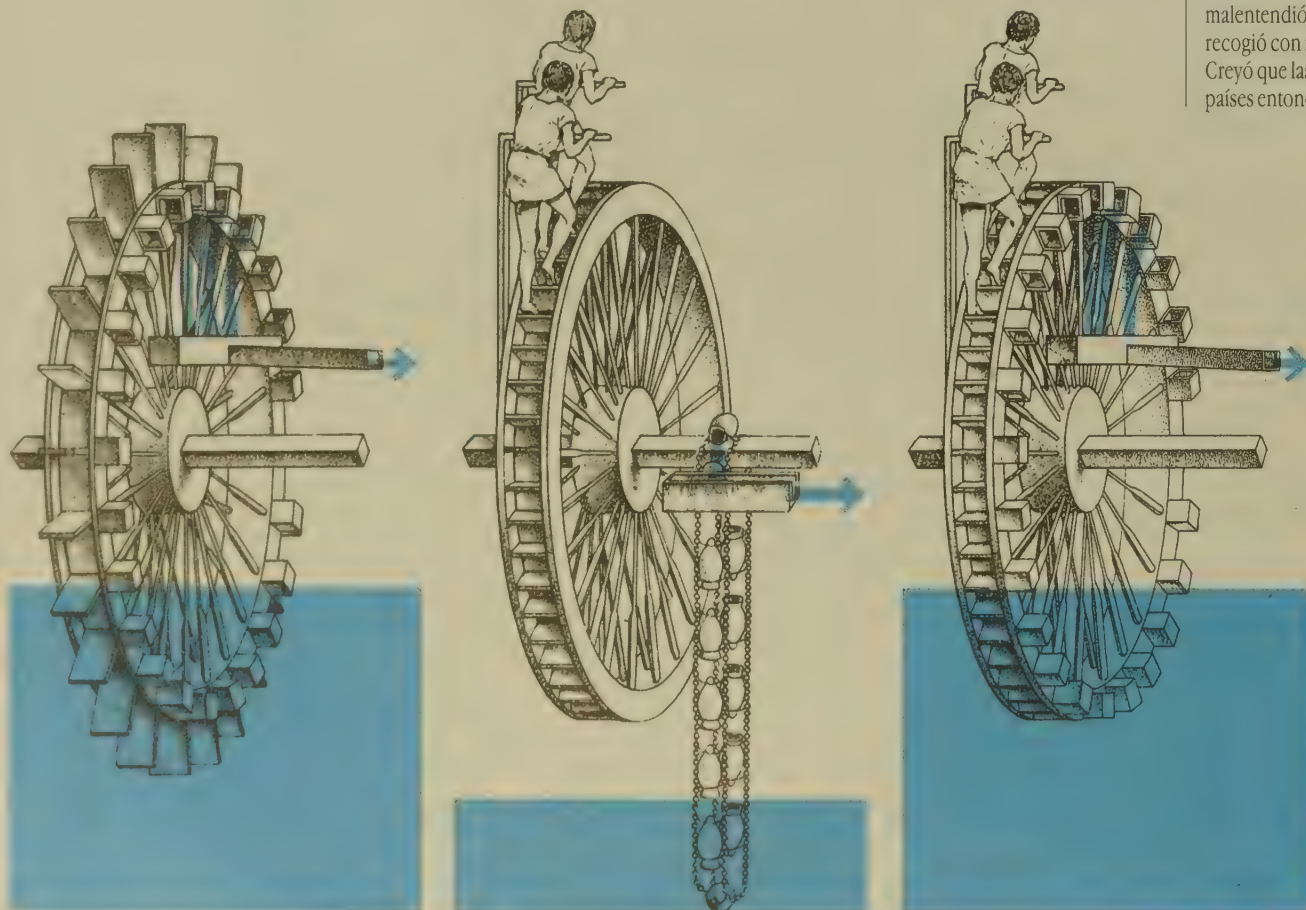
dirigió a Gran Bretaña, de la que apenas se tenían noticias en su tiempo. Siguió su costa occidental, donde hizo varias escalas en busca de centros de comercio de estaño, se dio cuenta de que era una isla y llegó hasta su extremo septentrional, después de tocar la costa irlandesa. Recaló en el archipiélago de

las Hébridas y llegó hasta las Orcadas; a partir de entonces, su viaje está envuelto en el misterio. Probablemente llegó hasta la **isla de Thule**, término con el que los antiguos designaban a la última tierra habitada, que podría ser Strömö, la isla más grande de las

Feroe, o un conjunto formado por las Shetland y la costa noruega. Desde este límite, que se consideraba infranqueable, emprendió el viaje de regreso. Siguiendo la costa oriental de Gran Bretaña llegó a Abalus y luego volvió al puerto de partida, costeadando los países que baña el mar del Norte. Por desgracia el relato de esta hazaña de valor incalculable, **Peri Oceanou (Sobre el Océano)** se ha perdido, aunque los geógrafos posteriores nos han dejado algún rastro de él. En cualquier caso, las interesantes informaciones de este relato ampliaron los horizontes de la cultura y la economía mediterráneas, pero también provocaron



reacciones encontradas: por ejemplo, mientras Hiparco y Eratóstenes se dieron cuenta de su importancia, Estrabón, que también es nuestra fuente principal, malentendió a menudo sus afirmaciones y las recogió con incrédulo escepticismo. Creyó que las descripciones detalladas de países entonces desconocidos eran fruto

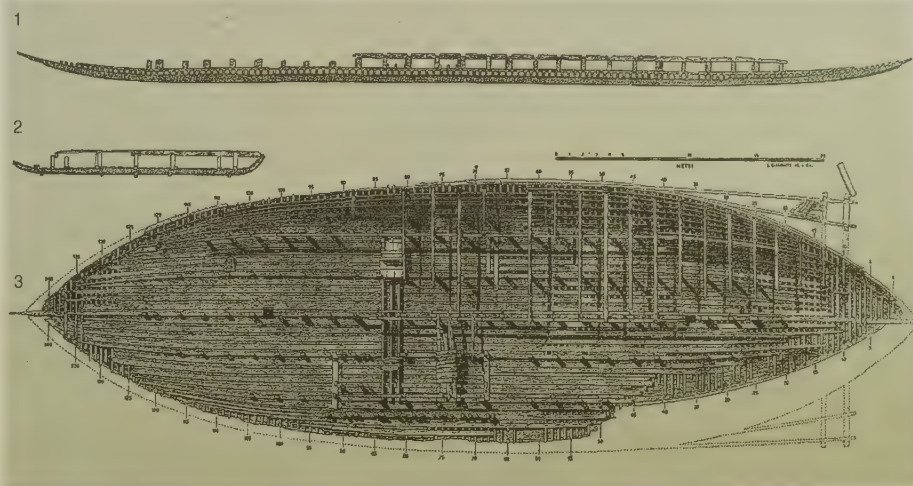


Arriba: en el mapa aparece señalada la ruta seguida por Piteas de Marsella (siglo IV a.C.) en su viaje hacia el extremo norte de Europa, en busca del ámbar, producto muy solicitado para la producción de joyas. Arriba y al lado: máquinas para la extracción del agua. El tornillo de Arquímedes se utiliza todavía en la actualidad para extraer agua; en las tres figuras (al lado), de izquierda a derecha: la noria, que se accionaba por agua corriente, la rueda de jicaras y la cadena de cubos, que funcionaban con energía humana.

Al lado: sección longitudinal (1), maestra (2) y planta (3) de uno de los cascos de las dos naves romanas recuperadas en el lago de Nemi. A través de estos restos se han podido realizar estudios en profundidad sobre las técnicas de construcción naval romanas.

Abajo: carro de cuatro ruedas con toneles para el transporte del vino; bajorrelieve. Museo di Antichità, Turin.

Derecha: grifo metálico (desmontado, en la foto) recuperado a bordo de una de las dos naves del lago de Nemi. El perfecto torneado de las piezas asegura el cierre hermético sin necesidad de estopa.



de la fantasía de un aventurero sin escrúpulos, carentes de fundamento.

Hoy día el viaje de Piteas se valora de forma más equitativa, pese a las dificultades a la hora de interpretar algunas de las informaciones que proporciona.

Entre otras cosas, Piteas fue el primero en atribuir las mareas a la atracción lunar.

Si la obra de Piteas fue el fruto de una personalidad genial pero aislada, muy distinta fue la repercusión que tuvo la de otro genio de esta época, **Arquímedes** (c. 287-212 a.C.), gran matemático y científico. Sabemos poco de su vida. Nació en Siracusa, y se sabe con seguridad que pasó una temporada en Alejandría, donde se relacionó con discípulos

de Euclides. Volvió a su patria, donde se puso al servicio del tirano Hierón II. Desplegó una actividad incansable sólo interrumpida por la muerte, que le sorprendió durante el asedio romano a Siracusa. Según cuenta Livio, le mató un soldado que desconocía su identidad mientras estaba absorto en el estudio de unas figuras geométricas. Cicerón asegura que descubrió su sepulcro, rodeado de zarzas, en

los alrededores de la ciudad, y que lo reconoció por la representación de una esfera y un cilindro inscrito en ella, como recuerdo del descubrimiento de la fórmula para calcular la superficie de la esfera. La tradición ha adornado su figura con anécdotas no siempre verídicas, pero de lo que no cabe duda es que fue un hombre de cultura universal que utilizó un **método novedoso**. Aplicó las matemáticas a la hidrostática, la ingeniería y la mecánica, y fue autor de numerosos inventos, como el llamado **tornillo de Arquímedes**, o las famosas **máquinas de guerra** con las que asustaba a los soldados romanos. En cambio, parece que el



uso de los espejos ustorios es una leyenda. Entre las conquistas del genio de Arquímedes cabe citar sus investigaciones sobre el centro de gravedad, con su aplicación del principio de la **palanca**, la determinación del **peso específico** y del **pi griego**, es decir, la relación entre circunferencia y diámetro en el círculo, así como el famoso **principio de hidrostática** que lleva su nombre: un cuerpo sólido sumergido en un líquido sufre un empuje hacia arriba igual al peso del líquido que desplaza. Su obra, escrita en un dórico influido por los caracteres de la *koiné*, es muy clara en la exposición y muy sencilla en la resolución de los problemas, lo que le valió los elogios de Plutarco. Siguiendo el mismo criterio que Euclides, que en sus *Elementos* desdénia toda aplicación práctica de sus principios teóricos, Arquímedes llevó a las **matemáticas** por un camino que acabaría desembocando en el moderno cálculo infinitesimal. Entre sus obras que han llegado hasta nosotros merece ser mencionado el **Arenario**, que pretende demostrar la posibilidad de escribir números muy altos, tantos como los granos de arena (de ahí el título de la obra), utilizando un sistema griego de numeración basado en las letras del alfabeto. Destaca también un escrito de carácter metodológico (*Método sobre los teoremas mecánicos*), hallado en 1906. En la compleja personalidad de Arquímedes encontramos dos rasgos aparentemente contradictorios: en la demostración, el rigor argumental, de ascendencia eudoxiana, y en el momento de



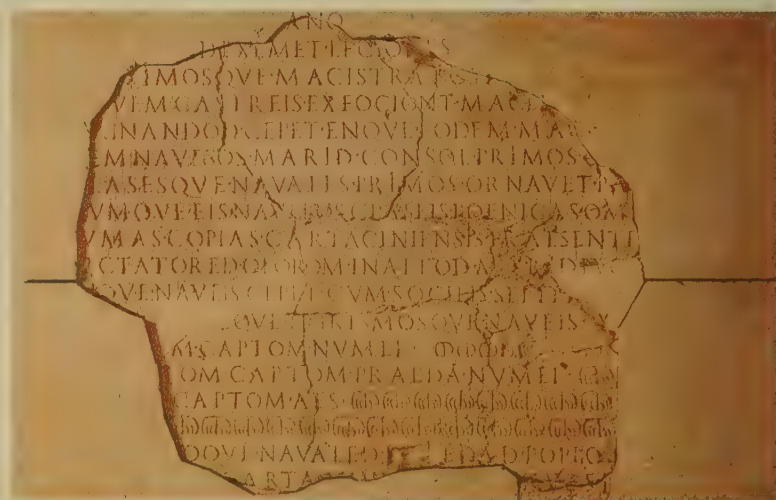
Arriba: tabona de Sotericus en Pompeya, con el borno para el pan y la típica muela de clepsidra (de la que se ilustra el funcionamiento aquí al lado) para triturar el grano. Abajo: la columna dedicada a Gayo Duilio, cónsul en 260 a. C., inventor de los «corvus», aparejo dotado de un gancho a modo de pico de cuervo que servía para enganchar la nave enemiga durante la maniobra de abordaje. En la página siguiente, a la derecha arriba: cuenco de oro celta, procedente de Schwarzenbach (Alemania). Abajo, a la izquierda: trecho adoquinado de una antigua calzada romana en Vetulonia (Grosseto).

materialismo y los vínculos con el atomismo del filósofo de Agrigento son superados por un finalismo. La interpretación de la naturaleza en su conjunto y cada ser vivo en particular se realiza en virtud de unos fines, que se pueden descubrir a todos los niveles, de modo que el objeto de la investigación biológica sería buscar las causas del orden de los fenómenos. En su tratado sobre el corazón, Filistión sitúa la inteligencia en este órgano, al considerar que es obra de un

la invención, el procedimiento intuitivo inspirado en Demócrito. Esta mentalidad dúctil, abierta tanto a la especulación matemática como a sus aplicaciones científicas, está muy alejada del prototipo académico y un poco pedante del erudito alejandrino y puede explicar el hecho de que Arquímedes, pese a estar en contacto con personalidades científicas relevantes, no se estableciera en Alejandría, la capital cultural de su tiempo.

La pragmática cultura romana tuvo un representante ideal en **Catón el Censor** (234-149 a.C.), autor de un manual de agricultura (*De agri cultura*), muy cauteloso

frente a la cultura griega. En cambio, en el **sur de Italia** la reflexión científica de sello griego abarcó los más variados campos del saber. **Filistión de Locria** (siglo IV a.C.) partió de algunas ideas de Empédocles, para quien los componentes del universo eran los cuatro elementos primarios (*archai*), comunes tanto al hombre (microcosmos) como al mundo (macrocosmos), y transformó estos elementos en cualidades o principios orgánicos activos (*dynámeis*). Así, a la tierra le corresponde la cualidad «seco», al agua «húmedo», al fuego «caliente» y al aire «frío». Esta reelaboración del pensamiento de Empédocles brindaba a la biología una explicación de los fenómenos todavía dogmática, pero más concreta que las formulaciones de Empédocles. Además, el



LAS CALZADAS

Sin duda, las calzadas son una de las mayores contribuciones de la civilización romana. Desde la época republicana hasta la imperial, la extensión de los dominios romanos estuvo acompañada de la difusión de un complejo sistema de comunicaciones que, además de su utilidad militar, servía para dar un impulso a los intercambios económicos y culturales.

El sistema romano de calzadas era muy eficaz. Un extraordinario documento que se conserva en Viena, la Tabula Peutingeriana, que data del siglo XI pero deriva de un original del siglo II o III d.C., es un auténtico **mapa de carreteras**. En dicho mapa aparece toda la red viaria romana, de Britania a la India, y utiliza símbolos para indicar las ciudades, las postas, los ríos, etc.

Para facilitar los viajes, además del necesario cambio de caballos, a lo largo de los itinerarios principales había unas posadas donde se podía comer y descansar a bajo precio, y estaciones de posta separadas diez o quince millas entre sí, donde había palafreneros. Cada cinco postas había otras mayores, con veterinarios y carpinteros. El encargado del mantenimiento de la red viaria era el servicio postal del estado, reservado a la administración.

El origen de las calzadas romanas se remonta a los senderos que comunicaban Roma con las poblaciones más próximas. Luego aparecieron las primeras carreteras que unían la Urbe con el interior (la vía Salaria, por ejemplo, para llevar la sal desde la desembocadura del Tíber hasta la Sabina). La construcción de la **vía Apia** (312 a.C.), la pri-

mera calzada pavimentada, inauguró este grandioso proyecto.

Llamada regina viarum (reina de las calzadas), llevaba hasta Capua, pasando por los pantanos pontinos; desde allí seguía hacia Brindisi, puerto de embarque rumbo a Grecia.

Siguiendo este modelo, las demás calzadas, que irradiaban de Roma en todas direcciones, fueron trazando en Italia una tupida red de ejes viarios que pronto se extendió a Galia, Hispania, Grecia, etc. La técnica de construcción era muy esmerada, lo que facilitó la prolongada conservación de las calzadas.

Algunas de ellas, como la Apia, han llegado hasta la actualidad, y dan fe de la calidad de las obras. La calzada romana ocupa un espacio entre dos zanjas laterales. Su anchura varía entre 4 y 10 metros, para permitir el tránsito de vehículos en ambas direcciones.

Una vez realizada una excavación profunda, hasta la roca, se consolidaba el fondo. Luego, sobre una base de arena y cal, se superponían cuatro capas de material, de donde procede la palabra estrada, en latín via strata. Primero se ponía grava gruesa, luego grava fina, después arena y por último las losas pulidas que la pavimentan. La convexidad de la superficie hace que el agua fluya hacia los lados, donde hay ace-
ras. El trazado de las principales arterias procura ser rectilíneo, evita las bondonadas profundas y los pasos difíciles, y si es necesario incluye túneles (como la famosa galería del Furlo en la vía Flaminia, de 40 m de largo por 5 de ancho).



artífice iluminado que ha actuado de la mejor manera posible para la vida de los hombres. Esta idea dejó profunda huella en la cultura griega.

En el campo de la medicina Asclepiades de Prusa (124-49 a.C.) es sobre todo



quien da un impulso significativo a los estudios de la metodología. De origen griego, hacia el año 91 a.C. Asclepiades se traslada a Roma, donde al principio enseña retórica y después ejerce la medicina, práctica en la que muy pronto adquiere fama de gran científico y maestro y funda una escuela de la que derivará la de los metódicos. Se opone a la escuela hipocrática, afirmando que en la base del organismo no se encuentran los humores y su relación entre sí, sino unos pequeñísimos cuerpos sólidos, los átomos, idea ésta que deriva de Demócrito. Los átomos se agrupan, según su teoría, en unos conglomerados de diversa consistencia que están recorridos por diversos canales o poros entre los cuales otros átomos, más distantes entre sí, se mueven sin parar. Se tiene salud cuando este movimiento no encuentra obstáculos en el interior de los poros. En cambio, la enfermedad se da cuando existe una obstrucción total o parcial de los poros y por ello el movimiento de los átomos se ralentiza o se detiene. El deber del médico consiste en indicar una terapia que devuelva la fluidez regular de los átomos a través de los poros, es decir, una acción dilatatoria. La curación, según el lema de Asclepiades debe producirse con «cito, tuto, iucunde» (con rapidez, seguridad, serenidad). Además de teórico y terapeuta también fue un gran cirujano y describió y practicó la traqueotomía.

Alejados de las grandes corrientes de la civilización grecorromana, algunos pueblos destinados a tener un gran peso en la historia futura poseían una civilización autónoma, tanto en el aspecto cultural como en el tecnológico. Los celtas y los germanos, por ejemplo, **poseían una tecnología**

especialmente avanzada, sobre todo en algunos logros. El carro de los celtas (el nombre pasó a la lengua latina: *carrus*, junto al clásico *currus*) denota la habilidad de este pueblo en la carpintería (otro término de origen celta que ha pasado a las lenguas modernas). Se usaba para los desplazamientos largos, y estaba cubierto por un toldo, como los de los nómadas, de modo que durante los breves descansos podían dormir en él los grupos familiares. La tecnología de la rueda era sofisticada: dentro de un cilindro de bronce había unos rollos de madera muy pulidos, que en cierto modo eran precursores de los rodamientos esféricos. Los celtas también estaban muy avanzados en la artesanía de joyas y la elaboración de los metales. Su tecnología influyó en la de los germanos, que de todos modos tenían productos originales. La elaboración de los metales, que ya había sido floreciente durante la edad del bronce, en la edad del hierro se hizo más refinada y se prestó a toda clase de aplicaciones. En la descripción de Plutarco, los guerreros cimbrios aparecen perfectamente equipados con espadas, arcos, lanzas, jabalinas, escudos y armaduras. Pero los germanos no limitaron su tecnología a la guerra. Sus embarcaciones para la navegación costera, su cerámica, sus carros de transporte, sus pieles y sus tejidos son una muestra de una civilización mucho más avanzada de lo que durante mucho tiempo se había creído.

Las noticias sobre el desarrollo de la técnica en Cartago proceden casi exclusivamente de los hallazgos arqueológicos, de acuerdo con los cuales se puede afirmar que los cartagineses no innovaron, sino que continuaron y tal vez perfeccionaron las técnicas originarias de Fenicia. Esto sucedió, por ejemplo, con los famosos **tejidos de color púrpura**, la producción del vidrio y la elaboración de la piedra y la arcilla. Naturalmente, los cartagineses dedicaron especial atención a las técnicas concernientes a sus actividades principales. A juzgar por los relieves, las figuras de los vasos y los restos de barcos hundidos cerca de Marsala en el siglo III a.C., y también por los testimonios de sus competidores y enemigos, sabemos que este pueblo hizo gala de extraordinaria maestría en la **técnica naval**.

Polibio, el historiador de las guerras púnicas, relata que cuando los romanos decidieron armar una flota de guerra, capturaron una nave púnica «que se había adelantado demasiado en el ardor del combate» y «la utilizaron como modelo para la construcción de toda la flota».



Arriba: vista de las ruinas de Cartago.
Abajo: el puerto (cothon) de Motya, antigua ciudad púnica surgida en una isla frente a Marsala; muy pequeño (51 m por 37), con un canal de acceso que media menos de 7 m en su punto más estrecho, parecía repetir en sus estructuras un puerto mayor de Cartago.

La **construcción de un barco** era una operación complicada, que requería la combinación de distintas técnicas. Ponía a prueba la pericia de los **carpinteros de ribera**, que labraban las estructuras de la embarcación y la ensamblaban primero con clavijas, unos conos de madera, y más tarde, a partir del siglo III a.C., con clavos. La obra viva se forraba con una capa de plomo. Luego intervenían los calafates, que cerraban los

intersticios del forro con betún, impermeabilizándolo. El betún resinoso tenía además la propiedad de hacer que la obra viva fuera más resistente al movimiento y más estable, lo cual favorecía la maniobrabilidad del barco. Para el cordaje se usaban las largas hojas del esparto, una planta muy común sobre todo en Hispania, y la renombrada industria textil proporcionaba las **grandes velas cuadradas**. Los cartagineses heredaron de los fenicios la costumbre de navegar de día y fondear de noche en la costa o en islas en alta mar. Por esa razón, las colonias cartaginesas en la costa africana, que empezaron como escalas de los barcos púnicos, estaban a distancias no superiores a un día de navegación. Pero los cartagineses también eran capaces de aventurarse mar adentro y explorar **rutas desconocidas**, como lo demuestran sus expediciones más allá del estrecho de Gibraltar, hacia el golfo de Guinea o las islas británicas. La habilidad y la audacia de los marineros púnicos era proverbial, hasta el punto de que los griegos llamaban «Fenicia» a la Osa Menor, que marcaba el rumbo a los navegantes. En definitiva, Cartago contribuyó al arte naval por el valor de sus marineros y por su obra de transmisión de los conocimientos técnicos.



LAS NAVES DE CARTAGO

Los griegos llamaban *gláuloi* a las **naves mercantes** púnicas. Este término de origen fenicio alude a su forma redondeada, o mejor dicho ovalada, pues la relación entre eslora y manga era de cuatro a uno, con lo que combinaban capacidad y estabilidad.

Dentro de la embarcación, en la bodega, había arena y grava que servían de lastre y protegían los cargamentos frágiles de los choques y sacudidas. Los marineros dormían bajo el puente de cubierta. Desde un puente que sobresalía en la proa, el castillo, los oficiales dirigían la navegación, mientras que el piloto, desde el castillo de popa, mantenía el rumbo con una espadilla, especie de remo-timón sujeto al costado de la nave que se movía con una barra perpendicular a él.

La vela, más ancha que alta, era el único medio de propulsión de la nave, que sacrificaba la velocidad en aras de la seguridad. La silueta de la nave comercial púnica era fácil de reconocer por la cabeza de caballo que solía rematar la proa, y los grandes ojos amenazadores pintados en las amuras.

La **flota militar** de los cartagineses gozó de gran reputación. Polibio, al describir la batalla de las Egates de 241 a.C., dice: «Eran superiores, tanto por la velocidad de las naves, como por el

modo de construcción y la experiencia y habilidad de los navegantes», y destaca «el peso enorme de las naves y la impericia de los remeros» de la flota romana. En las naves de guerra, la relación entre longitud y anchura era de siete a uno. Por tanto, eran naves más esbeltas y ágiles que las mercantes. Sus principales ventajas eran la velocidad y la maniobrabilidad. Por eso, además de vela, llevaban grandes remos para propulsarse. Cada remo estaba manejado por varios hombres sentados en el mismo banco. Después del trirreme, el navío de guerra más frecuente en el Mediterráneo entre los siglos V y IV era el cuatrirreme, cuya invención Aristóteles atribuía a los cartagineses. Pero la nave que caracteriza la flota cartaginesa en época de las guerras púnicas es la quincuarreme, con sus 40 m de eslora y sus 30 remos por banda; cada uno movido por cinco hombres, con lo que alcanzaba una velocidad de unos 11 kilómetros por hora. Esta gran nave era muy ágil, gracias a las dos espadillas de popa, y temible por el espolón de proa, montado para abrir boquetes en las naves enemigas sin trabar la nave púnica. Esta es la nave que los romanos copiaron y perfeccionaron, adueñándose en pocos años de una técnica con siglos de antigüedad.



Lo mismo se puede decir, probablemente, de otra actividad en la que los cartagineses destacaron, alcanzando una merecida fama: la **agronomía**. Conocemos dos autores: un Amílcar, del que sólo se sabe el nombre, y **Magón**, muerto en 203 a.C., cuya obra fue la única, de todas las que se guardaban en las bibliotecas de Cartago, que tuvo el privilegio de ser **traducida al latín**. La traducción se realizó tras la conquista romana y por decisión del Senado de Roma,

aunque Catón ya había publicado su *De agri cultura*. Pero de los 28 libros del original y sus traducciones —la traducción al griego fue obra de Casio Dion de Utica— sólo nos han llegado citas, sobre todo en las obras de Varrón, Columela y Plinio. En ellas se reconoce un estilo conciso, adecuado para un escrito didáctico.

Magón se propuso ser exhaustivo, y abordó todas las ramas de la agronomía con vistas a una economía rural previsor y intensiva, basada en la especialización. Las indicaciones

Izquierda, en el recuadro: reconstrucción de naves cartaginesas y romanas. Museo Naval, Madrid.

A la derecha y abajo: monedas de oro cartaginesas recuperadas en Cerdeña. Museo Archeologico Nazionale, Cagliari.

Abajo: Jarra de bronce dorado (s. V a.C.) hallada en una tumba de Cartago. Museo del Bardo, Túnez.



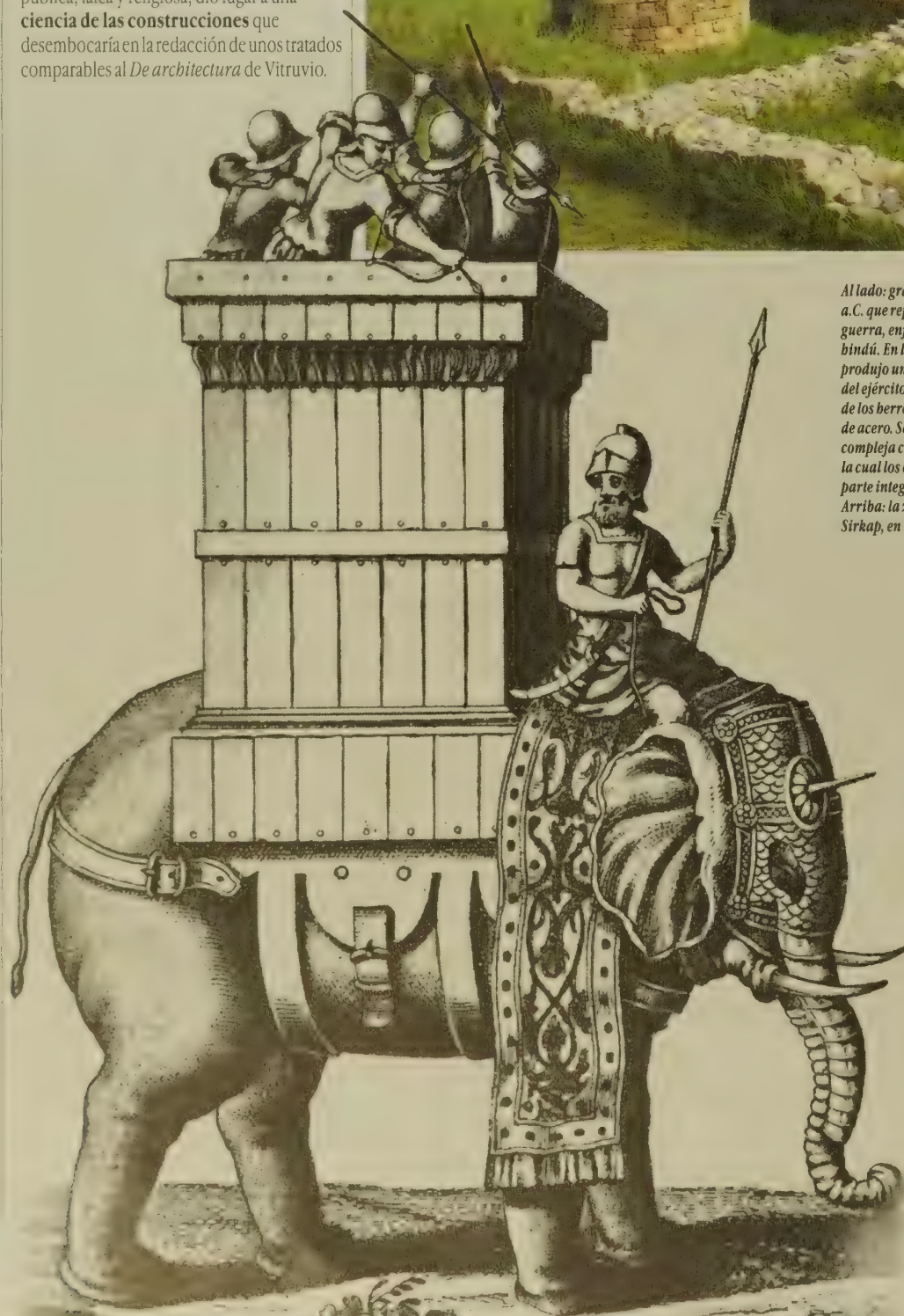
de Magón se refieren, por ejemplo, al cultivo de la vid, la vendimia y la producción del vino *passum*, el rancio, muy renombrado; hace sugerencias para la plantación de un olivar; se extiende en consideraciones acerca de las plantas que producen *nuc*s, como los

castaños, almendros, nogales, avellanos, etc., y acerca de otros árboles frutales, como los perales y los granados. También dedica atención a las plantas silvestres útiles para la artesanía, como el esparto. En lo referente a la **ganadería**, da muestras de conocer una técnica muy avanzada para la selección y cría de ganado; además, se ocupa de los animales de corral. En todos los casos, sus prescripciones reflejan la existencia de una floreciente actividad agrícola, que sabe servirse de una tecnología avanzada.

El **arado** que aparece en las estelas cartaginesas es, más o menos, el que todavía hoy se usa en el norte de África. El **carro** que se utilizaba para transportar el forraje tenía los montantes abiertos y las ruedas macizas. El erudito latino Varrón cuenta que los campesinos españoles usaban una **máquina segadora**, que era una especie de trineo con ruedas dentadas al que llamó *plostellum poenicum*, atribuyendo su invención a los cartagineses. En realidad es más probable que éstos la hubieran importado de Fenicia o de otras regiones próximas.



En la India de los Maurya, entre los siglos IV y III a.C., el auge de la vida urbana con sus múltiples necesidades y la organización del nuevo estado estimularon la ciencia y la técnica. El desarrollo del comercio impulsó la **acuñación de monedas**. Una floreciente artesanía contó con la producción de **utensilios y herramientas de acero**, en cuya elaboración los herreros indios eran verdaderos maestros. La creciente importancia del ejército dio lugar a la elaboración de una compleja ciencia bélica. El desarrollo de la construcción privada y pública, laica y religiosa, dio lugar a una **ciencia de las construcciones** que desembocaría en la redacción de unos tratados comparables al *De architectura* de Vitruvio.



Al lado: grabado persa del siglo IV a.C. que representa un elefante de guerra, enjaezado a la usanza bindú. En la India de los maurya se produjo una notable potenciación del ejército, gracias a la habilidad de los herreros en la forja de armas de acero. Se elaboró además una compleja ciencia de la guerra, de la cual los elefantes de batalla eran parte integrante.

Arriba: la zona arqueológica de Sirkap, en Taksasilā (Taxila).

En la época maurya, en el campo arquitectónico y plástico, se introdujo el uso del **ladrillo cocido** y la **piedra**. Pero como no existía una tradición en el arte de labrar la piedra, los tallistas de marfil se convirtieron en canteros y lograron originales resultados, gracias a una combinación de técnicas de origen extranjero, como el pulido de las superficies, con su forma de trabajar el marfil, un material mucho más blando. El rasgo más característico de la técnica constructora de este período es la excavación de **templos en la roca viva**. La técnica no era sencilla, pero tenía algunas ventajas, pues la roca, gracias a su cohesión, resuelve de forma natural cualquier problema estático. Empezando la obra desde arriba, por lo que habría de ser el cielo raso, para bajar hasta el suelo, se evitaba el uso de andamiajes. Pero en la India la arquitectura, como el resto de las ciencias, no superó el nivel de conocimientos, por lo general elementales, requeridos para la actividad práctica. Por ejemplo, la geografía india se limitó al estudio del propio país, la botánica y la zoología a la utilización de plantas y animales en la vida diaria. La síntesis de los interesantes hallazgos técnicos para formar un sistema orgánico, es decir, el paso de la tecnología a la ciencia, sólo tuvo lugar en la India entre los siglos IV y III, al igual que en la civilización alejandrina contemporánea. Esto fue así porque la cultura india no consideraba que la ciencia fuera un campo autónomo de conocimiento, y le restaba validez, al considerar ilusorio el mundo empírico, o la subordinaba a las teorías filosóficas y religiosas.

El **Sulvasutra**, un texto sánscrito datado entre los siglos IV y III a.C., es una característica combinación de conocimientos empíricos, intuiciones científicas y teorías religiosas. El título significa «reglas referentes a la cuerda», ya que la sulva era la cuerda utilizada para las mediciones. En este manual se dan normas para delimitar las áreas de sacrificio y construir los altares. Estas normas tan precisas eran necesarias porque la doctrina brahmánica sólo reconocía el valor de un sacrificio si se hacía con absoluta fidelidad a la tradición. Esta obra, además, es una muestra del elevado grado de desarrollo alcanzado por las **matemáticas** y la **geometría** indias. Por ejemplo, ya se conocían los números irracionales y la relación entre la diagonal y los catetos.

Pero sin duda la ciencia que consiguió resultados más interesantes en la India fue la **medicina**. Para los indios, la **salud** era el resultado del equilibrio entre los humores que intervienen en las distintas funciones corporales, los procesos del metabolismo y el sistema nervioso. Así pues, la medicina india fue precursora de la moderna endocrinología y de la valoración de la enfermedad en el marco de todo el organismo.

El **diagnóstico** se realizaba tras una visita minuciosa, que tomaba en consideración todos los síntomas, desde el color de la piel hasta la fuerza de la voz, pasando por las reacciones musculares y nerviosas y los



Arriba: detalle del stupa de Bharhut (siglo II a.C.). Abajo: entrada a una de las grutas de Ajanta y (al lado) interior de la gruta 19, con una estatua de Buda pronunciando un sermón. La construcción de los templos en la roca representa una conquista técnica de notable importancia: para poder romper la roca era imprescindible fijar en las benditas gruesas cuñas de madera que, embebidas de agua, se hinchaban y rompían la piedra; la excavación de arriba abajo permitía, además, evitar el uso de andamios.

sueños. Fueron muchas las enfermedades descritas con sus fases, como la tuberculosis pulmonar, los distintos tipos de fiebres y nada menos que 17 variedades de lepra. Para remediar las enfermedades había una refinada **farmacología** que utilizaba numerosas plantas medicinales y productos animales o minerales.

muchas limitaciones que le impedían convertirse en una ciencia. El avance de la cirugía se debió sobre todo a la realización de operaciones en la parte exterior del cuerpo humano. Los conocimientos anatómicos eran insuficientes, ya que la religión prohibía la investigación con cadáveres, pues consideraba impuro todo lo que se



También alcanzaron un desarrollo notable las **técnicas quirúrgicas**, como por ejemplo la rinoplastia, que ponía remedio al frecuente castigo del corte de la nariz, o la cirugía ocular, que obtuvo buenos resultados en las operaciones de cataratas. De todos modos, la medicina estaba sometida a

relacionara con la muerte. La enfermedad y el enfermo también se consideraban fuentes de impureza, de modo que los propios médicos, aunque fueran muy respetados, podían tener fama de impuros. Se creía que la enfermedad no era el resultado de alteraciones orgánicas, sino un estado de degradación como resultado de las faltas cometidas en la vida anterior.



El aislamiento que caracteriza la historia de China y sus concepciones filosófico-religiosas de orientación exclusivamente moral (como en el confucianismo) o contemplativo hasta llegar al rechazo de la realidad concreta (como en el taoísmo) obstaculizaron el desarrollo de la ciencia, entendida como la búsqueda de las causas generales para los fenómenos particulares. Por lo tanto, más que de ciencia hay que hablar de técnica y tecnología, que alcanzaron un buen nivel durante el período de los Reinos combatientes, como lo demuestra la refinada factura de las armas y los utensilios. Un factor de gran importancia fue el progreso en la elaboración del hierro, que sustituyó al bronce. En China, la **industria del hierro** ha seguido un



Al lado: antiguos instrumentos agrícolas en hierro encontrados en una excavación en el norte de China.

Abajo: tornillo de bronce de época Han. Musée Cernuschi, París.

A la derecha: azulejo en terracota con dos bueyes uncidos que tiran el arado (período Han).

Abajo, en las dos páginas: disco símbolo del cielo, de Changsha (siglo III a.C.). Musée Cernuschi, París.

demás reinos. Dada la situación de guerra sin cuartel durante el período de los Reinos combatientes, el progreso técnico se aplicó a las armas. El uso generalizado del hierro mejoró también las lanzas, las alabardas, los *chi* (lanza con alabarda) y los puñales. Todas estas armas se fabricaban con procedimientos que bien se podrían llamar industriales. El arco también evolucionó, convirtiéndose en la mortífera **ballesta**. Consistía en un arco montado sobre una pieza de madera, con un mecanismo capaz de tensar, sujetar y disparar



recorrido opuesto al europeo: la **fusión** se realizó desde los orígenes (en Europa se descubrió en el siglo XIV d.C.). En cambio la **forja**, el moldeado del hierro al rojo (sin tener que colarlo, fundido, en moldes) se descubrió en la época de los Reinos combatientes, mientras que en Europa fue el procedimiento más antiguo. Los fundidores de hierro de la antigua China lograron producir utensilios de líneas precisas y gran resistencia, que servían para usos múltiples.

En Xing Long, en una antigua forja, se han encontrado 87 moldes: azadas, hoces, cincelos, hachas, piezas de carros, etc. Pero con la fusión del hierro no se obtenían bordes cortantes ni puntas afiladas. Por eso, hasta el siglo III a.C., las armas se seguían haciendo de bronce fundido. Con la introducción de la forja se difundieron las espadas de hierro, que hasta finales del siglo IV a.C. no se encuentran en los ajuares de las tumbas. La **espada de hierro**, que los chinos recibieron de los

nómadas de la estepa, podía ser muy larga, tenía más elasticidad y cortaba mejor. Según una teoría, los Qin se impusieron rápidamente al resto de los estados de China gracias a la espada. Las crónicas recuerdan la ferocidad de estos guerreros, que decapitaban a los prisioneros por miles con sus espadas de hierro. En efecto, la región del antiguo Qin es rica en mineral de hierro, y los reyes adoptaron pronto las armas hechas con este metal, acelerando su introducción en los



Al lado: grupo en terracota esmaltada verde con dos personajes que juegan al liubo (un juego adivinatorio), un servidor y una jarra de vino (época Han). British Museum, Londres.

Abajo, a la derecha: punta de alabarda en bronce (período de los Reinos combatientes). El uso del bronce para forjar armas perduró en China hasta el siglo III a.C., es decir, hasta que se introdujo la forja del hierro, que permitiría hacer los bordes de las hojas cortantes y puntas afiladas, operaciones imposibles con la simple fundición en molde. A partir de este momento la tecnología de fabricación de las armas progresó rápidamente, tanto como para asumir un carácter más industrial que artesanal. Museo Chiossone, Génova.



la cuerda. Era un arma más eficaz que el arco, al ser más potente y precisa, y permitía rechazar al enemigo, sobre todo a los temidos nómadas de las estepas del noroeste, desde lo alto de los terraplenes o las murallas.

Debido a una aparente paradoja, la propia guerra estimuló las **técnicas agrícolas**, debido a la necesidad de aumentar la productividad y gracias a la difusión de los aperos de hierro entre los siglos VI y IV. Los agricultores dejaron las layas y azadas de madera y las hoces de piedra, para pasar directamente a los **utensilios de hierro** (pues el bronce había estado reservado rigurosamente a las armas). Estos utensilios, poco a poco, estuvieron al alcance de todos, lo que supuso una auténtica revolución en la forma de labrar la tierra.

El desarrollo de la técnica durante el período de los Reinos combatientes no sólo afectó a las actividades fundamentales, la agricultura y la ciencia de la guerra. También las demás actividades se beneficiaron, entre ellas la amplia gama de las **artesanías**, entre

las que cabe citar las más típicas, como el arte de la laca, el de la cerámica y el de la seda. La **laca** es la resina del árbol *Rhus vernicifera*. Cuando se extiende en capas finas y superpuestas, al secarse endurece la superficie de la madera o la tela a la que se aplica, de modo que se puede pulir y pintar de muchos colores: amarillo, rojo, verde o azul. Las lacas eran muy valiosas, se utilizaban como *status symbol* o para hacer regalos, lo mismo que los objetos de **jade**, símbolo de la vida, y las preciadas **sedas**. También la **cerámica**, pese a conservar un carácter popular, se dispuso a traspasar el límite entre la artesanía y el arte, gracias a la técnica del **vidriado con plomo**, que consiste en recubrir la pieza con un barniz vítreo. Fue así como nació la **porcelana**, que en la Europa de los siglos XVIII y XIX fue el símbolo de China.

Además de las técnicas refinadas y las elaboradas **artesanías**, en China también se desarrollaron algunas ramas del saber que de algún modo se acercaban a la ciencia, aunque se distinguían de ella por el componente mágico que las caracterizaba y las siguió caracterizando en los tiempos posteriores. La **medicina**, por ejemplo, progresó gracias a la alquimia y a la búsqueda de hierbas medicinales que asegurasen la inmortalidad, mientras que la **geomancia**, al tratar de prever el futuro mediante la observación de signos en el suelo, ya fueran naturales o producidos espontáneamente, dio lugar a una serie de interesantes reflexiones de carácter geológico.



Al quedar el territorio griego reducido a uno de los componentes de la *oikoumene* (conjunto de territorios de lengua y cultura helénicas), perdió su posición central y su supremacía en el campo intelectual y artístico. No es extraño, pues, que este período presente un número bastante limitado de obras arquitectónicas, si las comparamos con la riqueza y extraordinaria calidad de los monumentos arcaicos y clásicos. Los ejemplos más destacados son las ruinas de las **antiguas capitales macedonias** de Pela y Aigai (Ege), que han salido a la luz en recientes excavaciones. Revelan la existencia de una civilización con gran capacidad creadora, desmintiendo el viejo tópico de que los macedonios eran un pueblo de *bárbaroi*. En la edad arcaica, la capital era Aigai; durante el reinado de Arquelao (413-399 a.C.), el centro del poder se trasladó a **Pela**. En el palacio real de esta ciudad recibieron hospitalidad, entre otros, artistas como Eurípides, que pasó allí los últimos años de su vida escribiendo obras

al final del siglo IV a.C. Poseen espléndidos mosaicos en el suelo, realizados con una técnica especial que utiliza guijarros naturales; suelen representar escenas de caza o episodios mitológicos (por ejemplo, Teseo raptando a Deyanira). Todo eso es una muestra del esplendor de la ciudad en la que nacieron los artífices del poderío macedonio: Filipo II (382 a.C.) y Alejandro (356 a.C.).

El otro gran centro de la historia macedónica, **Aigai**, donde tradicionalmente se sepultaban los reyes, es uno de los descubrimientos más sensacionales de los últimos decenios. El paraje donde se encuentra la necrópolis real, que durante mucho tiempo se confundió con la ciudad de Edesa, ha sido reconocido por el arqueólogo Manolis Andronikos cerca de la aldea de Vergina, no lejos de Veria, un poco más al sur de Pela. Bajo un enorme túmulo situado en el centro de la aldea han aparecido varias **tumbas reales**, que suelen tener frescos con escenas de caza. En algunas de



Al lado: mosaico del palacio de Alejandro en Pela (siglos IV-III a.C.). El tema representado es el de la caza del león, el deporte preferido de los antiguos monarcas orientales.

Arriba: esta planta reconstruye el santuario de Apolo en Delos. Las obras del santuario se iniciaron en el siglo V a.C. y continuaron hasta el III, con el pórtico votivo que deseaba el rey macedonio Antígono Gonatas.

maestras como *Ifigenia en Áulide* y *Las bacantes*, o el pintor Zeuxis. Sin embargo, los historiadores antiguos apenas mencionan la ciudad, ni siquiera en su mejor época. Conocemos datos importantes gracias a Tito Livio, que habla de una muralla y una fortaleza en el cerro de Faco, verdadera isla en tierra firme, porque dominaba los pantanos de la llanura. La parte baja de la ciudad sigue el **plano hipodámico**, con calles que se cruzan en ángulo recto. La parte alta parece formada por dos **necrópolis**. Las excavaciones han sacado a la luz los cimientos de grandes edificios, separados por calles anchas, bajo las cuales se ha encontrado una espesa red de alcantarillas. Hay algunas **casas de dos plantas con peristilo**, que se pueden datar

ellas se han encontrado objetos intactos de gran valor, muchos de ellos pertenecientes, según se cree, a Filipo II, como un escudo crisoelefantino, el cofre de oro con los huesos del rey (asesinado en el teatro de Aigai por un sicario enviado por su esposa Olimpia, repudiada por él) y algunos relieves de marfil con los retratos de Filipo y su hijo Alejandro. El descubrimiento es de una importancia enorme, tanto por la calidad artística de los hallazgos como porque resuelve definitivamente el problema de las tumbas de los reyes macedonios, buscadas desde hace mucho por los arqueólogos. Aunque la clasificación cronológica del material encontrado no resulta nada fácil, el yacimiento hace justicia al gran monarca,

fundador del imperio macedonio, proporcionándonos una imagen más fiable y completa de él. La importancia del yacimiento de Aigai se ha visto confirmada por otros hallazgos: una tumba macedonia de mediados del siglo III a.C., con forma de templete, y sobre todo los restos del **palacio del rey Antígono Gonatas** (276-239 a.C.). Se halla en la parte alta de la antigua capital, y se remonta a mediados del siglo III a.C. Tiene grandes dimensiones y conserva un mosaico policromo en el ala sur; los restos del mencionado palacio permiten, observando sus estructuras, evocar su esplendor. Completan esta rica colección de hallazgos algunas tumbas excavadas algo más al norte, en Lefkádia Naoussa.

Si desplazamos nuestra atención del continente al dinámico escenario cultural y comercial de las islas del Egeo, veremos que en algunas ciudades, florecientes durante este período, el impulso renovador se debió a varias causas. Por ejemplo, en **Cos**, a mediados del siglo IV a.C., se empezó a construir el célebre **santuario u hospital de Asclepio**, dios de la medicina. Consta de cuatro terrazas adosadas en la pendiente de una colina. Pero la ciudad más importante de esta región fue sin duda **Rodas**, que experimentó un gran auge comercial y cultural y se convirtió en uno de los grandes centros de la escultura helenística, siguiendo los pasos de Lisipo. De este magnífico taller

salieron obras de la talla de la *Niké de Samotracia* o el llamado *Toro Farnesio*, del que nos ha llegado una copia de la época imperial. A causa de los avatares históricos y los saqueos de la ciudad, nos han llegado pocos restos de esta importantísima capital artística, y no queda ni rastro del monumento más espectacular y conocido, el **Coloso**, citado entre las siete maravillas del mundo. Construido en 290 a.C. por el escultor Cares de Lindos para celebrar la resistencia victoriosa de la ciudad al asedio de Demetrio Poliorcetes, consistía en una estatua de Helios (el sol), numen protector de Rodas, de bronce con armazón de hierro. Según las fuentes antiguas alcanzaba una altura de 32 metros, sin que sepamos nada de su forma. Es completamente falsa la tradición medieval, según la cual estaba situado en la entrada del antiguo puerto, con las piernas separadas, de modo que los barcos pasaban por debajo. Lo más probable es que se alzara donde hoy se encuentra el fuerte de San Nicolás, al lado del puerto antiguo. Lo mismo que ha sucedido con el mausoleo de Halicarnaso, la palabra coloso (de una raíz griega que significa «vertical») ha pasado al lenguaje común para indicar las obras arquitectónicas de grandes dimensiones, una característica del arte helenístico, en el que encontramos varios ejemplos de obras «colosales» en las que se combinan la originalidad con unas dimensiones fuera de lo común y una acusada tendencia a la verticalidad. El Coloso, construido con una técnica de pisos como si se tratara de una casa, no tuvo mucha suerte: fue destruido por un terremoto entre 224 y 223 a.C., pero sus restos no fueron reconstruidos. En 653 d.C. los árabes se llevaron a Tiro los restos de bronce, que luego fueron vendidos a un mercader judío de Emesa. Éste los transportó a su ciudad (para lo que necesitó



Arriba: el teatro de Epidauro (fines del s. IV a.C.).

Abajo: una tumba en cámara (s. III a.C.) en Aigai (o Ege), cerca de Vergina.

A la derecha, arriba: planta del palacio principesco de Aigai (inicios del s. III a.C.). La fachada está constituida por un pórtico en dos planos; en torno al patio porticado están las salas de representación, la zona de servicios y las habitaciones residenciales. A la derecha, abajo: thòlos de Epidauro (fines del s. IV a.C.), obra de Policlete el Joven.

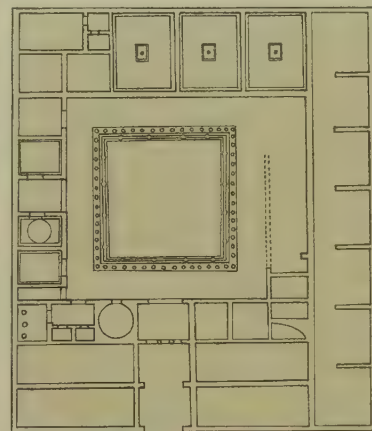


900 camellos, según la tradición), y allí fueron fundidos.

La otra ciudad que llegó a su máximo esplendor durante este período fue **Delos**, donde se encontraba el famoso santuario de Apolo. La pequeña isla, situada estratégicamente en el centro del Egeo, se convirtió en un animado núcleo comercial y creció de forma considerable. Las viviendas privadas se encontraban en el barrio llamado «del teatro», porque estaba dominado por el grandioso edificio del siglo III a.C., erigido al sur del santuario. El tipo de construcción, que se remonta al siglo II a.C., es bien definido: la casa gira en torno a un patio central, con o sin peristilo. Las ventanas son rectangulares o bíforas, las paredes están enlucidas y los suelos son de mosaico. Entre ellas destacan la **casa de Dioniso**, con un mosaico en el que se ve a los dios alado montado en un tigre, y la **casa del Tridente**, en la que hay un mosaico con motivos marinos; es de destacar el impluvio, que recoge el agua de lluvia en un aljibe situado debajo del patio. Es una característica frecuente en Delos. Aisladas de las demás viviendas, junto al teatro, encontramos las dos moradas más sugestivas: la **casa de los Delfines**, en cuyos mosaicos vemos delfines montados por personajes con tridente y caduceo, y la **casa de las Máscaras**, sin duda la más rica y evocadora. En sus habitaciones hay mosaicos con representaciones de Dioniso montado en una

pantera, centauros, y en el *oecus* (sala de ceremonias) hay una singular composición de formas geométricas, con cubos pintados en perspectiva y máscaras de los tipos principales de la nueva comedia y del drama satírico.

Precisamente, en la Grecia de la época hubo un gran auge de construcción de teatros. Como ejemplos insignes citaremos los **teatros de Dodona** y de **Epidauro**, con su original manera de plantear y resolver el problema de la relación entre la naturaleza y la intervención humana. El primero forma parte de un santuario más antiguo, dedicado a Zeus, que luego perdió importancia por la competencia de Delfos. Fue edificado a principios del siglo III a.C. en el escarpado paisaje montañoso del Epiro, y fue destruido



por los etolios en 219 a.C. Reconstruido por Filipo V, que reemplazó la escena de madera por otra de piedra, hoy conserva la espaciosa cávea y parte de la escena. El teatro de Epidauro, situado en un valle de la Argólida dominado por el santuario panhelénico de Asclepio, es el mejor conservado de los que han llegado hasta nosotros, y se integra perfectamente en el suave paisaje que lo rodea. El arquitecto **Policlete el joven** lo edificó a finales del siglo IV a.C., procurando que se apoyara en la ladera del monte sin interrumpir bruscamente el ambiente natural.

La difusión de la cultura y la lengua griegas, la intensificación de las relaciones humanas, el comercio floreciente, los contactos culturales entre todos los pueblos helenizados, en una palabra, el cosmopolitismo helenístico, se reflejan en la intensa actividad constructora y la proliferación de nuevas ciudades, portadoras de una sola cultura, de una *koiné* no sólo lingüística. Ciudades nuevas y viejas, grandes y pequeñas se sentían parte de un mundo común que enlazaba con la cultura clásica, tratando de desarrollar sus características. Por lo tanto, es lógico que la ciudad helenística fuera como un termómetro de la situación y reflejara ese dinamismo social, esa voluntad de renovación. La *polis* clásica fue reemplazada por un modelo de ciudad que en ciertos aspectos se adelantaba a las soluciones modernas: planteamiento de nuevos barrios, urbanismo y viabilidad no son términos ajenos a este ámbito. En los **nuevos centros** se impuso un **modelo** dominante, ya elaborado



Al lado: planta de Priene, una de las más prestigiosas ciudades de Jonia. 1. Santuario de Deméter; 2. Santuario de Atenea; 3 Teatro; 4 Gimnasio Superior; 5 Ágora; 6 Santuario de las divinidades egipcias; 7 Santuario de Asclepio; 8 Stoà sagrada; 9 Estadio; 10 Gimnasio inferior; 11 Llanura de Meandro; 12 Teloncia. Arriba: el templo de Atenea Polias (siglo IV a.C.) en Priene, obra de Piteo. Derecha: reconstrucción del Mausoleo de Halicarnaso, iniciado en torno a 355 a.C. por los arquitectos Piteo y Sátiro. El dibujo está basado en la descripción que del monumento hace Plinio el Viejo.



11

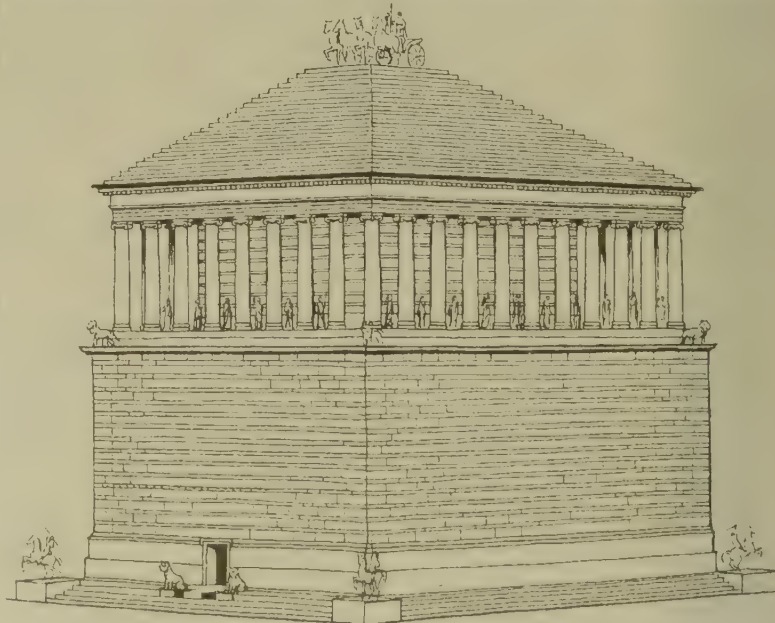
por **Hipódamo de Mileto**, que vivió en tiempos de Temístocles (siglo V a.C.): la **planta cuadriculada**, en la que las zonas de viviendas estaban separadas de las zonas dedicadas al culto y al comercio. El esquema, en realidad, no era nuevo, pues ya estaba presente en las civilizaciones orientales, pero Hipódamo tuvo el mérito de aplicarlo de forma rigurosa, tratando de crear la ciudad ideal y al mismo tiempo concreta. El nuevo espacio urbano debía ser una entidad adaptada al paisaje y al clima, con calles alineadas con arreglo a grandes perspectivas escenográficas, centradas en los edificios más representativos. Los monumentos, más que realidades independientes, formaban parte de

un todo, y su ubicación subrayaba su papel: por ejemplo, en un cruce de calles importantes, en el centro de una plaza o en el fondo de una calle principal. En esta concepción del espacio urbano destacan los elementos decorativos y al mismo tiempo funcionales, como las fachadas de los edificios, los pórticos, las escalinatas, etc. Naturalmente, hoy día nos cuesta trabajo, pese a la importancia de algunas excavaciones, hacernos una idea del alcance de este modelo urbanístico, que en cualquier caso supuso un avance con respecto a la organización espacial de la *polis* clásica. Combinando de un modo original los elementos de la sintaxis arquitectónica

tradicional, se obtuvieron **soluciones inéditas** como plazas, aras monumentales (la famosa ara de Pérgamo), gimnasios, bibliotecas y palestras, en los que aparece con frecuencia el pórtico, típico de la época helenística. La atención de los arquitectos no se limita a los lugares de culto público, sino que abarca toda la ciudad con sus distintos componentes.

La primera ciudad helenística fue probablemente **Alejandro de Egipto**, proyectada siguiendo las nuevas ideas por **Dinócrates de Rodas** en 332 a.C. Muchas otras ciudades de fundación reciente o más antigua siguieron su ejemplo (Estrabón

recuerda Rodas). Entre los restos que han llegado hasta nosotros, hay dos ciudades de Asia Menor que causan admiración por su íntima y armónica fusión con el medio que las rodea: Mileto y Priene. **Mileto**, centro comercial y cultural que se había desarrollado en los siglos VII y VI a.C., patria de hombres ilustres (Tales, Anaxímenes, Anaximandro y el propio Hipódamo), encabezó la rebelión contra los persas y fue arrasada por las tropas de Darío, que después la hizo reconstruir según un proyecto de **Hipódamo**. Para entender la planimetría real de la antigua Mileto hay que tener en cuenta que la ciudad estaba a orillas del mar y disponía de cuatro puertos, mientras que las actuales ruinas se encuentran en una pequeña península formada por una curva del río Meandro. Dentro de esta curva se pueden reconocer los edificios principales (a pesar de las reconstrucciones y edificios de época romana o turca): el estadio, el *bouleutérion*, sede del Senado, las tres ágoras y el templo de Dioniso. Todos estos edificios se sitúan con arreglo a unos ejes ortogonales bien definidos. Adosado a una colina que antiguamente miraba al mar se encuentra el **teatro**, espléndido monumento construido en el siglo IV a.C. y ampliado después. La cávea, en excelente estado de conservación, tenía capacidad para más de 15.000 espectadores, separados en tres sectores con sus respectivas escaleras. La escena, que debía ser de grandes dimensiones, no se ha conservado. Más interesantes todavía son las ruinas de la antigua **Priene**, una de las ciudades más prestigiosas de Jonia. Su historia es análoga a la de Mileto: destruida por los persas, fue reconstruida con esmero e inteligencia, aprovechando lo mejor posible la naturaleza del lugar. Por ejemplo, unos depósitos situados a mitad de camino entre la acrópolis,



PÉRGAMO

Pérgamo fue, con Alejandría, el centro más significativo de la cultura helenística. Todavía hoy el visitante se siente sobrecogido ante sus ruinas, a pesar de las destrucciones que ha sufrido y el paso del tiempo. A diferencia de muchas ciudades de su época, que tenían un trazado urbanístico hipodámico, Pérgamo impresiona por la audacia y genialidad con que sus arquitectos supieron aprovechar la desfavorable situación orográfica, creando una capital suntuosa y espléndida, que al parecer llegó a tener 160.000 habitantes. Los constructores idearon una serie de terrazas que descendían lentamente hacia el oeste, formando un conjunto monumental y al mismo tiempo escenográfico.

En el interior de las murallas que mandó construir Eumenes II se encuentran los edificios principales, ubicados de acuerdo con un orden racional: en efecto, se trata de un proyecto arquitectónico abierto en el que cada elemento está relacionado con los demás, de modo que los edificios aislados no tienen un significado en sí mismos sino insertados en un contexto ambiental. Poco ha quedado del Heroon, edificio de culto erigido en honor a Atalo I y Eumenes II, y en cuanto a los palacios reales, sólo se ven los cimientos. Al sur del templo de Trajano se encuentran las ruinas de uno de los edificios más famosos, la biblioteca, construida durante el reinado de Eumenes II, en la que se llegaron a guardar unos 200.000 volúmenes escritos en pergamino, parte de ellos regalo de Antonio a Cleopatra. Al lado de la biblioteca, en el centro del conjunto, hay una amplia terraza que domina el teatro donde se encuentra el basamento del templo dórico de Atenea Poliada, períptero del siglo III a.C. cerrado en los lados norte y este por

sendas columnatas (stoá) de dos pisos. Posee un pórtico dórico, coronado por una pequeña galería jónica, innovación que tal vez fuera idea de Sóstratos de Cnido, donde se encuentran los famosos bajorrelieves de bronce encargados por Atalo I en recuerdo de sus victorias. Los bajorrelieves, que representan a unos gálatas moribundos, han llegado hasta la actualidad gracias a unas copias en mármol. Adosados al templo, aunque en una terraza situada a un nivel más bajo, están los cimientos del célebre altar de Zeus Sotér, levantado para glorificar a los atálidas.

Actualmente este monumento se encuentra en el Pergamonmuseum de Berlín, donde se ha reconstruido con las esculturas originales. Se trata de una obra majestuosa construida por encargo de Eumenes II entre 181 y 159 a.C., que representa una novedad en la concepción griega del lugar sagrado.

Se podría decir que es un templo abierto, ya que se abandona la tradicional estructura cerrada para lograr un efecto escenográfico que centra la atención en las esculturas del basamento. En uno de los lados largos, el que da al oeste, hay una escalinata monumental, enmarcada por el basamento que sostiene el verdadero templo: un espacio a cielo abierto, rodeado de una galería jónica. En el centro del naos, en lugar de cella, hay un altar para los sacrificios. Se trata, pues, de una estructura articulada, dinámica, que utiliza de una forma original los elementos tradicionales de la arquitectura clásica. El teatro, que reposa en la ladera occidental de la colina, junto al basamento del templo de Atenea, completa la acrópolis. Con sus 78 niveles de gradas en los que podían tomar asiento 10.000 espectadores, domina la llanura.



Al lado: reconstrucción del Altar de Pérgamo, dedicado a Zeus Sotér. Pergamonmuseum, Berlín. Arriba, en las dos fotos, empezando por arriba: Pérgamo, vista del teatro y del Asclepeion y los restos de la columnata del Gran Patio del Asclepeion. La particular conformación del lugar sobre el que se levantaba la acrópolis de Pérgamo permitió a los arquitectos, gracias al desnivel a menudo notable del terreno, soluciones de gran libertad escenográfica: los edificios están dispuestos en terrazas escalonadas, según un esquema en media luna que tiene como punto de referencia el teatro.

al norte, y la ciudad baja, recogían el agua que llegaba por un **acueducto** y la repartían por la ciudad a través de canales de barro cocido. La **ciudad baja** es una de las realizaciones más geniales del modelo hipodámico: en el interior de las murallas, las calles se orientan según los puntos cardinales, y las calles secundarias, que cortan en dirección nortesur el eje principal, poseen sumideros para el agua y están pavimentadas. En ellas encontramos las **casas privadas**, según un modelo dominante que volvemos a encontrar en el mundo romano (baste recordar las casas de Pompeya y Herculano). En la mayoría de los casos, estas viviendas tienen una base de piedra sobre la que se apoyan ladrillos en seco, con la excepción de algunas mansiones señoriales, pertenecientes sin duda a destacados personajes de la ciudad. Se trata de auténticas **villas urbanas** de gran tamaño (una de ellas posee 26 habitaciones), dotadas de todas las comodidades (por ejemplo, cuartos de baño), bien iluminadas por ventanas altas y con cubiertas de tejas. En



cuan to a la distribución interior, encontramos un modelo constante, con un gran patio central al que dan las habitaciones. Las paredes, están enlucidas con yeso o, en las casas más lujosas, con estuco esculpido.

En cuanto a la ciudad pública, los ejes viarios principales convergen en el **ágora**, verdadero centro económico y político de la ciudad, en el que encontramos numerosas estatuas. Al este se encuentran las ruinas del **templo de Zeus**, mientras que en el lado norte se ve el pórtico sagrado del **bouleutérion**, reservado a las reuniones del consejo ciudadano. Se trata de uno de los ejemplares mejor conservados de la antigüedad, y se remonta a mediados del siglo II a.C. A través de unas escaleras se llega al **teatro**, edificio construido en el siglo IV a.C. con un aforo de 5.000 espectadores, que además de asistir a las representaciones se reunían allí para discutir temas políticos. Se advierte claramente que las principales actividades de la ciudad giraban en torno a la extensa zona central, con una precisa organización. El ágora enmarcaba, por así

decirlo, las funciones vitales de la ciudad. Al lado se hallaban los mercados de carne y pescado. Hay dos edificios importantes que se salen un poco de este esquema: el **templo de Atenea** y el gimnasio inferior. El santuario de la diosa, del que sólo quedan los cimientos, es un períptero jónico, obra de Piteo, el constructor del Mausoleo de Halicarnaso, que después fue completado por Alejandro Magno. El **gimnasio**, bien conservado, tiene un patio central reservado a los entrenamientos y locales destinados al estudio y a baños. El **estadio** se encuentra al lado del gimnasio. Posee amplias gradas y tribuna cubierta, que servía para los entrenamientos con mal tiempo o para que pasearan los ciudadanos. Sin embargo, las soluciones urbanísticas de la época no se limitan al ideal racionalista, casi cartesiano, del modelo hipodámico. Por ejemplo, si examinamos la planimetría de la acrópolis de **Pérgamo**, advertimos que el desnivel, a veces acusado, del terreno, brindó soluciones audaces y fantasiosas a los arquitectos. El resultado es una escenografía agitada, con edificios formando terrazas que van bajando hacia el oeste, según un esquema de media luna que «gira» en torno al teatro, tomado como punto de referencia.

Si tomamos en consideración aisladamente otras obras famosas de este período, no podemos dejar de constatar que un rasgo típico de la época es la tendencia al **gigantismo**, al monumento imponente, impresionante. Un ejemplo de ello es el **Mausoleo de Halicarnaso**, que para los antiguos era una de las siete maravillas del mundo (entre otras cosas por su tamaño). Construido a partir de 355 a.C. por Artemisia II, esposa y hermana de Mausolo, sátrapa de Caria, para honrar su memoria, fue en cierto modo víctima de sus dimensiones. En efecto,

Abajo: las ruinas del teatro de Mileto.

En la página siguiente, arriba: templo de Apolo de Didimo (siglos IV-II a.C.).

A la derecha: cabeza de Medusa de época belenística.

Abajo: diseño reconstructivo de una casa belenística de Priene (s. IV a.C.).

tras ser destruido por los terremotos en los siglos V y VI, fue demolido poco a poco para volver a utilizar las piedras con que estaba construido. Hoy día sus escasas ruinas y las alteraciones que ha sufrido dan una pobre idea de esta obra imponente, singular testimonio de afecto privado. En lo referente a las dimensiones, los datos de que disponemos, aunque sean dispares, son impresionantes. Plinio el Viejo habla de un edificio de mármol pario cuya altura alcanzaba los 55 metros. La base estaba rodeada de un amplio recinto sagrado (**témenos**), y la obra constaba de cuatro partes: un zócalo rectangular con gradas, sobre el que se apoyaba un tambor de 36 columnas jónicas, en cuyo interior estaba la tumba del sátrapa, cubierto por una pirámide escalonada en cuya cima había una cuádriga conducida por Mausolo y Artemisia. Según el testimonio de los contemporáneos, algunos de los mejores artistas de la época, como los escultores Escopas y Briaxis, contribuyeron a embellecer el mausoleo. La obra despertó la admiración de los romanos, que acuñaron la palabra mausoleo como sinónimo de monumento funerario dedicado a un personaje ilustre. Suerte parecida a la del Mausoleo de Halicarnaso tuvo el **templo de**



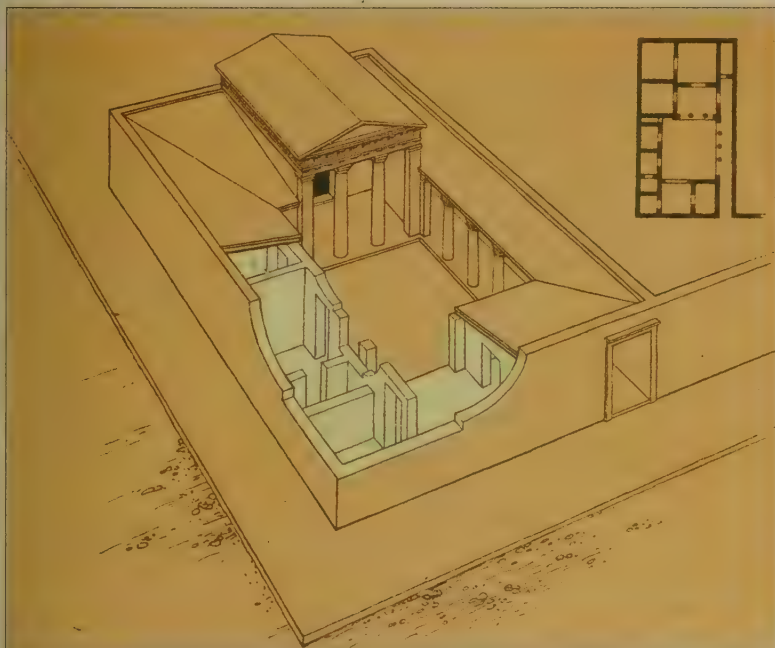


templo de Apolo, más extenso que el que se alzaba en el mismo lugar antes de que los persas lo destruyeran. El edificio (unos 110 metros por 51) está rodeado por una doble columnata jónica decorada con paneles esculpidos, de los que nos han llegado algunos fragmentos. Los peregrinos se purificaban sumergiéndose en el **pozo sagrado**, situado en una explanada delante del templo, siguiendo un ritual estricto que entre otras cosas requería el sacrificio de un animal en el altar antes de consultar el oráculo. Luego los peregrinos se agolpaban en el grandioso pronaos en espera de la respuesta. Una profetisa inspirada por el dios se la transmitía a los sacerdotes, para que éstos se la comunicaran a los interesados. La parte más secreta del templo era el **chresmografeion**, donde los sacerdotes interpretaban los oráculos. Hoy nos deja maravillados la grandiosidad del edificio, su belleza arquitectónica y plástica, signo evidente de la voluntad edificadora de Alejandro Magno, que lo reconstruyó.

Este rápido repaso, que apenas da una idea de la riqueza y variedad de los testimonios arquitectónicos helenísticos, nos

Artemisa de Éfeso, ciudad en la que la diosa era especialmente venerada. En el paraje, donde hoy apenas quedan unas pocas ruinas, se superpusieron a lo largo de los siglos hasta cinco santuarios distintos. El cuarto, erigido por Creso, era enorme y muy suntuoso, pero fue incendiado en 356 a.C., la noche en que nació Alejandro Magno, por un tal Eróstrato, en su afán de alcanzar notoriedad y ser recordado. Fue reconstruido inmediatamente

con la colaboración de los mejores artistas de la época: Praxíteles trabajó en las esculturas del altar, Escopas en la decoración de las columnas, y famosos pintores como Parrasio y Apeles dejaron allí algunas de sus obras. El templo es, por tanto, una síntesis del arte de su tiempo, un cofre de tesoros, cuya pieza más preciada era la estatua de Artemisa, probablemente de madera, expuesta al público en las grandes ocasiones. Su riqueza



despertó la codicia de Nerón, que lo saqueó; luego, los godos volvieron a saquearlo, y durante la época cristiana, ya abandonado, se convirtió en una valiosa cantera de piedra. En **Dídimo** también se construyó un templo sobre otro santuario de la edad arcaica: el **templo de Apolo**, casi tan famoso por su oráculo como el de Delfos. Al santuario, comunicado con Mileto por una calzada sagrada, acudía una multitud de peregrinos, procedentes de todos los rincones del país. La calle de acceso está flanqueada de pórticos y casas y conduce al gran espacio sagrado, el

permite hacer hincapié en la alta calidad de las obras artísticas y el carácter innovador y dinámico de las ideas de este período. El arte extiende su influencia a todos los ámbitos de la sociedad, se ocupa de lo público y lo privado, se convierte en objeto cotidiano, influye en el gusto y lo regula con modalidades originales, que en cierto sentido se pueden llamar modernas. El arte helenístico dejó una huella profunda en el mundo romano, el arte bizantino y el mundo medieval, y representa, por lo tanto, un eslabón entre el mundo clásico y la sociedad moderna.

Tal como sucedió con San Petersburgo a comienzos del siglo XVIII, la **fundación de Alejandría de Egipto** se puede considerar un proyecto clarividente y con visión de futuro, obra de un rey ilustrado y, por así decirlo, profético, ya que supo prever su esplendor y el importante papel que habría de desempeñar. Al igual que lo sucedido con la nueva capital del imperio zarista, la ciudad egipcia fue objeto de grandes elogios. La literatura y la tradición destacan su esplendor y atractivo, exaltando su nombre con adjetivos llenos de admiración: la grande, la bella, la inmortal, etc. Se creó así una especie de mito de Alejandría en la mentalidad y la imaginación colectiva de la época, de modo que no parece exagerado que un cronista de la época la llamara «**primera ciudad de la tierra**».



Efectivamente, la metrópoli egipcia se merecía ese calificativo, por lo menos hasta la época romana, cuando pasará al segundo lugar, superada únicamente por Roma en población y prestigio. En cualquier caso, sus dimensiones, la población alcanzada (cerca de un millón de habitantes en la época de Augusto, siglo I a.C.) y el papel de capital económica y cultural la convirtieron en una ciudad admirada hasta la época cristiana, aunque sufriera varios saqueos que destruyeron en parte su patrimonio monumental. En 642, cuando cayó en manos de los árabes, todavía era un centro de gran prestigio que suscitó la admiración y el elogio de los historiadores islámicos. En las obras de algunos importantes escritores de la época helenística encontramos retazos interesantes de la dinámica y agitada vida de la ciudad. En los mimiambos de Herondas, escritos en la primera mitad del siglo III a.C., aparecen escenas de la vida diaria en las que se recuerda el bullicio de la capital y su belleza. En su *Idilio XV*, que en realidad es un auténtico mimo urbano, Teócrito (310-250 a.C.) describe minuciosamente la topografía y las instituciones de la ciudad, que demuestra conocer al dedillo. En su divertida obra *Las siracusanas*, dos mujeres de esa ciudad, patria del propio poeta, después de quejarse

de sus maridos se visten de punta en blanco y se dirigen al palacio real con sus doncellas, para asistir a la fiesta de Adonis. En esta obra tenemos una especie de radiografía de la suntuosa vida de la corte, observada desde el punto de vista ingenuo y popular de las dos protagonistas, deseosas de sumergirse en el torbellino de las diversiones. Consiguen entrar en el palacio mezcladas entre el gentío, y se entusiasman al ver los tapices, que describen con voz inoportunamente alta; escuchan extasiadas la exhibición de una cantante, que celebra a Adonis y Afrodita, elogiando al mismo tiempo a la reina Arsinoe y a su madre Berenice. Pero el sueño de la evasión se desvanece, y las dos mujeres tienen que volver a casa a preparar la cena para sus maridos...

La singular ubicación de Alejandría y su nacimiento casi de la nada, la convierten en un símbolo perfecto de la nueva época. El paraje donde fue edificada estaba ocupado, en tiempos de los faraones, por dos poblaciones de modestas dimensiones, Rhakotis, que defendía la costa de los piratas,



y Faros, una pequeña isla que cantara Homero en la *Odisea*. Según las fuentes, Alejandro fundó la ciudad que llevaría su nombre en el invierno de 332-331 a.C., en la franja de tierra que separa el lago Mareotis (actual Maryû) del

mar. Atraído por la posición, propicia a la construcción de un puerto, el rey encargó el proyecto al arquitecto **Dinócrates de Rodas** y la ejecución a Cleomenes de Naucratis. No podemos saber con certeza si el macedonio



A la izquierda: nave oneraria de Alejandría. Mosaico del Piazzale delle Corporazioni, Ostia. Arriba: planta de la antigua Alejandría. Al lado: Alejandría, la columna de Pompeyo y los restos del Serapeo. Alejandría, nacida por expreso deseo de Alejandro Magno, fue durante siglos una de las ciudades más grandes y hermosas del mundo. Fundada, según la tradición, en 332-331, fue proyectada como un conjunto único, en el que todos los detalles fueron estudiados con el mayor cuidado para lograr un conjunto orgánico: las calles, por ejemplo, orientadas de manera que se vieran recorridas por los frescos vientos del norte, sorprendían a los contemporáneos por su longitud, y sus pórticos estaban iluminados de noche, aumentando su fascinación escenográfica.

tenía la intención de convertir la ciudad en capital mediterránea, como luego ocurrió. En cualquier caso, la aplicación del modelo hipodámico con planta ortogonal y la grandiosidad de las soluciones urbanísticas aplicadas no dejan muchas dudas sobre el alcance del proyecto de Alejandro. Aunque la **capital** de Egipto siguió siendo Menfis, y sólo fue trasladada por Tolomeo I, la nueva ciudad llamó enseguida la atención de los contemporáneos por su fastuosa y monumental belleza, que la diferenciaba de la tradición urbanística griega, poco aficionada a la espectacularidad, y sin duda la acercaba al gusto oriental y helenístico.

Entre los detalles que excitaban la imaginación de los contemporáneos (y que por desgracia los modernos no podemos admirar), cabe citar la **grandiosidad de las calles principales**, orientadas por Dinócrates de modo que fueran recorridas por los frescos vientos del norte. Algunas fuentes autorizadas (Diodoro, Estrabón) dan unas medidas asombrosas para la anchura —30 metros— de las dos arterias principales, que se cortaban en ángulo recto siguiendo la dirección este-oeste y norte-sur. Poseían pórticos iluminados de noche y creaban perspectivas fascinantes y teatrales, que realizaban la suntuosidad de los edificios más representativos. Estos elementos impresionan al investigador o visitante actual, cuya fantasía tiene que realizar un esfuerzo considerable para imaginar esta ciudad absolutamente fuera de lo común, en la que buena parte de la superficie, por lo menos la cuarta parte, estaba ocupada por el conjunto de los edificios del palacio real, formado por



Arriba: File; a la izquierda, el templo de Isis y el quiosco de Trajano, transportados al islote de Agilkia para preservarlos de la erosión de las aguas del Nilo que los sumergía periódicamente tras la construcción de la presa de Asuán. Abajo: primer pilón y pórtico del templo de Isis en File. A la derecha: planta de los monumentos de la isla de File, antes de su traslado a la isla de Agilkia.

sucesivos añadidos de los distintos reyes. Gracias a Estrabón, que hace una descripción precisa de la ciudad, podemos reconstruir su fisonomía. Al estar situada entre el mar y el lago, su forma era alargada, como en la moderna Alejandría. Estaba rodeada de poderosas murallas, y recibía el agua del Nilo a través de un canal que desembocaba en el **kibotós** (la caja), un pequeño puerto militar situado en la parte occidental del puerto llamado **Eunosto** («del buen regreso»). De esta forma se aseguraba una importante comunicación entre el gran río y el mar. El lago Mareotis, por

su parte, también disponía de un puerto, cuyo tráfico, según parece, era superior al de los dos puertos marítimos. En él estaba amarrada la lujosa flota privada de Tolomeo II.

Una curiosa construcción, típicamente oriental, fue la morada flotante de Tolomeo IV Filopátor (221-204 a.C.), espléndida mansión con escalinatas, templos y columnatas, construida sobre una plataforma que flotaba en el lago. Unos **conductos subterráneos** llevaban agua a los distintos barrios de la ciudad. Al parecer, en algunas casas sacaban el agua directamente con bombas. Junto a la costa, la **isla de Faros**



estaba unida a tierra firme por el **Heptastadion**, hoy desaparecido, un largo dique que delimitaba el puerto de Eunosto, al oeste, y el Portus Magnus, al este. En el interior de este último se hallaba el puerto personal de Tolomeo I. También gracias a Estrabón, podemos ubicar con precisión el complejo de los palacios reales, una especie de ciudad dentro de la ciudad que ocupaba un amplio arco entre dos promontorios (el Lochias al este, y el Posidonium al oeste). Además de las residencias de los reyes, comprendía extensos jardines botánicos y zoológicos, los cuarteles de la guardia, los edificios de la Biblioteca, las tumbas reales, los almacenes, los arsenales navales para las naves de la flota y un teatro, situado enfrente del puerto.





Al lado: el templo de Horus en Edfú. Lado septentrional del patio, con la entrada a la pronaos. La puerta estaba flanqueada por dos estatuas que representaban el báculo, el animal sagrado del dios Horus.

Abajo, a la izquierda, planta del templo de Horus.

Debajo: cinocéfalo de granito del sepulcro del faraón Nectanebo II (358-341 a. C.). Musel Capitolini, Roma.

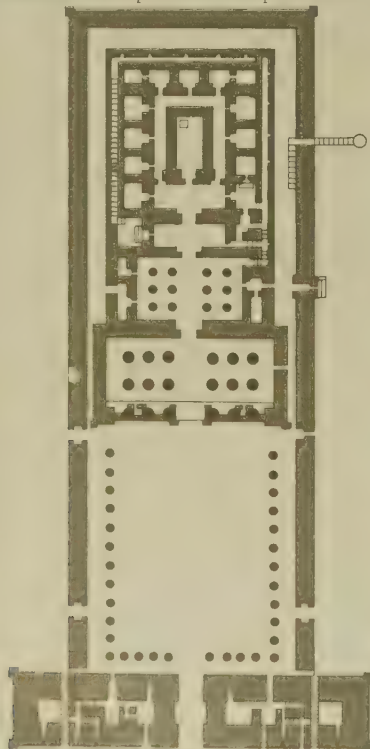
En la página siguiente, a la izquierda: grabado con la reconstrucción imaginaria del Coloso de Rodas, considerado por los antiguos como una de las maravillas del mundo. Resultó destruido por un terremoto y nunca fue reconstruido.

Debajo: relieves del templo de Horus, en Edfú.

Arriba, a la derecha: capiteles con la cabeza del dios Hathor que decoran las columnas del templo dedicado al dios, en Dendera.

El Museo era un centro cultural multidisciplinario con residencias para los eruditos, una avenida y una exedra. Entre los monumentos destacaba la espléndida tumba

erigida por Tolomeo II para Alejandro, cuando su cuerpo fue trasladado desde Menfis. A partir de entonces fue un lugar sagrado, venerado por los emperadores romanos que acudían a visitarlo. Nos resulta más difícil reconstruir la arquitectura de los palacios tolemaicos, que sin duda estaban rodeados de jardines. Por lo que sabemos, gracias a los testimonios de los contemporáneos, estaban ricamente adornados tanto por fuera como por dentro.



Las paredes estaban fabricadas con lajas de piedra, especialmente de alabastro, y las salas decoradas con muebles de madera historiados con figuras de marfil, mientras que los suelos estaban pavimentados con mosaicos refinados. Las pinturas de los vasos o la decoración de algunas tumbas de la época nos pueden dar una idea más precisa de la decoración interior del palacio. En los parques y jardines unas fuentes majestuosas celebraban el poderío de los reyes. En el jardín zoológico de Tolomeo II había un amplio muestrario de animales traídos de África y Asia, como leones, leopardos, búfalos, una jirafa, un rinoceronte, e incluso, según parece, una osa polar, así como un número considerable de aves.

Un testimonio digno de consideración sobre el fasto oficial del imperio tolemaico es la descripción que hace Calixino de las ceremonias triunfales de Tolomeo II Filadelfo. Los desfiles de la guardia real, la magnificencia de las estatuas de los dioses llevadas en procesión y la exhibición de trofeos de guerra, símbolo del poder del rey, excitaban la fantasía de los contemporáneos. En el centro de la ciudad había algunos edificios destinados a la administración y el palacio de justicia. En esta parte, además de los almacenes centrales para el aceite, el trigo y otros bienes necesarios, se encontraba la zona comercial, llena de tiendas y bazares, que se concentraban sobre todo junto a la calle principal.

Debido al crecimiento vertiginoso de la población, pronto se formaron barrios fuera de las murallas. Al oeste se estableció la comunidad egipcia y al este, más allá del



EL FARO DE ALEJANDRÍA

En la actualidad sólo quedan unos pocos restos del famoso faro sumergidos al norte del fuerte del sultán Qaitbey. Fue construido en una isla, actualmente unida a tierra firme, y en su época se citaba entre las siete maravillas del mundo. Era una torre gigantesca construida durante el reinado de Tolomeo II por Sóstratos de Cnido. Típica realización de la mentalidad helenística, citada con asombro y entusiasmo en los textos clásicos, la torre medía unos 120 metros de altura, con varios pisos que se iban estrechando hacia arriba. Gracias a ella mejoró considerablemente el sistema de señalización desde tierra para los navegantes, que hasta entonces se realizaba encendiendo bogueras sobre unas columnas situadas a la entrada de los puertos más importantes.

En el tercer piso había una cúpula sostenida por ocho columnas, que servía de linterna. La llama se obtenía por combustión de madera resinosa y aceites minerales, y se cree que su luz se difundía con espejos convexos. Se creaba así un punto de referencia para los barcos, que advertían su presencia desde 100 millas de distancia. A imitación de este modelo se construyeron otras torres en distintos lugares de la costa mediterránea, con las mismas funciones, aunque nunca alcanzaron las dimensiones del Faro. El nombre de esta construcción ha acabado designando por antonomasia a las torres de señalización para navegantes. El Faro de Alejandría, dañado por un terremoto, fue destruido definitivamente por los mamelucos babri en el siglo XIII.



suburbio de Eleusis, había una zona residencial donde vivían los ciudadanos más acaudalados. Entre jardines y parques, esta zona llegaba hasta el barrio de Canopo, una especie de ciudad de las diversiones. Por último, al oeste había una extensa **necrópolis**. Nos resulta más difícil reconstruir con certeza la ubicación exacta de otros edificios notables de la capital. Estrabón da muy pocos datos al respecto, aunque recuerda con admiración el gimnasio. Otras fuentes escritas nos informan acerca de otros monumentos importantes, como por ejemplo el **Serapeum**, santuario dedicado a Sérapis, elogiado durante mucho tiempo, hasta la latinidad tardía, por escritores como Amiano Marcelino. Estaba considerado como el templo más bello del mundo, después del complejo capitolino. Era un santuario cuadrado que se alzaba sobre 100 escalones, rodeado de pórticos, con una estatua gigantesca del dios.



Si en la capital del reino tolemaico el urbanismo siguió los cánones innovadores de Hipódamo, en el resto el país la rica tradición arquitectónica egipcia influyó en los proyectos de algunos edificios singulares. Entre ellos destaca el **templo de Horus en Edfú**, la Apollinópolis Magna de los griegos. La ciudad, capital de un distrito del Alto Egipto, conservaba más que ninguna otra las raíces culturales autóctonas. El templo, que se conserva en perfecto estado, es un documento magnífico de la arquitectura tolemaica. Su construcción se inició en 237 a.C., en el emplazamiento de un santuario antíguísimo, durante el reinado de Tolomeo III Evergetes, y duró 180 años, hasta 57 a.C. Su forma racional y armoniosa, la lógica disposición de las salas, que se hacen cada vez más pequeñas y oscuras, como símbolo del paso de la luz exterior a la intimidad del santuario, son una buena muestra de la estructura arquetípica del templo egipcio. Orientado de norte a sur, posee una entrada monumental, flanqueada por dos torres, que introduce a un patio. Allí hay una columnata cuyos capiteles, todos distintos en la misma fila, encuentran una correspondencia simétrica en los de enfrente. El patio da directamente al pronaos, sala sostenida por una doble fila de siete columnas cuyas paredes están decoradas con escenas de ofrendas o representaciones astronómicas, característica importante de este edificio. En la entrada de la puerta noroeste se encuentra el calendario de Horus, y en varios lugares del edificio hay textos que recuerdan a los sacerdotes sus deberes. La segunda sala, más pequeña que la anterior y sostenida por doce columnas, tiene a ambos lados unas capillas reservadas a las ofrendas, o equipadas como laboratorios para la preparación de los ungüentos y perfumes usados en las

ceremonias. Si seguimos hacia el corazón del templo, encontramos la cámara de las ofrendas y la sala central, que se encuentra delante del santuario, donde todavía se conserva la naos (la parte más interior del templo), un monolito de granito gris. En el pasillo que lo rodea hay diez capillas, cada una con un nombre a la entrada. Las paredes del pasillo grande y el muro exterior están cubiertas de textos y figuras, recetas de perfumes,



representaciones de las victorias de Horus sobre los enemigos de su padre, textos dramáticos, etc. Otra de las características de la época tolemaica es la presencia, fuera del templo, del **mammisi**, lugar donde el dios nació y fue criado. En Edfú queda un templete que consta de un vestíbulo con dos salas y un santuario a ambos lados, con un peristilo interior. En la parte superior de los capiteles de las pilastras del pórtico hay representaciones del dios Bes, divinidad del parto, representado en escenas del interior del templo. En las columnas del patio están las divinidades protectoras de la música.

En cambio, quedan pocos restos de la antigua **Menfis**, que durante mucho tiempo fue la espléndida capital del Egipto de los faraones, y su centro religioso por lo menos hasta el reinado de Tolomeo V Epífanes (210-180 a.C.). Luego vino la decadencia y el abandono, y sólo en el siglo pasado se empezaron las excavaciones sistemáticas. Siguiendo las indicaciones que nos ha proporcionado Estrabón, los arqueólogos han encontrado el **conjunto del Serapeum**, que consta de dos núcleos distintos: una avenida de esfinges, dos templos y un *drómos* (avenida) enlosado, que se atribuye a la época de los faraones Nectanebo I (378-360 a.C.) y Nectanebo II (359-341 a.C.). En cambio, la **exedra de los filósofos** es helenística. Posee un muro bajo de mampostería con nueve estatuas de famosos personajes antiguos que simbolizan la vida intelectual, protegida por Sérapis.

En el sistema ideológico de la Roma arcaica, la arquitectura, a diferencia de la pintura y la escultura (que se consideraban artes serviles, por ser manuales), ocupaba una posición de privilegio absoluto. Esta gran consideración se debía tanto a su aspecto práctico como al significado político que alcanzaba en la escala de valores romana, vinculada a una tradición muy pragmática y operativa. La **arquitectura**, con su tangible evidencia y su inserción en el contexto cotidiano, **representa el arte romano por excelencia**, expresión directa de la sociedad. Roma mantuvo durante mucho tiempo el aspecto de una agrupación de aldeas, repartidas por las colinas que rodean el Tíber. En efecto, durante el período republicano el esfuerzo constructor estuvo enfocado a resolver los problemas prácticos más apremiantes, como la construcción de calles, acueductos, alcantarillas, termas, puentes y murallas.

La tradición atribuye a **Apio Claudio Ciego**, que vivió entre los siglos IV y III a.C., y una figura casi legendaria de hombre



político, la realización de importantes obras públicas. En 312 a.C., siendo censor, promovió la construcción del **primer acueducto**, el *Aqua Claudia* o *Appia*. También amplió el puerto de Ostia y, sobre todo, trazó la red viaria romana. Además proyectó y empezó a construir la **vía Apia**, que al principio debía llegar hasta Capua y luego se prolongó hasta Brindisi, y fue la primera de las grandes calzadas que unieron Roma con las principales ciudades itálicas, formando un sistema viario que todavía hoy causa admiración por su eficacia. Los módulos urbanísticos romanos tuvieron una difusión mas amplia con la anexión de numerosas colonias, elevadas al rango de la ciudadanía romana con arreglo a unas precisas directrices políticas. Seleccionadas entre los centros económicos mas importantes, aliadas fieles



de Roma, a menudo se hallaban en posiciones cruciales y formaban parte de un eficaz e inexpugnable sistema defensivo. Tal era la concepción romana del poder, que llevó a las principales ciudades itálicas las técnicas de construcción elaboradas en la Urbe. Así, por ejemplo, la anexión de la colonia de Ariminum (la actual Rimini) en 268 a.C. respondía a la necesidad de controlar una zona de especial importancia estratégica, el punto donde confluían la vía Flaminia y la vía Emilia, que aseguraban la comunicación entre Roma y las ciudades de la llanura del Po. Algo parecido se puede decir de la anexión de las colonias de Aesis, la actual Jesi (247 a.C.), Piacenza (218 a.C.), etc.

La actitud romana en las colonias de nueva creación fue distinta. Su trazado urbanístico tuvo su origen en los **campamentos** (*castra*), **con sus calles formando una cuadrícula**, divididos en dos ejes principales, el **cardo**, orientado de norte a sur, y el **decumanus**, de oeste a este. Encontramos todavía hoy esta planta rectangular en los centros históricos de muchas ciudades italianas de fundación romana (Verona, Turín, etc.). Asimismo, la división de las tierras (*centuriatio*) en muchas zonas del norte de Italia todavía se advierte en la división actual de la propiedad y el trazado de la red viaria (en los campos situados al

norte de Padua tenemos un buen ejemplo de ello). En cambio, en las ciudades que ya existían al ser conquistadas por Roma, el trazado urbanístico tuvo en cuenta la situación anterior, interviniendo de forma racional para concentrar los principales focos de la vida económica, social, política y religiosa.

En el mundo romano arcaico, a diferencia de lo que ocurría en la contemporánea civilización helenística, no había una concepción determinada del espacio urbano. Se prestaba atención a la realización de un monumento concreto, o un complejo, y a su funcionalidad. La propia **Roma**, capital de unos territorios muy extensos, conservó durante mucho tiempo el aspecto de ciudad provinciana, desarticulada, y tuvo que esperar a épocas posteriores para tener un rostro arquitectónico a la altura de su papel. Sólo con César hubo un auténtico **plan regulador**, que entre otras cosas trató de resolver los problemas de superpoblación de la metrópoli. En parte, el plan fue llevado a cabo por Augusto, quien pudo afirmar que había encontrado una Roma de ladrillos y la había dejado de mármol.

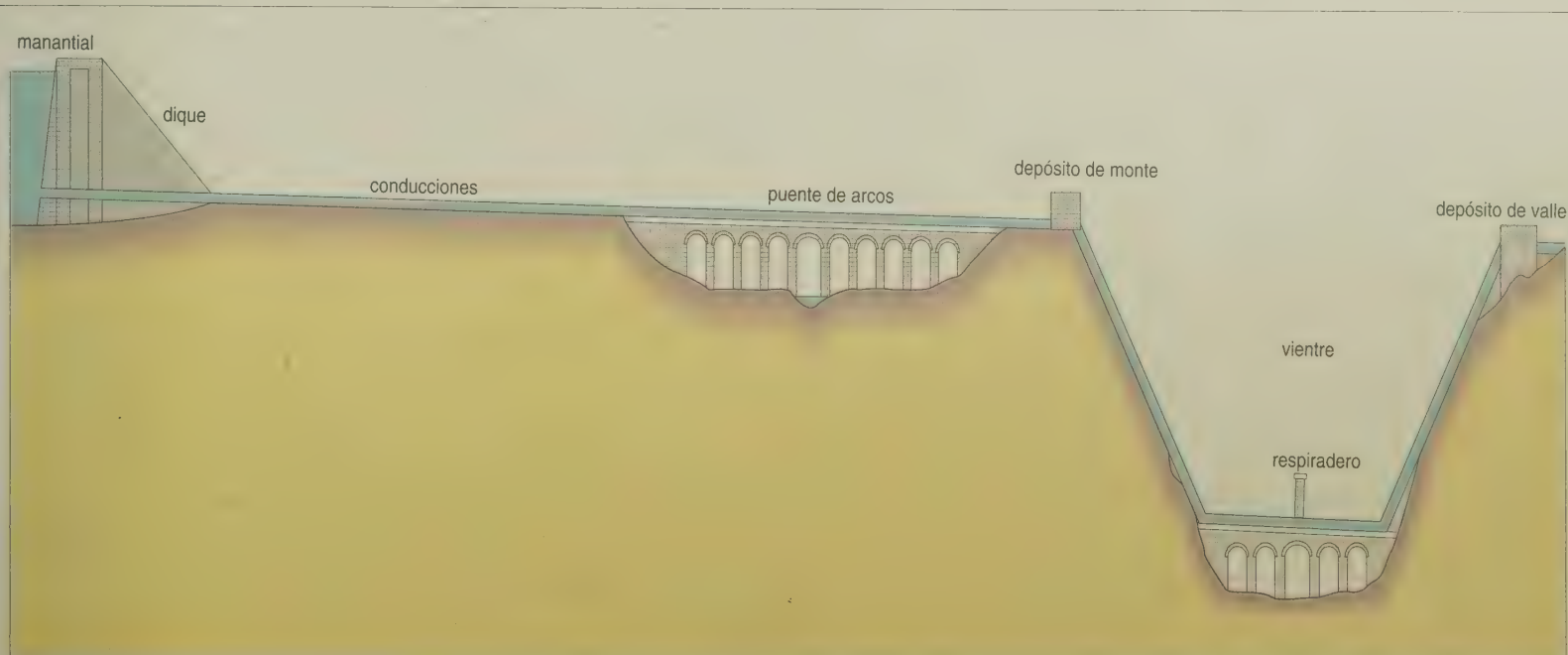


A la izquierda: detalle de una pared en opus mixtum, uno de los tipos de mampostería más extendidos en la técnica edilicia romana.

Arriba: vista del Foro, Roma. Al lado: Ferentino (Lazio), porta Maggiore o de Casamari.

A la derecha, en las dos páginas: el templo de Hércules Olivarius (fines siglo II a.C.), obra de un arquitecto griego. Es el edificio más antiguo en mármol edificado en Roma y conservado hasta la actualidad.





Otra diferencia radical con el mundo griego fueron los **materiales empleados**: en lugar del mármol escuadrado, los romanos usaron sobre todo la **toba**, una roca pobre y blanda, y a partir de los siglos III-

II a.C. un mortero de argamasa y piedras cortadas con varias formas, llamado **opus caementicium**, que se solía recubrir con piedras o ladrillos cortados y colocados de forma más o menos regular. Este tipo de pared se adaptaba a usos muy variados, y gracias a su

solidez y maleabilidad, favorecía las formas arquitectónicas basadas en la línea o la superficie curva. Así, el **arco** y la **bóveda**, originarios de Oriente y conocidos a través de los etruscos, se implantaron definitivamente en la arquitectura romana, que aprovechó al máximo sus posibilidades dotándolos de una perfección antes desconocida, hasta la creación de la **cúpula**. Con estos elementos pudieron realizar obras originales, como el primer acueducto (la citada *Aqua Claudia*), al que siguió el acueducto *Anio Vetus* en 272 y el *Aqua Marcia* en 144, y el primer **punto de obra de fábrica**, el puente Emilio, construido a partir de 179 a.C., seguido del Milvio (109 a.C.), dos formas típicas de la mentalidad romana, que alcanzaron gran difusión. En particular, el arco se convirtió en la forma básica de la arquitectura. Adquirió autonomía estructural, y fue erigido con fines celebrativos. Tal es el caso de los dos arcos construidos en 196 a.C. en el Foro Boario, o el arco dedicado a Escipión el Africano en el Capitolio (190 a.C.). Mantuvo esta función hasta llegar a los grandes **arcos triunfales** de la época imperial, alternándose con las puertas como señal de entrada al núcleo ciudadano. Por otra parte, gracias a la combinación de arco y bóveda, los arquitectos romanos pudieron modificar estructuras típicas del mundo griego, como el **teatro**, que ya no se construyó en una ladera, sino en terreno llano. Al principio, los teatros eran estructuras provisionales de madera, pero a partir del siglo I a.C. se convirtieron en construcciones estables de fábrica, que podían estar cerradas (anfiteatros). El impulso constructor se intensificó en el siglo II a.C., y en el Foro, centro de la vida ciudadana, aparecieron las primeras basílicas, reservadas a los negocios y a la administración de justicia.

En el centro de la ciudad, el **Capitolio** dominaba el Foro y era el centro del poder religioso y político. El templo romano, derivado del griego por mediación etrusca, tenía una función diferente. En Roma participaban en las ceremonias no sólo los sacerdotes, sino también las autoridades y toda la población, porque no se celebraban dentro del templo, sino en una amplia explanada delante del edificio. Éste se alzaba

Arriba: en el dibujo el recorrido de un acueducto romano, desde la fuente hasta la cisterna de distribución. Los romanos alcanzaron un altísimo nivel de eficacia técnica en el campo de la ingeniería civil, y las diversas obras hidráulicas, de las que se pueden admirar todavía los imponentes restos en todo el mundo que ellos gobernaron, no fueron superadas durante más de quince siglos. El primer acueducto construido en Roma, el *Aqua Claudia*, se remonta al año 321 a.C. A la derecha: los restos de un acueducto romano, cerca de Tarragona.



sobre un alto basamento (podio), y su fachada, majestuosa y escenográfica, era como un decorado. El **templo italo-etrusco** solía tener un pórtico con columnas y un amplio vestíbulo. Las columnas, a lo largo de los lados y en la fachada posterior, eran al principio de orden toscano, es decir, sin estrías y con un capitel similar al dórico, pero a partir del siglo III a.C. se derivaron del dórico y el jónico.

En África la civilización urbana se desarrolló a lo largo de las directrices naturales del litoral mediterráneo y del curso del Nilo, y asumió características distintas en las tres grandes áreas culturales del norte del continente: el área púnica al oeste, el área de civilización griega de la Cirenaica y el área de influencia egipcia de Nubia, en el curso alto del Nilo. En el Mediterráneo occidental, a partir de la segunda mitad del siglo VII a.C., se impuso la hegemonía de Cartago, fundadora de numerosas colonias en la costa africana y en las costas del Mediterráneo en general, especialmente en Cerdeña, que ya había sido un centro comercial fenicio. Los criterios para

naturales y rodeaban también zonas deshabitadas, además de toda la ciudad. Sólo Roma, en 146 a.C., tras adueñarse del mar, pudo tomar Cartago doblegándola por el hambre.

Otras murallas colosales, parecidas a las de Cartago, se construyeron en el siglo IV a.C. para defender las colonias cartaginesas, enzarzadas en guerras largas y extenuantes. Hoy apenas quedan algunas huellas de la sólida muralla que ceñía, por ejemplo, la ciudad de Lilibeo, construida en Sicilia en el siglo IV a.C. sobre las ruinas de

Motya. Pero el corazón de las ciudades púnicas costeras era el **puerto**. El de **Cartago** era doble, excavado en tierra firme, con arreglo a la tradición fenicia que había tenido que adaptarse a una costa con pocos puertos naturales. Por fuera, el *cothon* estaba protegido por un gran malecón donde atracaban los barcos cuando el tiempo lo permitía. Por un paso de 22 metros, que se podía cerrar con gruesas cadenas de hierro, se entraba en un puerto rectangular, reservado a los barcos mercantes. Desde ahí se pasaba al **puerto militar**, protegido de las miradas por una doble tapia circular cuyo diámetro era de 300 metros. En los diques de carena de las dársenas se podían carenar hasta 220 naves de

guerra. Apiano nos informa que estaba dotado de **arsenales y astilleros** para la construcción y carenado de los barcos. El mando de la flota tenía su sede en un islote situado en el centro del puerto, desde donde se veía el mar abierto. Hoy cuesta trabajo reconocer la grandiosidad de este puerto en el estanque elíptico y los pocos restos que han quedado de Cartago.

Disponemos de más datos sobre las viviendas, pese a la destrucción sistemática realizada por los romanos, sobre todo gracias a las fuentes literarias. En **Cartago, la ciudad vieja** era el barrio llamado **Birsa**, al norte del puerto. La Cartago púnica tenía el pintoresco desorden de las actuales ciudades mediterráneas. En un plano se vería un entramado espeso de calles estrechas, según el modelo fenicio, que en ciudades como Tiro estaba justificado por la falta de espacio. El modelo urbanístico hipodámico, con sus calles anchas, se aplicó en las ciudades de nueva fundación, como la citada Lilibeo. Las paredes de las **casas de Cartago** tenían un espesor de hasta dos metros, que podían sostener **seis pisos**. Las casas populares tenían terrazas y balcones, y las de los ricos amplios jardines interiores a los que daban las habitaciones de la casa. Tampoco faltaban en ellas los baños ni las alcantarillas. En la época helenística aparecieron nuevas técnicas de construcción, algunas introducidas desde el Oriente griego (como las columnas) y otras originales, como el llamado **pavimentum punicum** de cemento pulido en el que destacan trozos de mármol o terracota. En el barrio de Birsa había numerosos mercados y la **plaza mayor** de la ciudad, que no tenía el diseño geométrico de la ágora griega o el foro latino. Desde Birsa salían tres calles que subían por el cerro homónimo de Cartago: protegida por una segunda muralla, allí se



la elección de un lugar en el que establecer una colonia fueron los mismos que para la fundación de Cartago: islas y promontorios con fácil acceso desde el mar, pero con defensas naturales contra los ataques de los indígenas. **Cartago**, ubicada entre el mar y el lago de Túnez, estaba unida a tierra firme por un istmo, un pasillo de gran importancia estratégica para la seguridad de la ciudad. Según Apiano y Polibio, el istmo estaba rodeado de **colosales murallas**, con una altura de más de doce metros y una anchura de nueve. En su interior había cuarteles y cuerdas con capacidad para miles de hombres y animales. Delante de la muralla principal había un muro más bajo y un foso de 18 metros de ancho, defendido por un terraplén. Las murallas se apoyaban en las defensas

Arriba: grabado con una reconstrucción imaginaria de Cartago en el momento de su mayor potencia. A la derecha: el tofet de Salambó (Cartago), con las estelas votivas.



A la derecha: el teatro griego de Cirene (siglo III a.C.). El teatro, construido a los pies de una colina, es, con su alta cávea, uno de los más bellos de la antigüedad. Abajo, a la derecha: una vista de las ruinas griegas de Cirene. La ciudad, fundada en el siglo VII a.C. en el este de Libia conservaba todavía en el siglo IV a.C. su impronta griega. Entre los siglos IV y III se procedió a renovar profundamente el ágora, enriqueciéndola con una columnata en tres de sus lados y con el templo de Deméter, la monumental tumba del mítico fundador Bato y otros elementos decorativos.



época fue embellecido con revestimientos de mármol. Los otros templos, más pequeños —los de Artemisa, Afrodita, Hécate y los Dioscuros— fueron sometidos a reconstrucciones parciales, y se construyó el **oratorio de Isis**, con sus características semicolumnas. En la llanura, cerca de la ciudad, se encuentran las termas, los grandes depósitos de agua, el **estadio** y el grandioso **templo de Zeus**. Alrededor de la ciudad encontramos extensas necrópolis.

De Cartago a Cirene, y en el lejano reino de **Nubia** (la Etiopía clásica) es posible reconocer un elemento común en ese estilo helenístico que se extiende, si bien de forma desigual, por todo el Mediterráneo, y penetra en el corazón de África. En cambio **Napata**, antigua capital del primer reino etíope, situada a orillas del alto Nilo, conserva una **impronta** marcadamente **egipcia**. La arquitectura de sus templos, el principal de los cuales está dedicado al dios egipcio Amón, sigue los cánones de los templos egipcios, al igual que las tumbas de los reyes, con forma de esbeltas pirámides. En la segunda mitad del siglo IV a.C. la capital fue trasladada a **Meroe**, situada más al sur en el curso del Nilo, en una posición más segura. También aquí los edificios religiosos y funerarios son de origen egipcio, mientras que el modelo y la

alzaba la **ciudadela** donde, durante el asedio de 146 a.C., los últimos defensores de la ciudad opusieron una desesperada resistencia. Además, allí se encontraba el **templo** más refinado y bello de la ciudad, dedicado al dios fenicio Eshmun, identificado por los griegos con Esculapio. Sabemos poco acerca de los templos púnicos, que fueron destruidos o sufrieron reconstrucciones posteriores. Con sus gradas pueden recordar unas veces al templo griego, y otras al santuario egipcio construido siguiendo la moda fenicia. Al pie del cerro de Birsa, el **barrio nuevo de Megara** formaba un amplio arco, con sus casas entre huertos y jardines que le daban un aspecto rural.

Mucho más abundantes son los datos arqueológicos de la **Cirene** de los siglos IV y III a.C. Fue la capital de la civilización griega en África hasta la aparición de Alejandría. Los elementos helenísticos, que en Cartago fueron ocasionales, tuvieron una presencia importante en Cirene. La ciudad surgió en el siglo VII a.C. en Libia oriental (Cirenaica), sobre dos colinas y en la llanura dominada por ellas. En el siglo IV a.C. todavía conservaba un **aspecto típicamente griego**. La acrópolis estaba en un alto, y la

ciudad fue creciendo a lo largo de una amplia avenida rectilínea que atravesaba la gran plaza rectangular, completamente enlosada, centro de la vida pública. En esta avenida, que durante la época helenística seguía siendo la arteria principal de la ciudad, se encontraban las mansiones más lujosas. Entre los siglos IV y III a.C. el **ágora** fue profundamente renovada. En tres de sus lados se erigieron majestuosos pórticos cuyas columnas funiculadas (es decir, cuyas estrias tenían en su base decoraciones en forma de soga o junquillo) son características del helenismo de Cirene, que combina la solidez del estilo dórico con la elegancia jónica. En este período, la plaza se enriqueció con nuevos edificios: un **templo dedicado a Deméter**, cuya parte central carecía de cubierta, la tumba monumental del mítico fundador Bato y otros elementos decorativos. Desde el ágora, sin salir de la calle principal, se sube directamente a la **acrópolis**. Tres de sus lados estaban protegidos por rocas escarpadas, y el cuarto poseía una muralla con **sólidas torres**. Al pie de la colina, adaptado a una ladera según el modelo griego, se encuentra el **teatro**, uno de los más hermosos del mundo antiguo. Se construyó en el siglo III a.C., en el que el teatro tuvo un papel muy importante en la vida social. En el punto más bajo de la ciudad, situado en el interior del **témenos**



(recinto sagrado) encontramos un enorme complejo de **edificios de culto**. Se trata de varios templos y templetes a los que se accede desde los propileos de la época helenística. Entre los templos destaca por su antigüedad y majestuosidad el **Apolonio**, que en esta

estructura de las construcciones civiles son nuevos. Las grandes termas reales son claramente **helenísticas**. Se conservan bastante bien, con su fachada decorada con estatuas y sus paredes pintadas al fresco.

En la India, los restos arqueológicos de los siglos IV y III a.C. son mucho más escasos que los de otras civilizaciones contemporáneas. En efecto, en esta época **todavía se solía construir con madera**, un material que no se conserva. La muralla que defendía la capital Pataliputra estaba hecha con enormes troncos clavados profundamente en el suelo. Los edificios civiles eran de madera, y también lo era gran parte del palacio real. La arquitectura religiosa se conserva mejor que la civil, gracias al uso del adobe o del ladrillo o de la simple piedra, que precisamente en la época de los Maurya fue reemplazando a la madera, conservando a menudo sus particularidades. Pero los edificios pocas veces conservaban su aspecto original. En efecto, en muchos casos su núcleo, que podía ser muy antiguo, fue ampliado y alterado a lo largo de los siglos. En

Los **caitya** de la época maurya son simples naves flanqueadas de columnas, que terminan en un ábside en el que se encuentra un pequeño **stūpa**, es decir, un relicario de forma semiesférica a cuyo alrededor hay un deambulatorio para los fieles. Los **vihara** son salas anchas sostenidas por columnas poligonales, desde las que se accede a las pequeñas celdas cuadradas de los monjes, excavadas en la roca alrededor de la sala. Esta arquitectura rupestre imita, en la disposición de los miembros y sus juntas, las estructuras de madera de las construcciones al aire libre. Durante el período maurya se excavaron cuatro grutas de este tipo en el cerro de Bihar, en el centro de Magadha. En esta fase más antigua sólo se labraba la roca del espacio interior. Únicamente la **gruta de Lomas Rishi** posee la entrada enmarcada en una fachada claramente inspirada en modelos de madera. Sabemos que otra de estas grutas data

famosos son los de **Sanchi**, centro religioso que floreció a partir del siglo III a.C., impulsado por Asoka, a cuya época se remonta el antiguo relicario de ladrillo incorporado posteriormente al Gran **Stūpa**, de 32 metros de diámetro y 36 de altura.

Con Chandragupta y Asoka, los grandes emperadores de la dinastía maurya y fundadores del más extenso imperio indio, la **arquitectura civil** también tuvo un importante auge, al intensificarse la vida urbana y crecer las ciudades. Evidentemente, la ciudad que más acusó la nueva situación fue la capital, **Pataliputra** (actual Patna). Según relata Megasthenes, embajador de los Seléucidas en la corte de Chandragupta, esta ciudad, con su perímetro de casi 40 kilómetros, era la más grande de la India antigua. En ella se aplicó un modelo



A la izquierda: las ruinas que pueden verse en el primer plano de la fotografía es cuanto queda del **stūpa** que mandó erigir el emperador Asoka (268 a.C.-232 a.C.) en Sarnath.

Arriba: también en Sarnath, el capitel de Asoka, conservado en el Museo Arqueológico local.

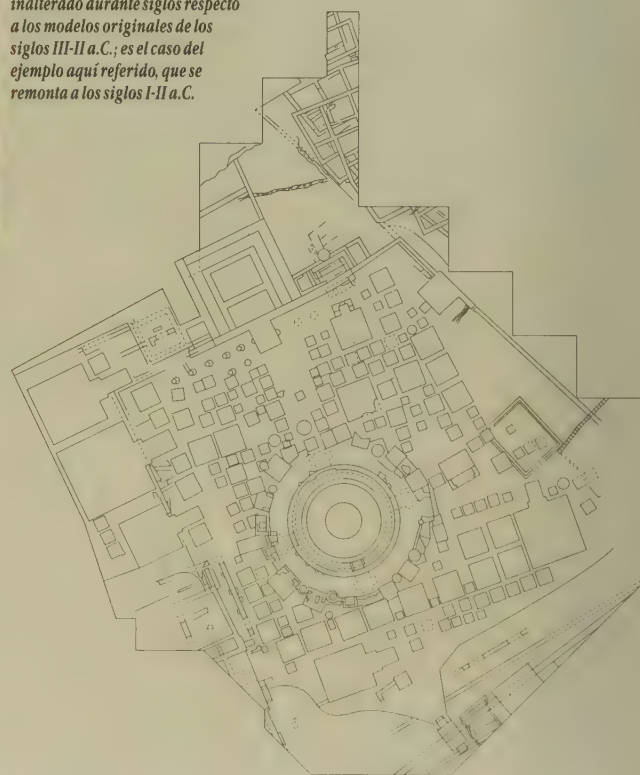
A la derecha: planta del área sagrada de Bukhara. En el centro, el Gran **Stūpa**, de planta circular, en torno al cual se sitúan las capillas (**vihāra**) y las columnas votivas. El esquema constructivo de los **stūpa** y de las áreas sagradas permaneció prácticamente inalterado durante siglos respecto a los modelos originales de los siglos III-II a.C.; es el caso del ejemplo aquí referido, que se remonta a los siglos I-II a.C.



urbanístico racional que recuerda al de las metrópolis helenísticas, pero al tiempo estaba inspirado en creencias religiosas y populares. La posición de una ciudad está determinada por la proximidad de un río: Pataliputra ocupaba una posición crucial, en la confluencia del Son y el Ganges, sobre una franja de 3 kilómetros de ancho y 15 de largo. Por tanto, la ciudad tenía planta con forma de

este período ya estaban definidas las características principales de los monumentos religiosos típicos de la antigua India budista: los **caitya**, los **vihara** y los **stūpa**. Los **caitya**, santuarios, y los **vihara**, monasterios, no son verdaderas obras arquitectónicas, sino más bien, de acuerdo con una práctica inaugurada en la época maurya, estructuras escultóricas talladas y esculpidas en la roca. Esta fusión entre escultura y arquitectura es un hecho destacado en el arte indio, y dio lugar a obras magníficas, modeladas por canteros y escultores en la roca viva. De esta forma, cuevas naturales o completamente excavadas en las laderas de las montañas se convirtieron en templos grandiosos, adornados con decoraciones de un maravilloso barroquismo.

de la época de Asoka (274-c. 232 a.C.) gracias a una inscripción en la que el emperador maurya, famoso por su tolerancia, se la regala a una secta no budista. Según la tradición, Asoka fue el promotor de la veneración de los **stūpa**, en los que se guardaban reliquias de Buda dentro de unas urnas de cristal tallado. El **stūpa** consiste en una cámara de adobe, situada en el interior de una cúpula de ladrillo revocada y coronada por una sombrilla de madera o piedra, símbolo de la soberanía. Está rodeado de un sendero protegido por una empalizada, que primero era de madera y luego de piedra y en la que se abren unas puertas que simbolizan el paso de la materia al espíritu. La forma semiesférica del **stūpa** recuerda a una gran burbuja y pretende evocar la fragilidad de la vida. Los **stūpa** más



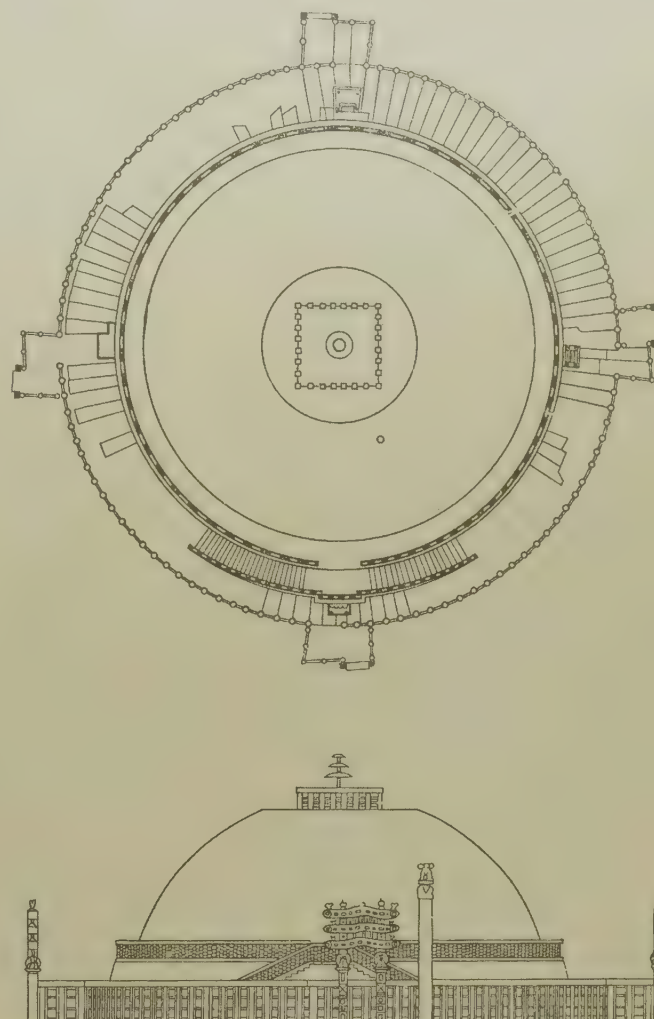
paralelogramo, cuyos lados se orientaban hacia los puntos cardinales. Quedaba así incluida en el orden cósmico. Estaba rodeada por un profundo foso, con funciones defensivas y de desagüe, y una fuerte empalizada, con aspilleras para los arqueros, protegida con más de 500 bastiones. A la ciudad se accedía a través de **64 puertas**, con sus correspondientes **puentes**. En el interior del recinto, flanqueado por una avenida, el **esquema viario** seguía un dibujo preciso, descrito en el *Arthashastra* de Kautilya, el consejero de Chandragupta. Las seis arterias más importantes se cruzaban en ángulo recto. Tres iban de este a oeste, y las otras tres de norte a sur, de modo que la planta de la ciudad era un cuadrilátero dividido en **16 barrios**, a su vez divididos por calles más estrechas que seccionaban la ciudad en **81 manzanas**. Pero, aun admitiendo la realidad histórica de este trazado urbanístico, surge la sospecha de que estos números tienen más bien un significado ritual. Las callejuelas estrechas y tortuosas por las que se accedía a las viviendas privadas en el interior de las manzanas, contradicen este esquema tan acabado.

De todas las calles de Pataliputra, la más noble y suntuosa era la que, siguiendo una dirección este-oeste, conducía al palacio real situado en el centro de la ciudad, lo que respondía al hecho de que el rey era el centro de la vida del estado. Los tejados del edificio sobresalían por encima de los demás edificios de la ciudad, y su magnificencia era tal que

eclipsaba a los palacios de Susa y Ecbatana. Estaba defendido por una segunda muralla, y rodeado de un **jardín**, con infinidad de plantas y flores. Incluso se cree que el nombre de la ciudad procede de la *Bignonia suaveolens*, en sánscrito *palata*; los otros nombres de la capital, *Puspapura* o *Kusumapura* (es decir, «ciudad de las flores») confirman esta etimología. Del inmenso palacio sólo quedan hoy algunos restos de los cimientos y de una **sala amplia**, tal vez destinada a las audiencias, cuyo techo estaba sostenido por 80 columnas monolíticas y pulidas, a la que se accedía por una escalera monumental.

Abajo: detalle del recinto del stupa de Sanchi.

A la derecha: planta y alzado del stupa de Sanchi, uno de los ejemplos más destacados de la arquitectura religiosa hindú de la época. Consiste en una cúpula casi bemiesférica, truncada en la cúspide, de donde surgen harmikā y sombrilla, y rodeada en la base por una alta terraza procesional, enlazada, en el lado sur, con una doble escalinata. Hay un segundo corredor para la deambulación sacra a los pies de la terraza de base y está rodeada en el exterior por una balaustrada.



La población estaba repartida con arreglo a una rígida jerarquía social, hasta el punto de que hay quien afirma que había barrios para cada casta.

Junto al palacio real estaban los **barrios** destinados a los funcionarios, a los músicos profesionales, a las cortesanas y en general a todos aquéllos cuya vida giraba en torno a la corte. En las **afueras** y alrededor de las murallas, las casas se apiñaban y eran más pobres, a menudo miserables. Eran los barrios de los trabajadores. Además, fuera del recinto urbano estaban todos los **lugares considerados impuros**, de alguna manera relacionados con la muerte (mataderos y carnicerías, cementerios y cadalsos). La vida de la ciudad se prolongaba en el **campo** que la rodeaba.

En los **circos**, la población asistía a diversos espectáculos de carácter deportivo. Más lejos, junto al río, estaba el **parque real**, con la residencia veraniega de la corte.

Por los datos de que disponemos sabemos que todos los pueblos y ciudades de la India antigua imitaban el trazado de la capital, que también en esto era el corazón del inmenso país.



había nueve calles en sentido longitudinal y nueve en el transversal, cada una con una anchura que permitiera el paso de nueve carros». En realidad, al menos por los datos arqueológicos que tenemos, sólo la pequeña capital del estado de Teng, en Shandong, se aproximaba a este trazado utópico. De todos modos, proporcionó unas indicaciones que se siguieron con relativa fidelidad en la época imperial. En el interior

A la izquierda: vista de la Gran Muralla, la obra defensiva más importante de todos los tiempos. A la derecha: en el dibujo aparecen representados el primer emperador Qin, Shi Huangdi, absorto en el estudio del trazado de la Gran Muralla en una maqueta de arena. Abajo: las primeras hileras de soldados en la tumba del emperador Shi Huangdi, en Lintong (210 a.C.).



La arquitectura del **período de los Reinos combatientes** refleja la realidad de un mundo feudal desgarrado por las continuas guerras entre estados, que peleaban entre sí por la supremacía o por la simple supervivencia. En China, al norte del Yangze Jiang, se podían encontrar por doquier obras de fortificación, aisladas o formando sistemas defensivos. Incluyendo la **Gran Muralla**, ejemplo más destacado de todas las murallas-barricada, había unos 50.000 kilómetros de murallas.

Las **ciudades** tuvieron una importancia sobre todo estratégica, en detrimento de su papel político y económico. Al estar situadas casi siempre en las llanuras, tenían que suplir con murallas la falta de defensas naturales. Se rodearon de **terraplenes** inmensos, hechos con capas superpuestas de tierra batida, de unos diez metros de alto por siete de ancho. El perímetro que dibujan suele ser rectangular (como en Handan, la capital de Zhao fundada en 386 a.C., o Linze, capital de Qi), pero también de forma irregular, como en las capitales de Yan y de Lu. En los glaciares de los terraplenes había parapetos y **torres de vigía**. Lo mismo que en la Europa medieval, las torres (*tai*) eran un elemento característico de la China feudal. Estaban construidas con tierra batida o madera, unas veces con cubierta y otras no, y también eran fortines, prisiones y lugares donde se celebraban fiestas. En el interior de los muros, la **planta de las ciudades**, según el *Chou Li* (reglas o ritos de los Chou), tenía que ser muy regular. En efecto, en esta obra leemos: «En la capital



del recinto formado por los terraplenes, los edificios se alzaban sobre basamentos de tierra batida que podían superar los mil metros cuadrados. El **edificio chino** poseía una estructura fundamentalmente estable, pese a las variaciones de función, clase social

y época. A menudo tenía varios pisos, y en cada uno de ellos el cuerpo central estaba rodeado de **galerías** apoyadas en pilas de madera y cubiertas con tendidos. Pero no tenían los tendidos curvados que caracterizan a las épocas posteriores. En el período de los Reinos combatientes, la madera de las cubiertas fue reemplazada por **tejas**, que en las esquinas de los cuatro caballetes y en las puntas levantadas solían estar decoradas con figuras de dragones y monstruos. Los edificios más majestuosos, por supuesto, eran los dedicados al culto y los palacios, cuya ostentosa riqueza, desde el punto de vista feudal, era un signo del poder del monarca. En cuanto a los **sepulcros** del período de los Reinos combatientes, las excavaciones han permitido descubrir cámaras funerarias de pequeñas dimensiones, sin rastro de túmulos. Los textos, pese a estar llenos de citas, no permiten reconstruir con claridad la estructura de los edificios sagrados. Cuando en 221 a.C. **Shi Huangdi** triunfó definitivamente, unificando en un organismo político los estados de China, en la capital **Siennyang** mandó construir una serie de **Palacios de Placer** a orillas del río, que reproducían las residencias de cada uno de los señores feudales que había derrotado. Se trataba de una exaltación de la victoria, pero también de una *summa* de las realizaciones arquitectónicas, punto de partida para la creación de un estilo imperial único. La arquitectura inaugurada por este emperador destaca por su **grandiosidad**. No en vano la nueva administración centralizada podía contar con mayores recursos y abundante mano de obra. Sus calzadas militares y

LA GRAN MURALLA

Unos 6.000 kilómetros de largo, equivalentes a 10.000 li chinos, una cifra que parece inconmensurable; hasta 10 metros de altura, con torres de 12 metros, desde las cuales los centinelas enviaban mensajes a la capital; un promedio de 7 metros de espesor; por encima, una calzada enlosada lo bastante ancha como para permitir que se cruzaran dos carros: son datos que hacen de la Gran Muralla una obra sin igual. Este impresionante desafío de la antigua ciencia arquitectónica, cuya construcción causó sufrimientos inauditos, es el emblema mismo de China, y su historia coincide con la del país. Se empezó a construir durante el período de los Reinos combatientes, cuando los estados del norte de China, enzarzados en feroces guerras, decidieron defenderse de las incursiones de los xiongnu, tribus nómadas de Mongolia. Las obras las empezó el estado de Wei (en el actual Shanxi) probablemente en 367 a.C. Le siguió el estado de Ji (en el actual Shandong), que construyó una muralla de 600 kilómetros desde el mar hasta las montañas. Otros reinos del norte realizaron obras parecidas, hasta que Shi Huangdi, primer emperador de la dinastía Qin, dio a la Gran Muralla su fisonomía definitiva.

El emperador, una vez lograda la unidad política de China, coordinó las obras parciales ya existentes, trazando este sistema continuo de defensa contra la amenaza de los pueblos de las estepas.

El titánico bastión empieza en el golfo de Liaodong y encierra la llanura entre el mar y las montañas, protegiendo la cuenca y la desembocadura del Huanghe; como una serpiente de piedra, trepa por los montes siguiendo las asperezas del relieve.

Al norte de Pekín se divide en dos ramas que luego se reúnen, rodeando la

región de Datong, donde el Huanghe forma un ángulo recto y se dirige hacia el sur.

Pasado el río, atraviesa la llanura desértica de Ordos y luego vuelve a alcanzar el río en el límite de Yinzhuán. Vuelve a pasar el río y se divide en tres poderosas ramas, dos de las cuales se pierden en el desierto, hacia el norte, mientras que la tercera se dirige hacia el sur y llega hasta las cercanías de la ciudad de Lanzhou, al pie de las montañas de China central.

Sólo quedan algunos tramos de la época de los Reinos combatientes. El resto son reconstrucciones y prolongaciones posteriores.

La Gran Muralla fue abandonada en las épocas en que China tuvo sus fronteras más al norte o más al sur, y en cambio recuperó su importancia cuando los pueblos de las estepas amenazaron al Imperio Celeste.

Su utilidad desapareció al término de la dinastía Ming, en 1644. A partir de esta fecha fue definitivamente abandonada, y empezó a deteriorarse. La importancia histórica de este muro de tierra y cantos recubierto de ladrillos es incalculable.

No anuló los contactos con el noroeste, adonde conducían unas calzadas estrechamente vigiladas, y permitió a la civilización china no sólo alcanzar una indudable homogeneidad, sino también transmitir a todo el Extremo Oriente su concepción del mundo, su escritura, sus artes y sus técnicas.

Los efectos de la construcción de la Gran Muralla se sintieron incluso en la lejana Europa, si se tiene en cuenta que las poblaciones nómadas de los desiertos asiáticos, al encontrar cortado el paso al rico sureste, se dirigieron en sucesivas oleadas hacia el oeste, donde llenaron el vacío dejado por la caída del Imperio romano.

fortificaciones eran más ambiciosas, sus palacios más grandes y espléndidos que los de cualquiera de sus antecesores. Provocaban una admiración cuyos ecos nos llegan a través de los textos literarios, y alimentaban el orgullo nacional. El corazón de la capital (que llegó a tener un millón de habitantes) era el **palacio**, un gigantesco complejo construido en medio de un gran parque, a orillas del Wei,

cielo que atraviesa la Vía Láctea», como afirma un escritor de la época. El palacio quedó sin terminar y fue destruido al caer la dinastía, en c. 206 a.C. En cambio, se ha conservado la **monumental tumba** de Shi Huangdi. El emperador dio inicio a los trabajos justo después de subir al trono, en 247 a.C., y los intensificó a raíz de la unificación de China, empleando a unos 700.000 obreros. La tumba,



A la izquierda: plano de los diversos trazados de la Gran Muralla. Arriba: maqueta de construcción en torre del período Han. La costumbre de colocar estas maquetas en las tumbas ha proporcionado valiosas informaciones sobre la arquitectura Han.

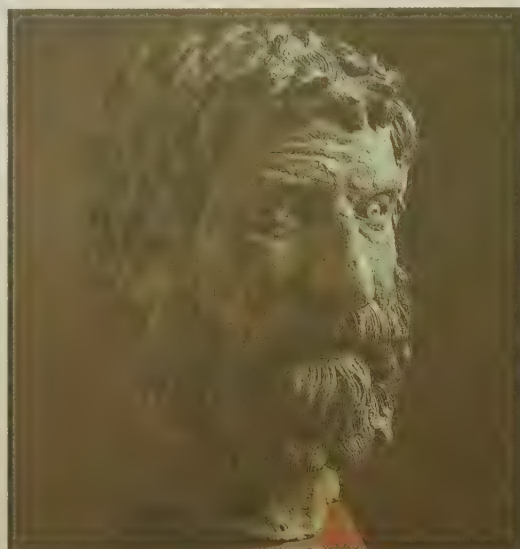
en un aislamiento que debía sugerir la condición sobrehumana del emperador. Su carácter sagrado también estaba subrayado por las distintas partes del inmenso palacio: por ejemplo, la galería de dos pisos que lo unía a la ciudad pasando sobre el río, «imitación de la galería cubierta en lo alto del

de forma piramidal sobre una base cuadrada, tiene en su base unas ballestas que se disparan automáticamente, para defender los tesoros, entre los que había un mapa en relieve del imperio, con el mar y los ríos que se movían con máquinas. Está protegida, además, por dos recintos. El interior, que es cuadrado, tiene un perímetro de cuatro kilómetros, y el exterior, rectangular, mide en total diez kilómetros. La **tumba**, erigida en el interior de otro recinto doble similar, evoca el **esquema de una ciudad**; al igual que en ésta, una muralla la defiende de los ataques procedentes del exterior, y en el centro, protegido por otra muralla, se encuentra el palacio real, cima del sistema político y social.



El término **Helenismo**, introducido por J.G. Droysen en 1836 a partir de una interpretación errónea de un pasaje de los *Hechos de los Apóstoles* (VI, 1), donde en realidad *bellenistái* significa, probablemente, «hebreos que hablan griego», todavía hoy es objeto de polémica acerca de su significado y límites cronológicos. En general, ha venido a designar el período comprendido entre la muerte de Alejandro (323 a.C.) y la conquista romana de Egipto (batalla de Actium, 31 a.C.). Durante esos tres siglos, la lengua y la cultura griegas se difunden por ámbitos geográficos mucho más amplios que en épocas anteriores, incrementando enormemente su influencia, que será la que predomine hasta el afianzamiento de la cultura romana. Esa dispersión espacial implica una pérdida o disminución del centralismo de Atenas, como ciudad guía de la cultura y el arte. Así, vemos que durante este período surgen **nuevas capitales** intelectuales y artísticas, vinculadas por lo general a los soberanos helenísticos que rivalizan en liberalidad y mecenazgo para embellecerlas con monumentos. Es lo que ocurre con Alejandría y Pérgamo.

Por otra parte, **Atenas** sigue siendo el centro más vivo de la especulación filosófica, mientras que **Rodas** se distingue por la escultura y la oratoria. Naturalmente,



A la izquierda, abajo: ánfora para vino, cerámica ática (200-150 a.C.). Museo del Ágora, Atenas.

A la izquierda: cabeza de filósofo, de Antikytera (siglo III a.C.). Museo Arqueológico Nacional, Atenas.

Abajo, en las dos páginas: Niño jinete sobre un caballo, bronce de un artista belenístico (siglo III o II a.C.). Museo Arqueológico Nacional de Atenas.

no se trata sólo de una difusión, sino también de una profunda renovación de las formas literarias y expresivas y de las modalidades de transmisión de la cultura. La principal herramienta lingüística de la nueva literatura es una lengua común, la llamada **koiné diálektos**, que reemplaza casi por completo a los viejos dialectos y se impone como un vehículo rico en contenidos, desde el coloquial hasta el comercial, desde los textos poéticos hasta los documentos oficiales. Su raíz está sobre todo en el ático, con una fuerte influencia jónica, sobre todo en el léxico. Este

ateniense, por ejemplo, se identificaba con los discursos de los oradores, las declamaciones de los poemas homéricos o las representaciones de tragedias o comedias (tomemos como ejemplo el teatro de Aristófanes, tan rico en referencias a la realidad ateniense contemporánea, que resulta incomprensible si se representa en otras partes). En la nueva realidad se produce el **paso a una cultura sobre todo escrita**, gracias a los progresos técnicos de la difusión del «libro», que adquiere un papel de primer orden. Basta pensar en las grandes bibliotecas de Alejandría y Pérgamo, típicas expresiones de la nueva mentalidad. Al cambiar el marco social, hay una tendencia a seleccionar el público al que van destinadas las obras escritas, que se dirigen a **lectores cultos**, es decir, poetas, eruditos, científicos y, por supuesto, los mecenas que protegen o pagan a



carácter de «**lengua universal**», libre de connotaciones locales o regionales, concuerda con el cambio de escenario cultural.

En la *polis* del siglo V, la cultura se transmitía sobre todo por vía oral y tendía a expresar conceptos y valores que interesaban a toda la comunidad, superando diferencias de clases sociales. El público

los artistas en boga. La corte y el círculo erudito se convierten en los principales centros de cultura, en círculos muy restringidos socialmente y homogéneos a la hora de aceptar los productos poéticos. Así pues, el poeta se convierte, como en algunas artes del siglo XX, en un artista preocupado sobre todo por los **aspectos formales**, que elabora un lenguaje cultísimo y sofisticado. La figura del poeta se tecnifica, por así decirlo, cada vez más: ya no es sólo escritor, sino también crítico y filólogo.



A la hora de elegir contenidos, predomina la curiosidad por los temas poco explotados, los mitos menos frecuentes y conocidos, las historias más curiosas e imprevisibles; en una palabra, un arte que busca a propósito todo aquello que la gran tradición clásica había descuidado. En consecuencia, los contenidos son menos consistentes, porque el artista se interesa sobre todo por la investigación expresiva. Este cambio de rumbo estético general determina y condiciona la elección de género. Ahora el poeta ya no se siente atraído por las grandes formas, como la épica, sino por un arte centrado en el detalle, en la fina factura, más que en las grandes construcciones.

Las mismas predilecciones de los artistas de la época resultan significativas: antes que a Homero, prefieren a Hesíodo (siglos VIII-VII a.C.), poeta menos «integrado» en la sociedad; a Mimnermo (siglo VII a.C.), el poeta que canta el amor; a Hiponactes (siglo VI a.C.), el poeta de los bajos fondos, precisamente porque parodia y critica el mundo en el que vive. Con este vuelco radical de la sensibilidad aparecen, inevitablemente, formas nuevas, o distintas maneras de emplear las formas ya existentes. Por ejemplo, la **elegía** acentúa su carácter amoroso, mitológico, erudito, conservando la



Arriba: Poseidón, mármol de artista helenístico (primera mitad del siglo II a.C.). Esta estatua, de grandes dimensiones (217 cm), ha gozado siempre de una enorme popularidad y fue uno de los modelos preferidos de la estatuaria romana, que copió a menudo sin introducir ningún cambio en la producción original. Museo Arqueológico Nacional, Atenas.
A la derecha: Medallón con busto de mujer, quizá Artemisa, de un orfebre helenístico (c. 250 a.C.). Museo Arqueológico Nacional, Atenas.

estructura métrica tradicional. Entre los autores de esta época destaca **Calímaco** (c. 310-c. 240 a.C.), cuya amplia producción, de la que nos han llegado unas pocas obras, es esencial para entender la evolución posterior de las literaturas griega y latina, profundamente influidas por su personalidad y sus ideas. No es casualidad que Catulo tradujera una de sus obras más famosas, *La cabellera de Berenice*, perteneciente a la colección *Orígenes*, donde se narra el ofrecimiento a Afrodita de un rizo de la reina y su transformación en constelación.

Pero la forma quizá más representativa del espíritu de la época es el **epigrama**. Ese término designaba, al principio, una composición escrita en un muro o una tumba, pero después amplía su significado e incluye temas muy variados, que van del lamento

amoroso a la ocurrencia ingeniosa, del juego de palabras a la reflexión filosófica y moral, que generalmente se expresan en unos pocos versos cargados de significado. Si **Asclepiades de Samos** (siglos IV-III a.C.), por ejemplo, se centra sobre todo en el amor, **Leónidas de Tarento** (c. 320-c. 260 a.C.) pinta en sus versos la vida dura y humilde de la gente del pueblo, siguiendo la tendencia del realismo minucioso típica de su tiempo. También escribió epigramas **Teócrito** (c. 310-c. 250 a.C.), poeta de Siracusa, conocido sobre todo por sus **Idilios**, composiciones cortas de temas variados entre los que destacan los de carácter pastoril, que tanto han influido, a través de Virgilio, en la literatura europea. Gracias a él **nace el mito de la Arcadia**, ese lugar abstracto e idealizado en el que se pueden proyectar, con la ficción bucólica convencional, unos problemas y valores típicos de una sociedad urbana refinada, creando así una realidad artificial y relajante opuesta a los afanes y problemas de la vida diaria. **Naturaleza y cultura** encuentran así un equilibrio perfecto, asignando al campo un papel que será canónico en la tradición europea.

De forma análoga, el **arte** helenístico tiene horizontes mucho más amplios que el arte clásico. Grecia cede su primacía y,



por así decirlo, su exclusiva en la producción artística. Los centros tradicionales como Atenas, Argos o Sición dejan paso a las nuevas y dinámicas capitales: Rodas, Antioquía, Pérgamo y Alejandría. Es allí adonde se dirigen los reyes y los principales marchantes privados, que impulsan una producción cada vez mayor de objetos artísticos destinada a satisfacer la creciente demanda. La figura y el **papel social del artista** sufren un cambio radical. En la época clásica prevalecían las grandes figuras (Fidias, Praxíteles, etc.), arropadas por sus discípulos, mientras que ahora se imponen las **escuelas** que marcan los

gustos y tendencias y siguen los vaivenes del clima cultural, adecuándose a la sensibilidad de los destinatarios. **El mercado artístico se especializa** y, en cierto modo, **se industrializa**. Además de obras originales, se realizan muchas **copias** de obras maestras del pasado. Esto no quiere decir que el arte helenístico sea un estéril y repetitivo epígono de los clásicos; al contrario, es capaz de desarrollar temas e imágenes originales.



La sensibilidad de la época se expresa sobre todo a través de la **escultura**, precisamente porque se centra en el hombre. A diferencia del arte clásico, que se dedicaba sobre todo a representar la divinidad (por ejemplo, el *Hermes* de Praxíteles) o los grandes mitos (con el ejemplo supremo de los frontones del Partenón), los artistas de esta época se centran en la **exploración del hombre**, captado en actitudes nuevas y desacostumbradas, con los gestos de la cara, en la que se representan, sin tapujos, los defectos y detalles desagradables o divertidos, tratando de enmarcar al personaje retratado al poner en evidencia los rasgos más destacados de su carácter y sus dotes morales más concretas y positivas. Este enfoque, que renuncia con toda intención a los cánones idealizantes propios del arte clásico en pro de una **interpretación psicológica** del hombre, busca unos sujetos privilegiados, portadores de ideales morales que sirven de ejemplo: así, tenemos el prototipo del caudillo (Alejandro, por supuesto), o del filósofo (Sócrates, Aristóteles), o también del orador (Demóstenes), y así sucesivamente. La escultura plasma a los hombres ilustres para la

posteridad, eligiendo la historia como campo preferido para su trabajo.

Aunque ya no encontremos la mesura y armonía de las obras de Fidias y Praxíteles, se retoman con originalidad algunas de sus sugerencias, como el patetismo de ciertas esculturas de Escopas. Entre las estatuas colocadas por los Atálidas en la **Acrópolis de Pérgamo** (fines del siglo III a.C.) destacan las que representan a los **gálatas moribundos**: un testimonio evidente de la derrota de este pueblo. Pese a su intención conmemorativa y a un cierto énfasis en los gestos, la principal novedad reside en la

caracterización del «bárbaro» derrotado, haciéndolo merecedor de respeto aunque sea un enemigo. Lo que atrae al artífice es precisamente el mundo de las **pasiones**, de los **sentimientos**, bien patentes en el modelado vigoroso y varonil.

Otro de los descubrimientos del arte helenístico, así como de la literatura de la época, es lo **cotidiano**, del que se reproducen aspectos muy válidos que hasta entonces se habían pasado por alto. Nos encontramos así con imágenes concretas, como el viejo pescador, o la representación despiadada de la vieja borracha. No debe

engañarnos la aparente vulgaridad del tema, porque así el artista pone a prueba su habilidad, subrayada por lo singular del tema, que exigirá toda la capacidad expresiva posible para elevar lo prosaico a obra de arte. La capacidad de **asombrar** y conmover al espectador induciéndole a la reflexión y el **virtuosismo** técnico un poco teatral son ingredientes típicos de la escultura de este período y de la comunicación que pretende establecer con el público. Naturalmente, los resultados artísticos pueden ser muy dispares en cuanto a calidad; a veces el afán de impresionar va en detrimento de la forma y cae en una retórica recargada, que con cierta exageración se ha llamado «barroca» o «expresionista».



A la izquierda: Venus de Milo, atribuible a la escuela de escultores de Rodas (siglo II a.C.). Musée du Louvre, París.
A la derecha: Laocoonte, grupo estatuario en mármol de la escuela de Rodas (siglo I a.C.). Junto a la anteriormente mencionada Venus, es quizá una de las obras más famosas del período helenístico.

MENANDRO: LA NUEVA COMEDIA

Dentro de la renovación urbanística general que caracteriza a esta época, el teatro no pierde su función de primordial importancia, es más, extiende su influencia gracias a la difusión de los espectáculos, que corre paralela a la creación de nuevos espacios teatrales (por ej. en Delos, Delfos y Pirene). En la nueva comedia, la expresión más característica de la época, las formas de la tradición ática del siglo V a.C. experimentan una evolución bien definida. Los espectáculos, en un contexto sociopolítico diferente, ya no llevan a escena a personajes de la vida de la polis, y se interesan por las vicisitudes personales, típicas del mundo burgués y cotidiano.

Los autores tratan sobre todo de resaltar los defectos, limitaciones y manías de los personajes, que aparecen como «tipos» que son la encarnación de categorías psicológicas y de comportamiento.

Se perfilan los prototipos del amo crúdulo, del sirviente astuto e intrigante, de la esposa insoportable, del joven enamorado y vividor, etcétera. Los mismos títulos de las obras aluden muchas veces a rasgos destacados de los personajes, como sucede, por ejemplo, con *El odiado* de Menandro (342/41-291/90). A pesar de que su producción, muy extensa, apenas ha llegado hasta nosotros, se puede considerar que Menandro es el fundador de esa comedia burguesa que triunfará en los siglos siguientes, sobre todo gracias a las adaptaciones y reescrituras de Plauto y Terencio. La intriga, muy importante, lleva a escena situaciones concretas, sacadas de la vida diaria, según la fórmula teatral que tiende a imitar la realidad en sus aspectos más corrientes, incluso vulgares.

De ahí surge un esquema básico, a partir del cual Menandro hace variaciones:

la intriga típica tiene como eje los amores contrariados de una joven pareja, en la que la mujer suele ser una esclava. A los amantes se opone, como antagonista, el padre del joven.

Después de una serie de peripecias, aventuras más o menos complicadas, viajes, etc., la intriga, sobre la que influye la casualidad (tyche) como elemento imponderable que se cierne sobre los personajes, se soluciona satisfactoriamente: las esclavas ganan la libertad, las parejas se unen y el orden alterado se restablece.

Se trata, como se puede imaginar, de un esquema destinado a divertir y tranquilizar al público, que sigue las aventuras de los personajes con interés, viendo en ellas un reflejo del amplio abanico de posibilidades y coincidencias que puede brindar la realidad. Dentro de ese contexto, enriquecido con frecuentes golpes de escena y el final feliz, que no podía faltar, Menandro profundizaba en la psicología de los personajes. Su rasgo más destacado y moderno es su inclinación a la meditación, un poco melancólica, que se expresa a menudo con máximas y reflexiones.

Estas últimas acabaron haciéndose independientes del contexto en que estaban colocadas. La agudeza introspectiva se sirve de un lenguaje cuidado, que evita excesos en los aspectos realista y metafórico y consigue que el teatro de Menandro alcance enseguida una gran resonancia.

Su modelo, a través de los autores latinos, prevalece durante muchos siglos, tanto en la comedia (desde el Renacimiento basta, por lo menos, el siglo XIX) como en la ópera. Argumentos como el de *Los novios* de Manzoni o los de muchas óperas bufas de los siglos XVIII-XIX recurren a ese arquetipo, por muy variados que sean.



Un ejemplo muy destacado de esta tendencia, que durante mucho tiempo se consideró un modelo del arte clásico, es el **grupo de Laocoonte**, descubierto en Roma en 1506. Se trata de una obra de mediados del siglo I a.C., en la que el gran virtuosismo pretende disimular la falta de imaginación: los gestos de los personajes son caricaturescos y enfáticos, y el cruel castigo divino no consigue conmovernos. En cambio, las

Abajo, a la izquierda: el teatro y el templo de Apolo en Delfos.

Derecha: la célebre Niké (Victoria) de Samotracia (fines del s. III-inicios del IV a.C.), obra maestra de la escuela de Rodas. Recuperada en fragmentos en 1863, se halla actualmente en el Louvre de París. En origen, la estatua de la diosa estaba colocada en el teatro de Samotracia (ciudad de la isla del mismo nombre, al norte del mar Egeo) en la proa de una nave, en el centro de un pequeño lago artificial, en conmemoración de una victoria naval sobre la flota de Rodas. Se la representa alada, avanzando, con ropajes y manto que, por efecto del viento, se adhieren al cuerpo y se bincan en la espalda.



mejores esculturas de la época son aquellas en las que se retoman de una forma original imágenes clásicas, dotándolas de un ritmo del que carecían los modelos. A la escuela de Rodas pertenece la célebre **Niké** encontrada en **Samotracia** en 1863 y actualmente en el Louvre. La obra data del período 220-190 a.C., y representa una figura alada, majestuosa y al mismo tiempo ligera, que se posa en la proa de un barco. En esta magnífica creación, la búsqueda artística se centra en los remolinos del vestido, henchido por el viento impetuoso, en el sentido de ligereza y misterio que se desprende de la figura y en su disposición en el espacio, nada convencional. En otro célebre trabajo, la **Musa Polimnia** (siglo II a.C.), el peso de la masa cerrada está aligerado por el juego de las modulaciones luminosas del ropaje que anima el carácter aparentemente estático del conjunto. En cuanto a las representaciones de la divinidad, entre las numerosas *Afroditas* destaca la que se encontró en 1820 en la isla de Milo

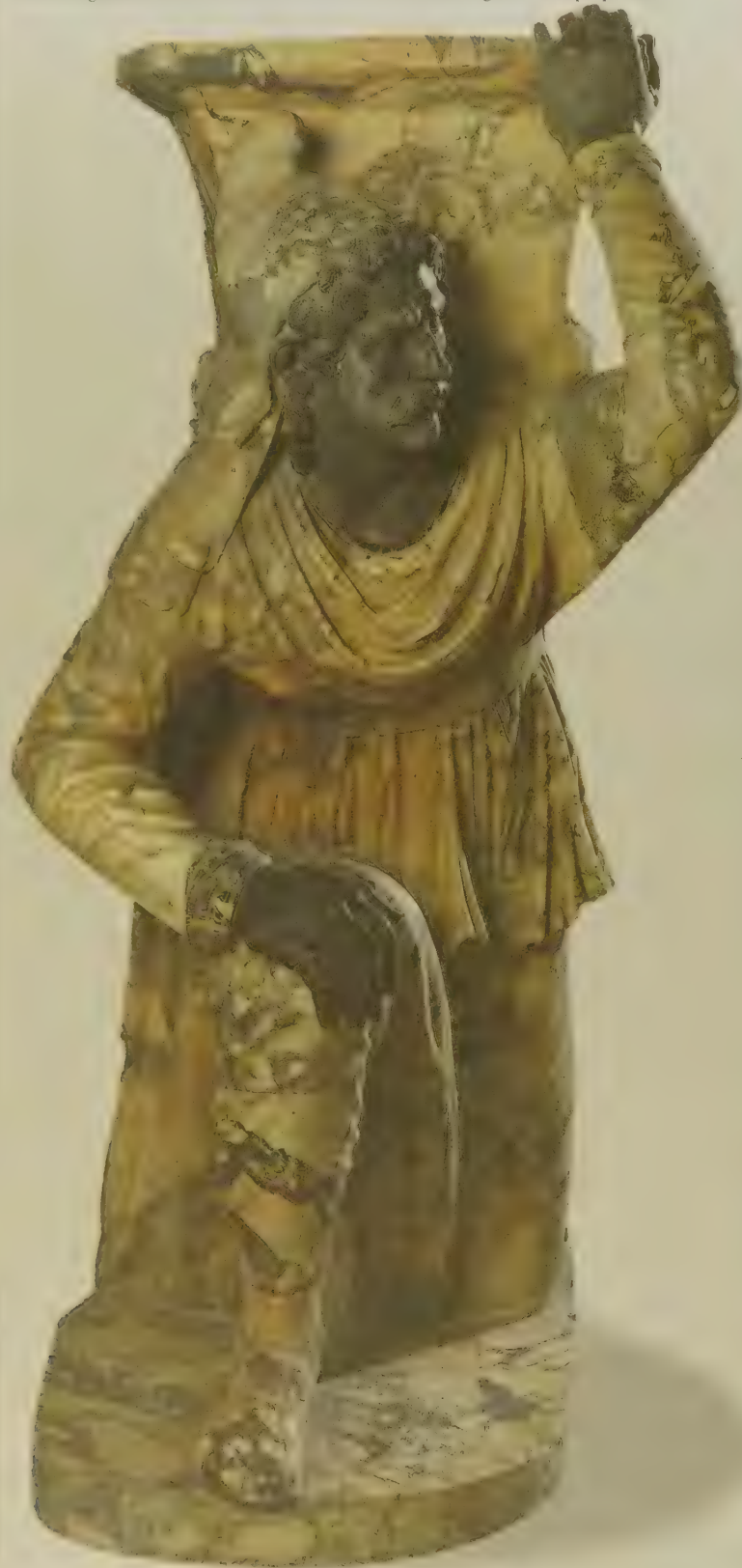
(conocida como **Venus de Milo**), obra en mármol de Paros de la escuela rodia que se puede datar a fines del siglo II a.C. En ella, la belleza del desnudo está subrayada por la ligera torsión del busto.

De este breve repaso se desprende que el arte helenístico presenta muchas variantes, pero que tienen en común el afán

por indagar en las nuevas posibilidades de la representación artística, sin ignorar por ello las lecciones de los clásicos. A este respecto, merece la pena citar la clasificación de Kraemer, gran conocedor del arte helenístico, que señala una línea evolutiva en la escultura en función de los ritmos: cerrado (380-250 a.C.), movido (250-175 a.C.), caracterizado por el ritmo vertiginoso de las creaciones barrocas, y abierto (150-31 a.C.), con un estilo que supone una vuelta a formas más equilibradas y armoniosas (**neoaetismo**), como reacción a la exuberancia de ciertas creaciones, en consonancia con el nuevo clima cultural de la época romana. Según el juicio de Plinio el Viejo, expresado insistentemente en sus obras, el arte, después de pasar por una fase estática, casi de «muerte», recobra en este siglo la pureza de líneas característica de la edad áurea, pureza de estilo que conducirá de nuevo a la realización de obras maestras deslumbrantes.

La conquista de Alejandro y el posterior dominio de los Seléucidas provocaron una importante evolución de las formas artísticas en el imperio persa. La tradición aqueménida entró en contacto con los módulos figurativos helénicos, si bien esta

interacción fue muy variable según la posición geográfica de las distintas regiones, o el grado de penetración de los artistas griegos. El vasto territorio seléucida giraba en torno a dos grandes ciudades, Seleucia del Tigris y Antioquía del Orontes, fundadas a finales del siglo IV a.C., que pronto se



Izquierda: Persa arrodillado; copia de un original de la escuela de Pérgamo, Museo Archeologico Nazionale, Nápoles.

Arriba, en ambas páginas: detalle de la Gigantomaquia; del friso oriental del altar de Pérgamo (c. 180 a.C.).

Pergamonmuseum, Berlín. Traspasando al plano mítico acontecimientos históricos, Eumenes II hizo erigir el monumental altar para conmemorar las victorias de los reyes de Pérgamo contra los "bárbaros".

reduce y aplanan las figuras, con el resultado de una rígida frontalidad.

En un contexto político-geográfico muy distinto, gracias a la acción ilustrada de los reyes de la dinastía atálida, en la parte occidental de Anatolia se consolidó un nuevo estado muy floreciente, que también se vio favorecido por la provechosa política filorromana de los monarcas. **Pérgamo**, junto con Alejandría, **se convirtió en el centro cultural más importante de su época**. Los Atálidas, y sobre todo Atalo I (269-197 a.C.) y Eumenes II (muerto en 159 a.C.) contribuyeron a crear una ciudad llena de vida, que destacó por sus monumentos fastuosos y espectaculares como el altar, dedicado por Eumenes II en c. 180 a.C. a Zeus Sóter y Atenea Nicéforos, ejemplo destacado del arte de este período. El orgullo de la ciudad era la famosa **biblioteca**. Llegó a tener 200.000 volúmenes, muchos de los cuales, regalo de Antonio a Cleopatra, pasarían a enriquecer la biblioteca de Alejandría. Precisamente, esta rivalidad con la metrópoli egipcia fue el origen de un nuevo material usado para escribir. En efecto, la prohibición de importar papiro de Egipto obligó a usar piel curtida de carnero o cabra, que más tarde, por su lugar de origen, se llamaría **pergamino**.

La intervención de Eumenes II no se limitó al trazado urbanístico de la ciudad. También impulsó el comercio y construyó almacenes de gran capacidad. Pero el nombre del

convirtieron en espléndidas metrópolis culturales y comerciales, dada su posición estratégica entre el Mediterráneo y el interior. Pero, con la excepción de las grandes ciudades, **el arte experimentó una crisis general**, típica de este período de transición. La helenización de la cultura fue un proceso lleno de dificultades, frenado y condicionado por la tradición local. Los artistas aplicaban de forma impersonal los elementos del arte griego, sin tratar de entender sus motivos íntimos, conformándose con reproducir sus apariencias. Un ejemplo son las columnas de Jurha, con una desproporción entre el diámetro y la altura típica del gusto iraní. Asimismo, en los relieves del templo del fuego de Persépolis, en la estatua de piedra de Sami o en las estatuas del torreón de Susa, que datan del siglo III a.C., se advierte una técnica deficiente, que



protagonistas aparecen los gigantes, pero también unos genios alados o unas divinidades menores relacionadas con cultos locales (como Cibeles y los cabiros, de origen fenicio). El poderoso modelado de los cuerpos, que emergen completamente del fondo, el entrelazamiento vertiginoso de las masas, las bruscas interrupciones de la narración y la expresión dramática de algunos rostros, marcados por violentos claroscuros que recuerdan las creaciones más vigorosas de Escopas, dan la sensación de que se está librando una batalla sobrehumana. El artista que concibió esta gran obra tuvo que ser un buen conocedor de la mejor tradición escultórica clásica, y supo interpretarla con destreza para obtener una fuerte resonancia emotiva en el espectador.

La violencia «expresionista» del friso exterior (que ha merecido el calificativo de «barroco»), contrasta con la compostura narrativa del **relieve** de 79 metros **esculpido en la pared interior** del recinto. Realizado por encargo de Atalo II después de 159 a.C., representa las míticas hazañas de Télefo, fundador legendario de la ciudad. El carácter triunfal no lo da la sucesión dinámica de una

narración emotiva, como en el friso, sino el desarrollo tranquilo y ordenado de una historia sin brusquedades, meramente ilustradora. Se evita cuidadosamente la retórica, las figuras se suceden sin amontonarse, formando el primer ejemplo de esa «**narración continua**» que influiría profundamente en la escultura romana posterior. Los personajes esculpidos no



sobresalen demasiado y están acompañados de un fondo que no es un simple plano liso, como en la gigantomaquia, ya que alcanza una profundidad y perspectiva gracias al tenue relieve de las rocas, los árboles, etc. Una solución que sugiere ilusoriamente la existencia de un espacio tras los primeros planos, y que también se aplicó en la pintura helenística y romana. En efecto, la relación

monarca ha quedado vinculado sobre todo al **altar de Zeus** (erigido entre 181 y 159 a.C.) y al **friso en relieve** de unos 110 metros de longitud que decoraba su **basamento**.

Representa un combate entre gigantes y dioses. Fue realizado por un grupo de artistas, probablemente bajo la dirección de un solo maestro. El tema pretende claramente ensalzar la victoria de los reyes de Pérgamo sobre los bárbaros. Es un grandioso relato, animado por un ritmo cósmico-mitológico impetuoso y arrebatador. Como



entre estas artes es muy estrecha, aunque la desaparición casi total del patrimonio pictórico dificulta mucho el conocimiento, aunque sea sumario, de un lenguaje artístico tan importante como la escultura y la arquitectura. Para tener una idea genérica aceptable de la pintura debemos remitirnos a numerosas fuentes escritas, cuyas informaciones son muy valiosas, y estudiar el rico patrimonio de la pintura de vasos contemporánea, procurando descubrir en ella posibles rasgos comunes de estilo y figuración.

Según testimonios antiguos, la **pintura** tuvo un auge importante en la época helenística, sobre todo en ciudades como Sición, Rodas, Pérgamo, Alejandría y otras. En el siglo IV a.C., en Éfeso y Cos, donde al parecer había nacido, trabajó **Apeles**, el pintor más famoso de la antigüedad, artista predilecto de Alejandro Magno y retratista oficial del emperador. Los escritores de su tiempo dicen maravillas de la **Afrodita Anadiomene** (saliendo de las olas), a la que consideraban un ejemplo perfecto de la belleza. Augusto compró la obra para el templo de César, en el Foro. Plinio el Viejo nos habla de Apeles: su arte se caracterizaba por la gracia de las figuras, la variedad de los movimientos, el acertado uso de los colores, el empleo de eficaces claroscuros y la adopción de efectos de perspectiva, que relacionan su obra con la refinada escultura de Lisipo.

Arriba: el Gálata moribundo; copia romana. La estatua original (c. 230 a.C.) formaba parte de un grupo en bronce dedicado por Atalo I en la acrópolis de Pérgamo y que representaba a los bárbaros derrotados. Museo Capitolino, Roma. Izquierda: el Fauno Barberini (220-21 a.C.). Glyptothek, Munich. Copia romana antigua (hallada en Roma a principios del s. XVII) de un original de Pérgamo, la obra representa a un sátiro dormido. La familia Barberini, que entró en posesión de la obra, mandó que se completaran las partes que faltaban (pierna derecha, partes de la pierna y el brazo izquierdos, roca y árbol) por Gian Lorenzo Bernini.

La difusión de la cultura griega a raíz de las conquistas de Alejandro se hizo a través de un instrumento de comunicación único, capaz de dar cohesión y homogeneidad a culturas y pueblos muy dispares, por tradición y posición geográfica. Grupos numerosos de griegos se establecieron en las nuevas regiones, lo que dio lugar a una superposición étnica con presencia de lenguas y sensibilidades diferentes. La *koiné*, el griego «común», se convirtió en un lenguaje unificador y en la lengua oficial de la burocracia, el comercio y las relaciones diplomáticas, saliendo del marco de lengua limitada a una sola etnia.

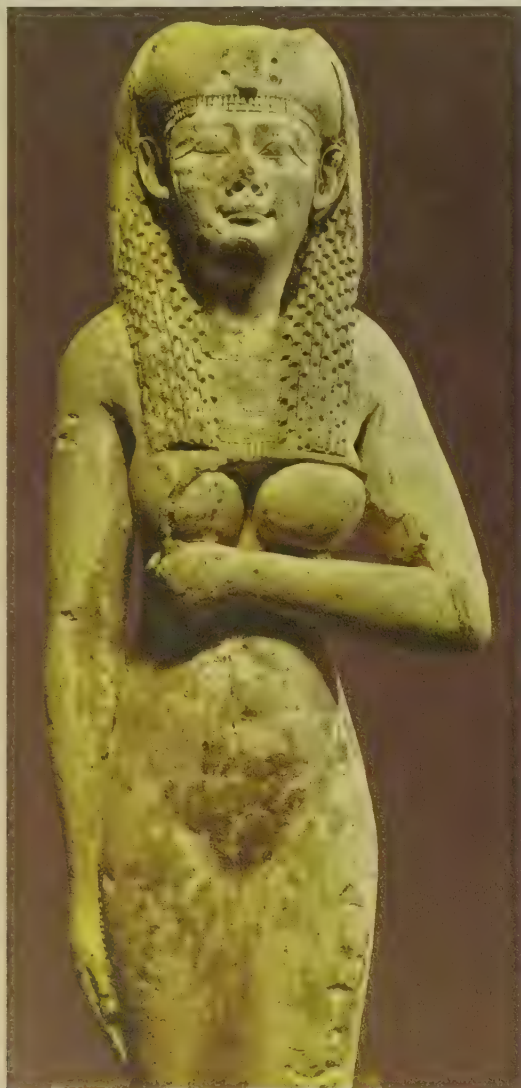
más ágil, basada en un sistema de signos mucho más sencillo. Por lo demás, el bilingüismo del país tuvo su confirmación oficial, y todos los edictos o decretos promulgados por los reyes se escribían en las **tres lenguas fundamentales**: el griego y las dos escrituras egipcias, la jeroglífica y la demótica. Un ejemplo bien conocido es la **pedra de Rosetta**, estela de basalto encontrada en 1799 por un oficial napoleónico, donde aparece la copia de un decreto publicado en 196 a.C., durante el reinado de Tolomeo V Epífanes. Estos documentos se colocaban en los principales santuarios del país para darlos a conocer a la población. Gracias a la redacción trilingüe se

pudo dar un paso decisivo en el desciframiento de la antigua escritura jeroglífica. Los fragmentos de esta grafía que se encuentran en la estela fueron estudiados e interpretados con un método genial por J. F. Champollion, quien a partir de 1822 arrojó luz sobre una cultura hasta entonces envuelta en un misterio impenetrable.

Si pasamos del terreno oficial y comercial a las manifestaciones de la cultura, vemos que la capital, **Alejandro**, no sólo era el centro más dinámico de la nueva sensibilidad, sino también un punto de convergencia de tradiciones muy distintas. La cercanía de la **cultura hebrea** favoreció el contacto con la espiritualidad griega. En esta época se escribió la versión griega de la antigua **Biblia** hebrea, destinada a los numerosos judíos helenizados que ya no entendían el hebreo. Esta obra monumental, conocida como «**versión de los Setenta**», porque se atribuye a 72 doctores de la ley (de ahí el nombre, redondeando el número), promovida por Tolomeo II Filadelfo, fue efectivamente el resultado de un trabajo

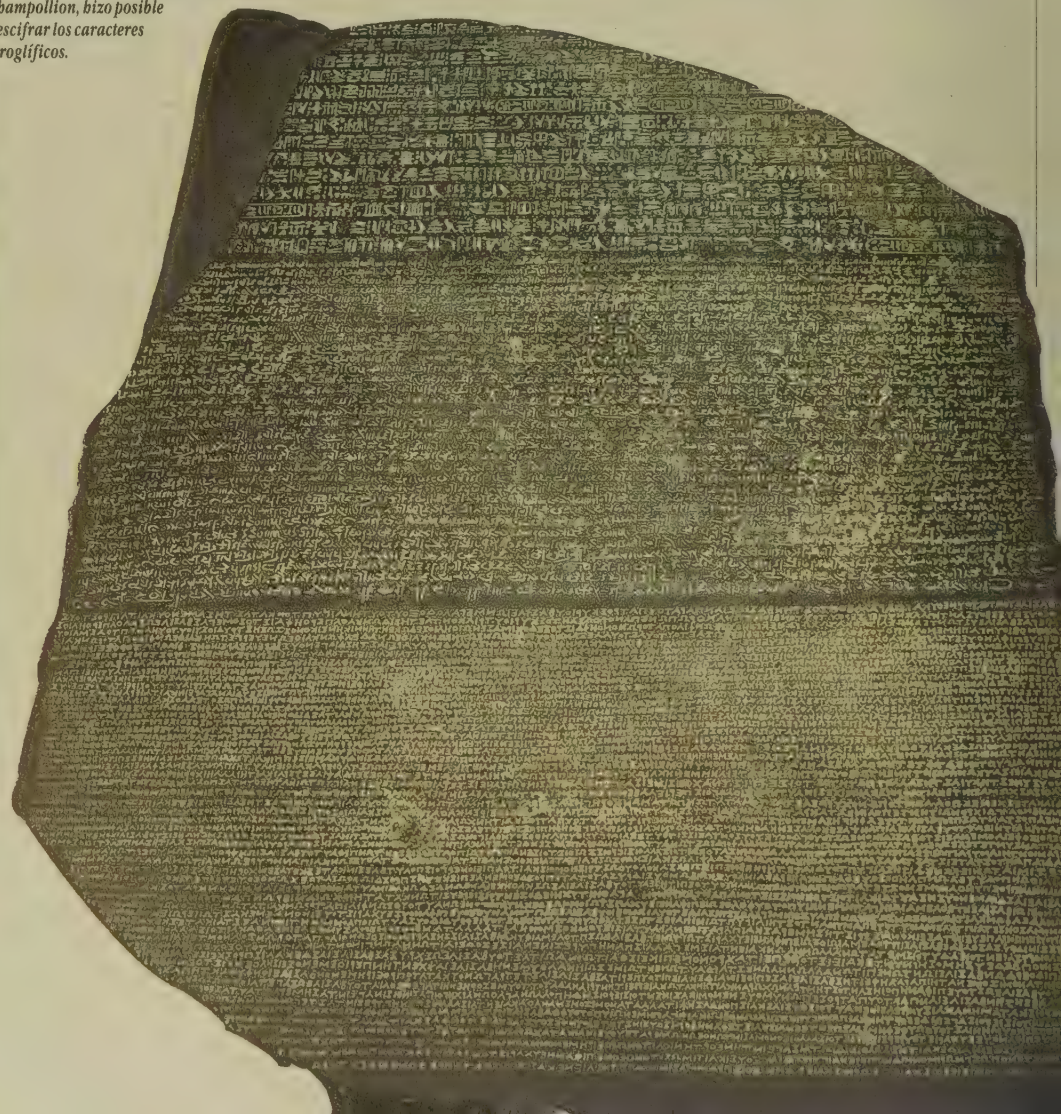
colectivo, realizado desde mediados del siglo III hasta comienzos del siglo II a.C. Se basa en la *koiné*, para asegurar su difusión, y fundamenta las versiones posteriores, siendo consultada tanto por los autores del Nuevo Testamento como por los Padres de la Iglesia. Se trata, pues, de un documento de enormes repercusiones culturales.

La efervescencia de iniciativas e ideas que caracterizó a la metrópolis egipcia tuvo su reflejo en la **literatura**. Esta época sedienta de nuevas experiencias produjo textos originales y se replanteó la tradición, sometiéndola a un análisis crítico basado en criterios científicos totalmente innovadores. Fue así como nació la **filología** (según la acepción helenística, «erudición, doctrina»), una forma de abordar activamente los textos, realizando un inmenso trabajo de ordenación y selección de los datos proporcionados por la tradición. No en vano los grandes filólogos alejandrinos centraron su atención en los dos poemas de Homero, la **Iliada** y la **Odisea**, obras emblemáticas de la literatura griega, para depurarlos de las contaminaciones de



A la izquierda: retrato de reina, arte tolemaico, caliza pintada (siglo II a.C.). Museo Egipcio, El Cairo.

A la derecha: La piedra Rosetta (196 a.C.). La más famosa de las numerosas estelas basálticas en las que se referían los decretos de los soberanos, en las tres lenguas oficiales del Egipto tolemaico: el griego y las dos escrituras egipcias, la jeroglífica y la demótica. El hallazgo de esta estela por un oficial napoleónico, Champollion, hizo posible descifrar los caracteres jeroglíficos.



En el caso de Egipto el griego se impuso no sólo por tratarse de la lengua de los vencedores, sino también por razones prácticas. Para la nueva burocracia de la dinastía tolemaica, la antigua escritura egipcia era demasiado complicada y difícil de aplicar, comparada con la grafía de la lengua griega,

LA BIBLIOTECA DE ALEJANDRÍA

La ordenación del patrimonio literario de la tradición, tarea que emprendiera sobre todo Calímaco, implicaba la construcción de edificios adecuados en los que se pudiera conservar los textos en un meticuloso orden, para ser estudiados e interpretados por los expertos filólogos. Con este fin, tal vez ya durante el reinado de Tolomeo I Sóter, se creó la biblioteca, fundada por Demetrio de Falero, emigrado de Atenas. Probablemente disponía ya de dos edificios, el más importante de los cuales, llamado Broucheion, incluido en el conjunto de los palacios reales, debía ser anejo al Museo, mientras que la otra sección (Serapeion) se formó más tarde.

La impresionante colección de libros fue incrementada por Tolomeo II Filadelfo. Todos los textos de culturas distintas fueron traducidos al griego, y se sumaron a los volúmenes existentes, que a veces se compraban a precios altísimos y se catalogaban, después de un esmerado trabajo de enmienda. La biblioteca tuvo una historia agitada.

Durante el reinado de Tolomeo III Evergetes, el monarca persiguió a los eruditos, lo que causó cierta decadencia de la prestigiosa institución, pero más tarde él mismo aumentó el número de volúmenes para hacer frente a la competencia de la biblioteca de Pérgamo. De todos modos, los datos de que se dispone no siempre son fidedignos, por lo que no se puede determinar con suficiente precisión los volúmenes que se llegaron a reunir durante los distintos reinados, aunque parece que ya Tolomeo reunió unos 200.000.

En cualquier caso, durante el reinado de Tolomeo II Filadelfo hubo varias compras de libros, entre ellas la de la biblioteca de Aristóteles, lo cual contri-

buyó a dar una fisonomía estable a la institución.

En cambio, no está confirmada la noticia de que en 47-48 a.C., durante la guerra civil entre César y Pompeyo, la biblioteca fue incendiada.

Antonio se encargó de que recuperara su prestigio, destinando al Serapeion la importante colección de libros que los romanos habían heredado de los atálidas de Pérgamo.

Probablemente, junto a la biblioteca se hallaba el edificio del Museo, una especie de academia a la que acudían poetas, filósofos y eruditos. Era un centro cultural único en el mundo antiguo, que sintetizaba las aspiraciones y tendencias de la época. Dotado de su propia biblioteca, reunía obras de escultura, cuadros y textos, como en los museos modernos (que han heredado el nombre y el concepto de la institución alejandrina: mouseion significa morada, templo de las musas). Además, funcionaba como centro de investigación científica, con salas de anatomía, un observatorio astronómico y un jardín botánico.

En esta ciudadela de la cultura convivían científicos y hombres de letras. Se alojaban allí, y recibían el sustento y una retribución por su trabajo. Por lo tanto, parece que en este lugar se hizo realidad el gran proyecto, típico del helenismo, de una síntesis enciclopédica de la cultura.

Este afán por reunir y racionalizar el inmenso patrimonio de los conocimientos, sin distinción entre obras literarias e investigaciones científicas (que recibieron un impulso enorme) es un aspecto de la mentalidad helenística singularmente precursor de la moderna civilización occidental.

trató de hacer una interpretación crítica del texto en virtud de los principios lingüísticos de la analogía, según los cuales la lengua se puede reducir a una serie de normas fijas, y trató de interpretar a Homero, como se decía, con Homero: al margen de las desviaciones críticas y de los añadidos posteriores al texto. Su exégesis fue decisiva para el desarrollo de un análisis más ágil de los textos, en consonancia con el ambiente cultural refinado y exigente en que se movía. Entre los numerosos artistas que vivieron en la corte de los Tolomeos, destaca **Calímaco de Cirene** (310-c. 240 a.C.), el representante más ilustre de las nuevas ideas. Siendo todavía joven, Tolomeo Filadelfo le encargó que ordenara y catalogara los textos de la biblioteca, tarea mayúscula que se concretó en los 120 libros de los *Pínakes* (Cuadros), reflejo de su versatilidad y la

incluyó formulaciones de **poética** que se distancian de la tradición, poniendo en entredicho algunos aspectos cruciales de esta última: el blanco preferido de la crítica de Calímaco es el poema épico («Libro grande, daño grande», afirmaba), condenando su lenguaje altisonante y sus dimensiones, que parecían excesivas para los nuevos gustos. En efecto, la poesía de Calímaco se inclina por las estructuras cortas y concentradas, la expresión densa y conceptista, la imagen sofisticada y elegida. El análisis objetivo y desapasionado de la poesía que Calímaco realizaba de un modo brillante, marcadamente personal, le valió algunos enemigos, entre ellos su discípulo **Apolonio de Rodas** (siglo III a.C.), que polemizó con su maestro porque éste criticaba el poema épico y escribió una obra, *Las Argonáuticas*, centrada en el amor de Medea por Jasón.



A la derecha: cabeza de Sérapis, arte helenístico. Ésta es una tipología que se distanció del modelo del arte egipcio, para retomar motivos de inspiración helenística, a cuya matriz cultural hacían referencia los soberanos, no sólo de la estirpe tolemaica, en todas las expresiones artísticas y culturales.

una transmisión oral prolongada. Al referirlos a la línea aristotélica peripatética, procuraron ante todo obtener un texto crítico, comparando los distintos ejemplares que se conservaban en la biblioteca de Alejandría. Zenodonto de Éfeso (330-c. 270 a.C.), el primer director de la biblioteca, dividió cada uno de los dos poemas homéricos en 24 cantos, distinguiéndolos con las letras del alfabeto, y señaló los versos dudosos, sin eliminarlos. Aristófanes de Bizancio (c. 257-180 a.C.) introdujo la puntuación y los acentos. **Aristarco de Samotracia** (c. 217-145 a.C.), que se ocupó de la obra de los grandes líricos (Alceo, Alcman y Píndaro),

amplia gama de sus conocimientos. Para Calímaco la poesía debía basarse en una amplia y ordenada erudición, que abarcara innumerables campos del saber, explorados con curiosidad e ironía, alejamiento del material temático y refinada elaboración estilística. Con su obra se afianza la figura del **poeta docto**, aficionado a explorar nuevos caminos y temas no convencionales, orgulloso de sus novedades. En su obra

La obra de Calímaco, combinación de agudeza crítica y arte refinado, ocupa un puesto crucial en la tradición literaria griega. Tuvo gran influencia en las generaciones jóvenes, comparable a la de Homero, por su talento poético y la autoridad con que logró imponer un nuevo concepto de hacer poesía, que marcó la producción de su época y la posterior. En particular, la poesía romana, a partir de Catulo, le es deudora.

El nacimiento de una verdadera tradición literaria que reflejara la sociedad, coincide con el auge político y económico de Roma. En 240 a.C., para celebrar el fin de la primera guerra púnica, **Livio Andrónico** (siglo III a.C.) representó un texto teatral, tal vez trágico, marcando un hito en una cultura que hasta entonces sólo había contado con unos pocos escritos preliterarios (inscripciones, leyes, calendarios, libros pontificales, etc.). La nueva tradición debía legitimar en el ámbito del arte y el pensamiento el protagonismo de la nación emergente.



El panorama de la **literatura latina** arcaica gira en torno a la relación entre aportaciones autóctonas y elementos externos, principalmente griegos, pero también oscos y etruscos. Los cantos rituales religiosos como el **carmen arvale** de la purificación de los campos (*arva*) son un ejemplo de lenguaje sacro cristalizado en el tiempo. Más resonancia tuvieron unos cantos transmitidos por tradición oral, caracterizados por su comicidad grosera y desenfadada: se trata de los **fesceninos**, repertorio de improvisaciones que se recitaban en las fiestas rurales, en las bodas y las celebraciones militares. Esta tradición típicamente latina influyó en el carácter de la comedia antigua, dando lugar a una forma autóctona de espectáculo teatral, la **atellana**, nacida en la ciudad de Atella, en Campania, zona de cultura osca. Era una especie de teatro popular no escrito ni estrictamente profesional, basado en tramas rudimentarias que daban pie a las improvisaciones cómicas de los actores. Recurría a la farsa, las intrigas y los retruécanos que debían provocar grandes carcajadas entre el público. Este tipo de representación utilizaba **máscaras fijas** correspondientes a ciertos tipos humanos. Como sucede en la comedia del arte del siglo XVI, con la que ha sido relacionada, la atellana

es precursora del espíritu trepidante y desenfadado de la comedia, que nació siguiendo el modelo griego de la **nueva comedia**.

Las tragedias casi se dejaron de representar, y las **palliatae**, comedias de ambientación griega de **Plauto** (c. 259-184 a.C.) y, más tarde, de **Terencio** (c. 190-c. 159 a.C.) son el documento más preciado de la literatura arcaica. Aun siendo deudoras de los modelos griegos, constituyen un importante *corpus* para la evolución del teatro europeo. El **teatro** de Roma, vinculado a las fiestas religiosas pero con unos contenidos totalmente profanos, **estaba organizado por los magistrados**, que pertenecían a la nobleza y tenían una influencia notable, por no decir determinante, en la producción. Por ello los textos que se ponían en escena no criticaban nunca las instituciones, ni hacían ataques personales (tan frecuentes en el teatro de Aristófanes). Ni siquiera tenían una intención educativa clara, si se exceptúa cierta sensibilidad de Terencio por la psicología de los personajes. La finalidad principal de las representaciones era entretener al público,



Izquierda: estatuilla de terracota de época helenística, de Tarento.
Arriba: plato de terracota (segunda mitad del s. IV a.C.).
Museo Archeologico, Cerveteri.

que podía optar también por las competiciones de pugilato, las exhibiciones de gladiadores o funámbulos, etc. En la tipología del teatro de Plauto, que consta de partes recitadas (*deverbia*) y cantadas (*cantica*), lo que contaba no era tanto la originalidad de la trama, fácil de prever, ni el consabido desenlace (el clásico final feliz), cuanto el ritmo vertiginoso de la **invención verbal**, los duelos de dobles sentidos y el enmarañamiento de la trama hasta el desenlace final. Los espectadores ya saben desde el principio que, con arreglo a unos papeles consolidados, el *servus* astuto se saldrá con la suya, en perjuicio del amo avaro y estúpido, pero se dejan arrastrar igualmente por un tipo de espectáculo que, sin poseer ninguna carga subversiva de los valores morales (en realidad, éstos se reafirman), propone una pura invención escénica ajena a la realidad cotidiana. La jerarquía social (el *servus* subordinado al *erus*, el amo) se salta tranquilamente a la torera, y los «pillos» (entre los que hay personajes socialmente ambiguos, como los alcahuetes y los parásitos) ganan a los menos avisados.

Si con el teatro de Plauto la literatura romana logra resultados muy originales, totalmente autónomos de los modelos griegos, hay que esperar al siglo II a.C. para poder hablar de unas **artes figurativas romanas** conscientes de serlo. El motivo de este «retraso» fue, por un lado, la gran influencia de la cultura etrusca y griega, y por otro la poca importancia que daba la sociedad romana a la escultura y la pintura, relegadas a la condición de simples manualidades. La arquitectura, en cambio, gozaba de mayor prestigio, debido a su indudable utilidad



práctica y a su función de representación del poder político. La cultura romana hacía hincapié en los valores morales, civiles y militares del ciudadano, y atribuía un papel marginal a la experiencia estética. Por eso no debe extrañar que en Roma trabajaran durante mucho tiempo **artistas** foráneos, sobre todo **etruscos**, que introdujeron en el arte romano el estilo realista del **retrato**, profusamente utilizado en los siglos posteriores. Además, siempre por mediación

etrusca, se difundió el gusto helenizante, incluso antes de que la conquista de Magna Grecia (Tarento se rindió en 272 a.C., y Siracusa en 212 a.C.) pusiera a los romanos en contacto directo con el estilo y la sensibilidad de los griegos. En la **producción etrusca** de este período se advierte la influencia de los modelos de Fidias en las estatuas, como en el **Marte de Todi**, y de los modelos de Pérgamo en la decoración de los frontones de algunos templos (Orvieto, Falerii, etc.), que

representan episodios mitológicos. Entre las ciudades más activas de fines del siglo IV y principios del III a.C. destaca Palestrina, la antigua Praeneste, famosa por un santuario dedicado a la Fortuna Primigenia y por la producción de **objetos metálicos** (espejos y cistas, vasos cilíndricos usados para los objetos de tocador).

La trayectoria de la pintura romana es similar a la de la escultura. Durante los primeros siglos estuvo muy influida por los modelos etruscos y griegos. La **pintura etrusca**, estrechamente relacionada con la decoración de las paredes de las **tumbas**,

numerosos artistas helenos, se advierte a partir del siglo VI a.C., y es evidente en todas las pinturas sepulcrales de Tarquinia. En cambio, la **pintura triunfal**, que celebra las victorias de las grandes familias romanas y hace un informe visual de las mismas para la población, es **autóctona**. De estas obras, que debieron ser numerosas, sólo queda un testimonio de valor inapreciable: un fragmento de fresco de fines del siglo IV a.C. descubierto en 1861 en el monte Esquilino, con escenas de la segunda guerra samnita. Formaba parte de la decoración de la tumba de Quinto Fabio, probablemente miembro de la célebre *gens* que se distinguió en esa guerra. El propio autor, **Fabio Pictor**, llamado así por su actividad artística, pudo

LA CIVILIZACIÓN DE LA TÈNE

Fuera del área mediterránea, donde el arte se sometió a los modelos griegos, otros pueblos que se habían establecido al norte de los Alpes y en Europa septentrional tuvieron una producción artística muy original.

El arte europeo de las poblaciones celtas establecidas en Francia, Inglaterra, Irlanda, centro y norte de Italia y Europa oriental, que alcanzó su pleno desarrollo entre los siglos IV y III, se suele denominar civilización de La Tène (aldea suiza a orillas del lago Neuchâtel, donde se han encontrado muchos objetos de la segunda mitad de la edad del hierro).

Se caracteriza por una hábil elaboración del hierro, el coral, los esmaltes y los vasos torneados.

Es un arte decorativo que pasa de los motivos rectilíneos de la anterior civilización de Hallstatt a una profunda abstracción, dominado por la presen-

cia de la línea curva, que pretende dar movimiento a los objetos.

Esta tendencia se aprecia en la rica artesanía celta: cuencos, yelmos, puñales, torques (collares de los celtas), y también una rica producción numismática.

El arte del período de La Tène parte de la imitación de modelos clásicos, pero consigue resultados muy innovadores que denotan un gran refinamiento. Esta civilización muestra sus preferencias por unos objetos cotidianos alejados del realismo representativo. Por ejemplo, la figura humana aparece de perfil, reducida a unas cuantas líneas, casi un arabesco.

La conquista romana de Galia fue un duro golpe para esta civilización; sin embargo, en la alta Edad Media tuvo una continuación en el arte irlandés, indemne a las invasiones romanas y sajonas.



Página contigua, abajo: Dioniso coronado y Ariadna; detalle de crátera etrusca (segunda mitad del s. IV a.C.) procedente de Falerii Vetres. Museo Nazionale di Villa Giulia, Roma.

En esta página, a la izquierda: el espejo de bronce de Desborough, con su decoración grabada, representa la continuación del estilo primitivo de La Tène. Probablemente perteneciese a una mujer de condición alta.

Derecha: Vel Saties con enano; detalle de los frescos de la tumba François en Vulci (últimas décadas del s. IV a.C.). Museo di Villa Albani, Roma. Algunas estancias de esta famosa tumba etrusca, perteneciente a la aristocrática familia de los Saties, tenían grandes frescos (actualmente en Villa Albani) con temas del ciclo troyano, mitológicos e históricos.



pretende ser una ilustración alegre de la vida, casi una continuación suya, colocada a la vista del difunto. Esta función sepulcral determina su carácter realista, el uso de colores puros y chillones y la insistencia en escenas de caza, de banquetes o incluso de cocina. A partir del siglo IV a.C. aparecen también figuras demoníacas, que guían a los difuntos, y escenas mitológicas, como en la **tumba François** de Vulci, en la que además hay un raro ejemplo de **pintura histórica**, con escenas de la guerra entre los etruscos y los romanos. La influencia griega, que se debía tanto a los contactos con las ciudades de Magna Grecia como a la presencia de

pertenecer a la noble familia del difunto. La narración se desarrolla de forma continua, en franjas superpuestas, que probablemente cubrían gran parte de la pared del sepulcro. En las cuatro franjas conservadas hay escenas de batalla, las murallas de una ciudad, y combates o duelos entre romanos y samnitas. Los personajes están retratados con arreglo a una jerarquía precisa de rango, para destacar el papel preponderante de algunos de ellos. Así la pintura, al igual que la naciente historiografía, es un vehículo de contenidos de actualidad, un reportaje detallado, en forma de relato, de episodios destacados de la historia romana.

No ha quedado ningún rastro de una **literatura** cartaginesa, si exceptuamos algunos fragmentos del tratado de agricultura de Magón. Este silencio podría deberse a la dureza de la conquista romana, que procuró destruir por completo una cultura contra la que había luchado denodadamente; o también a la inclinación de los cartagineses por las actividades empresariales y comerciales, y el consiguiente desprecio por los valores estéticos. En realidad, las dos hipótesis son complementarias, y cada una

como los cónsules romanos, permanecían un año en el cargo. Sin embargo, se les excluía del mando del ejército. Los dos consejos y los *sufetes* representaban los intereses de una oligarquía terrateniente y mercantil que, a diferencia del patriciado romano, era una clase abierta, dispuesta a acoger en su seno a quien tuviera un patrimonio adecuado. El pueblo, a pesar de estar excluido del gobierno, se beneficiaba de la riqueza del vasto imperio y no tenía razones económicas para desear cambios. La cohesión social y política de Cartago y su

máscaras demoníacas de origen mesopotámico o la imagen característica de la diosa, que con un gesto simbólico, se aprieta los pechos.

Los **ajuares de las tumbas**, interesante documentación de la producción artística púnica, constaban de pequeñas ánforas y vasos, a menudo con forma de animales, objetos de vidrio polícromo y joyas de oro y plata, así como gran cantidad de objetos con función votiva o apotropaica



A la izquierda: máscara pintada sobre un fragmento de huevo de avestruz, utilizada como amuleto. La costumbre de pintar buevos de avestruz con rostros humanos es típica del arte púnico de la época. Arriba: figura de terracota ballada en Ibiza, arte púnico. Museo Arqueológico Nacional, Madrid. Abajo: estela de piedra caliza del tofet de Cartago.

tiene su parte de verdad. También habría que añadir el control que ejercía la poderosa clase sacerdotal sobre la vida cultural de la ciudad, impidiendo los provechosos contactos con otras culturas en nombre de la tradición.

La civilización púnica hizo gala de su creatividad más bien en las actividades prácticas y en las instituciones civiles. Aristóteles, en su *Política*, pone como ejemplo la **constitución** de Cartago, fórmula ideal de gobierno estable. A diferencia de los frágiles gobiernos de las ciudades griegas. La **república cartaginesa** estaba gobernada por dos asambleas, parte de cuyos miembros eran elegidos por el pueblo. Las convocaban y presidía los *sufetes*, dos magistrados que,

conservadurismo hicieron posible la supervivencia de la **civilización fenicia**, pese a la superioridad numérica del elemento indígena. Por ejemplo, por los hallazgos arqueológicos, generalmente de carácter funerario, sabemos que perduraba el antiguo **culto semítico a la piedra**, venerada como epifanía de la divinidad. Las estelas más antiguas, de los siglos VII-V a.C., a menudo tienen la forma de un altar que sostiene un *betilo* (del semita *beth-el*, casa de dios). El betilo fija y sacraliza la morada del difunto. Las estelas más recientes (siglos IV-II a.C.), además de la inscripción dedicatoria, tienen decoraciones inspiradas en creencias mágicas, en las que suele aparecer un sol y una media luna invertida, símbolos de Baal y Tanit. En las estelas o en las tapas de los sarcófagos aparecen figuras canónicas,

(para alejar los maleficios). Las navajas de afeitar de bronce, con mango en forma de cabeza y cuello de ave, y los **huevos de avestruz pintados** como rostros humanos, son típicos de esta cultura. La producción artística púnica era inferior a la griega y también a la fenicia, por la escasa variedad y la calidad inferior de los materiales utilizados (estuco en vez de mármol, terracota en vez de metales). Los cartagineses no eran aficionados a los objetos lujosos. De todos modos, Cartago no permaneció al margen de la **cultura helenística**, que con algunas reservas fue acogida por la elite económica y cultural. Un ejemplo ilustre fue el propio Aníbal: estudió el griego, se rodeó de intelectuales griegos, fue admirador de Alejandro y coleccionó las estatuas de bronce que se llevó a Cartago desde la Sicilia griega como botín de guerra.



Abajo: cabeza masculina de Bitbia, arte púnico de los siglos III-II a.C.. Museo Archeologico Nazionale, Cagliari.

Al lado: detalle de pavimento de terracota molida con tacos calcáreos, en el que se representa el signo de la diosa Tanit y una palma. Arte púnico del barrio San Avendrace, en Cagliari. Museo Archeologico Nazionale, Cagliari.

A la derecha: navaja de afeitar de bronce del siglo II a.C., arte púnico. También éste es un motivo peculiar del arte púnico del periodo: la utilización de figuras de cabezas de aves para los mangos de las navajas de afeitar.



Se sabe de un escultor griego, **Boeto** (c. siglo II a.C.), que abrió un taller en Cartago. El sarcófago de Arishatbal, sacerdotisa de Tanit, obra tal vez de un artista siciliota, está adornado con una estatua envuelta en un vestido característico, con los bordes superpuestos como alas de ave. En las tumbas, en lugar de máscaras de demonios hay **máscaras de Silenos**, y en los ajuares funerarios se encuentran objetos de cerámica y marfil y joyas, importados de Grecia.

A veces los artesanos púnicos emplearon motivos iconográficos orientales y griegos, pero, al ignorar su sentido, los interpretaron a su manera, dándoles formas estilizadas. De esta forma introdujeron elementos griegos, egipcios y de Asia Menor en el arte púnico, tenazmente tradicionalista. Además, los llevaron a los países del Mediterráneo occidental, desempeñando un importante papel de transmisores, sobre todo de cara a la península Ibérica, donde podemos citar como ejemplo el busto femenino conocido como la **dama de Elche**, actualmente en el Museo del Prado.

En la griega **Cirene** también perduraron unos ritos antiquísimos, como atestiguan unas **estatuas de mármol** típicas de la necrópolis de la ciudad, que **representan mujeres sin rostro**. Datan del

siglo IV a.C., y podrían ser imágenes anicónicas de la Madre Tierra, la Deméter de los griegos, a cuyo vientre regresa el hombre al morir. Aristeo, una antigua divinidad prehomérica de los vientos y la lluvia, tal vez introducida por los propios fundadores de Cirene, inspiró una rica producción escultórica. El dios aparece semidesnudo en posición estática, con una corona torreada. Una cabeza de bronce de un noble libio, de gran realismo, evoca un ambiente africano. Pero por lo general la producción artística de Cirene durante este siglo no se diferencia de la producción ática contemporánea, como se ve en algunas metopas pintadas, actualmente en el Louvre. En la **época helenística** Cirene cayó dentro de la órbita de Alejandría, y fue asimilada a su



cultura. La **escultura** siguió las orientaciones estilísticas del arte helenístico, como el patetismo acentuado y la búsqueda de matices expresivos. En el retrato de Berenice, de mediados del siglo III a.C., la suavidad del modelado se ve acentuada por un mármol tan pulido que parece una porcelana finísima. Esa misma levedad pictórica se advierte en el retrato de Tolomeo III Evergetes, en el que sólo el rostro es de mármol, mientras que el cráneo es de estuco. También procede de Cirene el **Asclepio**, que se caracteriza por un interesante efecto pictórico, obtenido con un rebuscado drapeado del vestido. Un grupo de **tres estatuas** de Afrodita, Tritón y un delfín se remonta al helenismo tardío. Es de destacar la postura de **Afrodita**, que con una mano levanta un bucle de cabello y con la otra se cubre el pubis. Así se funden dos motivos distintos: el gesto de Anadiomene, la virgen que sale de las aguas, y el de la púdica.

Aunque más de diez siglos separan la civilización prearia del Indo del florecimiento artístico de la época de los maurya (siglos IV y III a.C.), este último guarda evidente relación con el antiquísimo arte de Mohenjo-daro y Harappa, y también se hace eco de la tradición védica, aunque la vuelve a interpretar. En efecto, el arte indio tiene características unitarias. Inspirado en ideas religiosas, al mismo tiempo está animado por un vivo naturalismo conferido por artistas laicos, observadores atentos de la realidad. En la escultura de Mohenjo-daro



eran frecuentes las representaciones de animales, relacionadas con el culto a la fertilidad y a la Madre Tierra, de la que todo procede y a la que todo vuelve. En el árbol, el animal o el hombre se pone de manifiesto una sola vida, regulada por una misma ley, sobre la que actúa misteriosamente la magia. El sentido de la continuidad de la vida y la interacción entre los seres se advierte en las



representaciones de animales, que por su plácida solemnidad, parecen partícipes de la conciencia y dignidad humanas.

El vigor de las estatuillas del valle del Indo también se aprecia en el arte inspirado en la religión de los Veda, que con sus innumerables divinidades de la tierra y el cielo, muestra una naturaleza divinizada y alimenta la creencia popular en la magia. En el convencionalismo de las figuras animales está la impronta de una matriz antigua, pero al interpretar significados más profundos, estas figuras adquieren el valor duradero de símbolos. En la India védica el **león** se relaciona con la soberanía; la sinuosa **flor de loto** es la imagen del incesante ciclo de la vida cósmica; el motivo de la **rueda** simboliza el imperio universal. Con estas y otras imágenes la escultura védica expresa una naturaleza animada por el mismo principio espiritual en sus numerosas formas de la cadena ininterrumpida de renacimientos.

Sólo siguiendo el tronco de la tradición que le dio origen, se comprende la novedad de las manifestaciones artísticas del **período maurya**, y concretamente la fuerte creatividad del reinado de Asoka. En el siglo IV a.C. el arte indio recibió un impulso importante, debido a la intensificación de las relaciones con Occidente. Tras la caída de los aqueménidas ante el avance triunfal de Alejandro Magno (331 a.C.), numerosos artistas, intelectuales y dignatarios de Persépolis se refugiaron en la corte de Pataliputra e introdujeron **elementos grecopersas en el arte indio**. Fruto de este encuentro son, por ejemplo, los llamados **pilares de Asoka**, que, junto con algunos

El significado de las esculturas hay que buscarlo en la **espiritualidad budista**, a cuya propagación contribuyó Asoka. El emperador mandó grabar en algunos de estos pilares sus **edictos**, inspirados en una fervorosa adhesión a la doctrina del Maestro. Los utilizó como manifiestos para la difusión del **sharma**, ley moral y al mismo tiempo social. Por eso las pilastras han sido objeto de la veneración de hombres y mujeres. El roce de su mano derecha en el fuste a lo largo de siglos y siglos los ha desgastado a la altura de un hombre. La falta de basamento confirma el valor simbólico de estos pilares, que se hunden directamente en el suelo, aludiendo a la unión entre el cielo y la tierra, al eje

Izquierda: figura femenina de terracota de fines del período maurya (s. III-II a.C.). Museo de Patna.

Arriba: bandas decorativas de marfil, recuperadas en Bégram. Aunque son más tardías respecto a la época en cuestión, en estas obras se expresa una característica común a todo el arte indio: la gran capacidad de observación y representación de las figuras de animales.

Derecha: Diosa madre; figurilla de terracota (s. III-II a.C.). Musée Guimet, París. La tipología de estas figurillas, también llamadas "damas barrocas", estaba muy difundida en el arte indio de la época.



capiteles y unas pocas esculturas, es todo lo que queda de la escultura maurya. Estas columnas de arenisca pulida recuerdan por sus dimensiones —12 metros de altura— a las columnas del palacio real de Persépolis, pero han perdido su función arquitectónica originaria y se alzan aisladas a las afueras de ciudades, pueblos y santuarios. Sobre unos **capiteles** campaniformes, tan parecidos a los persas de la época aqueménida que se les ha llamado «persepolitanos», y sobre un ábaco decorado, sostienen esculturas de animales como toros, leones y elefantes, propios de la mitología védica y que, según algunos autores, están relacionados con el culto a Indra, el rey de los dioses venerado por los arios como dios de la guerra. La representación es tosca, pero posee un dinamismo plástico típicamente indio, en el que se advierten rasgos de origen iraní.

EL CAPITEL DE SARNATH

Sarnath, algo más al norte que Benarés, es una de las ciudades más representativas de la India budista. En sus alrededores, en el llamado bosque de las gacelas, fue donde Buda empezó su predicación. Desde entonces esta ciudad, donde se encuentran también las ruinas de antiguos templos y monasterios budistas, es la meta de grandes peregrinaciones. Su carácter de centro espiritual de la India antigua y moderna se ve confirmado por la elección de uno de los capiteles de Asoka encontrado aquí, especialmente artístico y bien conservado, como símbolo de la nación india. Sostiene cuatro leones adosados, dirigidos hacia los cuatro puntos cardinales. En su marcado realismo se advierte la estilización de algunos detalles, como las melenas, propia del arte iraní. El león, antiguo símbolo védico de la soberanía, es en este caso la imagen del propio Buda, cuya voz se compara en algunos textos budistas con el rugido de este animal.

En el ábaco hay otros animales esculpidos: el elefante representa el sueño que anuncia la concepción de Buda (como en toda bagíografía); el toro su nacimiento, con referencia al signo zodiacal correspondiente; el caballo alude a la decisión de Buda de dejar a su familia y emprender su extraordinaria aventura espiritual. Entre cada uno de los animales se repite el motivo tradicional de la rueda, símbolo de la ley verdadera de Buda. Debajo del ábaco, el capitel recuerda la forma de una flor de loto con los pétalos invertidos y colgantes, reunidos en forma de campana: el antiguo significado de la flor de loto, que en el arte védico representa la sucesión ininterrumpida de los renacimientos en una prueba sin fin, en el arte budista de la época de Asoka se convierte en la misericordia de Buda, que exalta el valor espiritual al margen de la pertenencia a una casta, y enseña al hombre el camino para alcanzar la dicha del nirvāṇa.

casi se limitaron a aportaciones de léxico. El sánscrito, forma culta del antiguo indoario, era el idioma de las clases altas, el idioma oficial del Estado y el de los textos importantes, religiosos o laicos. Se le llamaba precisamente *samskr̥ta*, «refinado», para distinguirlo de los *prākṛta* o «vulgares», los numerosos dialectos hablados por el pueblo, sin normas gramaticales y sujetos a cambios más rápidos, aunque eran los preferidos de

inspirado a la moderna lingüística y, en particular, a la gramática comparada. Pāṇini fue el primero en descomponer la palabra en sus componentes, como prefijos y sufijos, separando la raíz verbal. Gracias a esta operación la moderna lingüística ha podido hacer una comparación y establecer una relación entre las lenguas llamadas indoeuropeas porque se remontan a una sola fuente, cuya primera derivación atestiguada es el sánscrito.

Derecha: pilar de Asoka (s. III a.C.) transportado por Topra a Delhi en el s. XIV.

Abajo: Cabeza de niño sonriente; arte maurya (s. III a.C.). Museo de Patna. Sorprende, en el arte indio, el naturalismo con que está representado este niño, que lleva un gorro de dos picos atado a la nuca.



cósmico que va desde las aguas profundas hasta el cenit. De este modo Asoka expresó el carácter sagrado del poder real.

El budismo enriquece con nuevos significados la tradicional representación de la naturaleza. El fervor iconoclasta de los primeros siglos no permitió que Siddharta Gautama, llamado Buda, fuera retratado con forma humana, ni siquiera al ilustrar episodios de sus vidas anteriores, e impuso una representación del Maestro mediante símbolos. Ello dio lugar a un amplio patrimonio narrativo que implicaba al hombre, a la fiera, al reptil y a los dios en el complejo drama de la existencia, en el que aparecen todos los seres vivos en una unión casi simbiótica. En este arte se advierte la convicción, existente ya en la India prearia y védica, de que la vida humana no difiere en su naturaleza de la vida animal o vegetal, creencia a la que el budismo de la época de Asoka añadió un nuevo sentimiento de piedad del hombre hacia toda criatura sensible.

La época de los maurya, por la madurez alcanzada, se puede llamar «clásica». También lo es desde el punto de vista de la evolución de la lengua. A fines del siglo IV a.C. el gramático Pāṇini, en su obra



Aṣṭādhyāyī (colección de ocho capítulos), formula unas reglas rigurosas y casi definitivas para el sánscrito. Los cambios experimentados por esa lengua en los sucesivos

budistas y jainitas. El *Aṣṭādhyāyī*, con sus 3.996 sūtra o aforismos, examina la fonética, la morfología y la sintaxis del sánscrito con un método analítico tan sofisticado que ha

Los investigadores sitúan entre los siglos IV y III la redacción de la sección de las *Upaniṣad* llamada «védica», una obra religiosa de carácter especulativo y didáctico. Pero la obra más notable escrita en sánscrito del siglo IV a.C., según la datación comúnmente aceptada, es el *Arthaśāstra*, tratado de ciencia política de Cāṇakya, consejero de Chandragupta más conocido como Kautilya, es decir, «tortuoso». La obra expone sistemáticamente todos los aspectos de una política absolutista, desde los criterios que deben guiar al rey a la hora de elegir a ministros y funcionarios, hasta sus relaciones con sus hijos y con el gineceo, pasando por la organización de las fortificaciones, la gestión de las minas, las relaciones con los países extranjeros y las operaciones militares. Reviste especial interés el undécimo libro, en el que analiza las dificultades que debe afrontar el monarca para imponerse a la discolia aristocrática, siempre dispuesta a recortar su autoridad para defender sus intereses, así como con los partidos adversos, que se apoyan en motivos étnicos o religiosos. Kautilya teoriza una política «maquiavélica» basada en el disimulo, que tiene su arma más eficaz en el engaño. En los libros siguientes se ilustra la teoría por medio de multitud de ejemplos. También es fundamental el último libro, en el que Kautilya expone los fundamentos metodológicos de su pensamiento, fundamental para el arte de gobernar.

En la literatura de la antigua China tuvieron un papel relevante las **obras filosófico-religiosas**, que además de su interés histórico y cultural, poseen considerable valor estético, y ejercieron gran influencia en la literatura posterior. En la segunda mitad del s. IV a.C., en el decadente imperio Zhou, dentro de la escuela confuciana surgió la figura de **Mengzi** (Mencio, 372-c. 288 a.C.), a quien se atribuye la obra que lleva su nombre. En ella, Mencio divulga su interpretación de los preceptos del Maestro, intercalando frecuentes anécdotas realistas o paradójicas, pero animadas por una intención didáctica que suele desembocar en la moraleja. Esta forma lenta y reflexiva de avanzar puede parecer limitada si se compara con el estilo oscuro pero convincente de los **escritos taoístas**, en los que se expresa el pensamiento taoísta a través de una rica colección de cuentos, parábolas y fábulas,



Arriba a la izquierda: dos de las piezas halladas en las excavaciones de la tumba de Shi Huangdi. A la derecha: campana en bronce del período de los Reinos combatientes (siglo IV a.C.).



con un gran dominio de la lengua. Este pensamiento unas veces es profundo, de tendencia mística, y otras hedonista y cínico. Entre los autores taoístas citados por la tradición el único cuya existencia está históricamente comprobada es **Zhuangzu** (c. 369-c. 286 a.C.), a quien se atribuye la obra que lleva su nombre. Se le considera el prosista más importante de la antigüedad china.

La fanática exaltación del estado totalitario profesada por los **legistas** en sus obras se opone al anarquismo taoísta; el más interesante desde el punto de vista literario es **Han Fei** (c. 280-233 a.C.), que a menudo ilustra sus pensamientos con relatos y apólogos. La obra de Gongsu Long, también del siglo III a.C., es de lectura tan difícil que se presta a interpretaciones distintas, debido a su sofisticada sutileza. Todas las obras citadas están escritas en prosa y son fruto del fervor filosófico de las «cien escuelas». En cambio, la **poesía** floreció en el estado feudal más meridional de la antigua China, el reino de Chu, donde todavía se practicaba una religión popular de carácter chamánico. Las invocaciones de los **chamanes**, intermediarios entre los hombres y el mundo invisible de los dioses y espíritus, derivaron en una interesante producción en verso que se recoge, por ejemplo, en los *Jiu ge* (los nueve cantos), antología compilada entre los siglos IV y III a.C. en la corte de los Chu.

También tiene carácter religioso la obra de **Qu Yuan** (c. 343-c. 290 a.C.), el principal poeta de la antigua China, alto funcionario de los Chu exiliado a causa de las calumnias de los cortesanos envidiosos, que asistió impotente a la derrota de su país, cuya capital fue tomada y saqueada por los ejércitos del reino de Qin. Presa de la desesperación, Qu Yuan buscó la muerte tirándose al río Miluo. Todavía hoy los chinos recuerdan aquel día, el quinto del quinto mes lunar, con una gran fiesta llamada «del dragón». La obra maestra de Qu Yuan es el **Li-sao** (Dolor de la lejanía), en el que el poeta expresa en primera persona su desesperado amor a la patria. Nada consigue atenuar su dolor, ni siquiera un viaje al mundo sobrenatural: «Pero cuando yo subí, en el esplendor del Cielo, de pronto vi desde arriba mi aldea natal. / Triste quedó el cochero y mis caballos titubeantes / bajaron la cabeza y no avanzaron». En el tema del viaje místico y el complicado simbolismo de este poema se

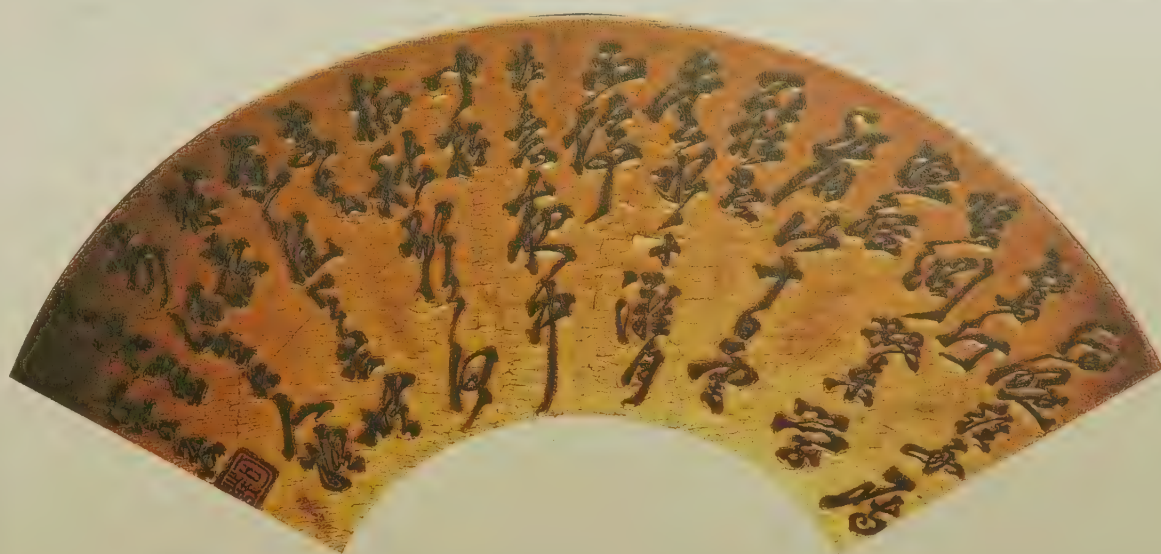


advierte la influencia del taoísmo y de los relatos de los chamanes.

Shi Huangdi, conquistador del reino de Chu y dueño de toda China a partir de 221 a.C., fue el primero en adoptar el título de emperador. Tras derrotar a los señores feudales, con el apoyo de los filósofos legistas declaró también una **guerra despiadada a la cultura de sus oponentes**, con la intención de borrar hasta su memoria. Mandó destruir todas las crónicas locales, todas las copias del *Shu Jing* (libro de los documentos), del *Shi Jing* (libro de las poesías) y de las obras de las escuelas filosóficas, a excepción de las legistas. Los maestros eran funcionarios estatales elegidos por su fidelidad a los dictámenes del emperador. Los que no obedecían lo pagaban con la muerte o con trabajos forzados. Pero Shi Huangdi no logró borrar la historia ni aniquilar el milenarismo pensamiento chino.

Desafiando al emperador, muchos eruditos escondieron las obras prohibidas en las tumbas o en sus habitaciones, y las transmitieron a la posteridad. No obstante, Shi Huangdi es importante en la historia de la cultura china por haber unificado la lengua en todo el imperio. Desde entonces **la universalidad de la lengua escrita**, conseguida por la fuerza, fue uno de los principales factores unificadores de China. Tras el fracaso del brutal totalitarismo Qin, la nueva dinastía Han (a partir de 206 a.C.) se propuso los mismos objetivos, pero con más moderación. Hubo una recuperación de la tradición, que volvió a ser el fundamento de la cultura china. Durante la época Han las poesías del reino de Chu se recopilaban en una antología y se atribuyeron a Qu Yuan y a otros autores.

Al igual que la literatura, las **artes plásticas** produjeron obras de gran interés en la China antigua. Recurrieron bien a materiales pobres, como la arcilla, bien a materiales nobles como el bronce o el jade. Los **mingqi**, objetos que forman los ajuares de las tumbas (miniaturas de figuras humanas, de edificios y de utensilios), son de **terracota**. Unos mingqi muy particulares son los 7.000 soldados de



Arriba: detalle de escritura, época Han. Victoria and Albert Museum. Londres.

Abajo: copa de bronce con tapa, con trabajo inciso y de repujado. A la derecha: figurilla de madera que representa a una dama de la aristocracia ataviada con vestido largo, época Qin.



infantería y de caballería en terracota que Shi Huangdi hizo colocar junto a su sepulcro, para que defendieran el imperio en el más allá. Este extraordinario **ejército de ultratumba**, en el que los soldados difieren no sólo en el uniforme y su armamento, sino también en los rasgos de sus caras, refleja el alto nivel alcanzado por los artistas de la época. Se cree que hubo una organización de tipo industrial, con talleres especializados en la fabricación de las distintas partes, que luego se ensamblaban y montaban gracias al trabajo de herreros y pintores, bajo la atenta supervisión de expertos y arquitectos. Al igual que la terracota, en China la **cerámica** no se consideraba un arte menor, aunque en los siglos IV y III a.C. el bronce y el jade todavía estaban en su mejor momento. En el período de los Reinos combatientes la artesanía del **bronce** produjo numerosos objetos, como fíbulas, campanas, vasos de muchos tipos y unos espejos redondos característicos, que a menudo estaban decorados con incrustaciones polícromas de oro, plata y piedras preciosas como turquesas y malaquitas. Surgió un estilo nuevo, con **fantásticas figuras zoomorfas**. Además de la imagen tradicional del *taotie*, el monstruo cornudo de ojos saltones, hocico recto y labios levantados, enseñando las fauces, son frecuentes los dragones, hidras, serpientes, tigres y aves, transformados por la fantasía del artista, o extraños animales compuestos, como tigres con patas de ave o dragones alados.

El **realismo** de los animales en altorrelieve de algunas tapas, contradiciendo este carácter decorativo, anuncian la **vuelta a la escultura**, sugerida también por las tauromaquias y escenas de caza modeladas en los vasos de bronce de la época. Este arte, centrado en el mundo

animal, es afín al de las estepas de Mongolia, el llamado arte ordos, que llega a su apogeo en el mismo período. La elaboración del **jade** también tuvo un auge importante. Para los chinos era la piedra preciosa más noble, capaz de suscitar pensamientos puros y elevados en aquellos que la contemplaban. Según las normas recogidas en el *Liji* (Libro de los ritos;



siglos IV-III a.C.), se elaboraba una amplia gama de objetos de jade: armas, utensilios, adornos y sobre todo amuletos, como el **bi**, disco plano agujereado en el centro, símbolo del Cielo, el **cong**, símbolo de la Tierra, o los símbolos de las cuatro direcciones del espacio: el tigre blanco del oeste, el dragón verde del este, el caballero negro del norte y el pájaro de fuego del sur.

En el ámbito religioso las antiguas y fecundas relaciones entre Grecia y Oriente también reciben un nuevo impulso con la fundación del imperio supranacional de Alejandro Magno y, al disolverse éste, con la formación de las grandes agrupaciones de estados helenísticos, vinculados por unas relaciones tormentosas pero intensas. En dichos estados los cultos nacionales o locales se consideran ya desfasados, y son

provisiones fúnebres en el Egipto del Nuevo Reino. Desde **Egipto** empieza a difundirse por el mundo griego el **culto a Osiris**, el dios a quien su esposa, Isis, después de matarle y despedazarle, recompuso e hizo resucitar. Se trata de otro mito de muerte y resurrección similar al de Orfeo, que también tiene carácter iniciático y un mensaje de salvación con la promesa de vida eterna. Por otro lado, Alejandro, adorado como hijo de Zeus-Amón, promueve en lo político y encarna

simbólicamente el sincretismo greco-egipcio. A estos movimientos religiosos hay que añadir el **culto frigio a Cibeles**, imagen de la madre Tierra, y de su hijo **Atis**, a quien la madre empuja a la muerte para luego, arrepentida, conseguir que los dioses le den la inmortalidad; y el **culto a Mitra**, antigua divinidad indoiránica del sol, que empiezan a introducirse en el mundo griego. Todos estos cultos tienen en común su carácter soteriológico, ya que a través de la



Izquierda: reconstrucción de la fachada de una gran tumba descubierta en Macedonia (principios del s. III a.C.); estaba constituida por un vestíbulo cubierto por una bóveda de cañón y por una cámara, con los muros surcados de pilares blancos que enmarcan paneles pintados de rojo. Este tipo de decoración prefigura el trampantojo de las casas de Delos y, más tarde, de Pompeya. El friso continuo lleva relieves en estuco pintado que representan una batalla; los personajes pintados en los intercolumnados del plano inferior son el difunto y Hermes (a la izquierda). Arriba a la derecha y abajo: objetos recuperados en una tumba real de Aigai, cerca de Vergina (s. IV a.C.). Se trata de la tela (dibujos tejidos en púrpura sobre fondo de oro) que envolvía las cenizas de la reina (arriba) y de una corona de oro en forma de dos ramas de encina (abajo).



reemplazados por nuevas formas de religiosidad de influencias muy diversas. **El Orfismo** experimenta a partir del siglo VI a.C. un auge notable. Este movimiento religioso se remonta por lo menos al siglo IV, y ofrece a los iniciados, a través de la renuncia a la vida mundana, la salvación del alma, entendida como el elemento divino del hombre destinado a la inmortalidad. También se funde con las creencias y cultos egipcios, como parecen demostrar las llamadas «**tablillas órficas**», finas láminas de oro encontradas en la Magna Grecia y en la isla de Creta, que se pueden datar entre los siglos IV y II a.C. En ellas están grabados consejos para que los muertos realicen su viaje a los infiernos, de forma análoga a los papiros reunidos en el *Libro de los muertos* que formaban parte de las

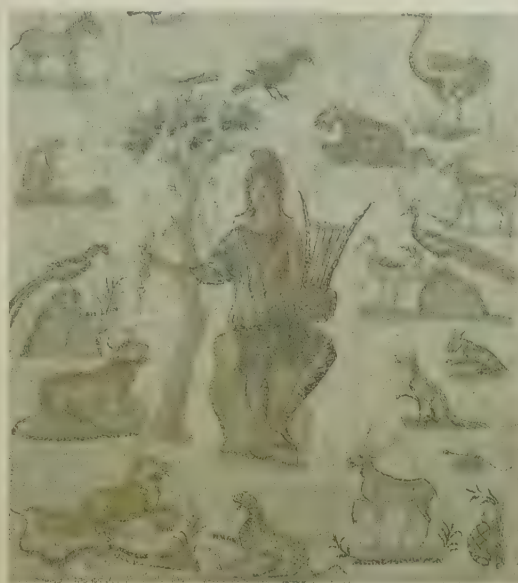


experiencia de una muerte y un renacimiento rituales prometen la salvación (*sotería*, en griego), es decir, la inmortalidad del alma; y su carácter iniciático, pues sólo alcanzan la salvación los fieles que están iniciados en el culto al dios.

La difusión de los Misterios revela una **situación de crisis** que la religión oficial no es capaz de resolver. Las creencias tradicionales se vienen abajo, y se considera que el acceso a una verdad resolutive de la vida consiste en una epifanía de la divinidad, es decir, en una revelación suya al final de un proceso subjetivo de purificación. Los ciudadanos sienten que han perdido el papel activo que desempeñaban en la antigua polis, ya no se consideran miembros de una comunidad cuya identidad y solidez está garantizada por la adhesión a un culto local. Relegados a un individualismo que a menudo produce desorientación, buscan una nueva solidaridad en el ámbito de los **cultos iniciáticos**. Aunque la nueva religiosidad, sobre todo la popular, tiene esta nueva orientación, Grecia no renuncia a su tradición especulativa, y en **Atenas**, la ciudad cultural más importante de todo el mundo griego, surgen las principales escuelas filosóficas del período helenístico: el **epicureísmo**, el **estoicismo** y el **escepticismo**. El racionalismo que profesan estas nuevas tendencias filosóficas contrasta, sólo en apariencia, con el misticismo irracional de los cultos místicos. El intelectual experimenta también una crisis similar y se siente incapaz de hacer síntesis globales y coherentes, refugiándose en la especialización de sus estudios y en el interés por las cuestiones prácticas. **Epicuro** (341-270 a.C.) y **Zenón de Cizio** (c. 336-c. 264 a.C.), pioneros de las nuevas escuelas filosóficas, rechazan los presupuestos metafísicos de Platón y Aristóteles y coinciden en ceñir la investigación filosófica a la realidad, así como en situar a la sensación en la base de todo acto

cognoscitivo. También encontramos esta premisa materialista en los estoicos, quienes, sin embargo, parece que admiten cierta dimensión espiritual, aunque formando parte de la realidad única e indivisible, que es forma y espíritu al mismo tiempo. Descartado un mundo suprasensible, los filósofos helenísticos se inclinan por la **primacía de la ética**: el fin de la filosofía es abordar los problemas individuales y existenciales del hombre y proporcionarle una **felicidad** que pueda alcanzar dentro de los límites de su vida, y no a pesar de ellos. Al margen de las distintas soluciones (Epicuro identifica la felicidad con el placer material, los estoicos con la virtud procurada coherentemente), la felicidad es para todos una **tranquilidad de**

Derecha. Orfeo y los animales; mosaico. Museo Archeologico Nazionale, Palermo. Orfeo es celebrado por la tradición mitológica griega no sólo por el poder encantador de su música, capaz de amansar a los animales, doblar los árboles y arrastrar tras de sí las piedras, sino también como fundador de cultos místicos, iniciáticos y del movimiento religioso (el orfismo) que tomó su nombre. Abajo: busto de Epicuro (341-270 a.C.). Museo Capitolino, Roma.

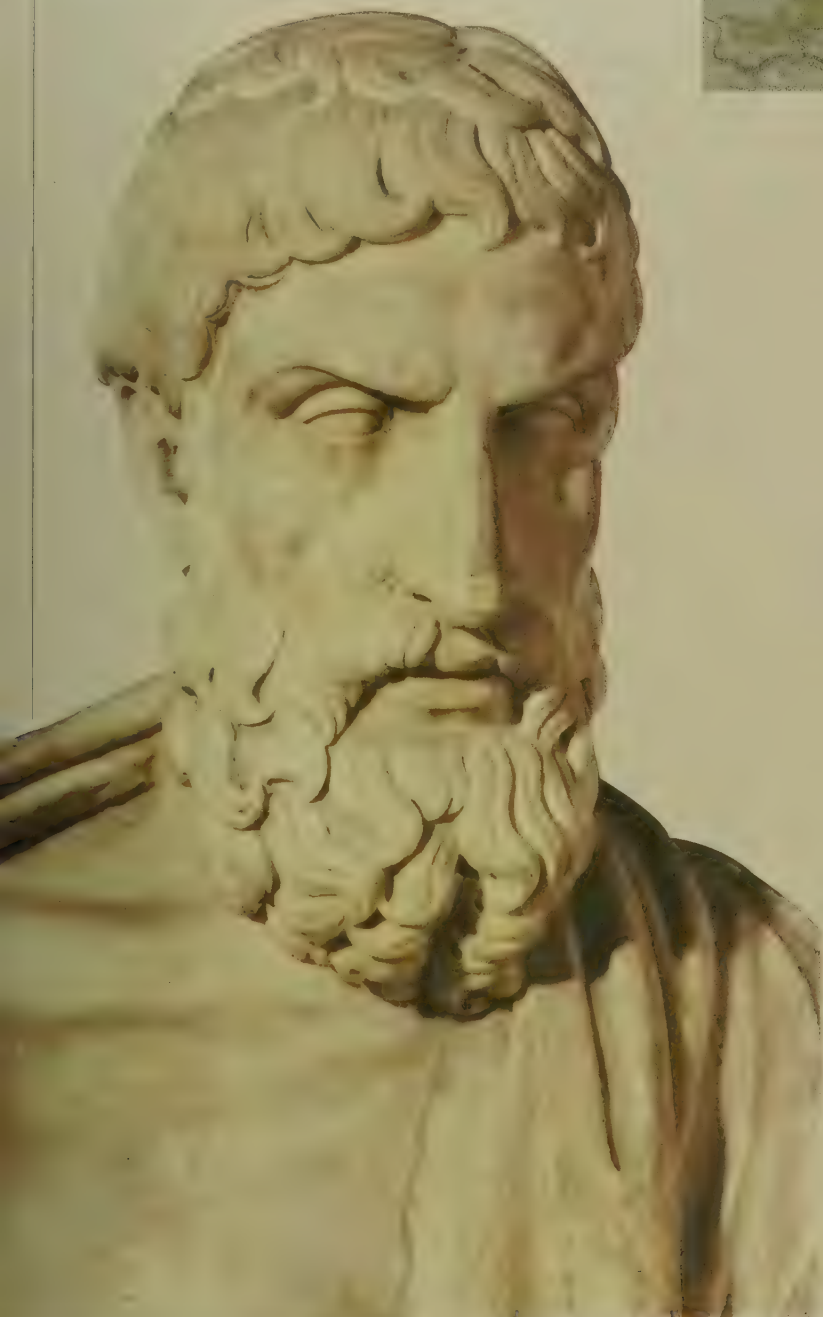


espíritu. Los epicúreos la llaman *aponía* (falta de dolor) y *ataraxia* (imperturbabilidad), los estoicos *apatía* (falta de pasiones), y los escépticos la identifican con una autosuficiencia indiferente ante las cosas y los sucesos, en un estado de autarquía tan radical que lleva a la *afasia*, al absoluto silencio del sabio que renuncia incluso a la palabra. Así pues, el ideal de la filosofía helenística es en realidad un estado de negación basado en la constatación de que el hombre no puede entender y cambiar el orden de las cosas. La única solución al problema de una vida digna sería entonces recluírse en una **dimensión privada**, en un refugio capaz de ofrecer protección frente a los ataques de la vida. Es interesante advertir que en el escéptico **Pirrón** este ideal de existencia no turbada por los acontecimientos externos está influido por la **antigua sabiduría india**. Pirrón había acompañado a Alejandro en su expedición a Oriente, donde había conocido a los *gimnosofistas* (literalmente, «sabios desnudos»), unos sabios parecidos a los faquires capaces de permanecer indiferentes a los sufrimientos del cuerpo. La filosofía acentúa, pues, su carácter soteriológico, en el sentido de ser una guía para alcanzar el equilibrio interior. La especulación pura, desinteresada, pasa a un segundo plano. De todos modos, salvo en el excecpticismo, sigue habiendo un propósito de basar la reflexión ética en una ontología y una cosmología.

Los epicúreos retoman con algunos cambios importantes el atomismo de Demócrito y piensan que la realidad es un conjunto de partículas ínfimas e indivisibles, los **átomos**, que al componerse y descomponerse posibilitan la vida y la muerte de cada cosa. En el universo de Epicuro, dominado por el

movimiento mecánico y rectilíneo de los átomos, todos los fenómenos, incluyendo los humanos, están regulados por una necesidad absoluta: parece como si volviera, bajo un nuevo aspecto, el antiguo concepto griego de *tyche* (el destino) que había inspirado la obra de los trágicos. Pero este destino, al que nada puede escapar, no es de fácil lectura. Epicuro, tratando de conciliar su visión mecánica de la realidad con el libre arbitrio, ese postulado necesario de la ética, introduce una novedad: el **clinamen**, el movimiento no vertical sino oblicuo de los átomos, que chocan de forma totalmente casual. El determinismo da paso al **«casualismo»**, y la ley que regula todo lo existente, desde la realidad física hasta la historia de los hombres y las naciones, tiene ahora un rostro caprichoso e imprevisible, al tiempo que proporciona una lectura más abierta del destino humano.

Los estoicos, en cambio, diferenciándose netamente del pluralismo mecánico de los epicúreos, conciben la realidad como un organismo indivisible y creen en una ley inmanente, en un principio natural denominado «fuego», «soplo», «razón», en una especie de **«alma del mundo»** que imprime a la naturaleza y a la historia una ley a la que nada ni nadie puede escapar. Pero el antiguo pesimismo griego que habla de un destino inescrutable que arrastra a hombres y dioses, reaparece con nuevas formas, en las nuevas condiciones de vida de la sociedad helenística, en la realidad de un mundo que se ha complicado hasta el punto de que el propio sabio no lo puede entender. El **logos** (la razón) de los estoicos, que debería proporcionar orden y racionalidad a lo existente, también incluye la casualidad, que hace vana cualquier certidumbre humana. Los estoicos afirman que en la naturaleza todo tiene efectos sobre todo, y hasta el acontecimiento más irrelevante es capaz de cambiar, aunque sea en muy pequeña medida, las características del conjunto. Esta idea, que combina la rigidez de una ley inmutable con la imprevisible casualidad de los eventos, parece una continuación en el plano filosófico del **culto a Tyche**, la suerte, una de las pocas divinidades de la Grecia clásica que sobreviven en el período helenístico. En este mundo, para el que la divinidad es algo indiferente, como afirma Epicuro, o se identifica con la propia realidad, como en el panteísmo estoico, el sabio busca una **nueva armonía** en la amistad, siguiendo el ejemplo de Epicuro, o en la búsqueda del acuerdo con los demás hombres (siguiendo las enseñanzas de los maestros de la *stoá*), o se repliega en sí mismo, como los escépticos, en una dimensión que excluye, o admite con reservas, la participación activa en las confusas y encarnizadas disputas de los reinos helenísticos, en una actitud defensiva frente a la casualidad que, como en las comedias de Menandro, domina la trama de la historia.



Los seléucidas, que habían heredado de los persas un imperio étnicamente heterogéneo, dieron mucha importancia a la religión. Procuraron **legitimar** su poder dinástico y dar cohesión al imperio, para contrarrestar las fuerzas centrífugas que lo amenazaban, apoyándose en las ideas e instituciones religiosas, y no sólo en las dotes



personales y la fidelidad del aparato administrativo y el ejército. Por lo tanto, en el campo religioso también trataron de **conciliar** centralismo y tolerancia, introducción de dioses griegos y respeto a los que veneraban los otros pueblos, **culto estatal** —organizado por el propio monarca y administrado por sacerdotes y sacerdotisas nombrados por él— y **cultos municipales**. En las ciudades griegas de Asia Menor se presentaron como descendientes directos de Alejandro, y lo mismo que él relacionaron su origen con los

dioses: a partir de Seleuco I proclamaron públicamente su descendencia de **Apolo**. Fue así como en las ciudades griegas del imperio se consolidó el **culto al monarca** y a sus antepasados. En las poblaciones no griegas los seléucidas se presentaron también como herederos legítimos de monarquías pasadas,

basando dicha pretensión en una sanción divina: para las poblaciones iraníes de su imperio, los seléucidas eran descendientes directos de la dinastía aqueménida; para las poblaciones mesopotámicas eran los sucesores de los reyes babilonios, que al igual que Alejandro habían recibido el poder de manos de Marduk-Bel, el rey de los dioses.

El culto al rey, suprema autoridad en el complejo panorama del imperio, era equivalente al **culto a Zeus**, suma autoridad del Olimpo griego, máxima divinidad de la monarquía seléucida, que se convirtió en una divinidad universal. A Zeus le identificaban unas veces con el dios babilonio Marduk, otras con el dios iraní Ahura Mazdāh, y con otras divinidades. Tenía varias funciones, expresadas por los apelativos que le daban:



Zeus Sôter (el salvador) era venerado en Pérgamo; **Zeus Olbios** era el dios protector de la ciudad de Olbia, en Cilicia; a **Zeus Tropaios** (que pone en fuga al enemigo) le atribuían la misma influencia en los destinos del imperio que a Júpiter Capitolino en el creciente poder de Roma; Seleuco I le ofrecía sacrificios a **Zeus Kasios** o **Keraunios** (que quema, que golpea con el rayo) para que le indicara el lugar donde debía fundar Seleucia Pieria, ciudad de Siria que se convirtió en puerto comercial de Antioquía, uno de los más activos e importantes de la región, sede de intensos intercambios.

Este último epíteto de Zeus, con su alusión al cielo, a la tormenta, al rayo, lo que le daba una connotación bélica, le acercaba a las divinidades guerreras de Siria, Anatolia, Fenicia y Arabia, de origen local o helénico, que conocemos gracias a los

monumentos de Palmira o Dura Europos y a las esculturas romanas.

Las **divinidades guerreras** tuvieron mucha importancia en un sistema político que basaba su cohesión interna en el carisma del jefe como caudillo, en su imagen de vencedor de los enemigos internos y externos, un aspecto que ponen de relieve los apelativos con que los reyes acompañan su nombre: Seleuco Nicátor (el vencedor), Seleuco Sôter (el salvador), o Cerauno (el fulminador) o Seleuco Calínico (el glorioso vencedor).

En Pérgamo, donde los cultos también tenían significado político, **Atenea** era venerada como **Poliás Nikephoros** (protectora de la ciudad y portadora de victoria) en un espléndido santuario suburbano. En cambio **Mitra**, dios de la luz y



A la izquierda: estatua de la diosa Ishtar (siglo IV a. C.). Musée du Louvre, París.

Arriba: el dios Ahura Mazdāh, al que los soberanos seléucidas identificaban con el Zeus griego. Al lado: vista de las ruinas de Pérgamo. En la gran ciudad del Asia Menor, en la que los cultos tenían también un significado político, se fomentaba el culto de Dioniso y de Asclepio, relacionado este último con la protección otorgada por los Atálidas, señores de Pérgamo, a la ciencia médica.

la victoria destinado a convertirse en dios de los ejércitos, procedía de la cultura indoiraní. Además de las divinidades de atributos guerreros, otros dioses helénicos eran venerados en las regiones occidentales del imperio seléucida. Tuvo mucha resonancia el culto a **Dioniso**, impulsado sobre todo por los atálidas, la dinastía instalada en Pérgamo, y el culto a **Asclepio**, también en Pérgamo, relacionado con la protección de los reyes a la ciencia médica.

Pero la política religiosa de los seléucidas no consistía sólo en la introducción de dioses de origen griego, enriquecidos con rasgos propios de las diferentes culturas, ni en la helenización de los cultos locales. Consiguieron que fueran respetadas las **divinidades indígenas**, a cambio de la aceptación del culto al rey por parte de las poblaciones sometidas. Durante su dominación, **Uruk**, la ciudad santa de Mesopotamia, volvió a ser un importante centro de la religión y la cultura babilónica;

sus grandes templos fueron reconstruidos desde los cimientos, si no directamente por los reyes, al menos con su aprobación y ayuda. En Barsippa, en la región de Babilonia, el propio Antíoco I (325-261 a.C.) mandó restaurar Ezida, el grandioso templo de **Nābu**, divinidad tutelar de la ciudad, dios de la escritura y la cultura autor de las *Tablas de los destinos*. Estratónice, esposa de Seleuco I, mandó reconstruir un gran templo dedicado a **Atargatis**, una de las versiones de la diosa madre anatólica. En la península de Anatolia estaba muy extendido el culto a la Gran Madre, de indudable carácter místico, afín a los «misterios de Eleusis». El rey de Pérgamo Filetairo y Eumenes II dedicaron un santuario a **Deméter** y a su hija **Coré**, figuras divinas que se pueden relacionar con la diosa antes citada, a la que el mismo Filetairo dedicó un templo en las cercanías de Pérgamo. Durante la Segunda guerra púnica Atalo I envió a Roma la famosa **pedra negra de Pesinunte**, un meteorito venerado como imagen anicónica de la Gran Madre **Cibeles**. Todas estas divinidades gozaron de gran favor en el imperio seléucida, de donde se propagaron a Occidente.

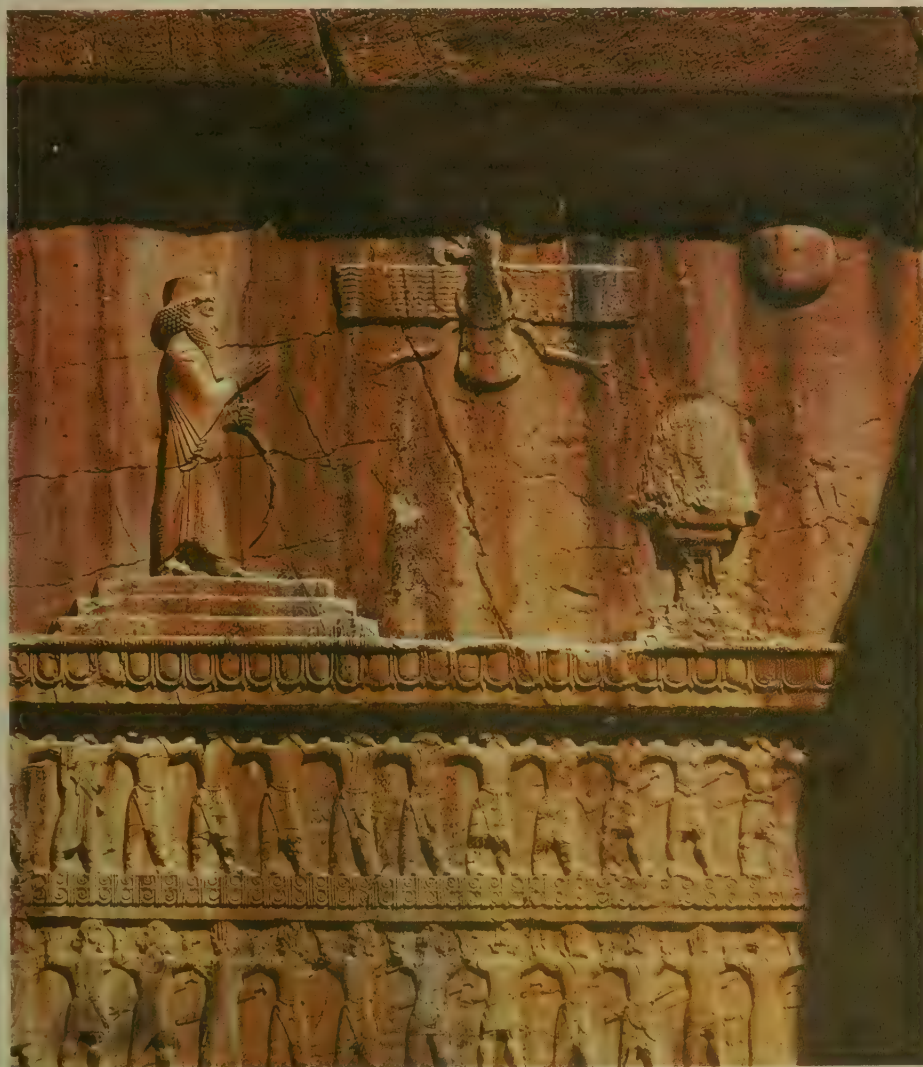
Desde estas mismas regiones se propagó el culto a otra divinidad de origen antiguo, muy relevante en la época helenística: **Sabacio**, dios oriundo de Frigia, representado con vestimentas orientales, gorro frigio, algunos atributos como la serpiente y el águila, y por lo general en actitud de bendecir, con la mano alzada, los tres primeros dedos estirados y los otros doblados. Al principio se identificó a este dios con Dioniso, por el carácter místico del culto, pero luego participó del sincretismo propio del clima



A la izquierda: friso superior de la tumba de Artajerjes II, con el rey adorando a Abura Mazdäh y a la luna. El culto del dios Abura Mazdäh, precisamente de origen persa, también halló amplia continuación en el reino de los Seléucidas, que optaron por una previsora política de tolerancia, y a menudo de asimilación religiosa, adoptando ritos y dioses de las diversas poblaciones sometidas. Arriba: Apolo (siglo IV a.C.), de Civita Castellana. El culto de este dios fue uno de los más difundidos de la antigüedad, del que los seléucidas se proclamaban descendientes.

religioso helenístico y fue identificado, por ejemplo, con Zeus, o incluso con el *Theòs Hypsistos*, el Altísimo de los judíos. Durante el reinado de Atalo III (135-134 a.C.) Sabacio fue una de las divinidades oficiales de Pérgamo y compartía el santuario con Atenea *Nikephoros*. Su culto se difundió por todo Occidente, en particular en Roma: en distintas localidades se han hallado manos que bendicen asociadas a pequeñas imágenes del dios.

Pero el culto a la divinidad siempre estaba subordinado al culto al rey, cuya autoridad unificadora y pacificadora también tuvo un sólido apoyo en la filosofía. En particular, la **filosofía estoica** era acorde con los intereses de los seléucidas, con su teorización del cosmopolitismo jurídico y su identificación del orden político y social impuesto por el rey con la racionalidad del principio cósmico. Es probable que Seleuco I lo evocara cuando hablaba así a su ejército: «Yo deseo imponeros... la ley común a todos de que lo decretado por el rey siempre es justo».



La unidad política del estado egipcio estuvo siempre apoyada en el culto a unas divinidades en el que se mezclaba una complicada doctrina, el culto al monarca y la piedad popular. El primero de todos era el **dios Ra**, identificado con el sol, del que todo es emanación: luego **Horus**, «el que vuela alto», dios del cielo cuyos ojos son el sol y la luna, representado como un halcón; a continuación, **Amón**, «el escondido», antiguo dios del viento, y por extensión principio vital y fundamento de todo ser. Todos ellos se asociaban a la figura del faraón, que era su encarnación, por lo que su poder tenía carácter sagrado. Las capas bajas de la población también se adherían a esta especie de «culto de Estado», ya que la omnipresencia del dios hacía que el faraón escuchara todas las súplicas y consolara a los más humildes en las tribulaciones de su vida. En monumentos modestos construidos por



Arriba: capitel con la cabeza de la diosa Hathor; templo de época tolemaica en Filé. Hija del dios Sol (Ra), tenía una parte importante en el mito de la Vaca celeste. Del culto de Hathor se ocupaban sacerdotes, sacerdotisas y cantantes, y de su culto tomó el nombre una particular danza ritual. Izquierda: máscara funeraria dorada y decorada de época tolemaica. Museo Egipcio, El Cairo. Incluso cuando, durante los tolemeos, participó activamente en la elaboración de la civilización helenística, Egipto siguió manteniendo sus propias tradiciones, como la de las máscaras funerarias que cubrían el rostro de los difuntos. Derecha: simbología solar en un Libro de los muertos de época tolemaica. Museo Egizio, Turín.



particulares hay inscripciones que recuerdan el intimismo profundamente religioso de los *Salmos* bíblicos: «Fuera de Amón no hay refugio para el corazón», «mi dios es para mí un monte», una «sólida fortaleza».

La religión egipcia tenía un carácter marcadamente místico, ya que se basaba en una relación personal de devoción y en una adhesión íntima. Este sentido de la

realidad del dios también la caracterizó durante el helenismo, suscitando el asombro y el interés de los griegos. Pese a todo, la pérdida de independencia y la mezcla de culturas que supuso la emigración masiva de griegos en la época de los tolemeos, debilitó en Egipto el sentido de la identidad nacional y la estructura de su religión. Para devolver la antigua cohesión al nuevo estado, los tolemeos recuperaron el **culto al rey**, adorado como un dios en vida. Y para favorecer la unión entre Egipto y Grecia, a los

que deberían sumarse, por lo menos según sus ambiciosos proyectos expansionistas, Siria y Anatolia, Tolomeo I creó a principios del siglo III a.C. el culto a **una nueva divinidad, Sérapis**, cuya función habría de ser la misma que la de Ra, Horus y Amón en el pasado. El nuevo dios llevaba ya en su nombre un reclamo para los pueblos a quienes iba dirigida la política religiosa de Tolomeo I; al parecer, Sérapis es una helenización equivocada de Orisis-Apis, recogiendo así el mito del dios tauriforme Apis, que al morir se convierte en Osiris. Pero también podría

hacer referencia al dios babilonio Shar-Apsi, «señor del océano», y también a Zeus Hades, divinidad griega de ultratumba venerada en Anatolia, el Júpiter Dite de los romanos. Sérapis se representa como un joven atlético con una corona de rayos de sol; o bien con un moyo (un recipiente para medir el grano) sobre la cabeza, como las divinidades griegas de la fertilidad; y a menudo aparece con el perro trícipite Cerbero a su lado. Se trataba, pues, de una divinidad solar, y como tal relacionada con la fecundidad y los ritos de muerte y resurrección que la acompañan.



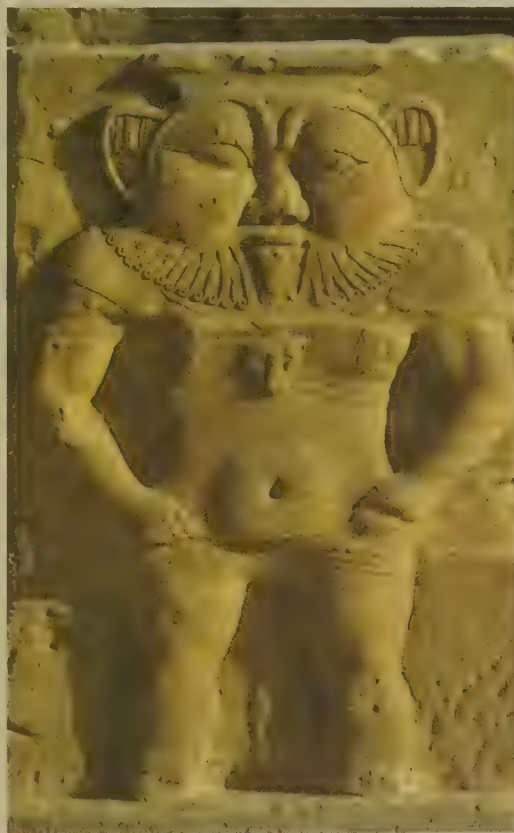
que la religión egipcia se fue helenizando durante el largo período comprendido entre la llegada de los primeros mercenarios griegos a Egipto, durante el reinado de Psamético I (664-610 a.C.), hasta la conquista de Alejandro. Buen ejemplo de ello es la **interpretatio graeca** de las divinidades egipcias. No se trata de una simple traducción de los nombres, sino de un intercambio osmótico entre ambas religiones. No sólo **Neit**, divinidad guerrera antropomorfa, es identificada con Atenea, o **Ptah**, patrón de los artesanos, con Hefesto, o **Thot**, mensajero de los dioses, con Hermes, y así sucesivamente. Además, los dioses griegos adquieren en su patria caracteres egipcios y al revés. En Samos el culto a **Hera** incluye un gato de bronce de origen egipcio, porque en Egipto la gata Bastet se identifica con Mut, esposa de Amón, equivalente egipcio de Hera; el egipcio Anubis, dios de los muertos con cabeza de chacal, se representa con unas llaves, por su relación con Aiaikos, juez griego de los muertos. Pero el ejemplo más significativo de las tendencias sincréticas del período helenístico es la **helenización de Isis**, antigua e importante diosa egipcia, esposa y hermana de Osiris, madre de Horus y convertida tardíamente en una divinidad universal. La adaptación de Isis a la sensibilidad griega también se refleja en su indumentaria: el antiguo paludamento se convierte en un peplo griego, el peinado pierde los rasgos egipcios más característicos, y se le atribuye la

cornucopia, un detalle de gran importancia. Dado que en Grecia la cornucopia es un atributo tradicional de **Tyche**, la diosa de la suerte, que extrae sus dones de ella, su presencia señala que Isis se ha identificado con Tyche, o más bien que Tyche se ha subordinado a Isis, ya que ésta puede decir:

«Yo (Isis) venzo al *eimarméne* (el destino). El *eimarméne* me obedece.» Esta afirmación contrasta con la cultura griega, para la cual el destino es la fuerza suprema a la que los propios dioses se deben someter. Por otro lado, expresiones como: «Yo he derribado el gobierno de los tiranos» expresan una

Izquierda: Isis-Afrodita; estatuilla de época helenística. La diosa desnuda, con cintas y joyas pintadas en el cuerpo, lleva en la cabeza una guirnalda de pétalos, sobre los que se apoya un peinado en cálathos (canasto). Estatuillas como ésta reflejan la costumbre de incluir en la dote de las jóvenes la figura de la diosa del amor. En época helenístico-romana el culto de Isis se hizo muy popular en toda la cuenca del Mediterráneo, donde a menudo la diosa se asimilaba a divinidades femeninas locales. Arriba, a la derecha: caja con momia de gato (período tardío o tolemaico). Amplias necrópolis de gatos se hallaban en Bubasti, la ciudad consagrada a Bastet, la diosa gata. Abajo, a la derecha: relieve con figura de Bes (época helenístico-romana), del templo de Déndera. A pesar de su aspecto grotesco, Bes gozaba de un culto extendido y popular por sus cualidades apotropaicas y en cuanto divinidad de la alegría, la música y las manifestaciones alegres de la vida.

Sérapis era objeto de un culto misterioso practicado por iniciados que se reunían en secreto para celebrar ritos, incluyendo representaciones sagradas en las que aparecía el propio dios y aseguraban la salvación de los fieles. El culto a Sérapis preconizado por Tolomeo no halló eco en el sentimiento religioso egipcio, fiel a sus dioses tradicionales. Pero es un hecho indudable



exigencia política típicamente griega; y esta otra: «Con Osiris, mi hermano, he puesto fin a la antropofagia» indica que la actitud de la diosa corresponde al ideal griego del héroe civil. A Isis y Osiris se les tributa un culto en el que se ha modificado profundamente el valor de los ritos para la resurrección de Osiris, que eran tradicionales en las ceremonias fúnebres egipcias. En ellas, se identificaba al difunto con el dios, muerto y resucitado. En cambio, en los misterios helenísticos el fiel atraviesa simbólicamente el reino de los muertos para vivir una nueva vida. Pero Isis también fracasa en lo mismo que Sérapis: el carácter nacional de la religión egipcia se ha perdido irremediablemente, y ella se reduce cada vez más a una dimensión meramente individual. Pero gracias a esta capacidad para establecer una relación íntima e intensa con la divinidad, las religiones que nacieron en el Egipto helenístico (de una civilización milenaria y sabia a la que ya Platón había elogiado) tuvieron **muy buena acogida entre griegos y romanos**, insatisfechos con su fría relación jerárquica con los dioses. El culto a Sérapis e Isis penetró en los centros neurálgicos de la civilización grecolatina, en Pérgamo y Roma, y se propagó por la periferia pasando a Hispania, Galia y las regiones orientales, llegando hasta el Danubio y el muro de Adriano.

Si en todas las sociedades, antiguas y modernas, la religión tiene una influencia política, en Roma la religión se distingue por la relevancia especial de su dimensión pública. La *populi romani religio* es al mismo tiempo teoría religiosa y doctrina del Estado. El culto a los dioses se expresa a través de unas prácticas que la sociedad ha heredado de sus antepasados, y no puede alterarlas so pena de caer en una culpable *superstitio*. La profunda relación entre *sacer* y *publicus* hace que el propio mito se incluya en la trama de los hechos históricos (como ocurre con la historia de



A la izquierda: estatua de Esculapio, latinización del dios griego Asclepio. Musei Capitolini, Roma.

Al lado: mosaico con escena del Nilo en el templo de la Fortuna. Museo Prenestino, Palestrina. Abajo: relieve con escena de iniciación a los misterios dionisiacos. El culto de Dioniso se difundió ampliamente en el mundo romano, que atribuyó al dios el nombre de Baco, cronológicamente posterior al otro. Museo Nazionale delle Terme, Roma.

Eneas) y a convertir en mitos los acontecimientos del pasado del pueblo romano, reseñados en los *annales* por los pontífices. En la vida diaria, si se quiere dar trascendencia a un acto, se ritualiza hasta tal punto que la preponderancia del culto aparece como el rasgo más característico de la religión romana. La concepción de la *religio* es muy especial: no se trata de un sistema de creencias derivadas de una revelación, sino de un afán constante por interpretar la voluntad de los dioses y conciliarse con ella. Esto desembocó en una proliferación de divinidades y en una organización sacerdotal compleja. Según los antiguos formularios rituales, conocidos como *Indigitamenta*, cada acción, incluso cada segmento de una acción, es la manifestación de una divinidad. Por ejemplo, cuando los *fratres Arvales* (un colegio sacerdotal relacionado con el culto agrario) talaban árboles en un bosque sagrado, sacrificaban a *Deferenda* por talar el árbol, a *Commolenda* por el corte en secciones del tronco, a *Coinquenda* por el escudrado y a *Adolenda* por quemar las ramas que no se utilizaban. En los *Indigitamenta* se citan los atributos de los *numina*, por lo que podemos saber cuáles eran estos dioses personalizados que realizaban las funciones más importantes.

La estructura fundamental de la religión romana se basa en la llamada **tríada capitolina**: **Júpiter**, dios supremo desde los orígenes, **Marte**, venerado bajo el doble aspecto de dios de la vegetación y de la guerra, y **Quirino**, antiquísima divinidad que da nombre a los quirites, identificados en la época histórica con los romanos. Tras la

anexión de las ciudades de la Liga latina, Júpiter es venerado como Óptimo Máximo, asociado a **Juno**, diosa de la fertilidad y la soberanía, antigua patrona de Veyes, y a **Minerva**, divinidad protectora de la comunidad, identificada con la griega Atenea. A estos dioses mayores se suman otros muchos, los más importantes de los cuales, en la época arcaica, son **Jano** y **Vesta**. El conservadurismo religioso de los romanos no puede impedir una continua evolución en el panteón. Algunas divinidades desaparecen, otras son identificadas con los dioses griegos (como Juno con Hera), o son directamente de origen griego (como **Esculapio**, latinización del dios griego de la medicina, Asclepio, introducido en Roma en 291 a.C.); otras, como Ceres, pese a su origen antiguo, empiezan a destacar más adelante; por último, hay otras como **Venus**, que al principio era una divinidad itálica de significado bastante vago, que en el proceso de helenización de la cultura romana (siglos IV-III a.C.) acaba

siendo identificada con la diosa griega del amor, Afrodita.

Es tan fuerte el vínculo entre las divinidades de Roma y la ciudad, que ésta se convierte en su morada. Este concepto fue expresado en la narración que hace Livio de la historia de Furio Camilo. Oponiéndose a quienes proponían trasladar la ciudad, destruida por los galos, Furio Camilo afirma que **Roma** sólo puede alzarse sobre ese suelo bendecido por Júpiter. La ciudad sería, pues, un **inmenso templum**, morada común de hombres y dioses. Con esta visión, todos los acontecimientos de la historia de Roma adquieren un cariz religioso. Por ejemplo, la paz entre patricios y plebeyos, tras la firma del acuerdo conocido como leyes Licinias-Sextias de 377 a.C., se celebra dedicando un templo a la diosa **Concordia**. Pero el valor político de la religión romana alcanza su



LA DEVOTIO DE DECIO MUS

La devotio es una muerte voluntaria que, a diferencia del suicidio, huida extrema de la comunidad humana, tiene un carácter altruista; es más, se trata de la forma más elevada de servicio al Estado, y se lleva a efecto con arreglo a normas religiosas precisas.

Si un suicidio suscita repugnancia, esta ofrenda de la propia vida para el bien común, en un contexto muy ritualizado como es el romano, se considera un modelo de comportamiento ejemplar.

El propio Livio, en su octavo libro de historia de Roma, recuerda con admiración la devotio del cónsul P. Decio Mus durante la guerra contra el vecino pueblo de los latinos.

En aquella ocasión, como en otras, la retirada del ejército romano se atribuye a la cólera de los dioses.

Para aplacarla y obtener la pax deorum, el cónsul (que podría ser reemplazado por cualquier ciudadano de Roma) decide consagrarse a las divinidades buscando una muerte heroica, que atraiga sobre sí «todas las amenazas y peligros procedentes de los dioses súperos e ínfimos».

Antes de este sacrificio expiatorio pronuncia una plegaria, dirigiéndose en primer lugar a Jano, dios protector de todo comienzo, luego a los dioses de la tríada capitolina —Júpiter, Marte y Quirino— y por último a los manes y a los lares, divinidades de los muertos. Todos estos dioses son autóctonos, lo que indica que es un rito antiguo.

El cónsul se pone una toga pretexta, el

vestido de los magistrados, y vela su cabeza, como un pontífice durante el sacrificio. Todos sus gestos y palabras responden a normas rígidas.

Con su sacrificio (que a diferencia de los que sucede en un votum es anterior a la acogida de la plegaria), el cónsul desea vincular la voluntad de los dioses, que no dejarán de atenderle.

Se adentra en las filas enemigas, desarmado, al encuentro de la muerte. Dado que es una «víctima expiatoria de la ira celestial», su aspecto es «más imponente que el de un simple mortal» y provoca un «temor supersticioso», «una atmósfera de terror», una verdadera sugestión.

Es como si echara sobre el enemigo la maldición que había caído sobre los suyos, como si comunicara un contagio mortal. En el lugar donde cae acribillado, señal de que su sacrificio ha sido aceptado por los dioses, «las tropas latinas [...] se alejaron buyendo y dejaron a su alrededor un gran vacío». En el mismo instante los legionarios romanos vuelven a combatir «intactos, con las armas resplandecientes», «como si la señal de ataque se hubiera dado en ese momento».

Vemos, pues, que el sacrificio del cónsul anula el momento desfavorable en el que había empezado la batalla, y que había condicionado su curso. El combate se reanuda con los mejores auspicios, ya que se ha restablecido la pax deorum que, en la conciencia colectiva de los romanos, es el requisito del éxito de cualquier acción.

Libera-Perséfone con Orco-Hades, el dios de ultratumba, que se la lleva a los infiernos, aunque le permite volver a la Tierra todas las primaveras. Esta divinidad también tiene un importante significado político, por su estrecha relación con la plebe romana, en especial con los tribunos y los ediles.

En la época de la Segunda guerra púnica, caracterizada por un desconcierto general que favorece la búsqueda de nuevas verdades, se introduce en Roma el culto a una nueva diosa ctonia, la frigia **Cibeles**. Atalo I, rey de Pérgamo, a petición de una embajada romana, entrega la famosa **pedra negra**, que desde hacía siglos se veneraba como imagen de la diosa en el templo de Pesinunte. El día de su llegada a Roma, en abril de 198 a.C., se celebró una solemne procesión, y la fecha se recordó los años siguientes con unas fiestas,

las megalesias. Los sacerdotes de la diosa (coribantes y galos) celebran **ritos orgiásticos**, pero la introducción de Cibeles tiene también significado político, ya que es obra del patriciado, que pretende contrarrestar el culto a Ceres, símbolo de la acción plebeya, y **limitar la difusión de cultos extranjeros**, que proliferan en Roma durante los últimos decenios del siglo III a.C. En 213 a.C. el pretor Actilio Régulo, por encargo del Senado, ordena que todos los libros de supersticiones extranjeras sean entregados, y que nadie haga sacrificios en lugares públicos o sagrados con los ritos extranjeros. En los años 186 a 181 a.C. se reprimen los cultos orgiásticos en honor a Dioniso-Liber-Baco. La introducción de estos cultos es un indicio de la crisis que desembocará en la segunda mitad del siglo I a.C. en la disolución del estrecho vínculo entre el individuo y la comunidad estatal. Más tarde, el *mos maiorum*, las costumbres de los antepasados, perderá toda vigencia.



A la derecha: Júpiter, busto romano del original griego del siglo II a.C. Júpiter, el dios supremo, forma, con Marte y Quirino, la llamada tríada capitolina, fundamento de la religión romana. Júpiter, tras la victoria sobre las ciudades de la Liga latina, es venerado como Óptimo Máximo, y es asociado a Juno, diosa de la fecundidad, y a Minerva, protectora de la comunidad.

máxima expresión cuando el individuo sacrifica su propia vida a los dioses por la salvación de la patria, como en el **rito de la devotio**, el sacrificio del comandante, o de un legionario que le sustituye, para propiciar la victoria del ejército de Roma. En la época helenística, la dimensión política civil de la religiosidad romana se pone de manifiesto también en los cultos que tienen un carácter más subjetivo y dan rienda suelta a las emociones. Las clases populares, sobre todo, se sienten atraídas por una relación más íntima con la divinidad, que resulta aún más fascinante si tiene aspectos misteriosos y exóticos. Se produce así un significativo auge del culto a **Ceres**, antigua divinidad itálica, pronto identificada con la griega Deméter (asimismo, los hijos de Ceres, **Liber** y **Libera**, son identificados con Dioniso y Perséfone, hijos de Deméter). Ceres es la diosa de la vida

y la muerte, ya que da vida a la vegetación, sustento de animales y hombres, pero luego acoge en su seno sus cadáveres. La diosa tiene rasgos comunes a muchas divinidades ctonias del área mediterránea como Cibeles, Isis o Sérapis, y al igual que a ellas se le rinde un culto iniciático en el que desempeña un papel importante la representación de la boda de

Plutarco, que escribe en el siglo II d.C. pero se basa en fuentes más antiguas, dice en las *Obras morales* que los **cartagineses** son «un pueblo triste y despiadado», «austeros y despreocupados de los placeres y las alegrías de la vida»: un severo juicio que refleja bien a las claras el sentimiento de extrañeza con que el mundo clásico reaccionó ante la civilización púnica, a pesar de mantener frecuentes y antiguas relaciones con ella. Los cartagineses habían permanecido bastante fieles a sus tradiciones, como el culto a las divinidades de su originaria Fenicia. La principal divinidad, el «señor de los altares de incienso» (este es el

fuelle de toda forma de vida. Su culto parece relacionado con el de la «Diosa Madre», que aparece, con distintas variantes, en todo el Mediterráneo occidental. Los griegos la identificaron con Hera, y los romanos con Juno (en la *Eneida*, protectora de Cartago y enemiga implacable de Eneas). Tanit es la tierra, fecundada por Baal, dios de las tempestades y las lluvias, su esposo. Los dos intervenían en los ritos, muchas veces sanguinarios, que se celebraban para asegurar el renacimiento de la naturaleza. Uno de estos ritos crueles (*molk*), el que más impresionó y escandalizó a griegos y latinos, era el **sacrificio de los primogénitos**. El testimonio de las fuentes literarias ha sido confirmado por las excavaciones arqueológicas, que han sacado a la luz, junto al antiguo puerto comercial de Cartago, un gran cementerio llamado **tofet** (término hebreo que significa «recinto sagrado») por analogía con un santuario situado en los alrededores de Jerusalén donde también se sacrificaban niños. En él se encuentran las urnas con las cenizas de los niños quemados en la hoguera. La bárbara costumbre se practicó durante toda la historia de Cartago, pero con variantes significativas: en un **tofet** descubierto en Adrumeta (urnas del siglo IV), los huesos humanos están mezclados con huesos de animales, y en las de época más reciente sólo hay huesos de animales.



significado del nombre) era **Baal Hammón**, protector de la ciudad. Un halo maligno rodeaba a esta figura, que los griegos identificaron con Cronos, el dios cruel que devora a sus hijos. El hombre consideraba que estaba a merced del poder divino, (como se aprecia en la onomástica cartaginesa: Aníbal significa «el predilecto de Baal» y Asdrúbal «mi ayuda es Baal».

Un rasgo de la religión cartaginesa, comparada con la fenicia, es la creciente importancia que cobra la divinidad femenina. **Tanit**, la **diosa de la fertilidad**,



Izquierda: estela votiva (s. III-II a.C.), recuperada en Cirta (Constantina); representa a la diosa Tanit con el caduceo en la mano.

Al lado: estela en arenisca del tofet de Salambó, en Cartago. **Arriba, en ambas páginas:** el tofet púnico de Tharros (s. III a.C.), en Cerdeña, con las urnas cinerarias.

Página contigua, a la izquierda: detalle de otra estela (s. IV a.C.) procedente del tofet de Salambó, en Cartago, con la figura de un sacerdote que tiene en brazos un niño destinado al sacrificio. Museo del Bardo, Túnez.

Derecha: Tanit, diosa púnica de la fertilidad, con anillo en la nariz y pendientes de oro. Museo Arqueológico, Madrid.



El fanatismo religioso de los cartagineses se suavizó en el período helenístico, probablemente por influencia de la cultura griega, pero siempre estuvo dispuesto a reavivarse en los momentos de crisis, como en 310 a.C., durante la campaña africana de Agatocles, tirano de Siracusa. Los cartagineses creyeron que los reveses que habían sufrido eran un castigo divino a causa de la relajación de las costumbres de la aristocracia, que había reemplazado a los niños por animales en los sacrificios. Ese año, tal como denuncia Diodoro Sículo, **se inmolaron quinientos niños**, primogénitos de las principales familias, para aplacar la ira de los dioses. Los dioses locales nunca fueron abandonados, y convivieron con las divinidades de origen griego.

En 396 a.C. el ejército cartaginés, mientras combatía en Sicilia contra Dionisio, tirano de Siracusa, fue diezmado por una epidemia, tal vez de fiebres tifoideas. Este mal se atribuyó a la ira de dos divinidades muy veneradas en la isla, **Deméter** y su hija **Perséfone**, cuyos templos habían sido destruidos por los cartagineses. Para expiar el sacrilegio se decidió construir en Cartago un templo dedicado a las dos diosas, en el que se celebraron ritos según la costumbre griega, dirigidos por sacerdotes de noble familia. Las diosas aparecen además en muchas monedas acuñadas en Sicilia para pagar a los

mercenarios. Este episodio, que arroja luz sobre la relación existente entre la ciudad fenicia y el mundo griego, también demuestra que en Cartago persistió una actitud supersticiosa. La **superstición** estaba muy arraigada, debido a la convicción de que el mundo estaba habitado por poderes sobrenaturales hostiles. El uso de amuletos era frecuente. Otro ejemplo de torvo fanatismo religioso que nos ha llegado a través de autores griegos (Plutarco) y latinos (Livio) es el juramento que hizo Aníbal cuando sólo tenía nueve años a su padre Amílcar y a los dioses de la patria, de que siempre odiaría a Roma y lucharía contra ella.



Pero el helenismo, aunque con obstáculos, también en **Cartago** consiguió abrir brecha en el compacto tejido religioso. Gracias a Jámblico (c. 245-c. 325 d.C.), filósofo neoplatónico, sabemos que en la Cartago de los últimos decenios había florecido una **escuela de orientación pitagórica**. Y si bien se puede objetar que esta doctrina había llegado a tener un

primera del III. En noseología los cirenaicos son **sensistas**, pues sostienen que la única forma de conocimiento que tiene visos de certeza para nosotros son las sensaciones. Pero éstas no son fieles a los objetos que las producen, y no permiten recabar un conocimiento absoluto de la realidad. De ahí se desprende una desconfianza radical en el saber científico y especulativo, por lo que los cirenaicos centran su atención sobre todo en



marcado carácter místico, no olvidemos la figura de un representante del helenismo cartaginés de la talla de Asdrúbal. Éste, más conocido por el nombre griego de Clitómaco (187-c. 110 a.C.), se trasladó a Atenas poco antes del fin de Cartago y en 129 sucedió a Carneades al frente de la Academia ateniense. Si en Cartago la filosofía helenística tuvo expresiones más bien dudosas, no ocurrió lo mismo en **Cirene**, más próxima a la influencia griega. Allí el filósofo **Aristipo** (435-366 a.C.) fundó, probablemente a principios del siglo IV, una de las llamadas escuelas socráticas menores, la **«escuela cirenaica»**, que perduró a través de varias generaciones hasta desembocar en el **epicureísmo**. Entre sus representantes, además de Aristipo, que fue discípulo de Sócrates, destacan Teodoro, llamado «el ateo», el «iluminista» Evémero y Hegesias, llamado «el que aconseja la muerte» por su profundo pesimismo, que vivieron entre la segunda mitad del siglo IV y la

los problemas de la moral. En ética desembocan en un **hedonismo intelectualista**: si, como decía Sócrates, el bien, una vez reconocido por la razón, no puede dejar de mover la voluntad, todo aquello que se impone a la voluntad como deseable, como agradable, es bien. Por esta vía los cirenaicos acaban identificando el bien con el placer físico, aunque moderado, para que no se transforme en dolor. Pero este hedonismo racionalista, refinado hasta la extenuación, provoca a menudo un desolado cansancio de la vida y ganas de morir, como en Hegesias. Entre Cartago, con su profunda religiosidad, y Cirene, de cultura inquieta y refinada, sin duda es la primera la más próxima a la sensibilidad religiosa del resto del continente africano. En el culto a la diosa **Tanit**, la Madre Tierra, se ha visto la influencia de las tribus nómadas libias y númeras, vinculadas a los ritmos de la naturaleza y ajenas a las abstracciones del pensamiento filosófico.

De acuerdo con una cultura que pretendía ir más allá del dato empírico para alcanzar lo absoluto, los tratadistas indios (como Haribdhara, del siglo VIII d.C., autor del *Sumario de los sistemas filosóficos*), al presentar los distintos sistemas religioso-filosóficos, no lo hicieron en un orden cronológico, sino según su grado de aproximación a la verdad, obviamente con arreglo a los principios del autor. Pero la dificultad para conocer la secuencia temporal de las doctrinas se ve compensada, en cierto modo, por el hecho de que los sistemas, en su desarrollo secular o incluso milenario, se han mantenido fieles a las premisas originarias, y aunque dan soluciones distintas a los problemas, poseen características comunes: la **identidad de religión y filosofía**, entendidas como búsqueda de lo absoluto, la investigación del yo, o el propósito de preparar la salvación del individuo a través del conocimiento, es decir, su paso del *samsāra* —el ciclo continuo de las existencias en el que está preso todo ser vivo, y que es el origen del dolor— al *nirvāna*, la identidad pacificadora, lo absoluto, al final de una ascesis más o menos dura, distinta para cada individuo.



Arriba: yaksa. National Museum of India, Nueva Delhi. Los yaksa y las yakshi son espíritus de la naturaleza representados en forma masculina y femenina, cuyo carácter principal es la fecundidad.

En la India de los nanda (364-324 a.C.) y los maurya (321-185 a.C.), la sociedad todavía estaba influida por la **doctrina de los Veda**, antiquísimos textos religiosos escritos entre el II milenio y el siglo IV a.C.. Según las enseñanzas de los *Veda*, la vida, humana o vegetal, está sujeta al **samsāra** o **metempsicosis**, un continuo renacimiento de cuerpos distintos, determinado por los méritos o deméritos que el individuo ha acumulado a lo largo de su vida. Sólo si ha respetado el **dbarma**, el deber social (conjunto de costumbres y ritos propios de la casta a la que pertenece desde su nacimiento), podrá volver a la vida en mejores condiciones. Reencarnación tras reencarnación, podrá alcanzar la felicidad absoluta, la salvación suprema del **nirvāna** confluyendo en el *ātman*. El hombre puede reconocerlo renunciando al *karman*, la acción, y replegándose en sí mismo. Pero si el individuo no respeta el *dbarma*, en su siguiente vida se hallará en una posición más baja en la escala social o en la jerarquía de los seres vivos. Es evidente que esta concepción, con la importancia que atribuye al *dbarma*, justifica la rígida **división en castas**. Una división que pertenece al mundo

material, al que se opone el mundo del espíritu. Más allá de la materia y su eterno fluir está el **ātman**, causa primera del universo, conciencia individual del hombre y esencia espacio-temporal.

En las doctrinas védicas el *ātman* convive con un **panteón** muy numeroso, en el que los dioses de distinto rango mantienen una relación jerárquica no unívoca. A veces, uno de estos dioses se identifica con el *ātman* y es venerado como señor supremo del universo. Para unos es **Siva**, para otros **Viṣṇu**, para otros **Brahmā**, etc., de modo que en la entraña misma del politeísmo védico hay tendencia al monoteísmo.

En el panorama conservador de la India védica, los siglos IV y III a.C. se caracterizan por un amplio **movimiento reformador**, provocado por las intensas relaciones con otros pueblos, las invasiones extranjeras (como la de Alejandro Magno), o la formación del primer imperio panindio de los maurya, y apoyado por la difusión de dos



importantes doctrinas, el budismo y el jainismo. Ambas aparecieron en el siglo VI a.C., y en este período se formularon de una forma más precisa. El **jainismo**, llamado así por el sobrenombre de su fundador **Jina**, «el vencedor de las pasiones», es afín a las doctrinas hinduistas en su búsqueda de un camino que libere al hombre de las limitaciones de la materia, pero difiere mucho en las soluciones. Para los jainíes, decididamente ateos, es el hombre, sin ninguna ayuda, quien debe hacer el esfuerzo para alcanzar la paz. Ésta es el resultado de una ascesis que implica la renuncia a todas las cosas materiales para que el alma pueda respetar el código moral universal, el **abimsā**, ley de la no violencia que consiste no sólo en respetar a todo ser vivo, sino también en el ejercicio activo de la compasión y el amor. Con estos planteamientos el jainismo se opone al brahmanismo, rechazando la aceptación total de los principios de los *Veda*, la división en castas y, en especial, la supremacía de la casta brahmánica, los sacrificios cruentos y el ritualismo exagerado del segundo. En el **siglo III a.C. los jainíes**, muy numerosos y divididos por fuertes controversias, **se reunieron en concilio**, y se produjo la escisión en dos grupos, aún vigente. Uno de ellos es el de los **digambara** (vestidos de aire), llamados gimnosofistas por los griegos que les conocieron durante la expedición de Alejandro Magno. Eran estrictamente fieles al severo modo de vida del Maestro, que llegaba a exigirles la desnudez. El otro grupo, el de los **śvetāmbara** (vestidos de blanco), sigue normas menos rígidas.



Página contigua, abajo: el stūpa de Dbarmarajika (s. II a.C.). En esta página, arriba: capitel con toro (s. II a.C.). Residencia presidencial, Nueva Delhi. Este capitel, como el contemporáneo de Sarnath, coronaba una columna que representaba el axis mundi, trámite entre el mundo de las formas sensibles y el plano de lo absoluto. Abajo: medallón de la balaustrada de! stūpa de Bbarbut (s. II a.C.). Derecha: divinidad femenina danzante (s. II a.C.).



Pero la religión que más caracteriza a la época de los maurya es el **budismo**, a cuya no violencia se había convertido el propio **Asoka**, horrorizado por las matanzas perpetradas durante su conquista del estado indio de Kalinga. A partir del siglo IV a.C. se planteó el problema de remontarse a las enseñanzas de Buda. En efecto, al igual que Sócrates o Confucio, Buda no dejó ningún escrito a sus discípulos. Con el paso del tiempo, al no haber ninguna iglesia depositaria de su doctrina, ésta se vio enturbiada por interpretaciones y añadidos. Ya a comienzos del siglo IV a.C. se celebró un **concilio**, seguido de otro, probablemente en 377 a.C. Pero el concilio decisivo fue el que Asoka convocó en **Pataliputra** (244-243 a.C.), tras proclamar el budismo como religión oficial del Estado. En este concilio se definió un cánón budista estrictamente fiel a las enseñanzas originarias, que después fue llamado, no sin desprecio, **Himayāna** (Pequeño Vehículo) por los seguidores de una escuela budista posterior, la **Māhāyāna** (Gran Vehículo). En algunos aspectos el budismo se parece al hinduismo: al igual que éste, considera que la existencia es dolor, cuya causa se halla en esa sed de vida, placer y riqueza que determina el *samsāra*, la cadena de las reencarnaciones. Pero el budismo profesa una soteriología distinta. La salvación, la liberación del dolor y la conquista del *nirvāṇa* se alcanzan en un estado de desapego e indiferencia al que se llega a través del **camino de las ocho etapas**, los ocho mandamientos básicos de la ética budista, cuyo fin es erradicar las pasiones, las emociones y la propia voluntad de vivir en el hombre. El budismo, como el jainismo, rechaza la autoridad de los *Veda*, la división en castas y los sacrificios rituales. Pero no sólo niega la existencia de una divinidad suprema, eterna y omnisciente, sino incluso la del alma humana, de esencia incorruptible e inmortal. La vida humana se rige por leyes inflexibles, no justificadas por una finalidad, pero el hombre posee libre arbitrio y puede adecuarse a un modelo de vida perfecto. Para el budismo **Hinayāna** ese modelo es el monje que se aparta del mundo y busca una salvación individual en la meditación y el ascetismo. Este fue el ideal de Asoka, que hacia el final de sus días se retiró a la vida monacal. Gracias a Asoka el budismo **Himayāna** logró muchos adeptos y se extendió en las regiones del Himalaya, Cachemira e Indochina, para pasar luego al sur de la India y Ceilán.

El fuerte impacto social del jainismo y el budismo, con su igualitarismo de fondo, no podía ser aceptado por las clases

hegemónicas: ambas religiones chocaron con la fuerte oposición de la sociedad védica, pero las nuevas condiciones sociopolíticas favorecieron su difusión. La propia atrocidad de las guerras llevó al **ascetismo**, y las masas vieron con buenos ojos unas doctrinas que no conllevaban ritos suntuosos y complicados, y predicaban la **tolerancia** y el amor universal. El jainismo y el budismo, religiones sin iglesia, favorecieron la tolerancia religiosa.



Como todas las civilizaciones agrícolas, los chinos también buscaban en la naturaleza el sentido de la existencia y las reglas de la vida individual y social. La forma más antigua de religión fue, pues, el **culto a la naturaleza** animada y divinizada, cuyas fuerzas y ritmos guían la vida del hombre. Los cultos agrarios empezaban en primavera, celebrando el renacimiento de la vida y propiciando abundantes cosechas, y terminaban en otoño, antes del largo reposo invernal. Estaban dirigidos a la **Tierra** y sobre todo al **Cielo**, origen de todo fenómeno



natural y del propio orden de la naturaleza. El sumo pontífice ancestral del culto agrario era el emperador, venerado como **Hijo del Cielo**, custodio y garante de dicho orden. Se hacían sacrificios al Cielo en templos que antiguamente constaban de tres terrazas circulares superpuestas, coronadas por un altar, y a la Tierra, oficiados en una gran explanada redonda donde se cavaba una fosa para sepultar a las víctimas. Las reglas están recogidas en el *Liji* (Libro de los Ritos), uno de los clásicos confucianos.

Al culto agrario se sumaba el culto a los **antepasados**. Las casas nobles y los palacios tenían capillas a tal efecto, mientras que los humildes veneraban como propios a los antepasados del emperador. Esta devoción, que sacralizaba el principal vínculo social (el vínculo entre padre e hijo), era la base de la vida familiar y de todo el orden social. Así pues, la **religión china** tenía un carácter naturalista y humanista, expresado con un metódico ritualismo. **Carecía de sentido de lo divino**: en chino no hay un término para expresar adecuadamente nuestro concepto de religión. El signo correspondiente indica más bien todo aquello que merece ser imitado y seguido.



Dado que su campo de acción se limitaba a las relaciones sociales, no se llegó a formar una clase sacerdotal organizada y separada de la clase política. Según el mito, los «reyes sabios» lograron las primeras conquistas de la sociedad, y en la época histórica los fundamentos espirituales, individuales y sociales, fueron proporcionados por los movimientos filosóficos. Sin embargo, en las **regiones meridionales**, debido al contacto con pueblos que aún no habían sido asimilados por la cultura china, surgió y se mantuvo durante mucho tiempo una religiosidad más intensa, de tipo chamanista. El **chamán** es un mediador entre la realidad terrenal y el mundo de los espíritus y los dioses, con el que entra en contacto a través del trance, es decir, la posesión del ánimo por parte del espíritu, o bien mediante un viaje místico a través de visiones y estados de éxtasis. Gracias a los poderes derivados de

estas experiencias en el mundo trascendente, el chamán puede ser el guía de las almas de los difuntos, en el más allá. Puede hacer que las fuerzas sobrenaturales sean propicias a las actividades de su grupo, y curar graves enfermedades.

Pero en la verdadera China (que en el período de los Reinos combatientes coincide con la cuenca del Huanghe) no había mucho interés por los problemas metafísicos, y la **reflexión** era sobre todo **ética**. No se trataba tanto de la búsqueda de soluciones nuevas a los problemas, como de hacer una interpretación auténtica de una sabiduría antigua. El propio Confucio decía de sí mismo: «Yo remito, no creo». De todos modos, no cabe duda de que los filósofos, al explicar e interpretar los valores del pasado desde un ángulo determinado, realizaron una tarea innovadora, aunque no rompieran los lazos que les unían a la tradición. El período que comprende los siglos IV y III a.C., caracterizado por enconadas luchas entre los estados procedentes de la disgregación del imperio Zhou, coincidió con la época dorada del pensamiento chino, llamada de las **cien escuelas** por la proliferación de enfoques filosóficos y, en particular, de **interpretaciones del confucianismo**. Entre estas últimas, las más importantes son las de Mengzi (372-c. 288 a.C.), conocido como Mencio, y la de Xunzi (c. 310-238 a.C.).

Según Confucio, en el hombre hay dos clases de virtudes: el *li*, que es el impulso innato a hacer el bien, un reflejo en el hombre de las leyes que rigen el cosmos, y el *ren*, que

Izquierda: encantadora o diosa con un fénix y un dragón; pintura china sobre seda, la primera llegada hasta nuestros días (s. IV-III a.C.).
Arriba: los símbolos que, según el Libro de los ritos de los Zhou, debían bordarse en las ropas sacrificiales.
Derecha: contenedor de alimentos; bronce de época Zhou. Los bronce, que en el período Shang tenían un destino preferentemente religioso (se utilizaban en los sacrificios rituales), en la época Zhou se convirtieron en símbolo de poder y riqueza.





es la capacidad de negarse a sí mismo para lograr el bien de los demás. El hombre, al cultivar estas virtudes, se realiza a sí mismo en el ámbito más apropiado para él, el social, desempeñando su papel lo mejor posible en el microcosmos de la familia o en el macrocosmos de la comunidad estatal. Partiendo de estas premisas, **Mencio**, en la obra que lleva su nombre y que sería incluida entre los textos canónicos del confucianismo, realizó una **interpretación idealista** de la doctrina del Maestro: «Todo hombre nace Confucio», es decir, la naturaleza humana es originariamente buena, y todo hombre lleva la semilla de las **cuatro virtudes** fundamentales: sabiduría, compasión, justicia y prudencia. Sin duda, en el hombre también hay tendencias que pueden obstaculizar el desarrollo de las virtudes, y si no se controlan pueden degenerar hacia el mal. Pero el hombre las comparte con los animales, por lo que no se puede decir que sean un elemento específico de su naturaleza. Así pues, el impulso virtuoso es más fuerte, y si el hombre es capaz de frenar sus bajos apetitos, expresará esa moralidad que es su auténtica esencia. De acuerdo con esta visión del hombre, Mencio atribuye a la sociedad unos fundamentos éticos, no utilitarios, y afirma que debe estar gobernada por un guía moralmente digno, **un rey sabio** que, haciendo gala de las cuatro virtudes, sea un modelo para sus súbditos. En esta doctrina se basa el principio de la **revocación del mandato celeste**, por el que el pueblo tiene derecho a destituir a un rey si éste carece de cualidades morales. Este principio tuvo un papel importante en la historia china hasta la revolución republicana de 1911. Del individuo al Estado, y al cosmos: según Mencio, este último también tiene naturaleza ética. El hombre se sitúa en armonía con los demás seres a través de la virtud.

Al igual que Mencio, **Xunzi** parte de las enseñanzas de Confucio y considera que la sociedad es el lugar privilegiado y casi exclusivo de la actuación humana. Pero desarrolla el **aspecto práctico y utilitario** de la doctrina del Maestro, subrayando la

acción ordenadora de la organización estatal sobre los individuos. A diferencia de Mencio, Xunzi, con un **pesimismo** justificado por el trágico período histórico que atravesaba China, considera que la naturaleza humana es mala y está dominada por la aidez y la sensualidad. El individuo puede combatir estas semillas de maldad con la inteligencia, la voluntad y aprendiéndose de memoria los clásicos. Xunzi va más allá y afirma que todo hombre puede convertirse en un **Yu**, es decir, un sabio. Pero para ello necesita el freno de las buenas costumbres, las leyes y una autoridad absoluta que garantice el respeto a las mismas e impida la degeneración del tejido social. Xunzi acentúa el escepticismo confuciano, **vaciando los ritos** tradicionales de contenido religioso y atribuyéndoles

únicamente un valor simbólico, de control de las tendencias egoístas. El Cielo es indiferente a los avatares del hombre, y creer que pueda atender a una plegaria es pura superstición: los muertos no son «ni materia ni sombra». En cualquier caso, el confucianismo, tanto en la interpretación idealista, casi anarquista, de Mencio, como en la realista y autoritaria de Xunzi, es la expresión de una sociedad jerarquizada y regida por un orden considerado inmutable.

Sin embargo, en este período no faltaron voces disidentes, que reivindicaron el pensamiento de un paisano de Confucio, **Mozi** (479-381 a.C.). A diferencia de

Confucio, que interpretó las aspiraciones de la nobleza feudal, Mozi y sus discípulos tuvieron **posturas más democráticas e igualitarias**, dirigidas a las



Izquierda: vaso de ofrendas; bronce con engastes en turquesa (período Zhou tardío). Fogg Art Museum, Cambridge (Massachusetts).

Derecha, arriba: el disco Bi; antiguo objeto ritual, símbolo del cielo, en una época reservado a los soberanos y a los nobles, durante el período Zhou se utilizó como adorno.

Derecha, abajo: retrato de Mengzi (372-288 a.C.), el filósofo chino más famoso después de Confucio, conocido en Occidente como Mencio. Según Mengzi, la naturaleza humana es originariamente buena, aunque bay en ella tendencias que, si no se controlan, pueden llevar al mal: el hombre virtuoso es aquel que logra dominar los instintos más bajos, expresando así plenamente su moralidad.

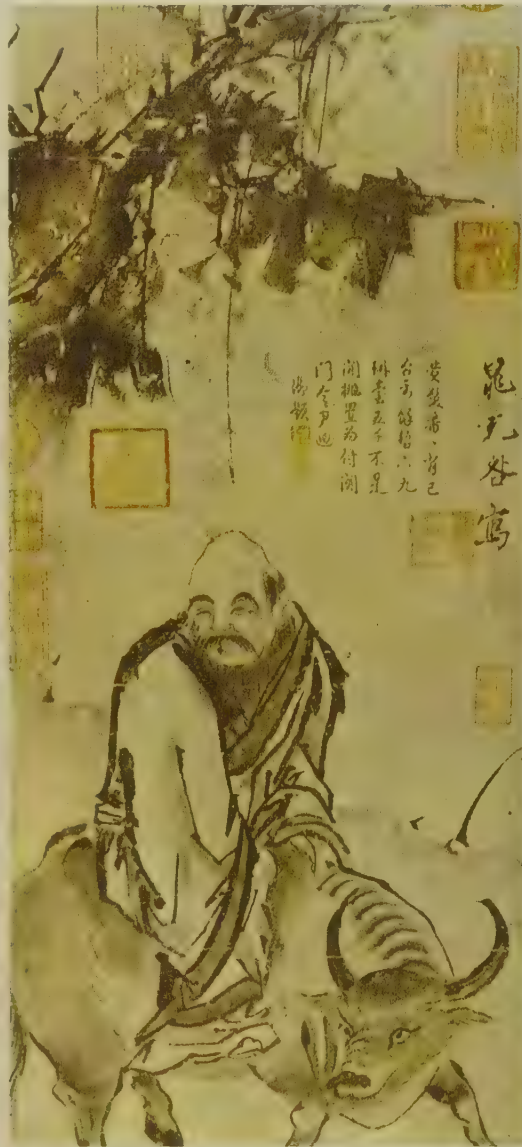


clases más desfavorecidas, cuya religiosidad era negada por el intelectualismo confuciano. Los moztistas critican el formalismo y la pompa excesiva de las ceremonias, y sólo se hacen eco de las tradiciones más cercanas al pueblo. En vez del sistema restringido de relaciones interpersonales al que Confucio limita los vínculos humanos (entre rey y súbdito, padre e hijo, hermano mayor y hermano menor, marido y mujer, amigo y amigo), los moztistas hablan del **amor universal** e indiscriminado, lo consideran acorde con la voluntad del Cielo y los reyes antiguos, y también más positivo que el estéril egoísmo de los individuos y las clases sociales. El Estado pone coto a la anarquía provocada por una avidez siempre en aumento, pero los moztistas hacen hincapié en la importancia de la **religión**, que al darle una finalidad ética lo justifican y refuerzan.

Si en el pensamiento moztista la religión desempeña un papel importante, aunque todavía a nivel social, el **taoísmo** es la filosofía que más se acerca a la religión por su tendencia mística y sus planteamientos metafísicos, conectando en ciertos aspectos con las disciplinas chamanistas. Entre los siglos IV y III a.C. alcanzó un gran desarrollo con la reflexión de uno de sus principales maestros: **Yangshu**, que vivió en el estado de Wei (el actual Henan) entre 369 y 286 a.C. El **tao** es la ley suprema de la vida, el principio cósmico que forma el ser en todos sus aspectos, el «gran todo» en el que las diferencias se anulan, formando una unidad indistinta. En él desaparece toda contraposición entre ser y no ser, entre vida y muerte, entre el yo y los demás, entre espíritu y materia. El **tao** es también el origen del devenir fenoménico, pero éste es sólo un velo que hay que rasgar, una apariencia que hay que superar para alcanzar el silencio, la quietud, la perfecta indiferencia. Para que el

hombre pueda llegar a un estado de auténtica felicidad, tener una vida libre y gozosa, debe amoldarse al ritmo de la vida universal, renunciando a toda iniciativa o esfuerzo voluntarista. Basta con que se convierta al **wu wei** (el no actuar), que haga el silencio y el vacío dentro de sí mismo, para que el **teb**, la marca de su **tao** impresa en su alma, se

manifieste espontáneamente. El hombre se equivoca y se condena al sufrimiento cuando suplanta a la naturaleza con sus leyes e instituciones, y les confiere un carácter absoluto que no pueden tener: bien y mal, justo e injusto, orden y desorden son nociones totalmente relativas. **El ideal del taoísmo** no es el progreso, sino la «vuelta». El



Izquierda: Laozu cabalgando un búfalo (s. XI). National Place Museum, Taipei. Laozu, cuyo nombre significa "Viejo Maestro", está considerado como el fundador del taoísmo. Personaje probablemente legendario, cuyos elementos biográficos revelan intenciones hagiográficas —como el que habla de su gestación en el vientre de su madre, que duró ochenta y un años, o el de su encuentro con Confucio—, se le considera el autor de un breve compendio de las doctrinas taoístas.

Derecha: losa funeraria de terracota de la época de la dinastía Han (s. I a.C.), que representa el legendario encuentro entre Confucio y Laozu. Según los textos taoístas, después de dicho encuentro Confucio reconoció la superioridad de la doctrina taoísta.

Abajo: objeto de madera esculpido y lacado (s. IV-III a.C.).



hombre tiene que volver a una condición casi prenatal, a un abandono en la vida sin afán de conocimiento, sin deseos ni emociones. Pero el taoísmo no renuncia a dar una respuesta a la pregunta más apremiante de la China de los Reinos combatientes: cómo hacer que un país asolado por guerras interminables vuelva a una pacífica convivencia civil. La solución taoísta es que el rey debe renunciar a gobernar, dejando que su país vuelva a la



anarquía primordial de la naturaleza, de la que espontáneamente surgirá un nuevo orden. De acuerdo con estos planteamientos, Zhuangzu no quiere aceptar ningún cargo político, y le contesta al rey Wei, del estado de Shu, que le ha ofrecido el puesto de primer ministro, que prefiere «chapotear en el fango» antes que perder su libertad. El taoísmo propone una solución demasiado utópica del problema político para que el gobierno pueda asumirla, pero aun así hace aportaciones importantes a la reflexión sobre el poder. En el período de los Reinos combatientes refleja la ideología de la aristocracia en decadencia, que busca en la contemplación un refugio ante la inseguridad del presente.

La llamada **escuela de los nombres**, cuyos principales representantes son Hui Shi (350-260 a.C.) y Gongsun Long (284-259 a.C.) también devalúa la experiencia empírica, negándole objetividad. Son absolutos sólo los conceptos abstractos, los nombres que, por las características de la escritura china (en la que a cada concepto le corresponde un signo gráfico que lo representa estilizado), pueden compararse con las ideas platónicas. Estos pensadores, al igual que los taoístas, desprecian el devenir fenoménico y sostienen, más allá de la transformación incesante de las cosas, la inmutable unidad del cosmos.

Arriba: Confucio instruyendo a sus discípulos; pintura sobre seda. National Palace Museum, Taipei. En la época de la dinastía Han (206 a.C.-220 d.C.) la doctrina confuciana pasó a ser la ideología oficial del Estado y a Confucio, que fue equiparado a un dios, se le empezó a atribuir un culto de tipo religioso. Derecha: vaso de ofrendas; bronce con engastes en malaquita (s. III a.C.). University Museum, Filadelfia.

En cambio, la ideología de la **escuela de los legistas o legalistas** es ajena a las sutilezas metafísicas, y se centra en la realidad política. Para esta escuela filosófica, la obediencia ciega a las leyes era el máximo valor, sobre el que debería asentarse toda la estructura del Estado. Es significativo que el representante principal de esta escuela, **Han Feizi** (siglo III a.C.) fuera un apreciado consejero del rey del estado de Qin, Sheng, que en 221 a.C. se convirtió en emperador de China con el nombre de Shi Huangdi. Han Feizi le proporcionó la justificación teórica de su gobierno autoritario y de su labor unificadora de los estados chinos. La **ley**, para proclamarse principio inderogable, no necesita ningún fundamento ético, ni debe hacer referencia a la tradición o tener un valor contractual, ni siquiera tiene que buscar ningún tipo de justificación. Es simplemente el instrumento del gobierno absoluto, y basta con que la proponga el rey, se transcriba en los registros reales y se promulgue en el país para que todos estén obligados a respetarla. De todos modos hay



que tener en cuenta que, según la concepción china del poder, el soberano, por lo menos en teoría, no actúa de forma arbitraria, sino como garante del orden y la prosperidad de su país. Precisamente por eso ejerce una autoridad ilimitada y debe intervenir,

sin impedimentos de ningún tipo, para imponerla y asegurar la convivencia entre los hombres, que son malvados por naturaleza. Para los legistas religión, tradiciones y lazos familiares y de amistad dificultan la obediencia, y deben ser eliminados de la sociedad.

Esta fanática exaltación de la autoridad real dio pie a uno de los episodios más trágicos de la cultura china. En 213 a.C. se publicó un edicto del emperador disponiendo que «las palabras que no estén de acuerdo con las leyes y órdenes sean prohibidas», a consecuencia del cual **se incendiaron todas las bibliotecas** y cientos de seguidores de las distintas escuelas filosóficas fueron quemados en la hoguera. Sólo se salvaron de la quema los textos de carácter científico y los clásicos de la enseñanza confuciana, que se guardaban en la biblioteca imperial. En 207 a.C., durante el asalto al palacio imperial que provocó la caída de los Qin, esos textos también fueron pasto de las llamas. Bajo la dinastía Han (206 a.C.-220 d.C.) se reconstruyeron trabajosamente las obras perdidas. Con los Han, herederos de la unidad política y la administración centralizada del imperio Qin, el confucianismo y el taoísmo volvieron a ser las doctrinas más importantes. El primero llegó incluso a convertirse en la ideología oficial del Estado, y a Confucio, llamado «ser divino», se le rindió un culto religioso. No es necesario resaltar el carácter sustancialmente conservador del Confucianismo, tan útil para el poder establecido, que puede resumirse en una de las frases más significativas de tradición confuciana: «Hay buen gobierno cuando el príncipe se comporta como un príncipe, el ministro como un ministro, el padre como un padre, el hijo como un hijo».



ALEJANDRO MAGNO Y EL HELENISMO

■ Obras generales

- AA.VV., *Cambridge Ancient History*, vols. V-VI, Cambridge, Cambridge University Press, 1972.
 AA.VV., *Nuove questioni di storia antica*, Milán, Mondadori, 1983.
 Canfora, L., *Ellenismo*, Roma-Bari, Laterza, 1987.
 Grant, M., *Historia de las civilizaciones*, vol. 3, Madrid, Alianza, 1988.
 Levêque, P., *Il mondo ellenistico*, Roma, Editori Riuniti, 1980.
 Momigliano, A., *Sagezza straniera. L'ellenismo e le altre culture*, Turín, Einaudi, 1980.
 Moscati, S., *Antichi imperi d'Oriente*, Roma, Newton Compton, 1978.
 Tarn, W., *Hellenistic civilization*, Nueva York, 1961.
 Walbank, F. W., *El mundo helénico*, Madrid, Taurus, 1986.
 Webster, T., *Ellenismo*, Milán, Il Saggiatore, 1967.

■ Acontecimientos

Macedonia y Grecia

- AA.VV., *Storia e civiltà dei Greci*, 10 vols., Milán, Bompiani, 1977.
 Faure, P., *Alejandro*, Madrid, EDAF, 1989.
 Frugoni, C., *La fortuna di Alessandro Magno dall'antichità al Medioevo*, Florencia, La Nuova Italia, 1978.
 Hammond, N. G. L., *Alejandro Magno. Rey, general y estadista*, Madrid, Alianza, 1992.
 Lane Fox, R., *Alexander the Great*, Nueva York, 1974.
 Musti, D., *Storia greca. Linee di sviluppo dall'età micenea all'età romana*, Roma-Bari, Laterza, 1990.
 Rostovtzeff, M. I., *Historia social y económica del mundo helénico*, Madrid, Espasa, 1937.

Reino de los Seléucidas y Asia Menor

- Musti, D., *Lo stato dei Seleucidi*, "Studi classici e orientali" XV, pp. 61-197, 1966.
 Schmitt, H. H., *Untersuchungen zur Geschichte Antiochos des grössen und seiner Zeit*, Wiesbaden, 1964.

Egipto

- Barocas, C., *Egitto*, Milán, Mondadori, 1981.
 Bell, H. I., *Egypt from the kingdom of Alexander the Great to the Arab conquest*, Oxford, 1948.
 Breccia, E. A., *Egitto greco e romano*, Pisa, Nistri-Lischi, 1957.
 Harris, J. R., *The legacy of Egypt*, Oxford-Nueva York, 1971.
 Montet, P., *La vida cotidiana en Egipto*, Madrid, Temas de Hoy, 1980.
 Wilson, J. A., *La cultura egipcia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1980.

Roma e Italia

- AA.VV., *Storia antica*, vols. V-VI, Milán, Il Saggiatore, 1967.
 AA.VV., *L'impero mediterraneo. La repubblica imperiale en Storia di Roma*, vol. II (t. I), Turín, Einaudi, 1990.
 Clemente, G., *Guida alla storia romana*, Milán, Mondadori, 1977.
 De Sanctis, G., *Guida alla storia romana*, Milán, Mondadori, 1977.
 Grimal, P., *La civilización romana*, Barcelona, Juventud, 1965.
 Homo, L., *Nueva historia de Roma*, Barcelona, Iberia, 1965.

África

- Acquaro, E., *Cartagine, un imperio mediterráneo*, Roma, Newton Compton, 1978.
 Chéhab, M. H., Parrot, A.-Moscati, S., *Los fenicios. La expansión fenicia*, Madrid, Aguilar, 1975.
 Faber, E., *Annibale e l'Oriente contro l'Occidente*, Roma, Cremonese, 1974.
 Moscati, S., *Cartagineses*, Madrid, Encuentro, 1984.
 Moscati, S., *Cartagine regina dei mari en Archeodossier*, Novara, De Agostini, 1985.
 Picard, G., *The life and death of Cartago*, Londres-Nueva York, 1968.
 Toynbee, A. J., *L'eredità di Annibale*, Turín, Einaudi, 1982.
 Warmington, B. H., *Cartago*, Barcelona, Luis de Caralt, 1969.

India

- Auboyer, J., *Historia ilustrada de las formas artísticas. Asia*, Madrid, Alianza, 1986.
 De Lorenzo, G., *India e buddismo antico*, Roma-Bari, Laterza, 1981.
 Dunbar, G., *Storia dell'India*, Rocca San Casciano, Nuova Cappelli, 1961.
 Kulke, H.-Rothermund, D., *Storia dell'India*, Milán, Garzanti, 1991.
 Taddei, M., *India*, Barcelona, Juventud, 1974.

China

- Franke, H.-Trauzette, R. y otros, *L'impero cinese en Storia universale*, vol. XIX, Milano, Feltrinelli, 1969.
 Gernet, J., *El mundo chino*, Barcelona, Crítica, 1992.
 Granet, M., *La civiltà cinese antica*, Turín, Einaudi, 1968.
 Watson, W., *Cultural frontiers of Ancient East Asia*, Edimburgo-Totowa, 1972.

■ Economía y sociedad

- Austin, M.-Vidal-Naquet, P., *Economía y sociedad en la antigua Grecia*, Barcelona, Paidós Ibérica, 1986.
 Barbieri, G., *Il pensiero economico dall'antichità al Rinascimento*, Bari, Istituto di Storia Economica, Università di Bari, 1963.
 Brunt, P., *Social conflicts in the Roman Republic*, Nueva York, 1972.
 Chi Ch'ao-Ting, *Key economic areas in chinese history*, Nueva York, 1970.
 De Martino, F., *Storia economica di Roma antica*, vol. I, Florencia, La Nuova Italia, 1980.
 Finley, M. I., *La economía de la antigüedad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985.
 Heichelheim, F. M., *Historia social y económica de Roma*, Madrid, Rialp, 1982.
 Musti, D., *Leconomia in Grecia*, Roma-Bari, Laterza, 1987.
 Rostovtzeff, M., *Historia económica y social del mundo helénico*, 3 vols., Madrid, Espasa-Calpe, 1981.
 Weber, M., *Historia económica general*, México, Fondo de Cultura Económica, 1974.

■ Ciencia y técnica

- Farrington, B., *Ciencia y filosofía en la antigüedad*, Barcelona, Ariel, 1986.
 Farrington, B., *Ciencia y política en el mundo antiguo*, Madrid, Ayuso, 1980.
 Farrington, B., *La ciencia griega*, Barcelona, Icaria, 1986.
 Fiore, L., *Le esplorazioni geografiche dei Greci*, Florencia, Sansoni, 1960.
 Forti, U., *Storia della tecnica*, Florencia, Sansoni, 1957.
 Geymonat, L., *Historia del pensamiento filosófico y científico*, Barcelona, Crítica, 1985.
 Kelm, F., *Historia de la técnica*, Barcelona, Luis de Caralt, 1962.
 Lloyd, G. E. R., *La scienza dei Greci*, Roma-Bari, Laterza, 1978.
 Manuli, P., *Medicina e antropologia nella tradizione antica*, Turín, Loescher, 1960.
 Prontera, F., *Geografia e geografi nel mondo antico. Guida storica e critica*, Roma-Bari, Laterza, 1983.
 Rodke, G., *Viae publicae romanae*, Bologna, Cappelli, 1981.
 Rougé, J., *Nave e navigazione nell'antichità*, Florencia, Vallecchi, 1977.
 Singer, C., *Breve storia del pensiero scientifico*, Turín, Einaudi, 1972.

■ Arquitectura y urbanismo

- AA.VV., *L'architettura greca en Le grandi civiltà architettoniche*, vol. I, Milán, Rizzoli, 1963.
 AA.VV., *L'architettura romana en Le grandi civiltà architettoniche*, vol. II, Milán, Rizzoli, 1964.
 AA.VV., *L'architettura cinese e indiana en Le grandi civiltà architettoniche*, vol. X, Milán, Rizzoli, 1965.
 AA.VV., *Archeologia*, Milán, Mondadori, 1978.
 AA.VV., *Grande atlante di archeologia*, Milán, Mondadori, 1990.
 Giuliano, A., *Urbanistica delle città greche*, Milán, Il Saggiatore, 1966.
 Greco, E., *Guida archeologica d'Italia*, Milán, Mondadori, 1991.
 Greco, E.-Torelli, M., *Storia dell'urbanistica. Il mondo greco*, cap. VII, Roma-Bari, Laterza, 1983.
 Jones, A. H., *The greek city from Alexander to Justinian*, Oxford-Nueva York, 1940.
 Pevsner, N.-Fleming, J.-Honour, H., *Dizionario de architettura*, Madrid, Alianza, 1980.
 Ward Perkins, J. B., *Cities of ancient Greece and Italy*, Londres-Nueva York, 1974.

■ Arte y literatura

- AA.VV., *Storia e civiltà dei Greci*, vol. IX, Milán, Bompiani, 1977.
 AA.VV., *Archeologia*, Milán, Mondadori, 1978.
 Barberis, C., *L'età antica e medievale*, Milán, Principato, 1984.
 Bianchi Bardinelli, R., *Roma, centro del poder*, Madrid, Aguilar, 1970.
 Canfora, L., *La biblioteca scomparsa*, Palermo, Sellerio, 1986.
 Canfora, L., *Antologia della letteratura greca*, 3 vols., Roma-Bari, Laterza, 1987.
 Cavallo, G. y otros, *Libri, editori e pubblico nel mondo antico*, Roma-Bari, Laterza, 1992.

- Charbonneaux, J.-Martin, R.-Villard, F., *La Grecia belenística*, Madrid, Aguilar, 1971.
 Grimal, P. y otros, *El Helenismo y el auge de Roma*, Madrid, Siglo XXI España, 1981.
 Grousset, R., *Historia del arte y de la civilización china*, Barcelona, Noguer, 1961.
 Heurgon, J., *Daily life of the Etruscans*, Londres-Nueva York, 1964.
 Lesky, A., *Historia de la literatura griega*, Madrid, Gredos, 1976.
 Levi, P., *Atlante del mondo greco*, Novara, De Agostini, 1986.
 Loewe, M., *La China imperial*, Madrid, Revista de Occidente, 1969.
 Long, A. A., *La filosofía belenística*, Madrid, Revista de Occidente, 1977.
 Markale, J., *Druídas*, Madrid, Taurus, 1989.
 Pallotino, M., *Civiltà artistica etrusco-italiana*, Florencia, Sansoni, 1971.
 Pallotino, M., *Etruscologia*, Milán, Hoepli, 1984.
 Robertson, M., *La peinture grecque*, Ginebra, Skira, 1978.
 Sickmann, L.-Soper, A., *L'arte e l'architettura cinese*, Turín, Einaudi, 1984.
 Scullard, H. H., *The etruscan cities and Rome*, Londres-Nueva York, 1967.
 Torelli, M., *Etruria*, Roma-Bari, Laterza, 1982.
 Watson, W., *Style in the arts of China*, Harmondsworth, 1958.

■ Religión

- Bayet, J., *La religión romana*, Madrid, Cristiandad, 1985.
 Chirassi, I., *La religión in recia*, Roma-Bari, Laterza, 1983.
 Della Casa, C., *Il giainismo*, Turín, Boringhieri, 1962.
 Dumézil, G., *Mito y epopeya*, Barcelona, Seix Barral, 1977.
 Granet, M., *La religione dei cinesi*, Milán, Adelphi, 1991.
 Grimal, P. y otros, *El belenismo y el auge de Roma*, Madrid, Siglo XXI España, 1990.
 Nilsson, M. P., *Historia de la religiosidad griega*, Madrid, Gredos, 1970.
 Robin, L., *Storia del pensiero greco*, Milán, Mondadori, 1978.
 Saba Sardi, F., *Il grande libro delle religioni*, Milán, Mondadori, 1988.
 Sabbatucci, D., *La religione di Roma antica: dal calendario festivo all'ordine cosmico*, Milán, Il Saggiatore, 1988.

Los números en redondo hacen referencia al texto, los que están en cursiva a los pies de foto y los que aparecen en negrita a las imágenes.

- Agatocles, tirano de Siracusa, 22, 105
 Agide IV, rey de Esparta, 30
 Agricultura, 33-34, 39, 40, 41-43, 61
 - intensiva, 37
 - rotación de los cultivos, 41
 Agronomía, 57
 Ajanta, grutas de, 59
 Alceo, poeta, 87
 Alcmane, poeta, 87
 Alejandrina, cultura, 46, 50, 51, 51, 58, 86-87
 Alejandro I Balas, 47
 Alejandro Magno, 12-19, 12, 13, 14, 15, 16, 22, 24-26, 26, 30, 31-32, 34, 38-39, 40, 44-48, 44, 45, 62, 62, 66-68, 68, 70, 80, 82, 84-86, 90, 92, 96-98, 101, 106-107
 Alejandro, rey de Egipto, 27
 Alquimia, 61
 Amanuenses, 33
 Ámbar, comercio, 52, 52
 Amílcar Barca, 23, 57, 105
 Amitrakhates véase Bindusāra, rey maurya
 Ammiano Marcellino, 71
 Amuletos, 105
 Anatomía, 51
 Anaximandro, 45, 64
 Anaxímenes, 64
 Andronico, Lucio Livio, 88
 Andronikos, Manolis, 62
 Aníbal Barca, 21, 23-25, 25, 90, 104-105
 Annone el Grande, 23, 37
 Antigonide, dinastía, 17
 Antigono I Monoftalmo, rey de Macedonia, 17
 Antigono II Gonata, rey de Macedonia, 15, 27, 62
 Antigono III Dosone, rey de Macedonia, 15
 Antioco Hiérax, 50
 Antioco I Sóter, rey de Siria, 33, 47, 47, 99
 Antioco II Teo, rey de Siria, 17, 24
 Antioco III el Grande, rey de Siria, 16, 27, 47
 Antioco IV Epifane, rey de Siria, 32, 47
 Antipatro, general macedonio, 12
 Antonio, Marco, 65, 84, 87
 Antropofagia, 21
 Apelle, pintor, 67, 85
 Apolonio de Perge, 46-47, 46, 47
 Apolonio Rodio, 50, 87
 Appiano, historiador, 74
 Aqueménida, dinastía, 13, 17, 26, 33, 44, 82, 98
 Árabe, lengua, 46, 48-49
 Arabi, población, 33, 49, 50, 63, 68
 Arameo, lengua, 27, 80
 Archita de Taranto, 48
 Ardiei, Reino de los, 21
 Arensnufi, rey de Egipto, 69
 Arios, población, 92
 Arishatbal, sacerdotisa, 91
 Aristarco de Samos, astrónomo, 46, 49
 Aristarco de Samotracia, gramático, 87
 Aristeo, matemático, 46
 Aristippo de Cirene, 105
 Aristóbulo de Casandria, 44
 Aristófanes, 80, 88
 Aristófanes, de Bizancio, gramático, 87
 Aristóteles, 12, 44-45, 48, 50, 57, 82, 87, 90, 96
 Arquelaos, rey de Macedonia, 62
 Arquímedes, 44, 46-48, 46, 52, 53
 Arriano, Flavio, 12, 44
 Arsinoe II Filadelfo, reina de Egipto, 35, 68
 Artaserse II Mnemone, rey persa, 99
 Artaserse III Oco, rey persa, 16
 Artemisia II de Caria, 66
 Artesanado, 334, 36-37, 36, 43, 61
 Ascetismo, 107
 Asclepiades de Prusa, médico, 55
 Asclepiades de Samos, poeta, 81
 Asdrúbal Barca, 21, 23-24, 104
 Asdrúbal llamado Clitomaco, filósofo, 105
 Asirios, población, 18, 41, 44
 Astrolabio, 49, 50
 Astrología, 47
 Astronomía, 46-49, 49, 50, 51-52
 Ática, cultura, 91
 Ático, lengua, 80
 Atomismo, 54, 97
 Attalide, dinastía, 17, 33, 65, 82, 84, 87, 98, 99
 Attalo I, rey de Pérgamo, 16-17, 32, 46, 65, 84, 85, 99, 103
 Attalo II, rey de Pérgamo, 17, 85
 Attalo III, rey de Pérgamo, 17, 99
 Attilio Regolo, Marco, 23, 103
 Augusto, Cayo Julio César Octaviano, 68, 72, 85
 Azio, batalla de, 80
 Asoka, emperador maurya, 15, 26, 27, 27, 40, 41, 41, 76, 76, 92-93, 93, 107
 Baratto, 31, 37
 Bárbaros, pueblos, 20, 82, 84, 85, 85
 Barberini, familia, 85
 Barca, familia cartaginesa, 21, 24
 Batto, mítico fundador de Cirene, 75, 75
 Bel-usur-shu véase Berosso
 Berenice, reina de Egipto, 68
 Bernini, Gian Lorenzo, 85
 Berosso o Beroso astrónomo, 47
 Besso, sátrapa bactriano, 13-14, 16
 Bihār, grutas de, 76
 Bindusāra, rey maurya, 27
 Bizantino, arte, 67
 Boeto, escultor, 90
 Botánica, 44-45
 Botticelli, Sandro Filipepi llamado, 91
 Brahmanes, casta hindú, 26-27, 40, 107
 Brahmanismo, 59, 107
 Briasside, escultor, 66
 Brigantaggio, 31
 Britanos, población, 21
 Bronce, trabajo, 95
 Buda, 27, 59, 76, 93, 107
 Budismo, 26-27, 27, 40, 41, 76, 76, 92-93, 106-107
 - *Hinayāna* (Pequeño Vehículo), 107
 - *Mahāyāna* (Grande Vehículo), 107
 Cálculo, 51
 Caldeos, población, 47
 Calendario, 51
 Callimaco de Cirene, 25, 81, 87
 Callistene de Olinto, 12, 14, 44
 Camillo, Marco Furio, 20, 102
 Canakya-Kautiliya véase Kautiliya
 Candragupta, rey maurya, 17, 26-27, 40-41, 45, 76-77, 93
 Carete di Lindo, escultores, 63
 Carneade, filósofo, 105
 Cartagineses, población, 21-25, 22, 23, 25, 37-39, 56-57, 56, 57, 74, 90-91, 104-105
 Cartago
 - colonia, 56, 74
 - conquista romana, 57
 - cultura, 56, 74, 90
 Cartografía, 45, 49
 Catón, Marco Porcio el Viejo llamado el Censor, 37, 54, 57
 Catulo, Gayo Valerio, 81, 87
 Celso, Aulo Cornelio, 51
 Celta, cultura, 55
 Cerámica
 - ática, 30
 - china, 95
 Cerealicultura, 37
 César, Cayo Julio, 15, 72, 85, 87
 Champollion, Jean-François, 86
 Cheronea, batalla de, 12
 China
 - cultura, 29
 - Gran Muralla, 29, 78-79, 78, 79
 - incendio de los libros, 28-29, 94, 111
 - período de los Reinos combatientes, 28, 28, 42, 43, 60-61, 61, 78-79, 95, 108, 111
 - período de las cien escuelas, 94, 108
 - período de las primaveras y de los otoños, 28
 - revolución republicana de 1911, 109
 - escuela de los nombres, 111
 Chinos, población, 60-61
 Chu, dinastía china, 29, 94-95
 Cicerón, Marco Tulio, 53
 Cimbri, población, 55
 Cirenaica, escuela filosófica, 105
 Ciro II el Grande, rey persa, 26
 Ciro, sátrapa de Licia, 29, 29
 Cirugía, 55, 59
 - instrumentos, 59
 Ciudades-estado, 32
 Claudio Ciego, Appio, 72, 73
 Clausewitz, Karl von, 28
 Cleomenes de Naucrati, arquitecto, 68
 Cleomenes III, rey de Esparta, 15, 30
 Cleopatra VII, reina de Egipto, 65, 84
 Cleruchi, 34
 Clito, general macedonio, 12, 14
 Clitomaco véase Asdrúbal
 Colón Cristóbal, 50
 Comedia
 - atellana, 88
 - del arte, 88
 - Nueva, 83, 88
 Comercio, 30-35, 37-41, 43, 58
 Confucianismo, 60, 94, 108-111, 111
 Confucio, 94, 107-111, 109, 110, 111
 Copérnico, Nicolás, 46, 49

- Corciresi, población, 49
Cornelio Nepote, 24
Cratero, general macedonio, 14
Creso, rey de Lidia, 67
Cría, 57
Cristianismo, 33
Cristianos, 103
Cultivo del arroz, 41
Culto
- agrario ancestral, 28, 108
- de los antepasados, 108
- de los *Veda*, 92
- del Cielo, 108
- del soberano, 98-100
- de la Diosa Madre o Gran Madre, 99, 104
- de la fertilidad, 92
- de la Madre Tierra, 91-92, 92, 96, 105
- de las estrellas, 47
- de Mitra, 96, 99
- semítico de la piedra, 90
Cultos
- animistas, 105, 108
- ctonios, 103
- dionisiacos, 102
- egipcios, 75, 96, 101
- fenicios, 75, 104
- frigios, 96, 103
- griegos, 98, 101-103, 105
- iniciáticos, 102, 103
- itálicos, 102
- místéricos, 96, 99-101, 102
- orgiásticos, 102, 103
Curio Dentato, Manio, 36
Curzio Rufo, Quinto, 12
- Dai, marquesa de, 42
Daimaco, embajador selyúcida, 41
Darío I, rey persa, 26, 40, 64
Darío III Codomano, rey persa, 12-14, 12, 16, 16
Demetrio Falereo, 19, 87
Demetrio I Poliorcetes, rey de Macedonia, 17, 63
Demetrio II Nicator, rey de Siria, 47
Demócrito, 51
Demóstenes, 82
Devotio, rito de la, 102-103
Diadochi, 16
Dicearco, filósofo, 45, 49-50
Dinócrates, de Rodas, 64, 68-69, 68
Diodoro Sículo, 23, 69, 105
Dión, Cassio Cocceiano, 57
Dionigi I el Viejo, tirano de Siracusa, 22, 22, 105
Dionigi II el Joven, tirano de Siracusa, 22
Dionisio, embajador egipcio, 41
Divinización, 61
Domingo y Marqués, F., 25
Dórico, estilo, 73, 75
Droysen, Johann Gustav, 80
Duilio, Gaio, 54
- Edilicia, técnica, 72
Egadi, batalla naval, 23, 57
- Egesia de Cirene, 105
Egipcios, población, 13, 25, 25, 33, 48, 70, 75, 101
Egipto, Reino de, 25
- cultura, 74, 87, 91
- época cristiana, 68
- época helenística, 19, 19, 48, 49, 68, 80, 100-101, 100, 101
- época romana, 68, 80
- época tolemaica, 18-19, 18, 34, 35, 35, 51, 70-71, 86, 86, 87, 100, 101
- helenización, 101
Eleusinos, misterios, 99
Eliocéntrica, teoría, 46, 49
Embalsamación, 49, 51
Empedocles de Agrigento, 54
Epicureísmo, 96-97, 105
Epicuro, filósofo, 96-97, 97
Epiro, Reino de, 15
Época arcaica, 45
Época de Adriano, 25
Época del bronce, 55
Época del hierro, 34, 55
Equinoccios, predicción de los, 50
Era cristiana, 40
Erasistrato de Ceo, 51, 51
Eratóstenes de Cirene llamado Pentatlo, 45-46, 49-50, 52
Eroda, poeta, 30, 35, 68
Erofilo de Calcedonia, 51
Erostrato, incendiario, 67
Ershi Huangdi, emperador chino, 29
Escitas, población, 40
Esclavitud, 33, 37, 40, 51
Esclavos, comercio, 31, 39
Escritura
- demótica, 86, 86
- jeroglífica, 18, 51, 86, 86
- ideográfica, 111
Especies, comercio, 31, 40-41
Estatuaria romana, 81, 85
Estepas, arte de las, 95
Estoicismo, 30-31, 47, 96-97, 99
Estrabón, 30, 35, 44, 52, 64, 69, 71
Etíope, Reino, 75
Etnografía, 44
Etnología, 52
Etolí, población, 15
Etruria, cultura, 88-89, 89, 91
Etruscos, población, 20, 36, 73, 88-89
Euclides, 46-49, 48, 53
Eudosso di Cnido, 47-50
Eumene II, rey de Pergamo, 17, 33, 65, 84, 84, 99
Eurípides, 62
Eusebio de Cesárea, 47
Eutocio de Ascalona, 46
Evemero, filósofo, 105
- Fabio Massimo llamado el Temporeggiatore, Quinto, 21
Fabio Pittore, 36, 89
Farmacología, 59
Fenicios, población, 21-22, 38-39, 38, 56-57, 74, 85, 104
- culturas, 74, 75, 90
Fidias, escultor, 81-82, 89
Filetero, rey de Pérgamo, 17, 99
Filippo II, rey de Macedonia, 12, 13, 14, 16, 62
Filippo V, rey de Macedonia, 24, 63
Filippo, médico macedonio, 12
Filistione de Locri, 54-55
Filología, 86
Filota, jurado macedonio, 14
Fisco, 32, 35, 37
Fisiología, 51
Fortificaciones, 78
- Gálatas, población, 16, 17, 65, 82, 85
Galos o Celtas, población, 20-21, 20, 23, 36, 54, 55, 102
Gama, Vasco de, 50
Gaozu, emperador chino, 29
Gaugamela, batalla de, 13
Gemino de Rodi, 46
Geocéntrica, teoría, 46, 49
Geografía, 45, 50-51, 50
Geográficos, descubrimientos, 29
Geomancia, 61
Geometría, 46-48, 59
Germanos, población, 55
Geroglíficos, 19, 51, 86, 86
Gerón II, tirano de Siracusa, 22, 53
Giamblico, filósofo, 105
Gimnosofismo, 97, 107
Giuseppe, Flavio, 47
Godos, población, 67
Gongsu Long, filósofo, 94, 111
Gordianos, población, 23
Granico, batalla del río, 12
Grecia
- conquista romana, 31
- cultura, 15, 22, 26, 33-34, 33, 46-47, 54, 62, 64, 69, 73-75, 75, 80-81, 87, 86, 87, 88-91, 101, 103, 105
- período helenístico, 30-31
Griegos, población, 13-15, 18-19, 21-23, 25, 25, 30-31, 34-35, 34, 39, 44, 46-47, 56-57, 71, 72, 73, 75, 84, 86, 88, 90, 100-101, 104, 107
- colonias, 20-22
- lengua, 15, 19, 24, 27, 46, 64, 80, 86-87, 86, 90, 101
Greco-latina, cultura, 101
Greco-persa, cultura, 92
Greco-romana, cultura, 55
Greco-sicula, cultura, 80
Guerra
- guerra civil César-Pompeyo, 87
- guerra de los mercenarios, 23
- guerra romano-latina, 103
- guerra siculo-cartaginesa, 22-23
- guerras persas, 12
- guerras púnicas, 22, 23, 56-57
- guerras saníticas, 20, 20
- máquinas bélicas, 44, 53
- primera guerra macedonia, 17
- primera guerra púnica, 21, 36-37, 88

- segunda guerra persa, 12
- segunda guerra púnica, 21, 24, 35, 37, 37, 39, 99, 103
- segunda guerra sanítica, 89
- Halley, Edmund, 46
- Han Feizi, filósofo, 94, 111
- Han, dinastía china, 15, 28, 29, 43, 43, 60, 61, 79, 95, 95, 110, 111, 111
- Harappa, civilización de, 92
- Haribhadra, filósofo, 106
- Hebrea, lengua, 86
- Hebreos, 34-35, 47, 63, 80, 86, 99
- Hedonismo, 105
- Helenismo, 19, 21, 24-25, 27, 38-39, 47-48, 50, 52, 54, 62, 64, 75, 80, 87, 91, 97, 99
- cultura, 63-65, 64, 66, 67, 69, 71-72, 74-76, 80, 81-86, 81, 82, 88, 89-91, 96-97, 99, 103, 105
- Helenización, 84, 99, 102
- Heráclito, 71
- Herodoto, 25, 39-40
- Herón de Alejandría, 51
- Hesíodo, 71, 81
- Hidráulicas, obras, 41, 48, 72-73, 73
- Hydrografía, 44
- Hidrográfica, 53
- Hinduismo, 107
- Hiparco de Nicea, 46-47, 49-52, 50
- Hipodamo de Mileto, 64
- Homero, 68, 71, 80-81, 86-87
- Horcas Caudinas, batalla de, 20
- Hui Shi, filósofo, 111
- Hunos, población, 43, 79**
- Idaspe, batalla del, 14, 16
- Ilirios, población, 21
- Imperio
 - aqueménida, 16, 44
 - chino, 28, 43, 79, 94
 - macedonia, 12, 14
 - maurya, 26, 27, 41, 45, 76, 106-107
 - persas, 16-18, 22, 26, 31-32, 46, 84, 98-99, 99
 - romano, 29, 79, 99, 103
 - tolemaico, 70-71
- India
 - civilización, 41, 92-93, 92
 - época maurya, 92, 92, 93
 - época prearia, 92-93
 - época védica, 26, 92-93, 106
 - sistema de castas, 26, 40, 106-107
- Indoarias, lenguas, 93
- Indoeuropeas, poblaciones, 20-21
- lenguas, 93
- Indo-griegos, población, 40
- Indo-iranies, civilización, 96, 99
- Infanticidio, 30, 74, 104-105, 104
- Ingeniería, 53
- Ipponatte, poeta, 81
- Ipsa, batalla de, 17
- Iraníes, cultura, 84, 92-93, 98
- Isos, batalla de, 12, 13
- Italia
 - conquista romana, 72
 - elenización, 102
 - Itálicas, poblaciones, 20, 35, 37, 72, 88
 - Jade, trabajo, 95
 - Jainismo, 26, 40, 106-107
 - Jerjes I, rey persa, 12
 - Ji, Reino de, 43
 - Jina véase Vardhamāna
 - Jonás, profeta bíblico, 105, 105
 - Jónico, estilo, 73, 75
 - Jónico, lengua, 80
 - Judá, reino de, 19
 - Judaísmo, 104
 - Kash, Reino de, 25
 - Kautilya, 27, 40-41, 87, 93
 - Kepler, J., 46
 - Kidinnu de Sippar, astrónomo, 46
 - Kongzi véase Confucio
 - Kusāna, dinastía, hindú, 40
 - La Tène, cultura de, 89
 - Lagidi, véase Tolomeos, dinastía
 - Laozu, fundador del Taoismo, 110**
 - Latifundio agrario, 30, 37
 - Latinos, población, 103-104
 - cultura, 81, 88, 90
 - lengua, 48-49, 57
 - Lavoro coatto, 34
 - Liga
 - aquea, 15
 - etolica, 15
 - latina, 102, 103
 - macedonia antipersa, 12
 - Legistas o Legalistas, escuela filosófica, 28-29, 94, 111
 - Leonida de Taranto, 81
 - Libios, población, 91, 105
 - Libro de los muertos, 96, 100
 - Licinie-Sestie, leyes, 102
 - Lisimaco, diadoco, 17
 - Lisippo, escultor, 12, 62, 85
 - Livio, Tito, 20-21, 24, 53, 62, 103, 105
 - Lomas Rishi, gruta de, 76
 - Lü Bang véase Gaozu, emperador chino
 - Macedonia, población, 12-14, 13, 14, 16, 18-20, 26, 33-34, 34, 44, 44, 45, 62
 - Maga, rey de Cirene, 27
 - Magas, general egipcio, 75
 - Magia, 51, 90, 92
 - Magna Grecia, conquista romana, 37
 - Magón, general cartaginés, 24, 57, 90
 - Mahāpadma Nanda, rey de Maghada, 130, 144
 - Mahavira véase Vardhamana
 - Mamelucos bahriti, 71
 - Mamertini, población, 22
 - Mandrocles de Samos, 57
 - Marfil
 - comercio, 40
 - trabajo, 58
 - Massinissa, rey de Numidia, 25
 - Matemática, 45-48, 51, 53, 59
 - Maurya, dinastía hindú, 17, 26-27, 40-41, 58, 58, 76, 92-93, 106-107
 - Mausolo, sátrapa de Caria, 66
 - Mazdeísmo véase Zoroastrismo
 - Mazeo, sátrapa persa, 13
 - Mecánica, 53
 - Medicina, 49, 51, 55, 59, 61
 - escuela hipocrática, 55
 - escuela metódica, 55
 - Megastene, embajador, 27, 40-41, 44, 76
 - Memnone, general griego, 16
 - Menandro, 38, 83, 97
 - Mencio, filósofo, 42, 94, 108-109, 109
 - Menecmo, matemático, 46
 - Mengzi véase Mencio, filósofo
 - Mesopotámicas, poblaciones, 98
 - Metalurgia, 39
 - Metempsicosis, 106
 - Mimnermo, poeta, 81
 - Ming, dinastía china, 79
 - Mohenjo-daro, civilización, 92
 - Monaquismo, budista, 107
 - Moneda
 - bu, 43
 - dao, 42, 43
 - denarius, 36
 - dracma, 31
 - otodrama, 35
 - tetradrama, 14, 32
 - Monetación, 58
 - Cartago, 57
 - China, 42, 43, 43
 - Egipto, 35
 - Fenicia, 31
 - Grecia, 30-31
 - Monetaria, economía, 31, 37, 40
 - Mongoles, población, 29
 - Monopolio, régimen de, 43
 - Monoteísmo, 106
 - Mozí, filósofo, 109-110
 - Mozismo, 110
 - Mure, P. Decio, 103
 - Nanda, dinastía hindú, 26, 106
 - Navegación, actividad de, 45, 53, 56-57, 57
 - Nearco, almirante macedonio, 12, 14, 44, 45
 - Nectanebo I, rey de Egipto, 69, 71
 - Nectanebo II, rey de Egipto, 70, 71
 - Neoatitismo, 83
 - Nerón, Claudio César, emperador romano, 67, 103
 - Nilometro, 48
 - Nómadas, pueblos, 55, 60, 79, 105
 - Nomarchi, 18
 - Noria, 52
 - Notación numeración griega, 53
 - Nubia, Reino de, 25, 39, 75
 - Numidios, población, 23, 39, 105
 - Oceanografía, 52
 - Olimpiada, princesa epírota, 12, 62
 - Orazio Flacco, Quinto, 35
 - Ordos, población, 79, 95
 - Órficas, tablillas, 96

- Orfismo, 96, 97
 Oschi, población, 88
- Panini, gramático, 93
 Pappo, matemático, 46
 Parisatide, princesa, 14
 Parmenión, general macedonio, 12-14
 Parrasio, pintor, 67
 Partos, población, 17, 40
 - cultura, 84
 Pasquali, Giorgio, 80
 Paurava véase Poros, rey indio
 Perdicca, general macedonio, 18
 Pergamena, 33, 84
 Pérgamo, Reino de, 17
 Persas, población, 12-16, 18-19, 41, 64, 67, 98
 Píndaro, 12, 25, 71, 87
 Pirámides, 75
 Piratería, 21, 31, 38, 41, 68
 Pirro, rey de Epiro, 20, **20**, 22, **23**
 Pirrón, filósofo, 96-97
 Pitágoras, 48
 Pitagórica, escuela, 105
 Pitea de Marsella, 21, 46, 52-53, 52
 Pitide o Piteo o Pizio, arquitecto, 64, 66
 Platón, 47, 55, 96
 Platonismo, 111
 Plauto, Tito Maccio, 37-38, 83, 88
 Plinio el Viejo, Caio Secondo, 33, 37, 57, 64, 66, 83, 85, 89
 Plutarco, 12, 26, 44, 46, 53, 55, 104-105
 Polibio, 23-24, 30, 38, 56-57, 74
 Policleto el Joven, arquitecto, 63, 63
 Politeísmo, 106
 Pompeyo Magno, Gneo, 68, 87
 Porcelana, 61
 Poros, rey indio, 14, 26, 44
 Posidippo de Pella, 19, 31, 46-47, 50
 Pracrito, lengia, 27
 Praxíteles, escultor, 67, 81-82
 Protágoras, 71
 Prusia, rey de Bitinia, 17, 24
 Psammetico I, faraón, 101
 Pseudo-Scilace, geógrafo, 39
 Pueblos de las estepas, 60, 79
 Puente de mampostería, 73
 Púnica, civilización, 38, 38, 90-91, 90, 91, 104-105
 - lengua, 24
- Qaubey, sultán, 175
 Qin, dinastía china, 29, 29, 60, 78, 79, 94-95, 95, 111
 Qin, Reino de, 28-29, 28, 29, 43, 43, 94
 Qu Yuan, poeta, 94-95
 Quiriti, población, 102
- Rasoi de bronce, 90, 91
 Reloj solar, 46
- Rodas, escuela de escultura, 82, 83, 83
 Roma
 - ciudadanía, 72
 - civilización, 54-55, 65, 72, 80, 85, 88-89, 102-103, 102, 103
 - colonias, 72
 - época imperial, 55
 - época republicana, 36, 37, 55, 72, 72
 - guerra civil César-Pompeyo, 87
 Romanos, población, 15, 17-18, 20-25, 20, 25, 36, 38, 44, 47, 53, 53, 54, 56-57, 57, 66-67, 73, 87, 89-90, 101-104
 Rosetta, piedra de, 86, 86
 Rossane, princesa batriana, 14, 18
 Rupestre, arte, 58, 59, 71, 76
- Sacrificios cruentos, 104, 107
 - de animales, 74, 105
 - de niños, 74, 104-105, 104
 - humanos, 102-103
 Saítica, dinastía, 18
 Sandrakottos o Sandrakuptos véase Candra-gupta
 Sanniti, población, 20, 20, 36, 89
 Sánscrito, lengua, 93
 Saties, familia, 89
 Satiro, arquitecto, 64
 Scettiscismo, 96-97
 Schnabel, P., 46
 Scopa, escultor, 66-67, 82, 85
 Seda, comercio, 43
 Seleucide, dinastía, 16-17, 26-27, 32-33, 32, 33, 35, 40-41, 45, 46, 47, 47, 76, 84, 98-99, 98, 99
 Seleuco I Nicator, rey de Siria, 16-17, 16, 26, 32, 41, 44, 98-99
 Seleuco II Callinico, 47, 98
 Seleuco III Soter, rey de Siria, 16, 98
 Seleuco, astrónomo, 46
 Seminómadas, pueblos, 36
 Sensismo, 105
 Servil, mano de obra, 37, 51
 Sethi, I, faraón, 49
 Shaduf, 48
 Shang, dinastía china, 108
 Shao, Reino de, 43
 Shi Huangdi, emperador chino, 28-29, **28**, **29**, 42, 43, 38-39, 78, 94-95, 111
 Sicelioti, población, 22-23, 23, 91
 Siddhārta Gautama véase Buda
 Siderurgia, 37, 60, 61
 Siervos de la gleba, 42
 Sima Qian, historiógrafo, 29
 Sócrates, 82, 105, 107
 Sostrato de Cnido, arquitecto, 65, 71
 Spartiati, 30
 Statira, princesa persa, 14
 Steiner, Jacob, 46
 Stratonice, mujer de Seleuco I Nicator, 99
- Superstición, 105
- Tabula Peutingeriana*, 55
 Talete de Mileto, 48, 64
 Taoísmo, 60, 94, 110-111, 110
 Temístocles, general ateniense, 64
 Teócrito, poeta, 68, 81
 Teodoro de Cirene llamado el ateo, 105
 Teofrasto, 45, 47, 51
 Terencio, Afro Publio, 83, 88
 Ticino, batalla del, 24
 Timoleón, general corintio, 22
 Tofet, 74, 90, 104, 104
 Tolomeo I Sóter, rey de Egipto, 18-19, **18**, **35**, 69, 87, 100
 Tolomeo II Filadelfo, rey de Egipto, **18**, 19, 19, 35, 39, 69-71, 86-87
 Tolomeo III Evergete, rey de Egipto, 27, 71, 87, 91
 Tolomeo IV Filopatore, rey de Egipto, 69
 Tolomeo V Epifane, rey de Egipto, 71, 86
 Tolomeo X, rey de Egipto, 70
 Tolomeo XIII, rey de Egipto, 69, 70
 Tolomeo, Claudio, 46, 49, 51
 Tolomeos o Lagidi, dinastía, 17-19, 18, 25, 27, 30, 33-35, 34, 38, 41, 48, 87, 87, 100, 100
 Trajano, Marco Ulpio, emperador romano, 65, 69
 Trasimeno, batalla del lago, 24
 Trebbia, batalla, 24
 Trigonometría, 49
 Tuscánico, estilo, 73
- Valle del Indo, civilización del, 92
 Vardhamāna llamado Mahāvīrā o Jina, 107
 Varrón, Marco Terencio, 57
 Veienti, población, 20
 Viaria, red, 54, 55, 72
 Virgilio Marone, Publio, 81
 Vite de Arquímedes, 52, 53
 Vitruvio Pollione, 58
- Wei, Reino de, 29, 43
- Xiong-nu véase Hunos
 Xunzi, filósofo, 108-109
- Yan, Reino de, 28, 29, 42, 43
 Yangshu, filósofo, 110
- Zama, batalla de, 25
 Zenodoto de Efeso, 87
 Zenón de Cizio, filósofo, 47, 96
 Zeusi, pintor, 62
 Zheng véase Shi Huangdi
 Zhou, dinastía china, 28-29, 43, 78, 94, 108, 108, 109
 Zhuangzu, filósofo, 94, 110-111
 Zoología, 44-45

Fotografías:

Agenzia Fotografica Luisa Ricciarini, Mailand: 15, 16r, 18o, 18u, 19u, 23r, 25l, 34l, 34-35u, 36l, 37u, 38l, 38-39u, 39r, 40l, 41r, 44l, 49u, 50o, 54ur, 56o, 57u, 59o, 61ur, 63o, 63r, 65ul, 66, 67ol, 67r, 68l, 74ur, 77u, 84l, 84o, 88l, 88or, 88u, 89r, 90ur, 91o, 91ul, 91r, 97o, 97ul, 98l, 99or, 100r, 102o, 102l, 102ur, 103, 104-105o, 104u, 105l, 105r, 106o, 106u, 107l, 107r

AISA/Ricciarini: 18r, 25o, 25r, 48o, 57l, 60m, 60-61u, 65or, 65m, 68u, 70r, 75o, 75ur, 78ol, 80o, 86r, 90l, 90or, 94ul, 95o, 95ul, 98u, 99ul, 109u

Archivio IGDA, Mailand/Ricciarini: 22l, 22u, 23o, 24ul, 26o, 82u

Studio Pizzi/Stradella: 163ul

Centro Documentazione Mondadori, Mailand: 58u, 74l

Artwork:

Ugo Guidolin/Graffito: 16o, 17o, 21r, 24l, 26o, 28l, 32o, 36o, 38o, 40r, 52o, 68or, 69r, 73o

Resto de imágenes: Archivo de Arnoldo Mondadori Editore, Mailand

ISBN 84-413-2278-3



9 788441 322783

folio